

Agatha Christie



LOS
CRÍMENES DEL
MONOGRAMA



Un nuevo caso de
HÉRCULES POIROT

SOPHIE HANNAH



Londres, 1929. Hércules Poirot está cenando en el café Pleasant cuando una mujer irrumpe en el local y le confía que alguien está a punto de matarla. Le ruega que no investigue, pues con su muerte, dice, se habrá hecho justicia.

Unas horas más tarde, tres personas son asesinadas en un elegante hotel londinense. Poirot no puede evitar involucrarse en el caso, pero, mientras él se esfuerza en ordenar todas las piezas, el asesino se prepara para volver a matar.



Sophie Hannah

Los crímenes del monograma

ePub r1.2

Titivillus 25.11.15

Título original: *The Monogram Murders*

Sophie Hannah, 2014

Traducción: Claudia Conde

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Agatha Christie

Biografía de la autora

*

Sophie Hannah es autora de nueve *thrillers* psicológicos que han sido *bestsellers* internacionales, publicados en veinte países y adaptados para televisión. Su novela *The Carrier* ganó en 2013 el *Specsavers National Book Award Crime Book of the Year*. Hannah es miembro honorario de la junta del *Lucy Cavendish College*, en Cambridge, y es también una reconocida poeta, nominada para el T. S. Eliot Prize.

Agatha Christie es conocida en todo el mundo como la Dama del Crimen. Sus libros han vendido más de un billón de copias en inglés y otro billón largo en otros idiomas. Es la autora más publicada de todos los tiempos, solo superada por La Biblia y Shakespeare. Es autora de ochenta novelas de misterio y colecciones de historias breves, diecinueve obras de teatro y seis novelas escritas con el pseudónimo de Mary Westmacott.

www.agathacristie.com

Desde la publicación de su primera obra en 1920, Agatha Christie escribió treinta y tres novelas, dos obras de teatro y más de cincuenta historias breves con el personaje de Hércules Poirot. Ahora, por primera vez, los albaceas de su legado han aprobado la creación de una nueva novela protagonizada por el personaje más querido de la Dama del Crimen.

En manos de Sophie Hannah, autora de varios *bestsellers* internacionales, Poirot se sumerge en un misterio ambientado en el Londres de los años 20, un puzle diabólicamente inteligente que solo puede ser resuelto por el talento sin par del gran detective belga y su «materia gris».

«La idea de Sophie para la trama era tan adictiva y su pasión por el trabajo de mi abuela tan fuerte que tuvimos la certeza de que había llegado el momento de escribir una nueva Christie». Mathew Prichard, director de Agatha Christie Limited y nieto de Agatha Christie.

Capítulo 1

Jennie la fugitiva

—Lo único que digo es que esa mujer no me gusta —susurró la camarera del pelo eléctrico. Fue un susurro en voz alta, fácilmente audible para el cliente solitario del café Pleasant, que se preguntó si «esa mujer» sería otra camarera o una clienta habitual del establecimiento, como él—. ¿Acaso es obligatorio que me guste? Si tú tienes otra opinión, eres muy libre.

—A mí me pareció simpática —replicó la camarera bajita de cara redonda con menos convencimiento que un momento antes.

—Está así porque tiene el orgullo herido. En cuanto se recupere, volverá a destilar veneno por la lengua. Es el mundo al revés. He conocido a muchas como ella y no puedes confiar en ese tipo de gente.

—¿El mundo al revés? ¿Por qué lo dices? —Quiso saber la camarera de cara redonda.

Hércules Poirot, el único cliente del café, pasadas las siete y media de la tarde de un jueves de febrero, comprendió lo que quería decir la camarera del pelo eléctrico y sonrió para sus adentros. No era la primera vez que le oía una observación perspicaz.

—Si alguien está pasando una mala racha y te dice una impertinencia, se lo puedes perdonar. Yo también lo he hecho alguna vez y no me importa reconocerlo. Pero cuando estoy bien, quiero que todo el mundo esté igual de contento. Así es como debe ser. Sin embargo, los que son como ella te tratan peor cuanto mejor están. No te fíes de esa gente.

«*Bien vu* —pensó Hércules Poirot—. *De la vraie sagesse populaire* ».

La puerta del café se abrió de repente y dio un golpe contra la pared. Bajo el dintel apareció una mujer envuelta en un abrigo marrón claro y tocada con un sombrero de un tono más oscuro. Era rubia. Poirot no pudo verle la cara, porque tenía la cabeza vuelta sobre un hombro, como si estuviera buscando a alguien que fuera detrás.

Bastó que la puerta permaneciera abierta unos segundos para que el aire frío de la noche expulsara toda la calidez de la pequeña sala. En condiciones normales, Poirot se habría puesto furioso, pero se sentía intrigado por la recién llegada, que había irrumpido de manera tan ostentosa y no parecía preocupada por la mala impresión que pudiera causar.

Poirot apoyó la palma de la mano sobre la boca de la taza, con la esperanza de conservar caliente el café. Ese pequeño establecimiento de paredes

arqueadas situado en Saint Gregory's Alley, en una zona que distaba mucho de ser la más salubre de Londres, servía el mejor café de todos los que Poirot había probado en sus viajes por el mundo. En realidad, no acostumbraba beber café antes de la cena, ni tampoco después —de hecho, la sola idea lo habría horrorizado en circunstancias normales—, pero todos los jueves, cuando acudía al Pleasant a las siete y media en punto, hacía una excepción, y la anomalía semanal se había convertido en una pequeña tradición.

Otras tradiciones relacionadas con ese establecimiento en particular le resultaban menos agradables, como la de tener que colocar correctamente los cubiertos, la servilleta y el vaso de agua sobre la mesa cada vez que se sentaba. Era obvio que a las camareras les bastaba con ver los cubiertos sobre la mesa, aunque estuvieran dispuestos de cualquier modo. Pero Poirot no estaba de acuerdo con ellas y todas las veces, nada más llegar, se tomaba la molestia de poner en orden su mesa.

—Perdone, señorita, ¿le importaría cerrar la puerta, si piensa entrar? —le dijo Pelo Eléctrico a la mujer del sombrero y el abrigo marrones, que seguía aferrada al marco de la puerta, con la cara vuelta hacia la calle—. Y si no va a entrar, también. Los que estamos aquí dentro no queremos congelarnos.

La mujer entró y cerró la puerta, aunque no se disculpó por haberla mantenido tanto tiempo abierta. Su respiración entrecortada se oía desde la otra punta de la sala. Parecía como si no notara la presencia de los demás. Poirot la saludó con un discreto «Buenas tardes», y ella se volvió a medias hacia él, pero no le respondió. Tenía los ojos desorbitados y su estado de alarma era tan intenso que incluso un desconocido podía sentirlo como una fuerza física.

Poirot ya no estaba tranquilo como cuando había llegado. Su apacible estado de ánimo se había esfumado.

La mujer se acercó a toda prisa a la ventana para asomarse a mirar. «No verá lo que busca, sea lo que sea», pensó Poirot. Cuando se contempla la oscuridad de la noche desde un recinto bien iluminado, es imposible distinguir nada del exterior, sobre todo porque el cristal refleja la imagen de la sala donde uno se encuentra. Aun así, la mujer siguió mirando un buen rato por la ventana, aparentemente empeñada en vigilar la calle.

—¡Ah, pero si eres tú! —dijo Pelo Eléctrico con un toque de impaciencia en la voz—. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

La mujer del sombrero y el abrigo marrones se volvió.

—No, yo... —Las palabras le brotaron como un sollozo, pero enseguida logró controlarse—. No. ¿Puedo sentarme a la mesa del rincón? —añadió, indicando con un ademán la más alejada de la puerta.

—Puedes sentarte donde quieras excepto a la mesa del caballero. Todas están dispuestas para recibir a los clientes. —Al mencionar a Poirot, Pelo Eléctrico se acordó de él y le dijo—: Su cena está quedando muy bien.

Poirot se alegró de que así fuera. La comida del Pleasant era casi tan buena como el café. De hecho, cuando se paraba a pensarlo, le resultaba difícil dar crédito a la realidad incuestionable de que todas las personas que trabajaban en esa cocina eran inglesas. *Incroyable*.

Pelo Eléctrico se volvió hacia la afligida mujer.

—¿Estás segura de que no te ocurre nada, Jennie? Se diría que acabas de verle la cara al demonio.

—Estoy bien, gracias. Lo único que necesito es una taza de té caliente y muy cargado. Lo de siempre, por favor.

Jennie corrió a sentarse a la mesa del rincón más apartado, sin mirar a Poirot al pasar junto a él. El caballero giró apenas la silla, para poder observarla. Seguramente le ocurría algo, pero era evidente que no quería hablar de ello con las camareras del café.

Sin quitarse el abrigo ni el sombrero, la mujer se sentó de espaldas a la puerta de la calle; pero en cuanto se acomodó, se volvió una vez más para echar un vistazo por encima del hombro. Aprovechando la oportunidad de examinar su rostro con más detenimiento, Poirot dedujo que debía de tener unos cuarenta años. Sus grandes ojos azules, fijos y muy abiertos, parecían estar contemplando un espectáculo estremecedor. «Se diría que acabas de verle la cara al demonio», había dicho Pelo Eléctrico. Sin embargo, hasta donde Poirot alcanzaba a ver, no había nada aterrador que se ofreciera a la vista de Jennie: solamente una sala cuadrada con mesas y sillas, un perchero para sombreros y abrigos en una esquina, y unos estantes combados, abrumados por el peso de numerosas teteras de diferentes colores, modelos y tamaños.

Si algo había de pavoroso en la sala, eran esos estantes. Poirot no podía comprender que nadie los cambiara por otros rectos, como tampoco entendía que alguien pudiera colocar un tenedor sobre una mesa cuadrada sin asegurarse de que quedara perfectamente alineado con el borde de la mesa. Sin embargo, no todo el mundo pensaba como Hércules Poirot, y ese era un hecho que él había aceptado tiempo atrás, tanto en sus aspectos ventajosos como en sus inconvenientes.

Vuelta sobre sí misma en su asiento, la mujer —Jennie— contemplaba la puerta con ojos desorbitados, como si esperara que alguien irrumpiera en cualquier momento. Estaba temblando, quizá en parte de frío.

No —Poirot corrigió su primera impresión—, ni siquiera en parte de frío. El ambiente dentro del café volvía a ser agradablemente cálido, y puesto que Jennie seguía empeñada en vigilar la puerta, pero se había sentado en el lugar más apartado y de espaldas a la entrada, solo cabía una conclusión.

Poirot recogió su taza de café y se dirigió hacia la mesa de la mujer. Tras observar que no lucía una alianza de matrimonio en el dedo anular, le dijo:

—¿Me permitirá que me sienta un momento con usted, mademoiselle?

Le habría gustado arreglar los cubiertos, la servilleta y el vaso de agua tal como había hecho en su mesa, pero se contuvo.

—¿Perdón? Sí, supongo que sí.

El tono de la mujer revelaba una indiferencia absoluta. Lo único que acaparaba su atención era la puerta del café. La seguía contemplando ansiosamente, sin dejar de volverse en la silla.

—Con mucho gusto me presentaré. Soy... ejem...

Poirot se interrumpió. Si revelaba su identidad, Pelo Eléctrico y la otra camarera oirían su nombre y él dejaría de ser para ellas el «caballero extranjero», el policía retirado, llegado del continente. El nombre de Hércules Poirot obraba un efecto poderoso en algunas personas. A lo largo de las últimas semanas, desde que había entrado en un placentero estado de hibernación, Poirot había vuelto a experimentar, por primera vez en muchos años, la tranquilidad de no ser nadie.

Sin embargo, era obvio que Jennie no estaba interesada en su nombre, ni en su presencia. De la esquina de uno de sus ojos había brotado una lágrima que empezaba a resbalarle por la mejilla.

—Mademoiselle Jennie —dijo Poirot, con la esperanza de atraer su atención si la llamaba por su nombre de pila—, yo fui policía. Ahora estoy retirado, pero antes, cuando trabajaba, vi a muchas personas en un estado de agitación similar al suyo. Y no estoy hablando de personas desdichadas, aun cuando abundan en todos los países. No; me refiero a personas que creían estar en peligro.

Por fin había conseguido despertar su interés. Jennie lo miró con sus grandes ojos temerosos.

—¿Es usted... policía?

—*Oui*. Retirado hace muchos años, pero...

—Entonces ¿no puede hacer nada en Londres? ¿No puede...? Quiero decir..., ¿no tiene ningún poder? ¿No detiene delincuentes, ni nada de eso?

—Exacto. —Poirot le sonrió—. En Londres soy simplemente un señor mayor que disfruta de su jubilación.

La mujer llevaba casi diez segundos sin mirar la puerta.

—¿Tengo razón, mademoiselle? ¿Se siente usted en peligro? Cuando se vuelve para mirar por encima del hombro, ¿lo hace porque sospecha que la persona a quien teme la ha seguido hasta aquí y puede entrar por esa puerta en cualquier momento?

—¡Sí, lo reconozco! ¡Estoy en peligro! —Parecía ansiosa por decir algo más—. ¿Está usted seguro de que ya no es policía ni nada que se le parezca?

—Ni nada que se le parezca —la tranquilizó Poirot, pero como no quería darle a entender que carecía por completo de influencia en ese ámbito, añadió—: Aun así, si necesita ayuda de la policía, tengo un amigo detective en Scotland Yard. Es muy joven, no tiene más de treinta años, pero estoy convencido de que llegará lejos. Estará encantado de hablar con usted. Por mi parte, puedo ofrecerle...

Poirot se interrumpió cuando se acercó la camarera de cara redonda con una taza de té.

Tras servírsela a Jennie, se retiró a la cocina, donde también se había refugiado Pelo Eléctrico. Sabiendo lo mucho que disfrutaba la camarera comentando el comportamiento de los clientes habituales, Poirot supuso que para entonces habría iniciado un animado coloquio sobre el Caballero Extranjero y su inesperada visita a la mesa de Jennie. Poirot no tenía costumbre de hablar más de lo necesario con los otros clientes del Pleasant. Excepto en las ocasiones en que cenaba allí con su amigo Edward Catchpool —el detective de Scotland Yard con quien compartía temporalmente alojamiento en una casa de huéspedes—, solía sentarse solo, como correspondía al espíritu de su hibernación.

Las camareras y sus chismorreos no le preocupaban, e incluso agradecía que se hubieran ausentado de manera tan conveniente. Esperaba que de ese modo Jennie le hablara con más franqueza.

—Estaré encantado de aconsejarla, mademoiselle —dijo.

—Es usted muy amable, pero nadie puede ayudarme. —Jennie se enjugó los ojos—. ¡Ojalá fuera posible! ¡Nada me gustaría más que eso! Pero es demasiado tarde. Ya estoy muerta, ¿lo entiende?, o lo estaré muy pronto. No puedo esconderme eternamente.

«Ya estoy muerta...». Sus palabras fueron como un viento frío que recorrió la sala.

—Así que ya ve; no hay posibilidad alguna de ayuda —prosiguió ella—. Y aunque la hubiera, yo tampoco la merecería. Sin embargo..., me siento un poco mejor con usted sentado a mi mesa. —Se había rodeado con los brazos, ya fuera para darse ánimo o en un vano intento por contener el temblor que la agitaba. No había bebido ni un sorbo de té—. Quédese, por favor. No ocurrirá nada mientras esté hablando con usted. Es un consuelo, al menos.

—Mademoiselle, esto es sumamente alarmante. Ahora usted está viva y debemos hacer lo necesario para que lo siga estando. Dígame, por favor...

—¡No! —La mujer abrió los ojos como platos y se echó atrás en la silla—. ¡No, usted no debe hacer nada! ¡Nadie debe hacer nada para impedirlo! Es imposible detenerlo. Es irremediable, inexorable. Cuando yo esté muerta, por

fin se habrá hecho justicia.

Se volvió de nuevo y miró la puerta por encima del hombro.

Poirot frunció el ceño. Quizá Jennie se sintiera un poco mejor desde que él se había sentado a su mesa, pero él se encontraba mucho peor.

—¿La he entendido bien? ¿Insinúa que la está persiguiendo alguien que pretende asesinarla?

Jennie fijó en él sus ojos azules anegados en lágrimas.

—¿Contará como asesinato, si me doy por vencida y lo acepto? ¡Estoy tan cansada de huir, de esconderme, de vivir con miedo! Si tiene que pasar, quiero que acabe de una vez. Seguramente ocurrirá, porque es preciso. Es la única manera de arreglar las cosas. Es lo que merezco.

—Imposible —replicó Poirot—. Sin conocer los detalles de su situación, tengo que expresarle mi desacuerdo. El asesinato nunca puede ser la solución. Mi amigo el policía la ayudará. Debe usted permitir que la ayude.

—¡No! ¡No debe decirle ni una palabra de esto, ni a él ni a nadie! ¡Prométame que no dirá nada!

Hércules Poirot no tenía por costumbre hacer promesas que no pudiera cumplir.

—¿Qué puede haber hecho usted que requiera la muerte como castigo? ¿Ha matado a alguien?

—Si así fuera, no habría ninguna diferencia. El asesinato no es el único crimen imperdonable, ¿sabe? Imagino que usted nunca habrá hecho nada verdaderamente inexcusable.

—¿Y en cambio usted sí? ¿Cree que debe pagar su error con su vida? *Non*. Eso no está bien. Si acepta acompañarme a la casa de huéspedes donde me alojo... Está muy cerca de aquí. Mi amigo de Scotland Yard, el señor Catchpool...

—¡No!

Jennie se levantó bruscamente de la silla.

—Por favor, mademoiselle, siéntese.

—¡No! ¡Oh, he hablado demasiado! ¡Qué estúpida soy! He accedido a hablar con usted únicamente porque me ha parecido amable y he pensado que no podía hacer nada. Si no me hubiera contado que estaba jubilado y que venía de otro país, no le habría dicho ni una sola palabra. Prométame una cosa. Si me encuentran muerta, pídale a su amigo el policía que no busque al asesino. —Cerró los ojos apretando los párpados y entrelazó con fuerza las manos—.

¡Por favor, no deje que nadie abra las bocas! Este crimen no debe resolverse nunca. Prométame que se lo dirá a su amigo el policía y que insistirá hasta que él acepte. Si en algo aprecia la justicia, haga por favor lo que le pido.

Se dirigió precipitadamente hacia la puerta. Poirot se incorporó para seguirla, pero al observar la distancia que la mujer había recorrido en el tiempo que él tardó en despegarse de la silla, se dejó caer otra vez con un hondo suspiro. Era inútil. Jennie había desaparecido en la noche y él nunca lograría alcanzarla.

Se abrió la puerta de la cocina y apareció Pelo Eléctrico con su cena. El olor le revolvió el estómago. Había perdido el apetito.

—¿Dónde está Jennie? —le preguntó la camarera, como si en cierto modo lo hiciera responsable de la desaparición de la mujer.

En realidad, Poirot se sentía responsable. Si hubiera reaccionado más rápido, si hubiera escogido las palabras con más cuidado...

—¡Es el colmo! —Pelo Eléctrico dejó caer el plato de Poirot sobre la mesa y se marchó otra vez hacia la puerta de la cocina. Mientras la empujaba para abrirla, gritó—: ¡Esa Jennie se ha largado sin pagar!

—Pero ¿cuál será la deuda que se siente obligada a pagar? —murmuró Hércules Poirot para sus adentros.

Un minuto después, tras un intento tan breve como infructuoso de prestar la debida atención al *soufflé* de carne picada y *vermicelli*, Poirot llamó a la puerta de la cocina del Pleasant. Pelo Eléctrico la entreabrió apenas, impidiendo que el cliente viera nada, excepto su figura esbelta en el vano de la puerta.

—¿Alguna queja, señor? ¿Algún problema con su cena?

—Permítame que pague el té de mademoiselle Jennie —propuso Poirot—. A cambio, le agradeceré que acepte contestar un par de preguntas.

—¿Así que conoce a Jennie? Nunca los había visto juntos hasta ahora.

—*Non*. No la conozco. Por eso quiero hacerle unas preguntas.

—Si no la conocía, entonces ¿por qué se sentó con ella?

—Vi que tenía miedo y que estaba muy agitada. Me inquietó su estado. Pensé que podría ofrecerle algún tipo de ayuda.

—A los que son como Jennie nadie puede ayudarlos —afirmó Pelo Eléctrico—. De acuerdo, contestaré a sus preguntas. Pero antes le haré una yo: ¿dónde me ha dicho que fue policía?

Poirot se abstuvo de indicarle que ya le había hecho tres preguntas y que por

lo tanto esa era la cuarta.

Ella lo miró como forzando la vista.

—En un sitio donde se habla francés pero que no es Francia, ¿verdad? —dijo —. Ya he visto la cara que pone cuando las otras chicas dicen «el francés» refiriéndose a usted.

Poirot sonrió. Quizá no hubiera ningún mal en que la camarera supiese su nombre.

—Me llamo Hércules Poirot, mademoiselle, y soy belga. Encantado de conocerla.

Le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Yo soy Fee Spring. En realidad, me llamo Euphemia, pero todos me llaman Fee. Si me llamaran por mi nombre completo, se quedarían sin aliento y ya no podrían decirme nada más, ¿no le parece? Aunque tal vez sería mejor para mí.

—¿Sabe el nombre completo de mademoiselle Jennie?

Fee señaló con la cabeza la mesa de Poirot, donde aún seguía humeando el plato con su cena.

—Síntese a cenar. Volveré en menos de lo que canta un gallo —dijo, mientras retrocedía abruptamente y le cerraba la puerta en las narices.

Poirot se dispuso a volver a su mesa, pensando que quizá debía aceptar el consejo de Fee y darle otra oportunidad a la carne picada. Era muy reconfortante hablar con alguien que se fijaba en los detalles. Hércules Poirot no solía encontrar mucha gente como ella.

Fee reapareció al cabo de un momento con una taza en la mano, pero sin platillo. Sorbió el té al tiempo que se sentaba en el lugar que había ocupado Jennie. El ruido que le arrancó a la silla fue muy molesto, pero Poirot logró reprimir una mueca de disgusto.

—No sé mucho acerca de Jennie —dijo ella—, solo lo que he podido deducir de algunos comentarios sueltos que ha hecho. Sé que sirve en casa de una señora importante que tiene una gran mansión. Está interna. Por eso viene a menudo por aquí: para recoger el café y los pasteles que encarga «lady Fulanita de Tal» para sus cenas y sus fiestas. Viene de la otra punta de la ciudad, o al menos eso me dijo una vez. Muchos de nuestros clientes habituales hacen un buen trecho para venir hasta aquí. Normalmente, Jennie se queda y pide un té. «Lo de siempre, por favor», dice nada más llegar, como si fuera una gran señora. Supongo que habla así para darse aires de dama, porque esa no es su forma auténtica de hablar. Quizá por eso nunca dice demasiado, porque sabe que no puede sostener mucho tiempo el engaño.

—Pero ¿cómo sabe usted que mademoiselle Jennie no habla siempre así? —

preguntó Poirot.

—¿Alguna vez ha oído que una sirvienta se exprese con tanto refinamiento?
Yo no.

—*Oui, mais* ... Entonces ¿son especulaciones tuyas y nada más?

Muy a su pesar, Fee Spring tuvo que admitir que no lo sabía con certeza. Desde que la conocía, Jennie siempre había hablado «como una gran señora».

—Si algo bueno puedo decir de ella es que Jennie es «de té», así que al menos tiene algo de cordura en la cabeza.

—¿De té?

—Eso mismo. —Fee frunció la nariz mientras echaba una mirada a la taza de Poirot—. La gente que bebe café cuando podría beber un té tiene un tornillo flojo, si no le importa que se lo diga.

—¿No sabrá por casualidad el nombre de la patrona de Jennie o la dirección de esa gran mansión suya? —preguntó Poirot.

—No, ni tampoco sé cómo se apellida ella. Solo sé que sufrió un revés sentimental muy grande hace muchos años. Lo dijo una vez.

—¿Un revés sentimental? ¿Le contó de qué tipo?

—Del único que existe —respondió Fee, incisiva—, del que la deja a una destrozada.

—Lo que quiero decir es que los reveses sentimentales pueden tener muchas causas: un desengaño amoroso, la trágica pérdida de un amor de juventud...

—Ah, no. Nunca nos lo ha contado —replicó Fee, con un resto de amargura en la voz—. Ni tampoco lo hará. Habló solamente de una desgracia, sin añadir nada más. Ya sabe que Jennie no habla. Aunque en este momento estuviera aquí, sentada en esta silla, también le sería imposible ayudarla. Se encierra en sí misma. Es el problema de Jennie. Le gusta compadecerse y regodearse en sus desdichas.

«Se encierra en sí misma...». Esas palabras avivaron en Poirot el recuerdo de otra noche de jueves en el Pleasant, varias semanas atrás, cuando había escuchado a Fee hablar de una cliente. Repitió entonces lo que había oído en aquella ocasión:

—Nunca hace preguntas, *n'est-ce pas*? Tampoco parece interesada en las relaciones sociales ni en la conversación. Ni se preocupa por averiguar las últimas novedades de la vida de los demás, ¿verdad?

—¡Eso mismo! —Fee pareció impresionada por su clarividencia—. No tiene ni pizca de curiosidad. No conozco a ninguna persona tan perdida en sus

preocupaciones como ella. Es como si no viera el mundo que la rodea, ni nos viera a los demás. Nunca nos pregunta cómo estamos, ni qué hemos hecho. — Feeladeó ligeramente la cabeza—. Usted lo pillatodo al vuelo, ¿verdad?

—Yosolo sé lo que aprendo de escucharla a usted mientras habla con las otras camareras.

Fee se ruborizó.

—Me sorprende que se tome la molestia de escuchar.

Poirot no quería abochornarla más, de modo que no le contó que siempre esperaba ansiosamente las descripciones que ella hacía de los clientes, un grupo que él consideraba de manera colectiva como «los personajes del Café». Uno de ellos, por ejemplo, era el señor Pensándolo Bien, que solía pedir la cena y cancelar el pedido al cabo de unos segundos, porque, «pensándolo bien», no era lo que quería.

El momento no era el más adecuado para preguntarle a Fee si también tenía un apodo para referirse al propio Hércules Poirot en su ausencia, quizá alguno que hiciera alusión a sus bigotes exquisitamente cuidados.

—Así que mademoiselle Jennie no siente ninguna inclinación por enterarse de los asuntos de los demás —dijo Poirot pensativo—; por el contrario, a diferencia de otras personas que no se interesan por la vida ni por las ideas de sus semejantes y sin embargo hablan largo y tendido de sí mismas, ella tampoco habla de su vida ni de sus problemas, ¿no es así?

Fee arqueó las cejas.

—Muy buena memoria la suya. Ha vuelto a acertar. No, Jennie no suele hablar de sus cosas. Contesta a las preguntas, pero no se alarga en las respuestas. Se resiste a que la distraigan demasiado tiempo de los pensamientos que la reconcomen, sean los que sean. Su preocupación es su tesoro oculto, solo que no la hace feliz. Hace mucho que renuncié a entenderla.

—Pasa todo el tiempo pensando en su revés sentimental —murmuró Poirot—. Y en el peligro.

—¿Habló de un peligro?

—*Oui*, mademoiselle. Siento no haber actuado con suficiente rapidez para evitar que se marchara. Si le ocurriera algo... —Poirot negó con la cabeza, deseando poder recuperar la sensación de paz y tranquilidad que tenía al llegar. De repente, tomó una decisión y, para rubricarla, golpeó la mesa con la palma de la mano—. Volveré *demain matin*. Ha dicho usted que mademoiselle Jennie suele venir a menudo, *n'est-ce pas*? Yo la encontraré, antes que el peligro. ¡Esta vez Hércules Poirot será más rápido!

—Lento o rápido, dará lo mismo —dijo Fee—. Nadie puede encontrar a Jennie, aunque la tenga delante de las narices, ni tampoco hay nadie que pueda

ayudarla. —Se puso de pie y recogió el plato de Poirot—. No tiene sentido dejar que se enfríe una buena cena solamente por eso —añadió.

Capítulo 2

Asesinato en tres habitaciones

Así empezó todo, la noche del jueves 7 de febrero de 1929, con Hércules Poirot, Jennie y Fee Spring entre las estanterías combadas y atiborradas de teteras del café Pleasant.

O quizá debería decir que así pareció empezar. De hecho, no me convence la idea de que las historias de la vida real tengan un principio y un final. Si las contemplamos desde cualquier punto de vista, veremos que se extienden indefinidamente hacia el pasado y se derraman de forma inexorable hacia el futuro. Nunca se puede decir del todo «ya está» y trazar una línea.

Por fortuna, las historias reales tienen héroes y heroínas. Como no soy uno de ellos, ni tengo la menor esperanza de serlo, sé mejor que nadie que son reales.

Yo no estaba presente aquel jueves por la noche en el café. Se mencionó mi nombre —Edward Catchpool, el amigo de Poirot que trabaja en Scotland Yard y no tiene mucho más de treinta años (treinta y dos, para ser exactos)—, pero yo no estaba allí. Aun así, trataré de rellenar las lagunas de mi experiencia directa, para dejar constancia por escrito de la historia de Jennie. Por suerte, cuento con el testimonio de Hércules Poirot y no puede haber mejor testigo que él.

No escribo estas líneas para nadie, excepto para mí mismo. Cuando haya terminado la crónica, la leeré y volveré a leerla cuantas veces sea preciso, hasta ser capaz de ver estas palabras sin sentir la conmoción que experimento ahora al escribirlas, y hasta que esta sensación de «¿Cómo es posible que haya pasado?» se convierta por fin en un «Sí, así fue como pasó».

En algún momento tendré que pensar en una forma más adecuada de llamarla. «La historia de Jennie» no es gran cosa como título.

Conocí a Hércules Poirot seis semanas antes de la tarde de jueves que he descrito, cuando alquiló una habitación en una casa de huéspedes de Londres, propiedad de la señora Blanche Unsworth. Es un establecimiento espacioso y de una limpieza impecable, de fachada cuadrada y más bien severa, y un interior que no podría ser más femenino, con volantes, borlas y encajes por todas partes. A veces me invade el temor de salir una mañana hacia el trabajo y descubrir que llevo pegados en el codo o en un zapato los flecos de color lavanda de algún objeto del salón común.

A diferencia de mí, Poirot no es un inquilino permanente de la casa, sino un huésped temporal.

—Disfrutaré por lo menos de un mes de sosegada inactividad —me dijo la primera noche con firmeza, como si cupiera la posibilidad de que yo tratara de impedirse—. Mi cabeza trabaja demasiado —añadió con su acento francés—. Siempre me están rondando muchas ideas... Creo que aquí podré tomármelo todo con más calma.

Le pregunté dónde vivía, suponiendo que me respondería «en Francia», aunque poco después me enteré de que no era francés, sino belga. Como respuesta a mi pregunta, se dirigió a la ventana, apartó los visillos de encaje y me señaló una elegante mansión de ancha fachada que debía de estar, como mucho, a trescientos metros de distancia.

—¿Ahí vive usted? —le pregunté, convencido de que sería una broma.

—*Oui*. No quiero estar lejos de casa —me explicó—. Me resulta muy agradable poder verla. ¡Una vista espléndida!

Se puso a contemplar con orgullo la fila de edificios entre los que figuraba su casa, y por un momento llegué a preguntarme si no se habría olvidado de mí, pero enseguida dijo:

—Viajar es maravilloso. Resulta estimulante, pero uno no descansa. Sin embargo, si no me marchara de vez en cuando, ¡la pobre cabeza de Poirot jamás tendría *vacances*! Siempre surgiría algo que vendría a perturbar la tranquilidad. En casa es demasiado fácil encontrarme. Tarde o temprano vendría un amigo o un desconocido con algún asunto de la mayor importancia, *comme toujours*. ¡Todos los asuntos son de la mayor importancia! Entonces la materia gris de Poirot tendría que ponerse en marcha otra vez y no podría recargarse de energía. Por eso, hago correr la voz de que me he marchado de Londres por una temporada, y me quedo a descansar en un lugar familiar, a salvo de las interrupciones.

Mientras decía todo eso, yo asentía con la cabeza como si le encontrara algún sentido, al tiempo que me preguntaba si la gente se volvería cada vez más extravagante con la edad.

La señora Unsworth no prepara cena los jueves por la noche, porque ese día acostumbra visitar a la hermana de su difunto marido. Fue así como Poirot descubrió el café Pleasant. Me dijo que no podía arriesgarse a ser visto en ninguno de los lugares que frecuentaba habitualmente, porque en teoría se había ausentado de la ciudad, y me preguntó si podía recomendarle «algún sitio adonde pueda ir una persona como usted, *mon ami*, y donde sin embargo la comida sea excelente». Le hablé del Pleasant, un establecimiento pequeño y un poco excéntrico, al que todos los clientes solían regresar.

Aquel jueves por la noche en particular (la noche del encuentro con Jennie), Poirot llegó a casa cuando pasaban diez minutos de las diez, mucho más tarde de lo habitual. Yo estaba en el salón, sentado cerca del fuego, pero sin conseguir entrar en calor. Unos segundos después de oír que la puerta se abría y se cerraba, distinguí que Blanche Unsworth hablaba con él entre susurros. Debí de esperarlo en el vestíbulo.

No entendí lo que estaba diciendo, pero lo supuse: estaba nerviosa y yo era la causa de su angustia. Al regresar de casa de su cuñada, a las nueve y media, había llegado a la conclusión de que yo no estaba bien. Mi aspecto era terrible —según ella misma me dijo—, como si no hubiera comido, ni fuera a dormir en toda la noche. De hecho, no sé cómo puede tener alguien aspecto de no haber comido. Quizá la señora Unsworth me notó más delgado que por la mañana, cuando me había visto tomando el desayuno.

Me inspeccionó desde diversos ángulos y me ofreció todos los remedios que le acudieron a la mente, empezando por los más obvios: comida, algo de beber y buena disposición para escuchar mis cuitas. Cuando rechacé las tres cosas con toda la amabilidad de que fui capaz, pasó a formular otras sugerencias más estrafalarias, como una almohada rellena de hierbas aromáticas o una sustancia de olor repulsivo pero supuestamente beneficiosa, contenida en un frasco azul, que yo debía echar en el agua del baño.

Agradecí su interés, aunque volví a rechazar sus remedios. Entonces se puso a buscar febrilmente por toda la habitación, hasta dar con una serie de objetos que intentó endosarme uno a uno, con la inverosímil promesa de que curarían todos mis males.

Cuando la oí susurrar a Poirot en el vestíbulo, supuse que le estaría pidiendo que me convenciera para que aceptara el frasco azul de contenido maloliente o el cojín de hierbas aromáticas.

Normalmente, los jueves por la noche, a las nueve, Poirot ya ha vuelto del Pleasant y está sentado en el salón, leyendo. Yo había regresado a las nueve y cuarto del hotel Bloxham, decidido a no pensar en lo que había visto y ansioso por encontrar a Poirot sentado en su sillón favorito, para pasar un buen rato hablando con él de intrascendencias, como solemos hacer.

Pero no lo encontré. Su ausencia hizo que me sintiera extrañamente perdido, como si de pronto el suelo se hubiera abierto bajo mis pies. Poirot es el tipo de persona metódica que se resiste a cambiar de hábitos —«Una rutina diaria invariable es esencial para una mente sosegada, Catchpool», me dijo una vez —, y sin embargo, ya se había retrasado nada menos que un cuarto de hora.

Cuando oí la puerta de la calle, a las nueve y media, esperé que fuera él, pero era Blanche Unsworth. Estuve a punto de soltar un gruñido de contrariedad. Cuando uno tiene una preocupación, lo último que desea es la compañía de alguien cuyo principal pasatiempo es hacer un mundo de cada grano de arena.

Tenía miedo de no ser capaz de reunir las fuerzas necesarias para volver al hotel Bloxham al día siguiente, aunque sabía que debía hacerlo. Era lo que intentaba apartar de mi pensamiento.

«Pero ahora Poirot ha llegado —reflexioné— y también se preocupará por mí, porque Blanche Unsworth le ha dicho que debe preocuparse».

Decidí que lo mejor sería prescindir de la compañía de ambos. Si no era

posible mantener una conversación ligera y entretenida, prefería no hablar con nadie.

Poirot entró en el salón, con el abrigo y el sombrero todavía puestos, y cerró la puerta. Yo me esperaba un bombardeo de preguntas; pero en lugar de eso, me dijo con aire distraído:

—Se ha hecho tarde. Tanto caminar, tanto buscar, y lo único que consigo es que se me haga tarde.

Estaba preocupado, sí, pero no por mí, ni por el hecho de que yo no hubiera comido o no fuera a comer. Sentí un gran alivio.

—¿Buscaba algo? —pregunté.

—*Oui*. A una mujer, Jennie, que espero de todo corazón que siga viva y no haya sido asesinada.

—¿Asesinada?

Volví a tener la misma sensación de que el suelo se abría bajo mis pies. Sabía que Poirot era un detective famoso. De hecho, me había hablado de algunos de los casos que había resuelto. Sin embargo, se suponía que se estaba tomando unas vacaciones, y yo habría preferido no oírle decir precisamente esa palabra, en ese momento en concreto, cuando su mención me resultaba tan infausta.

—¿Qué aspecto tiene esa Jennie? —le pregunté—. ¿Podría describirla? Es posible que yo la haya visto, sobre todo si ha sido asesinada. He visto a dos mujeres asesinadas esta noche, y también a un hombre, por lo que es posible que esté usted de suerte. El hombre no tenía aspecto de llamarse Jennie, pero las otras dos...

—*Attendez, mon ami*. —La voz serena de Poirot interrumpió mi nervioso desvarío. Se quitó el sombrero y empezó a desabrocharse el abrigo—. Veo que madame Blanche tenía razón. Está usted preocupado. ¿Cómo no lo he notado nada más verlo? Está muy pálido. Pero mi cabeza andaba en otra parte. ¡Mis pensamientos se las arreglan para marcharse muy lejos cuando madame Blanche se acerca! Pero ahora, por favor, debe contarle *immédiatement* a Poirot lo que le ocurre.

—Lo que me ocurre son tres asesinatos —dije—, los tres diferentes de todo cuanto he visto hasta ahora. Dos mujeres y un hombre. Cada uno en una habitación.

Por supuesto, ya había visto en muchas ocasiones otras muertes violentas. Llevaba casi dos años trabajando en Scotland Yard y cinco de policía, pero la mayoría de los asesinatos tenían un elemento manifiesto de pérdida de control: un golpe mortal que alguien descargaba en un acceso de ira, o un criminal que perdía los estribos tras haber bebido una copa de más. El caso del Bloxham era muy diferente. La persona que había matado tres veces en el

hotel, quienquiera que fuese, lo había planeado todo de antemano, incluso durante meses, según pude deducir. Cada una de las escenas del crimen era una obra maestra de arte macabro, con un significado oculto que yo no lograba descifrar. Me estremecía la idea de no enfrentarme esta vez con uno de los caóticos rufianes que solía encontrar, sino con una mente fría y meticulosa que no se dejaría vencer con facilidad.

Mi actitud era sin duda excesivamente sombría, pero no lograba deshacerme de un negro presentimiento. Tres cadáveres relacionados entre sí... Con solo pensarlo sentía escalofríos, pero debía controlarme para que mi aversión no se convirtiera en fobia. Tenía que tratar el caso como cualquier otro, por muy diferente que me pareciera en sus aspectos superficiales.

—¿Tres asesinatos en tres habitaciones diferentes de un domicilio particular? —preguntó Poirot.

—No, en el hotel Bloxham, cerca de Piccadilly Circus. ¿Lo conoce usted?

—*Non* .

—Yo no había entrado nunca hasta esta noche. No es el tipo de establecimiento que frecuenta un tipo como yo. Es palaciego.

Poirot estaba sentado con la espalda muy recta.

—¿Tres asesinatos, todos en el mismo hotel, pero en diferentes habitaciones? —preguntó.

—Así es, y todos ellos perpetrados esta misma noche, dentro de un breve período de tiempo.

—¿Esta noche? Y sin embargo, usted está aquí. ¿Por qué no está en el hotel? ¿Han atrapado ya al asesino?

—No, me temo que no hemos tenido esa suerte. Yo no...

Me interrumpí para aclararme la garganta. Describir las circunstancias del caso era sencillo, pero no me apetecía explicarle a Poirot lo mucho que me había afectado lo que había visto, ni revelarle que no llevaba mucho más de cinco minutos en el hotel Bloxham cuando sucumbí al poderoso impulso de marcharme.

La manera formal de colocarlos boca arriba en el suelo, con los brazos a los lados del cuerpo, las manos con las palmas hacia abajo, las piernas juntas...

«Arreglar a los muertos». La frase se abrió paso en mi mente, acompañada de la imagen de una habitación oscura que había visto muchos años antes, una habitación en la que había entrado de niño por obligación y en la que desde entonces me negaba a entrar en mis pensamientos. Tenía el firme propósito de seguir negándome por el resto de mi vida.

Manos inertes, palmas hacia abajo.

«*Cógele la mano, Edward*».

—No se preocupe, hay policías de sobra pululando por el hotel —dije precipitadamente, en voz muy alta, para conjurar la inoportuna imagen—. Ya volveré mañana por la mañana. —Al ver que Poirot esperaba de mí una respuesta más completa, añadí—: Necesitaba despejarme. Si le soy sincero, nunca había visto nada tan raro como esos tres asesinatos en toda mi vida.

—¿Raro en qué sentido?

—Cada una de las víctimas tenía algo en la boca. Los tres tenían el mismo objeto.

—*Non* —replicó Poirot, agitando un dedo en el aire—. Eso no es posible, *mon ami*. El mismo objeto no puede estar en tres bocas diferentes al mismo tiempo.

—Tres objetos distintos, aunque idénticos entre sí —aclaré—. Tres gemelos, que por su aspecto deben de ser de oro macizo, los tres con un monograma y con las mismas iniciales: P. I. J. ¿Se siente bien, Poirot? Parece como si...

—*Mon Dieu!* —Se incorporó y se puso a pasear por la habitación—. Usted no comprende lo que esto significa, *mon ami*. No, ya veo que no lo comprende, porque no le he contado la historia de mi encuentro con mademoiselle Jennie. Debo ponerlo rápidamente al corriente de lo sucedido, para que lo entienda.

La idea que tiene Poirot de contar una historia rápidamente no es la misma que la de la mayoría de la gente. Para él, cada detalle cuenta, ya se trate de un incendio que ha matado a trescientas personas o de una picadura de mosquito en la barbilla de un niño. No hay manera de persuadirlo para que vaya directo al grano, de modo que me acomodé en mi asiento y dejé que contara lo ocurrido a su manera. Cuando terminó, mi sensación era la misma que habría tenido si hubiera vivido de primera mano los acontecimientos; de hecho, mi experiencia era más vívida y detallada que la correspondiente a muchos episodios de mi propia vida.

—¡Qué suceso tan extraordinario! —dije—. ¡Y la misma noche de los tres asesinatos del Bloxham! Una curiosa coincidencia.

Poirot dejó escapar un suspiro.

—No creo que sea una coincidencia, amigo mío. De vez en cuando se producen coincidencias, desde luego, pero aquí tenemos una clara conexión.

—¿Se refiere a los asesinatos, por un lado, y al miedo de esa mujer a ser asesinada, por otro?

—*Non*. Esa es una conexión, por supuesto, pero yo me refiero a algo completamente distinto. —Interrumpió sus paseos por el salón y se volvió

para mirarme a la cara—. ¿Ha dicho que en la boca de sus tres víctimas fueron hallados tres gemelos de oro, con el monograma P. I. J.?

—Así es.

—Mademoiselle Jennie lo dijo claramente: «Prométame una cosa. Si me encuentran muerta, pídale a su amigo el policía que no busque al asesino. ¡Por favor, no deje que nadie abra las bocas! Este crimen no debe resolverse nunca». ¿Qué cree que quiso decir cuando me pidió: «¡Por favor, no deje que nadie abra las bocas!»?

Me pregunté si estaría bromeando, pero no lo parecía.

—Está bastante claro, ¿no? —respondí—. Temía que la asesinaran, pero no quería que castigarán a su asesino y esperaba que nadie dijera nada que pudiera delatarlo. Está convencida de que ella es quien merece el castigo.

—Veo que se decanta por el significado más obvio a primera vista —dijo Poirot. Parecía decepcionado conmigo—. Ahora pregúntese si no habrá otro significado posible. Piense en las palabras: «Por favor, no deje que nadie abra las bocas». Y recuerde esos tres gemelos de oro suyos.

—No son míos —repliqué con contundencia, deseando que fuera posible apartar de mí el caso en ese mismo instante—. De acuerdo, ya veo adónde quiere ir a parar, pero...

—¿Qué dice que ve?

—Ya veo lo que quiere decir. Esa frase, «Por favor, no deje que nadie abra las bocas», podría interpretarse, si quisiéramos, como «Por favor, no deje que nadie les abra la boca a las tres víctimas de los asesinatos del hotel Bloxham».

Me sentí un imbécil por prestarme a poner palabras a una teoría tan peregrina.

—*Exactement!* «Por favor, no deje que nadie abra esas bocas, para que no aparezcan los gemelos de oro con las iniciales P. I. J.». ¿No es posible que fuera eso lo que quiso decir Jennie? ¿No será que estaba al tanto de los asesinatos del hotel y estaba convencida de que el asesino, fuera quien fuese, también se proponía matarla?

Sin esperar mi respuesta, Poirot prosiguió con sus elucubraciones.

—Y las letras P. I. J... La persona con esas iniciales es muy importante en esta historia, *n'est-ce pas?* Jennie lo sabe. Sabe que si usted encuentra esas letras, dispondrá de una pista para descubrir al asesino, y ella quiere evitarlo. *Alors*, amigo mío, debe atrapar a ese hombre antes de que sea demasiado tarde para Jennie, ¡porque de lo contrario yo, Hércules Poirot, jamás podría perdonármelo!

Me resultó alarmante oírlo. Sentía sobre mis hombros la enorme

responsabilidad de atrapar al asesino y no quería ser el culpable de que Poirot no pudiera perdonárselo. ¿De verdad vería él en mí a un hombre capaz de atrapar a un criminal con esa clase de mentalidad: una mente donde cabía la idea de colocar gemelos con monogramas en la boca de los muertos? Yo siempre he sido una persona sencilla y directa, y trabajo mejor cuando los casos son sencillos y directos.

—Creo que debería volver usted al hotel —dijo Poirot.

De inmediato, quería decir.

Sentí un escalofrío al recordar aquellas tres habitaciones.

—Bastará con que vaya mañana a primera hora —repliqué, haciendo un esfuerzo por evitar su mirada brillante—. Debo advertirle que no pienso hacer el ridículo mencionando a esa tal Jennie. Solo serviría para sembrar confusión. Usted ha interpretado las palabras de esa mujer de una manera y yo de otra. Su interpretación es más interesante, pero la mía tiene veinte veces más probabilidades de ser la correcta.

—No es cierto —repuso Poirot.

—Permítame que discrepe —dije yo con firmeza—. Si preguntáramos a cien personas tomadas al azar, todas me darían la razón a mí y no a usted.

—Yo también lo sospecho —suspiró Poirot—. Pero intentaré convencerlo. Hace un momento, refiriéndose a los asesinatos en el hotel, usted me ha dicho: «Cada una de las víctimas tenía algo en la boca», ¿no es así?

Convine que así era.

—No me ha dicho «en las bocas», sino «en la boca», porque es un hombre instruido y sabe cuándo ha de usar el plural y cuándo el singular. Se expresa con corrección y por eso ha dicho «en la boca». Mademoiselle Jennie es una doncella de servicio, pero tiene el vocabulario y la manera de expresarse de una señora. Refiriéndose a su muerte, a su asesinato, utilizó la palabra «inexorable». Y después me dijo: «No hay posibilidad alguna de ayuda. Y aunque la hubiera, yo tampoco la merecería». Es una mujer que habla con absoluta corrección. Por lo tanto, *mon ami* ... —Poirot se incorporó y empezó otra vez a pasear por la habitación—. Si usted está en lo cierto y Jennie dijo: «Por favor, no deje que nadie abra las bocas», en el sentido de «Por favor, no deje que nadie proporcione información a la policía», entonces ¿por qué no dijo «Por favor, no deje que nadie abra la boca»? Alguien que se expresa correctamente jamás habría dicho «las bocas» sino «la boca», ¡porque esa locución exige el singular y no el plural!

Me lo quedé mirando desde mi asiento, con el cuello dolorido, demasiado perplejo y cansado para responderle. ¿Acaso no me había dicho él mismo que Jennie estaba aterrorizada? Por mi experiencia, yo sabía perfectamente que las personas en estado de pánico no suelen ser demasiado rigurosas con la gramática.

Siempre había considerado a Poirot uno de los hombres más inteligentes que conocía, pero quizá me había equivocado. Si tenía por costumbre proferir ese tipo de insensateces, entonces no me sorprendía que hubiera creído necesario ofrecerle a su mente una cura de reposo.

—Naturalmente, ahora me dirá usted que Jennie estaba alterada y que por lo tanto no prestaba atención al lenguaje —prosiguió Poirot—. Sin embargo, le recuerdo que se expresó con absoluta corrección, salvo ese único detalle aislado... A menos que yo esté en lo cierto y usted se equivoque, porque si es así, entonces Jennie no cometió ningún error.

Entrelazó los dedos de ambas manos y pareció tan satisfecho con su anuncio, que me vi impulsado a decir con cierta brusquedad:

—¡Maravilloso, Poirot! Un hombre y dos mujeres han sido asesinados y yo tengo la responsabilidad de resolver el caso, pero gracias a usted he podido observar complacido que una tal Jennie, a quien no conozco ni deseo conocer, no ha cometido ninguna incorrección en el uso del lenguaje.

—También Poirot lo ha podido observar complacido —dijo mi amigo, que no se desalentaba fácilmente—, porque hemos hecho un pequeño progreso, un pequeño descubrimiento. *Non*. —Su sonrisa se desvaneció y su expresión se volvió más grave—. Mademoiselle Jennie no cometió ningún error. Lo que quisó decir fue: «Por favor, no deje que nadie abra las bocas de las tres víctimas de los asesinatos». ¡Que nadie abra las bocas!

—Si usted insiste —mascullé.

—Mañana, después del desayuno, volverá usted al hotel Bloxham —dijo Poirot—. Yo me reuniré allí con usted un poco más tarde, después de buscar a Jennie.

—¿En el hotel? —pregunté bastante alterado.

Varias frases de protesta se formaron en mi mente, pero sabía que jamás llegarían a oídos de Poirot. Pese a su fama como detective, sus ideas acerca del caso habían sido hasta ese momento francamente ridículas; sin embargo, si me ofrecía su compañía, yo no pensaba rechazarla. Mi amigo tenía confianza en sí mismo y yo no; a eso se reducía todo. De hecho, el interés que se estaba tomando por el caso me hacía sentirme un poco más animado.

—*Oui* —contestó—. Se han cometido tres crímenes con un elemento extremadamente inusual en común: los gemelos con monograma hallados en la boca de los cadáveres. ¡Desde luego que iré al hotel Bloxham!

—¿No habíamos quedado en que había decidido evitar todo estímulo, para así poder reposar la mente? —pregunté.

—*Oui. Précisément*. —Poirot me miró con severidad—. No me proporcionará ningún reposo quedarme aquí sentado todo el día, pensando que usted estará omitiendo toda mención a mi encuentro con mademoiselle Jennie, ¡un detalle

de la mayor importancia! Ni tampoco me brindará ningún sosiego pensar que Jennie anda por las calles de Londres, ofreciendo al asesino la oportunidad de matarla y de ponerle en la boca el cuarto gemelo.

Poirot se inclinó hacia delante en el asiento y continuó:

—Por favor, dígame que al menos se ha fijado en eso. Los gemelos se venden por pares, ¿no es así? Usted tiene tres, hallados en la boca de los muertos del hotel Bloxham. ¿No cree que el cuarto podría estar en el bolsillo del criminal, listo para ocupar la boca de mademoiselle Jennie, en cuanto haya sido asesinada?

Me temo que en ese momento me eché a reír.

—¡Poirot, eso es una tontería! Sí, es cierto, los gemelos suelen ir de dos en dos; pero la respuesta es sencilla: el asesino quería matar a tres personas, de modo que usó solamente tres gemelos. No puede invocar un cuarto gemelo imaginario para demostrar su teoría, ni mucho menos para relacionar los asesinatos del hotel con esa tal Jennie.

Noté una sombra de empecinamiento en la expresión de Poirot.

—Cuando un asesino decide utilizar de esa forma unos gemelos, *mon ami*, nos está invitando a pensar por pares. ¡Ha sido el propio asesino, y no Hércules Poirot, quien ha invocado la idea del cuarto gemelo y, por ende, de la cuarta víctima!

—Pero... ¿cómo podemos saber que no son seis las víctimas que tiene en la mira, o tal vez ocho? ¿Quién puede asegurar que no hay cinco gemelos más en el bolsillo del asesino, todos ellos con el monograma P. I. J.?

Para mi sorpresa, Poirot asintió y dijo:

—Buena observación.

—No, Poirot, no es una buena observación —repliqué yo con desánimo—. Es la primera tontería que se me ha ocurrido. Puede que a usted le hagan gracia mis ideas fantasiosas, pero le aseguro que a mis jefes de Scotland Yard, no.

—¿A sus jefes no les gusta que considere todas las posibilidades? No, por supuesto que no —se apresuró a responderse el propio Poirot—. ¡Y esos son los encargados de atrapar al asesino! ¡Ellos y usted! *Bon*. Precisamente por eso Hércules Poirot tendrá que ir mañana al hotel Bloxham.

Capítulo 3

En el hotel Bloxham

A la mañana siguiente, en el Bloxham, me encontraba en un estado de incómoda inquietud, sabiendo que Poirot podía llegar en cualquier momento, dispuesto a hacernos ver a los necios policías que nuestra manera de abordar la investigación de los tres asesinatos era una estupidez. Solo yo estaba al corriente de su posible aparición, y la perspectiva me ponía los nervios de punta. Su visita era responsabilidad mía, y temía que pudiera desmoralizar al equipo. En realidad, temía que pudiera desmoralizarme a mí. A la optimista luz de un día de febrero inusualmente despejado, y tras un sueño nocturno asombrosamente reparador, me costaba comprender por qué no le había prohibido a Poirot acercarse al Bloxham.

De todos modos, supuse que no me habría servido de nada; ni siquiera me habría escuchado.

Cuando llegó, yo estaba en el lujoso vestíbulo del hotel, hablando con un tal Luca Lazzari, gerente del establecimiento. Lazzari era un hombre amable, servicial y sorprendentemente entusiasta, de pelo negro rizado, voz cantarina y unos bigotes que de ningún modo podían compararse con los de Poirot. Se lo veía decidido a que mis colegas policías y yo disfrutáramos de nuestra estancia en el Bloxham tanto como sus huéspedes de pago, o en todo caso, tanto como aquellos de sus huéspedes que no acababan asesinados.

Se lo presenté a Poirot, que enseguida lo saludó con sequedad. Mi amigo parecía contrariado y no tardé en averiguar por qué.

—No he encontrado a Jennie —dijo—. He estado media mañana esperando en el café, pero no se ha presentado.

—¿Media mañana, Poirot? Seguro que no será tanto —le dije, conociendo su propensión a las exageraciones.

—Tampoco estaba mademoiselle Fee. Y las otras camareras no han sabido decirme nada.

—Mala suerte —respondí sin la menor sorpresa.

Ni por un momento había imaginado que Jennie fuera a volver al café. Me sentí culpable por no haberme esforzado un poco más para lograr que Poirot entrara en razón. La mujer había huido de él y del Pleasant, tras declarar que había sido un error depositar en él su confianza. ¿Cómo podía esperar que volviera al día siguiente para ponerse bajo su protección?

—¿Y bien? —Poirot me miró expectante—. ¿Qué puede contarme?

—Yo también estoy aquí para proporcionarle toda la información que necesite —intervino Lazzari, con una sonrisa resplandeciente—. Luca Lazzari, a sus órdenes. ¿Conocía ya el hotel Bloxham, monsieur Poirot?

—*Non* .

—¿No le parece magnífico? Como un palacete de la *belle époque* , ¿verdad? ¡Majestuoso! Espero que aprecie las admirables obras de arte que tenemos a nuestro alrededor.

—*Oui* . Es superior a la casa de huéspedes de la señora Blanche Unsworth, aunque la casa tiene mejores vistas —replicó Poirot con brusquedad.

Era evidente que el malhumor había calado hondo.

—¡Ah, pero tendría que conocer las vistas de mi precioso hotel! —Lazzari juntó las manos con expresión de éxtasis—. Las habitaciones que dan al jardín tienen vistas de gran belleza, y al otro lado está la maravillosa ciudad de Londres, ¡otro espectáculo espléndido! Más tarde se lo enseñaré.

—Prefiero que me enseñe las tres habitaciones donde se han cometido los asesinatos —contestó Poirot.

La réplica puso una transitoria mordaza a la sonrisa de Lazzari.

—Monsieur Poirot, le aseguro que este crimen tan horrendo (¡tres asesinatos en una sola noche, algo que hasta resulta difícil de creer!) no volverá a producirse nunca en el prestigioso hotel Bloxham, de fama mundial.

Poirot y yo intercambiamos una mirada. Lo importante en ese momento no era evitar que se repitiera, sino ocuparnos de lo que ya había ocurrido la noche anterior.

Decidí hacerme con el control de la situación e impedir que Lazzari tuviera ocasión de hablar mucho más. A Poirot ya empezaban a temblarle los bigotes de irritación.

—Las tres víctimas son la señora Harriet Sippel, la señorita Ida Gransbury y el señor Richard Negus —informé a Poirot—. Los tres eran huéspedes del hotel y cada uno de ellos era el único ocupante de su habitación.

—Veo que dice «de su habitación» y no «de sus habitaciones». Aún sabe cuándo ha de usar el plural y cuándo el singular. —Poirot se rio de su pequeña chanza y yo atribuí la rápida mejoría de su humor al hecho de que Lazzari llevara unos segundos callado—. No era mi intención interrumpirlo, Catchpool. Continúe.

—Los tres llegaron al hotel el miércoles, la víspera de los asesinatos.

—¿Llegaron juntos?

—No.

—No, nada de eso —intervino Lazzari—. Llegaron por separado, de uno en uno. Y se registraron por separado, de uno en uno.

—Y también fueron asesinados por separado, de uno en uno —dijo Poirot. Casualmente, yo estaba pensando lo mismo—. ¿Está seguro de lo que afirma? —le preguntó a Lazzari.

—No podría estar más seguro. Me lo ha dicho mi recepcionista, el señor John Goode, el hombre más digno de confianza que existe. Más tarde se lo presentaré. En el hotel Bloxham solo trabajan personas irreprochables, monsieur Poirot, y cuando mi recepcionista me dice algo, sé que puedo creerle. Aquí vienen aspirantes de todo el país y del mundo entero, deseosos de trabajar en el hotel Bloxham, pero yo solo acepto a los mejores.

Es curioso, pero no me había dado cuenta de lo mucho que había llegado a conocer a Poirot hasta ese instante, cuando noté la escasa habilidad de Lazzari en su intento de manejarlo. Si el gerente del hotel hubiera pintado un gran cartel de «sospechoso» y se lo hubiera colgado del cuello al señor John Goode, no habría logrado despertar mejor la suspicacia de Poirot hacia el recepcionista. Hércules Poirot nunca permite que nadie le dicte sus opiniones; antes prefiere creer lo opuesto de lo que le dicen, por puro afán de llevar la contraria.

—Entonces —dijo Poirot—, la coincidencia es notable, ¿verdad? Nuestras tres víctimas de asesinato, la señora Harriet Sippel, la señorita Ida Gransbury y el señor Richard Negus, llegan por separado y no parecen tener nada en común. Sin embargo, no solo coinciden en la fecha de sus respectivas muertes, que fue ayer, sino también en el día de su llegada al hotel Bloxham: el miércoles.

—¿Y eso qué tiene de notable? —objeté—. Tratándose de un hotel de estas dimensiones, seguramente el miércoles llegaron muchos huéspedes más. Me refiero a huéspedes que no han sido asesinados.

Poirot abrió tanto los ojos que por un momento pareció como si fueran a salirse de las órbitas. Yo no creía haber dicho nada particularmente escandaloso, por lo que fingí no notar su consternación y seguí exponiéndole los hechos.

—Cada una de las víctimas fue hallada dentro de su dormitorio, con la puerta cerrada con llave —expliqué, esperando que Poirot no hiciera uno de sus comentarios sobre la conveniencia de usar el singular—. El asesino cerró las tres puertas y se llevó las llaves...

—*Attendez* —me interrumpió Poirot—. Querrá decir que las llaves han desaparecido. No puede saber si el asesino se las llevó, ni si aún las conserva.

Hice una inspiración profunda.

—Sospechamos que el asesino se llevó las llaves. Hemos registrado a fondo

las habitaciones y allí no las hemos encontrado, ni tampoco en el resto del hotel.

—Es verdad. Mis excelentes empleados las han buscado y lo pueden confirmar —dijo Lazzari.

Poirot expresó entonces su deseo de registrar personalmente las tres habitaciones y Lazzari accedió con expresión de arrobada alegría, como si el detective acabara de proponerle ir a tomar el té y después a bailar.

—Puede registrar todo lo que quiera, pero no va a encontrar las llaves —le dije yo—. Es evidente que el asesino se las llevó. No sé qué habrá hecho con ellas, pero...

—Quizá se las guardó en el bolsillo del abrigo, al lado del gemelo, o de los otros tres o cinco gemelos con el mismo monograma —replicó Poirot con frialdad.

—¡Ah, ahora entiendo por qué dicen de usted que es el más espléndido de los detectives, monsieur Poirot! —exclamó Lazzari, aunque era imposible que hubiera comprendido el comentario—. ¡Dicen que tiene una mente soberbia!

—La causa de las tres muertes parece haber sido el envenenamiento —dije yo, poco propenso a detenerme demasiado en una descripción de la brillantez de Poirot—. Pensamos que ha podido ser cianuro, que en dosis suficientes actúa con gran rapidez. La autopsia nos lo dirá con seguridad, pero es casi seguro que ingirieron una bebida envenenada. En el caso de Harriet Sippel y de Ida Gransbury, la bebida fue el té. En el de Richard Negus, una copa de jerez.

—¿Cómo lo han averiguado? —preguntó Poirot—. ¿Encontraron las bebidas en las habitaciones?

—Las tazas, sí, y también la copa de Negus. De las bebidas solo quedaban unas gotas, pero es fácil distinguir el té del café. Estoy convencido de que encontraremos cianuro en esas gotas.

—¿Y la hora de los decesos?

—Según el forense, los tres fueron asesinados entre las cuatro de la tarde y las ocho y media de la noche. Por fortuna, hemos conseguido reducir el margen y centrarnos en el período comprendido entre las siete y cuarto y las ocho y diez.

—¡Ha sido una suerte, en efecto! —convino Lazzari—. Cada uno de los tres huéspedes... ejem... fallecidos... fue visto con vida a las siete y quince minutos por tres empleados de incuestionable confianza de nuestro hotel, por lo que la veracidad de sus afirmaciones queda fuera de toda duda. Yo mismo encontré a los fallecidos (¡qué tragedia tan terrible!) entre las ocho y cuarto y las ocho y veinte.

—Pero debían de estar muertos por lo menos desde las ocho y diez —le

expliqué a Poirot—, porque a esa hora fue hallada en el mostrador de la recepción la nota que anunciaba los asesinatos.

—No se precipite, por favor —dijo Poirot—. Ya hablaremos de esa nota a su debido tiempo. Dígame una cosa, monsieur Lazzari: ¿de verdad es posible que un único empleado del hotel haya visto con vida a cada una de las tres víctimas exactamente a las siete y cuarto?

—Sí —dijo Lazzari, asintiendo con brío—. Es muy posible y muy cierto. Los tres huéspedes habían pedido que les subieran la cena a sus respectivas habitaciones a las siete y cuarto, y sus deseos fueron satisfechos con escrupulosa puntualidad. Es nuestra manera de trabajar en el hotel Bloxham.

Poirot se volvió hacia mí.

—Otra coincidencia *gigantesque* —comentó—. Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus llegan al hotel el mismo día, la víspera de ser asesinados. Al día siguiente, el de su asesinato, los tres piden cenar en su habitación exactamente a las siete y cuarto. ¿No le parece muy poco probable?

—Poirot, no tiene sentido debatir el grado de probabilidad de un hecho que sabemos que sucedió.

—*Non*. Pero tiene sentido asegurarnos de que sucedió tal como nos lo han contado. Monsieur Lazzari, estoy seguro de que habrá en su hotel por lo menos un salón de grandes dimensiones. Reúna por favor a todos sus empleados allí, para que pueda hablar con ellos a la mayor brevedad. Mientras usted se ocupa de este asunto, el señor Catchpool y yo comenzaremos la inspección de las habitaciones de las tres víctimas.

—Sí, y será mejor que nos demos prisa, antes de que vengan a levantar los cadáveres —dije yo—. En circunstancias normales, ya se los habrían llevado.

No mencioné que el retraso se debía, en ese caso, a mi negligencia en el desempeño de mis obligaciones. La noche anterior, en mi precipitación por poner distancia entre el hotel Bloxham y mi persona, y en mi afán por dirigir mis pensamientos hacia cualquier cosa más agradable que los tres asesinatos, había descuidado los arreglos necesarios.

Esperaba que Poirot se comportara con menos frialdad cuando Lazzari se hubiera marchado, pero su actitud severa no experimentó ningún cambio. Me di cuenta de que quizá fuera esa su forma habitual de trabajar, lo que no dejaba de tener sus bemoles, ya que el trabajo era mío y no suyo, y su actitud no contribuía precisamente a levantarme el ánimo.

Yo disponía de una llave maestra y con ella fuimos a visitar las tres habitaciones, una a una. Mientras esperábamos a que se abrieran las ornamentadas puertas doradas del ascensor, Poirot me dijo:

—Espero que al menos estemos de acuerdo en una cosa: las afirmaciones de monsieur Lazzari respecto a los empleados del hotel no son fiables. Se refiere

a ellos como si estuvieran por encima de toda sospecha, cuando en realidad no es así, porque ayer estaban aquí cuando se cometieron los asesinatos. La lealtad de monsieur Lazzari es loable, pero su ingenuidad también es enorme si piensa que todo el personal del hotel Bloxham está formado por *des anges*.

Había algo que me incomodaba y decidí hablar al respecto:

—Espero que no me considere un ingenuo a mí también. Lo que dije antes acerca de la cantidad de huéspedes que pudieron llegar al hotel el miércoles... fue una simpleza. Los huéspedes que llegaron el miércoles y no fueron asesinados el jueves son irrelevantes para el caso, ¿verdad? El hecho de que cualquier número de huéspedes sin relación aparente entre sí llegue al hotel en un mismo día solo es una coincidencia digna de mención si todos ellos son asesinados en una misma noche.

—*Oui*. —Poirot me sonrió con verdadera simpatía mientras entrábamos en el ascensor—. Acaba de devolverme la fe en su agudeza mental, amigo mío. Y pone el dedo en la llaga cuando dice «sin relación aparente». Las tres víctimas están relacionadas. Podría jurarlo ahora mismo. No han sido seleccionadas al azar entre los huéspedes del hotel. Las tres han sido asesinadas por una razón, que seguramente guarda relación con las iniciales P. I. J. Y por esa razón vinieron las tres víctimas al hotel el mismo día.

—Es casi como si hubieran recibido una invitación a su propia muerte —dije yo con una sonrisa—. La invitación decía así: «Preséntese por favor un día antes, para poder dedicar enteramente la jornada del jueves a su asesinato».

Quizá fuera una bajeza bromear al respecto, pero tengo la mala costumbre de hacer bromas cuando me siento desanimado. A veces, de ese modo, consigo convencerme de que todo va bien. Pero en esa ocasión no funcionó.

—«Dedicar enteramente...» —murmuró Poirot—. Sí, es una idea, *mon ami*. Ya sé que no lo ha dicho en serio, pero acaba de decir algo muy interesante.

Yo no estaba de acuerdo. Era una broma estúpida y nada más. Poirot parecía empeñado en aplaudir mis ideas más absurdas.

—Uno, dos, tres —dijo, mientras el ascensor subía—. Harriet Sippel, habitación 121. Richard Negus, habitación 238. Ida Gransbury, habitación 317. El hotel también tiene una cuarta y una quinta planta, pero nuestras tres víctimas de asesinato estaban alojadas en plantas consecutivas: la primera, la segunda y la tercera. Muy pulcro y ordenado.

Poirot solía apreciar la pulcritud, pero en este caso parecía preocupado.

Examinamos las tres habitaciones, que eran idénticas prácticamente en todos los aspectos. En las tres había una cama, armarios, un lavamanos con un vaso invertido en una esquina, varios sillones, una mesa baja, un escritorio, una chimenea revestida de baldosas, un radiador, una mesa grande junto a la ventana, una maleta, prendas de vestir, efectos personales y un cadáver.

La puerta de cada habitación se cerró con un golpe seco y yo quedé atrapado en su interior...

«Cógele la mano, Edward».

No conseguí reunir las fuerzas necesarias para observar de cerca los cadáveres. Los tres yacían boca arriba, con el cuerpo en línea perfectamente recta, los brazos a los costados y los pies apuntando a la puerta. Formalmente dispuestos.

(El solo hecho de escribir estas palabras para describir la postura de los cadáveres me produce una sensación intolerable. ¿Acaso es sorprendente que no lograra mirar de cerca las caras de las tres víctimas más allá de unos pocos segundos? El tono azulado de la piel, las lenguas pesadas e inertes, los labios marchitos... Pero habría preferido estudiar aquellos rostros en detalle antes que contemplar las manos exangües, y habría dado cualquier cosa por evitar preguntarme lo que me estaba preguntando: ¿habrían querido Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus que alguien los cogiera de la mano cuando estuvieran muertos o por el contrario les habría horrorizado la idea? Por desgracia, la mente humana es un órgano perverso e incontrolable, y la consideración de ese asunto me afligía en gran medida).

Arreglar formalmente a los muertos...

Una idea me sacudió. De pronto comprendí por qué me parecían tan grotescos los tres escenarios del crimen: los tres cuerpos estaban dispuestos tal como habría colocado un médico a sus pacientes fallecidos, después de atenderlos durante meses en su enfermedad. Los cadáveres de Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus habían sido dispuestos con meticuloso cuidado, o al menos así me lo parecía. El asesino los había atendido después de su muerte y eso volvía aún más escalofriante el hecho de que los hubiera matado a sangre fría.

En cuanto concebí esa idea, supe que estaba equivocado. Nadie había cuidado a los cadáveres, ni mucho menos. Estaba confundiendo el presente con el pasado, y mezclando los sucesos del Bloxham con mis desdichados recuerdos de infancia. Me obligué a pensar únicamente en aquello que tenía delante y en nada más. Intenté ver a través de los ojos de Poirot, sin la distorsión de mi propia experiencia.

Cada una de las víctimas asesinadas yacía entre un sillón orejero y una mesa baja. Sobre las mesas había dos tazas con sus platillos (las de Ida Gransbury y Harriet Sippel) y una copa de jerez (la de Richard Negus). En la habitación de Ida Gransbury, la 317, había una bandeja cargada de platos vacíos y otro juego de taza y platillo, sobre la mesa grande, junto a la ventana. También esa taza estaba vacía. En los platos no había nada, excepto unas migajas.

—¡Ajá! —dijo Poirot—. De modo que en esta habitación tenemos dos tazas y varios platos... Con toda seguridad, la señorita Ida Gransbury cenó acompañada. Tal vez la acompañó el asesino. Pero ¿por qué sigue esta bandeja aquí, mientras que las de Harriet Sippel y Richard Negus han sido

retiradas?

—Quizá no pidieron nada de comer —sugerí—. Es posible que solo quisieran una bebida (el té y el jerez) y que no quedara ninguna bandeja en sus habitaciones. Otra particularidad es que Ida Gransbury trajo el doble de ropa que los otros dos. —Señalé con un gesto el armario, que contenía una cantidad impresionante de vestidos—. Eche un vistazo: no hay espacio ni para guardar unas enaguas, por la cantidad de prendas que había. Quería asegurarse de ir bien arreglada, desde luego.

—Tiene razón —dijo Poirot—. Lazzari ha dicho que los tres pidieron la cena, pero debemos comprobar cuál fue exactamente el pedido de cada habitación. No habría cometido el error de conformarme con una suposición de no haber sido porque Jennie ocupa mis pensamientos. Jennie, cuyo paradero desconocemos y cuya edad debe de ser más o menos la misma que la de los tres que tenemos aquí: entre cuarenta y cuarenta y cinco años, según creo.

Mientras Poirot se ocupaba de inspeccionar las bocas y los gemelos, yo le daba la espalda; mientras hacía sus observaciones y emitía exclamaciones diversas, yo fijaba la vista en la chimenea o miraba por la ventana, intentando no pensar en manos que nadie cogería nunca más y repasando mentalmente mi crucigrama y sus posibles errores. Llevaba varias semanas tratando de componer un crucigrama lo bastante bueno para que un periódico considerara su publicación, pero no había tenido éxito.

Tras inspeccionar las tres habitaciones, Poirot insistió en que regresáramos a la del segundo piso: la de Richard Negus, la número 238. Me pregunté si me resultaría más fácil si las visitaba muchas veces. Hasta ese momento, todo hacía pensar que no. Entrar una vez más en la habitación de Negus fue como obligar a mi corazón a escalar la más peligrosa de las montañas, seguro de quedar varado en cuanto llegara a la cumbre.

Poirot, desconocedor de mi consternación, que yo lograba disimular eficazmente, creo, se situó en medio de la habitación y dijo:

—*Bon*. Esta es la que se diferencia más de las otras, *n'est-ce pas*? Es cierto que la de Ida Gransbury tiene la bandeja y una taza más de té, pero aquí tenemos la copa de jerez en lugar de la taza y una ventana abierta de par en par, mientras que en las otras dos habitaciones todas las ventanas están cerradas. En la habitación del señor Negus hace un frío insoportable.

—Así estaba cuando el señor Lazzari entró y encontró muerto a Negus —dije—. Nadie ha cambiado nada.

Poirot se acercó a la ventana abierta.

—Estas son las vistas espléndidas que monsieur Lazzari me propuso enseñarme: los jardines del hotel. Tanto Harriet Sippel como Ida Gransbury se alojaban al otro lado, con vistas «a la maravillosa ciudad de Londres». ¿Ve esos árboles, Catchpool?

Le contesté que sí, preguntándome si me tomaría por un completo idiota. ¿Cómo no iba a ver los árboles, si estaban justo al otro lado de la ventana?

—Otra diferencia aquí es la posición del gemelo —prosiguió Poirot—. ¿Lo ha notado? Tanto Harriet Sippel como Ida Gransbury tienen el gemelo ligeramente asomado entre los labios, mientras que Richard Negus lo tiene mucho más atrás, casi en la garganta.

Abrí la boca para debatir ese punto y volví a cerrarla enseguida, pero ya era tarde. Poirot había notado la duda en mis ojos.

—¿Qué iba a decir? —me preguntó.

—Creo que se pierde usted en excesivas sutilezas —respondí—. Las tres víctimas tienen un gemelo en la boca con un monograma y con las mismas iniciales: P. I. J. Eso es un elemento común y no una diferencia. Da igual que el gemelo esté más cerca de un diente que de otro.

—¡Pero la diferencia es enorme! ¡Los labios y la entrada de la garganta no son lo mismo! —Poirot se me acercó hasta situarse justo delante de mí—. Catchpool, recuerde muy bien lo que voy a decirle. Cuando tres asesinatos son casi idénticos, las diferencias más nimias revisten la mayor importancia.

¿Se suponía que debía recordar sus sabias palabras aunque no estuviera de acuerdo con ellas? Pero Poirot puede estar tranquilo. Recuerdo prácticamente cada una de las palabras que dice en mi presencia, y las que recuerdo mejor son las que más me irritan.

—Los tres gemelos estaban en la boca de las víctimas —repetí con firme obstinación—. Eso es suficiente para mí.

—Ya lo veo —replicó Poirot decepcionado—. Para usted es suficiente, sí, y también lo será para cien personas tomadas al azar, y también, desde luego, para sus jefes de Scotland Yard. ¡Pero es insuficiente para Hércules Poirot!

Tuve que hacer un esfuerzo para recordar que no se refería a mí personalmente, sino a su definición de lo que podíamos considerar similar o diferente.

—¿Qué me dice de la ventana abierta, cuando las de las otras dos habitaciones están cerradas? —preguntó—. ¿Le parece esa una diferencia digna de mención?

—No creo que sea relevante —contesté—. Puede que el propio Richard Negus abriera la ventana y que el asesino no tuviera motivo para cerrarla. Usted mismo lo ha dicho en más de una ocasión, Poirot: los ingleses abrimos las ventanas en lo más crudo del invierno, porque pensamos que es bueno para nuestro carácter.

—*Mon ami* —dijo Poirot con paciencia—, piense un poco. Es imposible que estas personas ingirieran el veneno, se cayeran de los sillones y aterrizaran

de forma natural boca arriba en el suelo, con los brazos estirados a los lados del cuerpo y los dedos de los pies apuntando a la puerta. No pudo suceder así. ¿Por qué no dio ninguno de ellos un par de pasos tambaleantes por la habitación, antes de caer? ¿Por qué no cayó ninguno al otro lado del sillón? No, amigo mío. El asesino arregló los cuerpos, para que los tres quedaran en la misma posición, a igual distancia del sillón y de la mesita. Ahora bien, si el asesino se tomó el trabajo de ordenar la escena de sus tres crímenes para que los tres tuvieran exactamente el mismo aspecto, ¿por qué no cerró la ventana que tal vez hubiera abierto Richard Negus, como usted ha dicho? ¿Por qué no la cerró el asesino, para que el aspecto de esta habitación coincidiera con el de las otras dos?

No tuve más remedio que considerar el argumento. Poirot tenía razón: los cuerpos habían sido dispuestos de forma deliberada. El asesino debió de proponerse que los tres tuvieran el mismo aspecto.

Arreglar a los muertos...

—Supongo que todo depende del marco que el asesino quisiera poner a la escena del crimen —dije de manera atropellada, mientras mi mente intentaba arrastrarme una vez más a la habitación más oscura de mi infancia—. Todo depende de que el marco llegara hasta la ventana.

—¿Marco?

—Sí. No me refiero a un marco físico, sino imaginario. Quizá nuestro asesino enmarcó su creación dentro de unos límites que no llegaban a esa ventana. —Eché a andar en torno al cadáver de Richard Negus, girando cuando me pareció necesario—. ¿Lo ve? Acabo de trazar un pequeño marco en torno a Negus y he dejado fuera la ventana.

Poirot pareció querer disimular la sonrisa debajo de los bigotes.

—Un marco imaginario alrededor de la víctima. Sí, ya veo lo que quiere decir. ¿Dónde empieza y dónde acaba la escena de un crimen? Esa es la pregunta. ¿Puede ser más pequeña que la habitación que la contiene? ¡Un tema fascinante para los filósofos!

—Gracias.

—*Pas du tout*. Catchpool, ¿podría decirme qué cree que sucedió en el hotel Bloxham ayer por la noche? Dejemos a un lado el móvil, por el momento. Dígame lo que cree que hizo el asesino: lo primero, lo siguiente y así sucesivamente.

—No tengo ni idea.

—Intente tener alguna, Catchpool.

—Bueno... Supongo que el asesino llega al hotel, con los gemelos en los bolsillos, y visita las habitaciones, una tras otra. Probablemente empieza por

la habitación de Ida Gransbury, la 317, lo mismo que nosotros, y desde allí va bajando, para poder salir del hotel con relativa rapidez tras matar a su última víctima, Harriet Sippel, alojada en la habitación 121, en el primer piso. Desde allí, solo tiene que bajar un piso para huir.

—¿Y qué cree que hace en cada una de las tres habitaciones?

Suspiré.

—Ya conoce la respuesta. Comete el asesinato y coloca el cadáver en el suelo. Después mete un gemelo en la boca de la víctima, cierra la puerta con llave y se marcha.

—¿Y en cada habitación le permiten entrar sin más? ¿En todas ellas lo está esperando una de sus víctimas, con una bebida idónea para echar el veneno, una bebida que el personal del hotel le ha servido exactamente a las siete y cuarto? ¿Se sitúa después junto a su víctima, la observa mientras ingiere la bebida y se queda un rato más, esperando a que muera? ¿Se toma su tiempo para cenar con una de ellas, Ida Gransbury, que ha tenido la amabilidad de pedir un té para él? ¿Visita todas esas habitaciones, comete todos esos asesinatos y mete los gemelos en la boca de los tres cadáveres, que además ha colocado deliberadamente con el cuerpo en línea recta y los pies apuntando a la puerta, y consigue hacerlo todo entre las siete y cuarto y las ocho y diez? Parece muy poco probable, amigo mío. Francamente improbable.

—En efecto, lo parece. ¿Tiene alguna idea mejor, Poirot? Para eso ha venido, ¿no? Para tener mejores ideas que yo. ¡Adelante! Empezé cuando quiera.

Antes de terminar la frase, ya estaba lamentando mi estallido nervioso.

—Hace tiempo que he empezado —dijo Poirot, que por fortuna no se ofendió—. Dijo usted que el asesino dejó una nota en el mostrador de la recepción, en la que informaba de sus crímenes. Enséñemela.

La saqué del bolsillo y se le tendí. John Goode, la perfección en forma de empleado de hotel según Lazzari, la había encontrado en el mostrador de la recepción a las ocho y diez. Decía lo siguiente:

QUE NUNCA JAMÁS DESCANSEN EN PAZ. 121. 238. 317.

—Esto significa que el asesino, o un cómplice suyo, tuvo el descaro de acercarse al mostrador (el mostrador principal del vestíbulo del hotel) con una nota que lo habría incriminado si alguien lo hubiese visto dejarla —comentó Poirot—. Es audaz. Confiado. No se esfumó en las sombras, ni huyó por la puerta trasera.

—Cuando Lazzari leyó la nota, fue a inspeccionar las tres habitaciones y encontró los cadáveres —dije yo—. Después recorrió el resto de las habitaciones del hotel, como él mismo me dijo lleno de orgullo, y por fortuna no halló ningún otro fiambre.

Sabía que no era correcto decir vulgaridades, pero por alguna causa me hacían sentir mejor. Si Poirot hubiera sido inglés como yo, probablemente me habría controlado un poco más.

—¿Y no se le ocurrió a monsieur Lazzari que uno de sus huéspedes aún con vida podía ser el asesino? *Non*. No se le ocurrió. ¡Cualquier persona que escoja el hotel Bloxham para alojarse es un ejemplo de virtud y de integridad moral!

Tosí e incliné la cabeza hacia la puerta. Poirot se volvió y vio a Lazzari, que se había acercado a la habitación y estaba en el pasillo. Parecía radiante de felicidad.

—¡Qué gran verdad acaba de decir, monsieur Poirot! —exclamó.

—Todas y cada una de las personas que hayan estado el jueves en este hotel deben hablar con el señor Catchpool y explicarle sus movimientos —le dijo Poirot con expresión severa—. Todos los huéspedes y todos los empleados del hotel. Todos sin excepción.

—Con el mayor placer. Puede hablar usted con quien quiera, señor Catchpool. —Lazzari hizo una reverencia—. Nuestro comedor quedará muy pronto a su disposición, en cuanto hayamos levantado toda la... ¿cómo dicen ustedes?, ¡ah, sí!, en cuanto hayamos levantado toda la «parafernalia» del desayuno y hayamos reunido al personal.

—*Merci*. Mientras tanto, registraré a fondo las tres habitaciones —dijo Poirot.

Para mí fue una sorpresa, porque pensaba precisamente que acabábamos de registrarlas.

—Catchpool —añadió—, averigüe las direcciones de Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus. Investigue qué empleado del hotel los atendió, qué platos y bebidas pidieron para cenar en sus habitaciones y cuándo los pidieron. ¡Ah, y también quién los retiró!

Empecé a desplazarme hacia la puerta, temiendo que Poirot no dejara de añadir tareas a la lista de mis obligaciones.

Pero él no se interrumpió:

—Averigüe si en el hotel se aloja una persona llamada Jennie, o si alguna de las empleadas tiene ese nombre.

—En el Bloxham no hay ninguna empleada llamada Jennie, monsieur Poirot —dijo Lazzari—. En lugar de preguntárselo al señor Catchpool, debería habérmelo preguntado a mí. Yo conozco a todos mis empleados. ¡Somos una familia grande y feliz, aquí en el hotel Bloxham!

Capítulo 4

El marco se ensancha

A veces, cuando recordamos algo que dijo una persona meses e incluso años atrás, todavía nos cuesta reprimir la risa. A mí me pasa cuando recuerdo lo que dijo Poirot en algún momento de aquel día:

—Es muy difícil, hasta para el más ingenioso de los detectives, saber qué hacer para quitarse de encima al signor Lazzari. Cuando los elogios a su hotel no le parecen suficientes, se queda para añadir unos cuantos de su cosecha; cuando son exagerados, se queda para escucharlos.

Pero los esfuerzos de Poirot dieron sus frutos, y finalmente pudo persuadir a Lazzari para que se largara y lo dejara examinar en paz la habitación 238. Se dirigió entonces a la puerta que el gerente del hotel había dejado abierta, la cerró y suspiró aliviado. ¡Cuánto más fácil era pensar con claridad, sin la confusión de varias voces hablando a la vez!

Se encaminó directamente hacia la ventana. «Una ventana abierta», pensó, mientras miraba hacia afuera. Tal vez el asesino la hubiera abierto para escapar, después de matar a Richard Negus. Quizá hubiera bajado por el árbol.

Pero ¿por qué escapar así? ¿No habría sido mejor salir de la habitación de la manera habitual, por el pasillo? Tal vez el asesino había oído voces fuera de la habitación de Negus y no había querido arriesgarse a ser visto. Sí, era una posibilidad. Sin embargo, había corrido ese riesgo al acercarse al mostrador de la recepción para dejar la nota en la que anunciaba sus tres crímenes. Y no solo el de ser visto, sino el de ser descubierto en el acto de entregar una prueba inculpativa.

Poirot bajó la vista y miró el cadáver en el suelo. No había ningún brillo metálico entre sus labios. De las tres víctimas, Richard Negus era el único con el gemelo en el fondo de la boca. Era una anomalía. Había demasiadas anomalías en esa habitación. Por eso Poirot había decidido registrarla en primer lugar. Le parecía... Sí, no había razón para negarlo: le parecía sospechosa. De las tres habitaciones, era la que menos le gustaba. Había en ella cierta desorganización y hasta un punto de rebeldía.

Se situó junto al cuerpo de Negus y frunció el ceño. Incluso para sus rigurosos criterios, una ventana abierta no era motivo suficiente para considerar caótica una habitación. Entonces ¿qué le producía esa impresión? Miró a su alrededor, volviéndose sobre sí mismo en un lento círculo. No. Debía de estar equivocado. Hércules Poirot no se equivocaba a menudo, pero muy de vez en cuando podía confundirse y esa debía de ser una de esas raras ocasiones, porque la habitación 238 era de una pulcritud incuestionable. No

había desorden, ni suciedad. Estaba tan limpia y ordenada como las habitaciones de Ida Gransbury y Harriet Sippel.

«Cerraré la ventana, a ver si noto algún cambio», se dijo Poirot.

Así lo hizo, y volvió a contemplar el territorio. Seguía habiendo algo que no cuadraba. La habitación 238 no le gustaba. Se habría sentido muy incómodo si hubiera llegado al hotel Bloxham y lo hubieran conducido a esa...

De pronto, el problema le saltó a la vista, poniendo un abrupto punto final a sus cavilaciones. ¡La chimenea! Una de las baldosas estaba torcida. No iba alineada con las demás; sobresalía un poco. Una baldosa floja. Poirot jamás habría podido dormir con un desperfecto semejante en su habitación. Se volvió hacia el cadáver de Richard Negus.

—Si me encontrara en su estado, *oui* —le dijo al muerto—; pero de lo contrario, *jamais de la vie!*

Su único propósito cuando se agachó para tocar la baldosa había sido enderezarla y empujarla un poco, para alinearla con las demás. Quería ahorrar a los futuros huéspedes el tormento de notar un fallo en la habitación y no poder localizarlo. ¡Qué gran servicio para ellos! ¡Y para el signor Lazzari, por supuesto!

Sin embargo, cuando la tocó, la baldosa se desprendió limpiamente y, con ella, cayó otra cosa: una llave con el número 238 grabado.

—*Sacré tonnerre!* —murmuró Poirot—. Parece que, después de todo, el minucioso registro no lo ha sido tanto.

Volvió a colocar la llave donde la había encontrado y procedió a inspeccionar el resto de la habitación, centímetro a centímetro. No halló nada de interés, de modo que prosiguió con el registro de la habitación 317 y de la 121, que fue donde lo encontré cuando volví de mis recados, trayendo a mi vez interesantes novedades.

Siendo Poirot como es, no me dejó hablar, para contarme la noticia del hallazgo de la llave antes de que yo tuviera ocasión de abrir la boca. Supongo que en Bélgica no se considerará una falta de educación alardear sin límite de los propios éxitos. Parecía a punto de reventar de orgullo.

—¿Entiende lo que esto significa, *mon ami*? La ventana no estaba abierta porque Richard Negus la dejase así. ¡Alguien la abrió después de su muerte! Tras cerrar con llave la habitación 238 desde dentro, el asesino tenía que huir, y para ello utilizó el árbol que hay junto a la ventana, después de esconder la llave detrás de una baldosa floja de la chimenea. Quizá el propio Negus la aflojó.

—¿Qué le impedía guardarse la llave en el bolsillo, llevársela y salir de la habitación de la manera habitual? —pregunté.

—Eso mismo me he estado preguntando yo... y todavía no he podido dar con la respuesta —dijo Poirot—. He comprobado que no hay ninguna llave oculta en esta habitación, la 121, ni tampoco en la 317. El asesino debió de llevar encima dos llaves cuando salió del hotel Bloxham. ¿Por qué no una tercera? ¿Por qué trató de forma diferente a Richard Negus?

—No tengo ni la más remota idea —respondí—. Pero escuche, he estado hablando con John Goode, el recepcionista...

—El más íntegro de los recepcionistas —me corrigió Poirot con un guiño.

—El mismo. Íntegro o no, lo cierto es que ha resultado de mucho provecho para nosotros como fuente de información. Tenía usted razón: las tres víctimas están relacionadas. He visto sus direcciones. Tanto Harriet Sippel como Ida Gransbury vivían en un lugar llamado Great Holling, en Culver Valley.

—*Bon*. ¿Y Richard Negus?

—Él no. Negus estaba domiciliado en Devon, en una localidad llamada Beaworthy. Pero también está relacionado. Fue él quien reservó las tres habitaciones, la de Ida, la de Harriet y la suya, y las pagó por adelantado.

—¡Ah! Muy interesante... —murmuró Poirot, acariciándose los bigotes.

—Y un poco desconcertante, si me permite que se lo diga —comenté—. Hay una cosa que me intriga en particular. Si iban a venir a Londres el mismo día, desde el mismo pueblo, ¿por qué no viajaron juntas Harriet Sippel e Ida Gransbury? ¿Por qué no llegaron al mismo tiempo? Se lo pregunté varias veces a John Goode, pero él está absolutamente seguro: Harriet llegó el miércoles, dos horas antes que Ida. Dos horas de reloj.

—¿Y Richard Negus?

Decidí presentarle a partir de entonces todos los detalles relativos a Richard Negus en primer lugar, para no tener que oírlo repetir: «¿Y Richard Negus? ¿Y Richard Negus?».

—Llegó una hora antes que Harriet Sippel. Fue el primero de los tres, pero no lo atendió John Goode, sino un ayudante de recepción, un tal Thomas Brignell. También descubrí que nuestras tres víctimas viajaron a Londres en tren, y no en coche. No estoy seguro de que le interese saber ese dato, pero...

—Yo necesito saberlo todo —replicó Poirot.

Sus evidentes deseos de ponerse al mando y de hacer suya la investigación me irritaban y a la vez me proporcionaban confianza.

—El Bloxham dispone de coches para recoger a sus huéspedes en la estación —le dije—. El servicio no es barato, pero el hotel lo organiza con mucho gusto. Hace tres semanas, Richard Negus le pidió a John Goode que hiciera los

arreglos necesarios para recogerlos a todos ellos en la estación: a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a él mismo. Por separado: un coche para cada uno. Negus lo pagó todo por adelantado: las habitaciones y los coches.

—Me pregunto si sería un hombre adinerado —reflexionó Poirot en voz alta—. Con frecuencia, el móvil de un asesinato es el dinero. ¿Qué piensa, Catchpool, ahora que sabemos un poco más?

—Bueno... —Decidí arriesgar una hipótesis, ya que me lo había preguntado. Poirot me había instado a considerar todo lo posible, de modo que me dispuse a formular una teoría, utilizando los datos conocidos como punto de partida—. Richard Negus tenía que saberlo todo acerca de las tres llegadas al hotel, puesto que reservó y pagó las habitaciones; pero quizá Harriet Sippel no sabía que Ida Gransbury iba a venir al Bloxham, y tal vez Ida tampoco sabía que iba a venir Harriet.

—*Oui, c'est possible*.

Animado, proseguí:

—A lo mejor era esencial para los planes del asesino que tanto Ida como Harriet ignoraran la presencia de la otra en el hotel. Pero si ambas la ignoraban, y si Richard Negus, por su parte, sabía que las dos mujeres y él mismo se alojarían en el Bloxham...

Me interrumpí, sintiendo que mi manantial de ideas se había agotado.

Poirot tomó el relevo:

—Veo que nuestras especulaciones siguen caminos similares, amigo mío. ¿Fue Richard Negus cómplice involuntario de su propio asesino? Quizá el criminal lo convenció para que trajera a sus víctimas al hotel Bloxham, supuestamente por otra razón, aunque desde el principio tenía planeado matarlos a los tres. La pregunta es la siguiente: ¿era vital por alguna razón que Ida y Harriet ignoraran la presencia de la otra en el hotel? Y de ser así, ¿para quién era importante? ¿Para Richard Negus, para el asesino o para ambos?

—¿Quizá Richard Negus tenía un plan y el asesino, otro?

—Puede ser —respondió Poirot—. Ahora tenemos que averiguar todo lo que podamos acerca de Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus. ¿Quiénes eran y dónde vivían? ¿Qué esperanzas tenían, qué rencores, qué secretos...? En el pueblo de Great Holling buscaremos nuestras respuestas. Quizá encontremos también a Jennie... y a P. I. J., *le mystérieux*!

—No hay nadie entre los huéspedes del hotel que se llame Jennie. Ni hoy, ni ayer por la noche. Lo he comprobado.

—No me sorprende. Fee Spring, la camarera del café Pleasant, me dijo que Jennie vivía en una casa «en la otra punta de la ciudad». Eso significa que vive en Londres y no en Devon, ni tampoco en Culver Valley. Jennie no

necesita alojarse en el hotel Bloxham, si vive «en la otra punta de la ciudad».

—A propósito de Devon, he de informarle que Henry Negus, hermano de Richard, viene en este momento hacia aquí. Richard Negus vivía con Henry y su familia. Y he reunido a algunos de mis mejores hombres para que interroguen a los huéspedes del hotel.

—Es usted muy eficiente, Catchpool —comentó Poirot, mientras me daba unas palmaditas en el brazo.

Me sentí obligado a revelar mi único fracaso.

—El asunto de las cenas en las habitaciones está resultando peliagudo —le dije—. No he podido encontrar a nadie que haya tomado personalmente los pedidos o haya subido las bandejas a las habitaciones. Parece haber cierta confusión.

—No se preocupe —replicó Poirot—. Haré las averiguaciones necesarias cuando estemos todos reunidos en el comedor. Mientras tanto, ¿qué le parece si damos un paseo por los jardines del hotel? A veces, una caminata ligera es suficiente para hacer aflorar una nueva idea a la superficie de nuestros pensamientos.

En cuanto salimos, Poirot empezó a quejarse del tiempo, que parecía haber empeorado repentinamente.

—¿Quiere que entremos? —sugerí.

—No, no. Todavía no. El cambio de ambiente es bueno para la materia gris y puede que los árboles nos resguarden un poco del viento. No me disgusta el frío, pero existe un frío bueno y un frío malo, y le aseguro que este de hoy es el malo.

Nos detuvimos al llegar a la entrada de los jardines del Bloxham. Luca Lazzari no había exagerado al hablar de su belleza. Eso pensé cuando vi las hileras de tilos perfectamente trenzados entre sí y, al fondo, las obras más artísticas de poda ornamental que hubiera visto nunca en Londres. No era una simple domesticación de la naturaleza, sino su más completa y asombrosa subyugación. Incluso bajo el viento frío, resultaba excepcionalmente agradable a la vista.

—¿Y bien? —le pregunté a Poirot—. ¿Entramos o no?

Pensé que sería muy gratificante pasear entre los árboles por los verdes senderos, rectos como una vía romana.

—No sé —respondió Poirot frunciendo el ceño—. Este tiempo... —añadió con un estremecimiento.

—... será el mismo aquí que en los jardines —completé yo su frase con cierta impaciencia—. Hay solamente dos sitios donde podamos estar, Poirot: dentro

del hotel o fuera. ¿Cuál prefiere?

—¡Tengo una idea mejor! —anunció en tono triunfal—. ¡Cogeremos un autobús!

—¿Un autobús? ¿Adónde?

—¡A cualquier lugar! ¡A ninguno! ¿Qué más da? Nos apearemos al cabo de un momento y cogeremos otro para regresar. ¡De ese modo podremos disfrutar del cambio de ambiente sin sufrir el frío! ¡Venga! Miraremos la ciudad por las ventanas del autobús. ¿Quién sabe lo que podremos descubrir?

Se puso en marcha con paso firme.

Yo lo seguí, negando con la cabeza.

—Está pensando en Jennie, ¿verdad? —dije—. Es poco probable que la veamos...

—Más probable que si nos quedamos aquí, mirando la hierba y las ramas de los árboles —replicó Poirot con un punto de ferocidad en la mirada.

Diez minutos después, estábamos dando tumbos en el interior de un autobús con los cristales tan empañados que resultaba imposible distinguir lo más mínimo a través de las ventanas. Secarlas con un pañuelo no sirvió de nada.

Intenté que Poirot entrara en razón.

—A propósito de Jennie... —empecé.

—*Oui?*

—Es posible que corra peligro, sí, pero realmente no tiene nada que ver con nuestro caso en el Bloxham. No hay ninguna prueba de que exista una conexión entre los dos asuntos. Ninguna.

—Discrepo, amigo mío —replicó Poirot con tristeza en la voz—. Estoy más convencido que nunca de que hay una relación.

—¿De verdad? ¡Diantre, Poirot! ¿Y por qué?

—Porque las dos... hum... situaciones tienen en común dos rasgos sumamente inusuales.

—¿Y cuáles son esos dos rasgos?

—Ya los descubriré, Catchpool. Le aseguro que no puede dejar de notarlos, si repasa con la mente abierta lo que ya sabe.

En el asiento de atrás, una madre ya anciana y su hija de mediana edad discutían sobre la diferencia entre un pastel simplemente bueno y otro

excelente.

—¿Lo oye, Catchpool? —me susurró Poirot—. *La différence!* No debemos prestar atención a las similitudes, sino a las diferencias. Ahí encontraremos las pistas que nos conduzcan a nuestro asesino.

—¿Qué diferencias? —pregunté.

—Las que hay entre dos de los asesinatos del hotel y el tercero. ¿Por qué difieren tanto los detalles circunstanciales en el caso de Richard Negus? ¿Por qué el asesino cerró la puerta desde dentro de la habitación y no lo hizo desde fuera? ¿Por qué escondió la llave detrás de la baldosa floja de la chimenea, en lugar de llevársela? ¿Por qué se marchó por la ventana y bajó por el árbol, en vez de salir por el pasillo de la manera habitual? Al principio pensé que tal vez oyó voces en el pasillo y no quiso arriesgarse a ser visto mientras salía de la habitación del señor Negus.

—Parece razonable —dije yo.

—*Non*. No creo que fuera la razón.

—Ah. ¿Y por qué no?

—Por la posición del gemelo en la boca de Richard Negus, diferente con respecto a los otros dos casos: totalmente dentro de la boca, cerca de la garganta, y no entre los labios.

No pude reprimir un gruñido.

—¡No volvamos otra vez con eso! Ya le dije que no me parece...

—¡Oh! Espere un segundo, Catchpool. Veamos si...

El autobús se había detenido en una parada. Poirot alargó el cuello para observar a los nuevos pasajeros y dejó escapar un suspiro cuando hubo subido el último: un hombre delgado en traje de *tweed*, con más pelo dentro de las orejas que fuera.

—Imagino que estará decepcionado porque ninguno de ellos es Jennie —dije.

Tuve que expresarlo en voz alta, para poder creérmelo yo mismo.

—*Non, mon ami*. Acierta en el sentimiento, pero no en la causa. Me siento decepcionado cada vez que pienso que en una ciudad tan *gigantesque* como Londres es muy poco probable que vuelva a ver a Jennie. Sin embargo, conservo la esperanza...

—Usted habla mucho del método científico, pero en el fondo es un soñador, ¿no?

—¿Y usted cree que la esperanza es enemiga de la ciencia y no el motor que

la impulsa? Si es así, permítame que discrepe, como discrepo en lo referente al gemelo, lo cual es una diferencia significativa en el caso de Richard Negus respecto al de las dos mujeres. La diferencia de la posición del gemelo en la boca del señor Negus no se explica suponiendo que el asesino oyó voces en el pasillo y quiso eludirlas. —Poirot parecía estar hablando para sí mismo—. Por lo tanto, tiene que haber otra explicación. Y hasta que sepamos cuál es, no podemos estar seguros de que sirva para justificar también la ventana abierta, la llave oculta en la habitación y la puerta cerrada desde dentro.

Llega un momento en la mayoría de los casos —y no solo en aquellos en los que Hércules Poirot ha logrado involucrarse— en el que uno empieza a sentir que sería mucho más cómodo, y no menos eficaz, hablar exclusivamente con uno mismo y abandonar todo intento de comunicación con el mundo exterior.

Dentro de mi cabeza, ante una juiciosa y apreciativa audiencia compuesta tan solo por mí mismo, expresé en silencio la siguiente convicción: el hecho de que el gemelo se encontrara en una posición ligeramente distinta dentro de la boca de Richard Negus no tenía la menor importancia. Una boca era una boca, y no había que darle más vueltas. Lo más probable era que el asesino creyese haber hecho lo mismo con las tres víctimas: a las tres les había abierto la boca y les había colocado dentro un gemelo de oro.

No se me ocurrió ninguna explicación para la llave oculta detrás de la baldosa floja de la chimenea. Habría sido más rápido y fácil para el asesino llevársela en el bolsillo o dejarla caer en la alfombra, después de limpiarle las huellas dactilares.

Detrás de nosotros, madre e hija habían agotado el tema de los pasteles y empezaban a adentrarse en el asunto de la manteca de cerdo.

—Deberíamos pensar en ir regresando al hotel —dijo Poirot.

—¡Pero si acabamos de subir al autobús! —protesté.

—*Oui, c'est vrai*, pero no debemos alejarnos demasiado del Bloxham. Dentro de muy poco se requerirá nuestra presencia en el comedor.

Exhalé el aire lentamente, sabiendo que habría sido inútil preguntarle por qué, en ese caso, había considerado necesario salir del hotel.

—Tenemos que apearnos de este autobús y coger otro —dijo—. Quizá la vista sea mejor en el siguiente.

Y así fue. Poirot no divisó el menor rastro de Jennie, para su gran consternación; pero yo vi varias cosas agradables y divertidas que me hicieron recordar una vez más lo mucho que me gusta Londres: un hombre vestido de payaso que intentaba hacer juegos malabares con el mayor desacierto y aun así conseguía que los transeúntes le arrojaran monedas; un perro de aguas cuya cara me recordó las facciones de un político importante; y un vagabundo sentado en el suelo, con una maleta abierta a su lado, que se servía comida de su interior como si de un puesto ambulante se tratara.

—¡Mire, Poirot! —dije—. A ese tipo no le preocupa el frío. Está más feliz que el gato que se comió la nata; pensándolo bien, puede que sea el vagabundo que se comió la nata. ¡Mire ese chucho, Poirot! ¿No le recuerda a alguien? Alguien famoso. Fíjese bien. ¡Seguro que lo nota!

—Catchpool —me dijo Poirot con expresión severa—, vaya poniéndose de pie o nos pasaremos de parada. Usted siempre está mirando hacia otro lado, siempre está buscando algo para distraerse...

Me levanté, y cuando nos apeamos del autobús le dije:

—Ha sido usted quien se ha empeñado en hacer este paseo inútil por la ciudad. No puede reprocharme que me distraiga viendo cosas interesantes.

Poirot se paró en seco.

—Dígame algo. ¿Por qué elude mirar los tres cadáveres del hotel? ¿Qué le resulta tan insoportable de ver?

—Nada. He mirado los cadáveres tanto como usted. De hecho, ya los había mirado bastante antes de que usted llegara.

—Si no quiere hablar del tema conmigo, no tiene más que decirlo, *mon ami*.

—No hay nada que decir. No conozco a nadie que se pare a mirar un cadáver por más tiempo del estrictamente necesario. Eso es todo y no hay más.

—*Non* —me contradijo Poirot con serenidad—. No es todo.

Imagino que debería habérselo contado, pero todavía no sé por qué razón no lo hice. Mi abuelo murió cuando yo tenía cinco años. Su agonía fue muy prolongada y pasó todo el tiempo en una habitación de nuestra casa. Me desagradaba profundamente visitarlo a diario en su dormitorio, pero mis padres insistían en que era importante para mi abuelo, de modo que yo lo hacía para complacerlos a ellos, y también por él. De ese modo, pude ver cómo su piel se volvía cada vez más amarilla, su respiración más superficial y su mirada se perdía. No creo que se tratara de miedo lo que sentía yo entonces, aunque recuerdo perfectamente que todos los días contaba los segundos que debía permanecer en su habitación, sabiendo que al cabo de un tiempo podría marcharme, cerrar la puerta tras de mí y dejar de contar.

Cuando murió, me sentí como si por fin hubiera cumplido una larga condena de cárcel y pudiera salir en libertad. Se lo llevarían y la muerte ya no habitaría en nuestra casa. Entonces mi madre me dijo que debía entrar en la habitación, para ver a mi abuelo por última vez. Me dijo que ella vendría conmigo y que todo iría bien.

El médico había dispuesto el cadáver sobre la cama. Mi madre me explicó que era preciso arreglar a los muertos. Yo contaba los segundos en silencio. Fueron más segundos que de costumbre, ciento treinta por lo menos, de pie junto a mi madre, contemplando el cuerpo inanimado y mustio de mi abuelo.

«Cógele la mano, Edward», me dijo mi madre. Cuando me negué, ella se echó a llorar como si no fuera a parar nunca.

Entonces cogí la mano huesuda del abuelo. Habría dado cualquier cosa por soltarla y salir corriendo, pero la sostuve hasta que mi madre dejó de llorar y dijo que ya podíamos bajar al salón.

«Cógele la mano, Edward. Cógele la mano».

Capítulo 5

Cien personas tomadas al azar

Casi no reparé en la multitud reunida en el comedor del hotel Bloxham cuando entramos Poirot y yo. La sala en sí misma era impresionante y me costó no perderme en la contemplación de su grandiosidad. Me detuve en la puerta y levanté la vista para admirar el techo lujosamente ornamentado, con multitud de emblemas y figuras grabadas. Resultaba extraño pensar que los comensales se sentarían debajo de esa obra de arte y consumirían cosas corrientes, como tostadas con mermelada. Lo más probable era que ni siquiera mirasen hacia arriba mientras cascaban los huevos cocidos con una cucharilla.

Yo estaba intentando abarcar el diseño en su conjunto y captar la relación entre las diferentes partes del techo, cuando un desconsolado Luca Lazzari vino apresuradamente hacia mí e interrumpió con sus sonoros lamentos mi admirativa contemplación de las artísticas simetrías sobre mi cabeza.

—¡Señor Catchpool, monsieur Poirot, debo presentarles mis más rendidas disculpas! ¡En mi prisa por ayudarlos en su importante labor les he transmitido una falsedad! La explicación es sencilla: había oído muchas cosas y no logré corroborarlas con tanta celeridad como habría deseado. ¡Solo puedo achacar el error a mi propia estupidez! ¡Nadie más ha tenido la culpa!

Lazzari se interrumpió y echó un vistazo por encima del hombro al centenar de hombres y mujeres reunidos en el comedor. Después, se desplazó ligeramente a la izquierda, situándose justo delante de Poirot, y abombó el pecho de una manera bastante graciosa, con las manos apoyadas en las caderas. Creo que se proponía ocultar a todo su personal de la mirada desaprobadora de Poirot, aplicando el principio de que nadie puede culpar aquello que no puede ver.

—¿Cuál fue su error, signor Lazzari? —preguntó Poirot.

—¡Un error muy grave! Usted dijo que no era posible y tenía razón. Pero quiero hacerle comprender que mi excelente personal, que tiene aquí delante, me comunicó toda la verdad acerca de lo sucedido. El único culpable de tergiversar los hechos fui yo. ¡Aunque le aseguro que no lo hice deliberadamente!

—*Je comprends*. Ahora tiene la oportunidad de corregir el error... —dijo Poirot, con la esperanza de abreviar el discurso del gerente del hotel.

Mientras tanto, los miembros de su «excelente» personal guardaban silencio, sentados en torno a grandes mesas redondas, y escuchaban con atención cada palabra. El ambiente era sombrío. Recorrí rápidamente las caras con la vista y

no vi ni una sola sonrisa.

—Les dije a ustedes que los tres huéspedes fallecidos habían pedido que les sirvieran la cena en sus respectivas habitaciones a las siete y cuarto de la tarde de ayer, cada uno por separado —recordó Lazzari—. Pero no era cierto. Estaban juntos. ¡Los tres cenaron juntos, todos en una misma habitación: la de Ida Gransbury, la número 317! Un solo camarero, y no tres, los vio con vida a las siete y cuarto. ¿Lo ve, monsieur Poirot? No fue una gran coincidencia, como yo le di a entender, sino un hecho totalmente corriente: ¡tres huéspedes que cenan juntos en la habitación de uno de ellos!

—*Bon* . —Poirot pareció satisfecho—. Queda explicado ese punto. ¿Y quién era ese camarero?

Un hombre calvo de aspecto fornido se levantó de su asiento en una de las mesas. Aparentaba unos cincuenta años y tenía los mofletes caídos y los ojos tristes de un basset hound.

—Era yo, señor —dijo.

—¿Puede decirme su nombre, monsieur?

—Rafal Bobak, señor.

—¿Sirvió usted la cena a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus en la habitación 317, a las siete y cuarto de la tarde de ayer? —le preguntó Poirot.

—La cena no, señor —replicó Bobak—. El té. Fue lo que pidió el señor Negus: el té de la tarde a la hora de la cena. Me preguntó si era posible o si por el contrario estaba obligado a tomar lo que él llamó «una cena-cena». Me dijo que ni él ni sus amigas se sentían con ánimos de cenar y que preferían tomar el té. Le contesté que podían tomar lo que desearan, cuando quisieran, y entonces él me pidió sándwiches (de jamón, de queso y de salmón y pepino) y pastelitos surtidos. Y *scones* , señor, con queso fresco y mermelada.

—¿Y de beber? —preguntó Poirot.

—Té, señor. Para los tres.

—*D'accord* . ¿Y jerez para Richard Negus?

Rafal Bobak negó con la cabeza.

—No, señor. Jerez, no. El señor Negus no me pidió jerez. No llevé ninguna copa de jerez a la habitación 317.

—¿Está seguro?

—Completamente, señor.

Encontrarme bajo la atenta mirada de tantos pares de ojos me hacía sentir un tanto incómodo. Me resultaba bochornoso no haber formulado ninguna pregunta todavía. No había nada de malo en dejar que Poirot dirigiera el espectáculo; pero si yo no participaba en absoluto, me tomarían por un débil. Me aclaré la garganta para dirigirme a los presentes:

—¿Alguno de ustedes llevó un té a la habitación de Harriet Sippel, la número 121, en algún momento? ¿O un jerez a la habitación de Richard Negus, ya fuera ayer o anteayer, el miércoles?

Las cabezas se movieron negativamente. A menos que alguien mintiera, parecía que el único pedido entregado en cualquiera de las tres habitaciones había sido el «té de la tarde a la hora de la cena» que Rafal Bobak había llevado a la habitación 317 a las siete y cuarto del jueves.

Intenté organizarlo todo en mi cabeza. La taza de té en la habitación de Harriet Sippel no suponía un problema. Debía de ser una de las tres que había llevado Bobak, puesto que solo se habían encontrado dos tazas en el cuarto de Ida Gransbury, después de los asesinatos. Pero ¿cómo había llegado la copa de jerez a la habitación de Richard Negus, si no la había llevado ningún camarero?

¿Había entrado el asesino en el Bloxham con una copa de Harvey's Bristol Cream en la mano y con los bolsillos llenos de gemelos con monogramas y veneno? Era inverosímil.

Poirot parecía estar reflexionando sobre la misma faceta del problema.

—Para entendernos, ¿ninguno de ustedes le sirvió una copa de jerez al señor Richard Negus, ya fuera en su habitación o en cualquier otro lugar del hotel?

Volvieron a moverse negativamente las cabezas.

—Signor Lazzari, ¿podría decirme si la copa hallada en la habitación del señor Negus pertenecía al hotel Bloxham?

—Sí, monsieur Poirot. Pertenecía al hotel. Es muy desconcertante. Podríamos pensar que algún camarero ausente en este momento le dio la copa de jerez al señor Negus el miércoles o el jueves, pero todos los que trabajaron esos días están hoy aquí con nosotros.

—Es desconcertante, en efecto —convino Poirot—. Señor Bobak, quizá pueda contarnos qué sucedió cuando llevó ese «té de la tarde a la hora de la cena» a la habitación de Ida Gransbury.

—Lo dejé en la mesa y me marché, señor.

—¿Estaban los tres en la habitación? ¿La señora Sippel, la señorita Gransbury y el señor Negus?

—Así es, señor.

—Describanos la escena, por favor.

—¿La escena?

Al notar la confusión de Rafal Bobak, salí en su ayuda:

—¿Cuál de ellos le abrió la puerta?

—El señor Negus.

—¿Y dónde estaban las dos mujeres? —pregunté.

—Hum... Estaban sentadas en los dos sillones junto a la chimenea, conversando. No me dirigieron la palabra. Solamente hablé con el señor Negus. Dejé la bandeja sobre la mesa, junto a la ventana, y me marché.

—¿Recuerda de qué hablaban las dos señoras? —preguntó Poirot.

Bobak bajó la vista.

—Verá, señor...

—Es importante, monsieur. Cada detalle que pueda indicarme acerca de esas tres personas es importante.

—Bueno... Creo que estaban murmurando acerca de alguien. Y riendo también.

—¿Quiere decir que estaban hablando maliciosamente de alguna persona conocida?

—Una de las señoras, sí. Y el señor Negus parecía encontrarlo divertido. Decían algo acerca de una mujer mayor y un hombre joven. Como no era asunto mío, no les presté atención.

—¿Recuerda qué decían exactamente? ¿A quién criticaban?

—No sabría decírselo, señor, lo siento. Lo único que entendí fue que había una mujer de cierta edad interesada en el afecto de un hombre joven, eso es todo. Me parecieron chismorreos y nada más.

—Monsieur —dijo Poirot en tono de gran autoridad—, si llega a recordar algo más de esa conversación, cualquier cosa, le ruego que me lo haga saber sin demora.

—Así lo haré, señor. Ahora que lo pienso, creo haber entendido que el hombre había abandonado a la mujer mayor y se había marchado con otra más joven. Como le digo, eran solo chismorreos.

—Entonces... —Poirot empezó a pasear por la sala. Era curioso ver más de un

centenar de cabezas volverse lentamente para seguir sus pasos de una punta a otra del comedor—. Tenemos a Richard Negus, a Harriet Sippel y a Ida Gransbury, es decir, a un hombre y a dos mujeres, ¡hablando maliciosamente en la habitación 317 acerca de otro hombre y otras dos mujeres!

—¿Y qué importancia puede tener eso, Poirot? —pregunté.

—Puede que ninguna, pero es interesante. Además, los chismorreos, las risas y el hecho de reunirse para tomar el té de la tarde a la hora de la cena nos están indicando que nuestros tres huéspedes no eran extraños entre sí, sino conocidos unidos por una relación amistosa, que no sospechaban el destino que les aguardaba.

Un movimiento repentino me sobresaltó. En la mesa que Poirot y yo teníamos delante, un hombre de pelo negro y piel pálida saltó de su asiento como impelido por un resorte. Habría interpretado que estaba ansioso por hablar, de no haber sido porque tenía las facciones congeladas por el espanto.

—Es uno de nuestros ayudantes de recepción, el señor Thomas Brignell —intervino Lazzari, presentando al hombre con un amplio gesto de la mano.

—Eran algo más que conocidos —susurró Brignell tras un prolongado silencio. No creo que las personas sentadas detrás pudieran oírlo, porque hablaba muy bajo—. Eran muy amigos. Los unía una buena amistad.

—¡Claro que eran amigos! —exclamó Lazzari con un vozarrón que retumbó en todo el salón—. ¡Tomaron el té juntos!

—Muchos toman el té a diario con personas que no soportan —dijo Poirot—. Continúe, por favor, señor Brignell.

—Cuando me encontré con el señor Negus ayer por la tarde me pareció particularmente atento con las dos señoras, como solo un amigo puede serlo —murmuró Thomas Brignell.

—¿Se lo encontró? —pregunté yo—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—A las siete y media, señor. —Señaló la doble puerta del comedor y noté que le temblaba el brazo—. Justo ahí fuera. Yo salía del comedor y él se dirigía al ascensor. Cuando me vio, se detuvo y me llamó. Supuse que iría de vuelta a su habitación.

—¿Qué le dijo? —preguntó Poirot.

—Me... me insistió en que cargáramos todos los gastos de la cena en su cuenta, y no en la de ninguna de las dos señoras. Dijo que él podía permitírselo y que en cambio la señora Sippel y la señorita Gransbury, no.

—¿Eso fue todo lo que dijo, monsieur?

—Sí.

Por un momento pareció como si Brignell fuera a desmayarse, si se veía obligado a responder una sola pregunta más.

—Gracias, señor Brignell —le dije, con tanta amabilidad como pude—. Ha sido usted de gran ayuda. —Enseguida me sentí culpable por no haber agradecido a Rafal Bobak de forma similar, de modo que añadí—: También usted, señor Bobak. Lo mismo que todos los demás.

—Catchpool —murmuró Poirot—, la mayoría de los presentes no han dicho nada.

—Han escuchado con atención y han reflexionado sobre los problemas que les hemos expuesto. Creo que merecen nuestro reconocimiento.

—Veo que tiene fe en la capacidad de reflexión de esta gente. ¿No serán estas las cien personas tomadas al azar que usted siempre invoca cuando discrepamos en algo? *Eh bien*, podemos preguntarles... —Poirot se volvió hacia el grupo—. Señoras, señores, acabamos de oír que Richard Negus, Harriet Sippel e Ida Gransbury eran amigos, y que un empleado del hotel les llevó el té a la habitación 317 a las siete y quince minutos. Sin embargo, a las siete y media, el señor Brignell vio a Richard Negus en esta planta, mientras se dirigía al ascensor. Debía de ir de regreso a su habitación, la 238, o bien a reunirse con sus amigas en la 317, *n'est-ce pas*? Pero ¿de dónde regresaba? ¿Hacía apenas quince minutos que le habían servido sus sándwiches y sus pastelitos! ¿Los abandonó inmediatamente para ir a algún sitio? ¿O consumió su parte de la cena en tres o cuatro minutos y se marchó de manera apresurada? ¿Y adónde fue con tanta prisa? ¿Qué importante recado lo hizo dejar la habitación 317? ¿Salió para asegurarse de que el hotel no cargara la comida en la cuenta de Harriet Sippel ni en la de Ida Gransbury? ¿No podía esperar veinte o treinta minutos, o incluso una hora, antes de salir a ocuparse de ese asunto?

Una mujer corpulenta con una mata de rizos castaños y entrecejo severo se levantó de pronto al fondo de la sala.

—Usted pregunta y pregunta, como si yo pudiera responderle o como si cualquiera de nosotros fuéramos a saber la respuesta. ¡Pero nosotros no sabemos nada de nada! —Sus ojos recorrían el comedor mientras hablaba, pasando de una persona a la siguiente, aunque sus palabras iban dirigidas a Poirot—. ¡Quiero ir a mi casa, señor Lazzari! —chilló—. ¡Quiero asegurarme de que no les haya pasado nada a mis hijos!

Una mujer más joven sentada a su lado le apoyó una mano sobre el brazo e intentó calmarla.

—Siéntate, Tessie —le dijo—. Este caballero solo intenta ayudar. Ya verás como tus hijos están bien, siempre que no se hayan acercado demasiado al Bloxham.

Al oír ese comentario, cuyo único propósito era tranquilizar a la mujer, tanto Luca Lazzari como Tessie *la Robusta* soltaron gemidos de angustia.

—No la retendremos mucho tiempo, señora —dije—. Y estoy seguro de que el señor Lazzari le permitirá salir un momento para que vaya a ver a sus hijos cuando hayamos terminado, si le parece que debe hacerlo.

Lazzari confirmó que le daría su permiso, y Tessie se sentó, ligeramente apaciguada.

Me volví hacia Poirot y dije:

—Richard Negus no salió de la habitación 317 para ocuparse de la cuenta. Se encontró con Thomas Brignell por casualidad, mientras volvía de algún otro sitio. Probablemente ya habría hecho lo que había salido a hacer, fuera lo que fuese, y cuando vio al señor Brignell, aprovechó la ocasión para resolver el asunto de la cuenta.

Con mi pequeño discurso, esperaba demostrar a los presentes que teníamos respuestas y no solo preguntas. Quizá no tuviéramos todas las respuestas, pero teníamos algunas. Y algo siempre es mejor que nada.

—Monsieur Brignell, ¿tiene la impresión de que el señor Negus se encontró con usted por casualidad y simplemente aprovechó la ocasión, como acaba de sugerir el señor Catchpool? ¿O bien le pareció que lo estaba buscando? Usted lo recibió cuando llegó al hotel el miércoles, ¿no es así?

—Así es, señor, yo lo recibí. Y no creo que me estuviera buscando. —Brignell parecía hablar más a gusto si podía estar sentado—. Se topó conmigo y pensó: «Ah, pero sí es el tipo de la recepción». ¿Entiende lo que le digo, señor?

—Sí, desde luego. Señoras, señores —dijo Poirot levantando la voz—, tras cometer tres asesinatos en este hotel, ayer por la noche, el asesino, o alguien que conoce su identidad y es cómplice suyo, dejó una nota en el mostrador de la recepción: «QUE NUNCA JAMÁS DESCANSEN EN PAZ. 121. 238. 317». ¿Ha visto alguno de ustedes a la persona que dejó esta nota que les voy a enseñar? —Poirot sacó la tarjeta blanca del bolsillo y la levantó por encima de la cabeza—. Esta nota fue hallada por el recepcionista, el señor John Goode, a las ocho y diez minutos. ¿Vieron ustedes tal vez a una o a varias personas, cerca del mostrador, que se comportaran de forma extraña? ¡Piénsenlo bien! ¡Alguien tiene que haber visto algo!

Tessie *la Robusta* frunció mucho el ceño para forzar la vista y se inclinó para apoyarse sobre su amiga. La sala se había llenado de susurros y exclamaciones, pero todo se debía a la sorpresa y la emoción de ver un mensaje escrito de puño y letra por un asesino, un *souvenir* del crimen que volvía más vívidas y reales las tres muertes.

Nadie tenía nada más que decirnos. Preguntar a cien personas tomadas al azar resultó muy decepcionante.

Capítulo 6

El enigma del jerez

Media hora después, Poirot y yo estábamos tomando un café delante de un buen fuego, en lo que Lazzari llamaba «nuestro saloncito privado», una habitación situada detrás del comedor, sin ningún acceso posible desde los pasillos abiertos al público. Las paredes estaban cubiertas de retratos que yo me propuse no mirar. Antes que cualquier retrato, prefiero un paisaje soleado o incluso tormentoso. Los ojos son lo que más me molesta de las representaciones humanas. Sea quien sea el autor, no he visto nunca un retrato que no me transmita la impresión de estar observándome con supremo desprecio.

Tras prodigarse como maestro de ceremonias en el comedor, Poirot se había sumido una vez más en una silenciosa melancolía.

—Vuelve a preocuparle Jennie, ¿verdad? —le pregunté, y él reconoció que así era.

—No me gustaría enterarme de que ha sido hallada con un gemelo en la boca. Temo recibir esa noticia.

—Puesto que en este momento no puede hacer nada por ella, le sugiero que piense en otra cosa —le aconsejé.

—¡Qué pragmático es usted, Catchpool! De acuerdo. Pensemos en tazas.

—¿Tazas?

—Eso es. ¿Qué opinión le merecen?

Tras reflexionar un momento, respondí:

—Creo que no tengo ninguna opinión formada al respecto.

Poirot dejó escapar un gruñido de impaciencia.

—Tres tazas llegaron a la habitación de Ida Gransbury, en la bandeja que llevó el camarero Rafal Bobak. Tres tazas para tres personas, como era de esperar. Pero cuando fueron hallados los cadáveres, allí dentro había solo dos.

—La otra estaba en el cuarto de Harriet Sippel, junto al cadáver de la propia Harriet —repliqué.

—*Exactement*. Y eso es muy curioso, ¿no cree? ¿Cuándo se llevó la señora

Sippel la taza y el platillo a su habitación? ¿Antes o después de que le echaran el veneno? Y en cualquier caso, ¿le parece normal que alguien se lleve una taza de té por el pasillo de un hotel y baje dos pisos por el ascensor o por la escalera con la taza en la mano? Si está llena, el té puede derramarse, y si solo está medio llena o casi vacía, entonces no tiene sentido transportarla. Lo habitual sería beberse el té en la misma habitación donde se ha servido, *n'est-ce pas?*

—Normalmente, sí. Pero tengo la impresión de que este asesino es una persona bastante fuera de lo corriente —respondí con vehemencia.

—¿Y sus víctimas? ¿No eran personas corrientes, sus víctimas? ¿Y qué me dice de su comportamiento? ¿Pretende que crea que Harriet Sippel se lleva la taza a su habitación, se sienta a beber el té en el sillón y después, casi de inmediato, el asesino llama a su puerta y encuentra la manera de echarle cianuro en la bebida? Recuerde que Richard Negus también se ha marchado de la habitación de Ida Gransbury por alguna razón desconocida, pero se las arregla para estar de vuelta en su cuarto al poco tiempo, con una copa de jerez que sin embargo no le ha dado nadie del hotel.

—Visto de esa forma... —dije yo.

Poirot siguió insistiendo, como si yo no hubiera empezado a darle la razón.

—También Richard Negus está solo en su habitación con su copa, cuando el asesino llama a su puerta. Y también le dice: «Sí, por favor, ¡écheme su veneno en el jerez!». Mientras tanto, Ida Gransbury está esperando pacientemente en la 317 a que el asesino vaya a visitarla. Por supuesto, se bebe el té muy lentamente, porque sería una falta de tacto acabárselo antes de que llegue la persona que pretende matarla. De lo contrario, ¿qué iba a hacer para envenenarla? ¿Dónde iba a echarle el cianuro?

—Diantre, Poirot, ¿qué quiere que le diga? ¡Yo lo entiendo tan poco como usted! Verá, se me ha ocurrido que las tres víctimas pudieron tener algún tipo de altercado. ¿Cómo se explica si no que los tres planearan cenar juntos y después se fueran cada uno por su lado?

—Si una mujer se enfada y abandona abruptamente una habitación, no creo que se lleve consigo una taza de té a medio terminar —dijo Poirot—. Se le habría enfriado para cuando llegara a la habitación 121.

—Yo suelo tomar el té frío —repliqué—. Me gusta bastante.

Poirot arqueó las cejas.

—Si no supiera que usted no miente, ni siquiera lo creería posible. ¡Té frío! *Déqueulasse!*

—Bueno, antes no me gustaba, pero me he acostumbrado —dije yo en mi defensa—. Con el té frío no hay prisa. Uno se lo puede tomar en cualquier momento, cuando le convenga, y no ocurre nada malo si hay que esperar un

poco. No hay presión, ni plazos. Para mí, eso es importante.

Alguien llamó a la puerta.

—Debe de ser Lazzari, que viene a asegurarse de que nadie nos haya molestado durante nuestra importante conversación —dije.

—¡Pase, por favor! —exclamó Poirot levantando la voz.

No era Luca Lazzari, sino Thomas Brignell, el ayudante de recepción que había declarado haber visto a Richard Negus delante del ascensor a las siete y media.

—¡Ah, monsieur Brignell! —dijo Poirot—. Siéntese con nosotros, por favor. Su relato de lo sucedido ayer por la noche nos ha sido muy útil al señor Catchpool y a mí. Se lo agradecemos.

—Sí, le estamos muy agradecidos —añadí yo efusivamente.

Habría sido capaz de decir cualquier cosa con tal de animar a Brignell para que hablara, porque era evidente que le preocupaba algo. El pobre hombre no parecía mucho más seguro de sí mismo que en el comedor. Se frotaba las manos sin cesar, tenía la frente perlada de sudor y daba la impresión de estar todavía más pálido que antes.

—Les he fallado —dijo—. Y le he fallado al señor Lazzari, que siempre ha sido muy bueno conmigo. Yo no... En el comedor, hace un momento, yo no...

Se interrumpió y empezó a frotarse otra vez las manos.

—¿No nos ha contado usted la verdad? —sugirió Poirot.

—¡Todo lo que he dicho era cierto, señor! ¡Cada palabra! —exclamó Thomas Brignell con acalorada indignación—. Si mintiera a la policía en un asunto de tanta importancia, no sería mucho mejor que el asesino.

—Ni siquiera en ese caso sería usted tan culpable como él, monsieur.

—He omitido mencionar dos cosas. Lo siento muchísimo, señor, pero me cuesta mucho hablar en un salón lleno de gente. Es algo que siempre se me hace cuesta arriba. Y lo más difícil de todo, cuando estábamos allí... —Señaló en dirección al comedor con la cabeza—. Lo más difícil habría sido repetir lo que me dijo ayer el señor Negus, porque fue un elogio hacia mi persona.

—¿Qué clase de elogio?

—Ninguno que yo hubiera hecho por merecer, señor, de eso estoy seguro. Soy un hombre corriente; no destaco en nada. Hago mi trabajo e intento ganarme mi salario, pero no hay ninguna razón para que se me elogie particularmente.

—¿Y eso fue lo que hizo el señor Negus? —preguntó Poirot—. ¿Lo elogió a

usted particularmente?

Brignell hizo una mueca de incomodidad.

—Sí, señor. Como le dije, yo no buscaba sus alabanzas y estoy seguro de que no había hecho nada para merecerlas. Pero cuando lo vi y él me vio, me dijo: «¡Ah, señor Brignell! Ya he visto que es un hombre sumamente eficiente. Estoy seguro de que puedo confiar en usted para que me resuelva este problema». Entonces me expuso el asunto que ya le he mencionado antes, acerca de la cuenta y su deseo de abonarla por entero.

—Y usted no quería repetir el cumplido que le hizo el señor Negus delante de todo el mundo, ¿no es así? —dije—. ¿Temía parecer engreído?

—Sí, señor. Por eso no quise repetirlo. Pero hay algo más. Cuando arreglamos el asunto de la cuenta, el señor Negus me pidió una copa de jerez. Fue a mí a quien se la pidió. Le ofrecí subírsela a su habitación, pero me dijo que no le importaba esperar. Entonces la fui a buscar, se la di y él se la llevó al ascensor.

Poirot se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Por qué no ha dicho nada cuando antes he preguntado si alguno de los presentes le había dado una copa de jerez a Richard Negus?

Brignell pareció confuso y contrariado, como si tuviera la respuesta en la punta de la lengua y aun así no consiguiera expresarla.

—Debería habérselo dicho, señor. Debería haberle contado todo lo sucedido en cuanto usted lo ha preguntado. Lamento profundamente haber fallado en mi deber hacia usted y hacia los tres huéspedes fallecidos, que en paz descansen. Solo espero haber reparado mi error, aunque sea en parte, al haber venido aquí a hablar con ustedes.

—Por supuesto, por supuesto. Pero hay algo, monsieur, que me llena de curiosidad. ¿Por qué no ha hablado usted en el comedor? Cuando he preguntado si alguno de ustedes le había servido una copa de jerez al señor Richard Negus, ¿por qué ha guardado silencio?

El pobre Brignell había empezado a temblar.

—Le juro por las cenizas de mi madre, señor Poirot, que le he contado todos los detalles de mi encuentro de ayer con el señor Negus, ¡hasta el último! Ya sabe usted absolutamente todo lo ocurrido, se lo juro.

Poirot abrió la boca para hacerle otra pregunta, pero yo me interpose.

—Muchas gracias, señor Brignell —dije—. Deje de preocuparse por no habernos contado antes esos detalles. Créame que entiendo su dificultad para ponerse de pie y hablar delante de un grupo de gente. A mí tampoco me gusta demasiado hablar en público.

Tras despedirse, Brignell se marchó rápidamente, como un zorro escabulléndose de los sabuesos.

—Yo le creo —dije cuando se fue—. Nos ha dicho todo lo que sabe.

—Acerca de su encuentro con Richard Negus delante del ascensor del hotel, sí. El pequeño detalle que ha ocultado encaja con él. Pero ¿por qué no ha dicho nada en el comedor acerca del jerez? Se lo he preguntado dos veces y no me ha contestado. En lugar de darme una respuesta, ha vuelto a hablar de su ramordimiento, que sin duda es sincero. No es capaz de mentir, pero tampoco se atreve a decir la verdad. ¡Ah, cómo se resiste a contarla! Callar es una forma de mentir, una forma muy eficaz, porque no deja establecida ninguna falsedad que se pueda contradecir.

De pronto, Poirot soltó una risita entre dientes.

—Y usted, Catchpool, ¿se empeñaba en proteger a ese hombre de Hércules Poirot, que lo habría presionado hasta obtener la información?

—Me ha parecido que había llegado a su límite. Además, francamente, creo que si nos oculta algo, debe de ser alguna cosa que considera intrascendente para resolver el caso, pero muy bochornosa para él. Se lo ve escrupuloso y preocupado por su trabajo. Si pensara que sabe algo de utilidad para nosotros, su sentido del deber lo obligaría a hablar.

—Y como usted lo ha dejado ir, no ha tenido tiempo de explicarle que la información que oculta puede ser de vital importancia. —Poirot había levantado la voz. Me miró con severidad, para asegurarse de que yo notara su irritación—. Ni siquiera yo, Hércules Poirot, puedo distinguir todavía entre lo que es relevante y lo que es irrelevante para el caso. Por eso debo saberlo todo. —Se puso de pie—. Y ahora, volveré al Pleasant —dijo abruptamente—. El café que sirven allí es mucho mejor que el del signor Lazzari.

—¡Pero el hermano de Richard Negus está viniendo ahora mismo hacia aquí! —protesté—. Pensaba que usted quería hablar con él.

—Necesito un cambio de ambiente, Catchpool. Debo revitalizar la materia gris. Empezará a anquilosarse si no la saco de aquí.

—¡Paparruchas! Se va porque espera encontrarse con Jennie o tener noticias tuyas —dije—. Permítame que le diga, Poirot, que todo este asunto de Jennie es como una cacería de unicornios: no conduce a nada. Y usted lo sabe, porque de lo contrario diría abiertamente que va al Pleasant con la esperanza de encontrarse con ella.

—Tal vez sea así. Pero ¿qué puedo hacer yo, si un asesino de unicornios anda suelto? Dígale a Henry Negus que venga al Pleasant. Hablaremos allí.

—¿Qué? ¡Pero si Negus viene desde Devon! Seguramente no tendrá ningunas ganas de salir a otro sitio nada más llegar.

—Tampoco querrá que maten al unicornio, ¿no? —me interrumpió Poirot—.
¡Pregúnteselo!

Decidí no preguntarle nada de eso a Henry Negus, por temor a que se marchara por donde había venido, convencido de que Scotland Yard estaba en manos de unos dementes.

Capítulo 7

Dos llaves

Cuando Poirot llegó al café, lo encontró lleno de gente y envuelto en una mezcla de olor a humo y a sirope para tortitas.

—Necesito una mesa, pero están todas ocupadas —se quejó a Fee Spring, que también acababa de llegar y estaba junto al perchero de madera con el abrigo doblado sobre un brazo.

Cuando la camarera se quitó el sombrero, su pelo eléctrico soltó un par de chispazos y se quedó levitando durante unos segundos antes de sucumbir a la gravedad. En opinión de Poirot, el efecto resultaba bastante cómico.

—Entonces tendrá que conformarse con lo que hay, ¿no cree? —dijo la mujer en tono animado—. ¡No puedo echar a la calle a unos clientes que pagan sus consumiciones solamente porque me lo pida un detective famoso! —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. El señor y la señora Osésil se marcharán dentro de un momento. Entonces podrá sentarse a su mesa.

—¿Osésil? Es un nombre muy poco corriente.

Fee soltó una carcajada y volvió a susurrar:

—«¡Oh, Cecil!». Es lo que repite la mujer todo el tiempo. El marido, pobre hombre, no puede decir dos palabras seguidas sin que ella lo corrija. ¿Ha dicho que quiere tostadas y huevos revueltos? Ella gime enseguida: «¡Oh, Cecil! ¡Tostadas y huevos, no!». Pero ni siquiera hace falta que hable para que ella intervenga. Si él se sienta a la primera mesa que encuentra, ella salta: «¡Oh, Cecil! ¡A esa mesa, no!». Para salirse con la suya, el hombre debería decir que quiere lo que no quiere, y que no quiere lo que quiere. Es lo que yo haría. Todavía estoy esperando que algún día se dé cuenta. Pero es evidente que tiene un cerebro de chorlito. Supongo que por eso empezó su mujer con la cantinela de «¡Oh, Cecil!».».

—Si no se van pronto, yo mismo iré a decirles «¡Oh, Cecil!» —comentó Poirot, que ya empezaba a sentir las piernas doloridas, por efecto combinado del cansancio y del deseo contrariado de sentarse.

—Se marcharán antes de que esté listo su café —dijo Fee—. Ella ya ha terminado de comer, ¿lo ve? Dentro de nada empezará con uno de sus «¡Oh, Cecil!» y sacará de aquí al calzonazos de su marido. Pero ¿cómo es que ha venido usted a la hora del almuerzo? ¡Espere, no me diga nada! ¡Ya lo sé! Es por Jennie, ¿no? Me han dicho que ya ha venido usted a primera hora de la mañana.

—¿Cuándo se lo han dicho? —preguntó Poirot—. Usted acaba de llegar, *n'est-ce pas?*

—Nunca me voy muy lejos —fue la enigmática respuesta de Fee—. Nadie le ha visto el pelo a esa Jennie. Pero ¿sabe una cosa, señor Poirot? Yo tampoco he podido quitármela de la cabeza, como le pasa a usted.

—¿También usted está preocupada?

—¿Preocupada porque esté en peligro? No. ¿Acaso podría salvarla?

—*Non* .

—Ni usted tampoco.

—Ah, pero Hércules Poirot ha salvado vidas. Y también ha salvado de la cárcel a hombres inocentes.

—Probablemente más de la mitad eran culpables —replicó Fee en tono de broma, como si encontrara divertida la idea.

—*Non* , mademoiselle. *Vous êtes misanthrope* .

—Si usted lo dice. Yo solo sé que si me preocupara por todos los que entran aquí con alguna inquietud en la cabeza, no tendría un momento de paz. No hago más que escuchar una historia triste tras otra, y la mayoría ni siquiera son problemas reales, sino cosas que la gente se imagina.

—Si alguien se preocupa por algo, entonces el problema es real —objetó Poirot.

—A menos que sea una tontería sin importancia, como sucede a menudo —dijo Fee—. Lo que he querido decir cuando mencioné a Jennie es que ayer noté algo..., pero no consigo recordar el qué. Recuerdo que pensé: «Es curioso que Jennie haga eso, o que diga eso...». El problema es que no recuerdo por qué lo pensé; no consigo acordarme de qué fue exactamente lo que hizo o lo que dijo. Lo he intentado hasta que me ha salido humo de la cabeza, pero no hay manera. ¡Mire! El señor y la señora Oh-Cecil ya se van. Vaya y siéntese. ¿Le sirvo un café?

—Sí, gracias. Y mademoiselle, ¿podría por favor persistir en el esfuerzo y tratar de recordar eso tan curioso que hizo o dijo Jennie? No imagina lo importante que puede ser.

—¿Más importante que enderezar los estantes torcidos? —preguntó Fee con repentina sequedad—. ¿Más importante que ordenar los cubiertos en la mesa?

—¡Ah! Entonces ¿son esas las tonterías sin importancia de que hablaba hace un momento? —preguntó Poirot.

Fee se sonrojó.

—Si he dicho algo inoportuno, lo siento —repuso—. Es solo que... Creo que sería usted mucho más feliz si dejara de preocuparse tanto por la posición de un tenedor sobre un mantel, ¿no le parece?

Poirot la miró con la mejor de sus sonrisas de cortesía.

—Sería mucho más feliz si usted recordara qué le llamó la atención de mademoiselle Jennie.

Y así, tras poner un digno punto final a la conversación, se dirigió a su mesa.

Esperó sentado una hora y media, durante la cual tomó un buen almuerzo, pero no vio ni rastro de Jennie.

Eran casi las dos en punto cuando llegué al Pleasant, acompañado de un hombre que Poirot tomó al principio por Henry Negus, el hermano de Richard. Hubo un momento de confusión, mientras le explicaba a Poirot que había dejado en el hotel al agente Stanley Beer encargado de esperar a Negus y de traerlo al café en cuanto llegara, y que había procedido de esa forma porque en ese momento solo podía interesarme el hombre que había traído conmigo.

Se lo presenté («el señor Samuel Hobben, calderero») y me divertí observando cómo se retraía Poirot al ver la camisa llena de polvo y sin un botón, y la cara a medio afeitar. El señor Hobben no tenía nada que pudiera describirse como una barba o un bigote, pero resultaba claro que el uso de la navaja de afeitar le planteaba serios problemas. Las evidencias indicaban que había empezado, se había hecho un corte tremendo y se había dado por vencido. Como consecuencia, tenía una mejilla suave y sin barba, pero con un tajo terrible, y la otra perfectamente sana, pero cubierta de cerdas oscuras. No habría sido fácil decidir cuál de las dos mitades presentaba peor aspecto.

—El señor Hobben tiene algo muy interesante que contarnos —dije—. Yo estaba esperando a Henry Negus en la puerta del Bloxham, cuando...

—¡Ah! —me interrumpió Poirot—. ¿El señor Hobben y usted vienen ahora del hotel Bloxham?

—Sí.

¿De qué otro sitio habríamos podido venir? ¿De Tombuctú?

—¿Qué transporte han utilizado?

—Lazzari me ha permitido usar uno de los coches del hotel.

—¿Cuánto tiempo han tardado en llegar?

—Treinta minutos exactos.

—¿Cómo estaba la calle? ¿Había mucho tráfico?

—No, prácticamente no había coches.

—¿Cree que en diferentes condiciones les habría sido posible cubrir el trayecto en menos tiempo? —preguntó Poirot.

—No, a menos que nos hubieran crecido alas. Treinta minutos me parece una marca excelente.

—*Bon*. Señor Hobben, siéntese, por favor, y cuénteles a Poirot esa historia suya tan interesante.

Para mi sorpresa, en lugar de sentarse, Samuel Hobben soltó una carcajada y se limitó a repetir lo que acababa de decir Poirot, exagerando su acento francés, o su acento belga, o el acento de lo que sea que hable Poirot:

—*Señogg* Hobben, siéntese, *pogg favogg*, y cuénteles a *Puaggott* esa *histoggia* suya tan *integgese*.

Poirot pareció encontrar ofensiva la imitación y yo sentí simpatía y compasión por él, hasta que dijo:

—El señor Hobben pronuncia mi apellido mejor que usted, Catchpool.

—¡El *señogg* Hobben! —repitió el desgreñado calderero entre risas—. No me haga caso, señor. Lo hago solo por pasar el rato. ¡El *señogg* Hobben!

—Pero nosotros no hemos venido a pasar el rato —repliqué con severidad, cansado de sus payasadas—. Repita, por favor, lo que me ha dicho en la puerta del hotel.

Hobben tardó diez minutos en contar una historia que habría podido resumir en tres, pero mereció la pena. Al pasar delante del Bloxham la noche anterior, poco después de las ocho, había visto a una mujer que salía del hotel, bajaba a toda prisa la escalera de la entrada y echaba a correr por la calle. Jadeaba y tenía un aspecto pavoroso. El calderero había intentado acercarse a ella para preguntarle si necesitaba ayuda, pero no había podido alcanzarla, porque corría demasiado aprisa para él. Sin embargo, la mujer había dejado caer algo en su carrera: dos llaves doradas. Al notar que se le habían caído, volvió sobre sus pasos para recogerlas. Después, con las llaves aferradas en una mano enguantada, se había perdido en la noche.

—Entonces yo me dije: «¿Por qué tendrá tanta prisa?» —explicó Samuel Hobben—. Esta mañana vi que había policías por todas partes y fui a preguntar qué había pasado. Cuando me enteré de los asesinatos, me dije enseguida: «¿No sería la asesina esa mujer que viste, Sammy?». Tenía un aspecto que daba miedo... ¡auténtico miedo!

Poirot tenía la mirada fija en una de las manchas que cubrían la camisa del

hombre.

—Auténtico miedo —murmuró—. Su historia es fascinante, señor Hobben. ¿Ha dicho que eran dos las llaves?

—Así es, señor. Dos llaves doradas.

—¿Se encontraba usted lo bastante cerca para verlas bien?

—Claro que sí, señor. La calle está bien iluminada a la altura del Bloxham. Se veía todo con claridad.

—¿Puede decirme algo más acerca de esas llaves, aparte de su color dorado?

—Sí. Tenían unos números grabados.

—¿Unos números? —pregunté.

Era un detalle que Samuel Hobben no me había revelado la primera vez que me había contado la historia delante del hotel, ni tampoco la segunda, mientras nos desplazábamos en coche hasta el café. ¡Diantre! ¿Cómo no se me había ocurrido preguntárselo? Yo había visto la llave de Richard Negus, la que Poirot había encontrado detrás de la baldosa floja de la chimenea, y tenía el número 238 grabado.

—Sí, señor, unos números. Ya sabe: cien, doscientos...

—¡Ya sabemos lo que son los números! —dije yo con brusquedad.

—¿Esos fueron los números que vio en las llaves, señor Hobben? —preguntó Poirot—. ¿Cien y doscientos?

—No, señor. Uno de los números era ciento y algo, si no recuerdo mal. El otro... —Hobben se puso a rascarse vigorosamente la cabeza y Poirot desvió la vista—. Diría que era trescientos y pico, aunque no podría jurarlo. Pero lo que veo ahora si cierro los ojos e intento recordar es eso: ciento y algo, y trescientos y pico.

La habitación de Harriet Sippel era la 121, y la de Ida Gransbury, la 317.

Sentí que se me abría un vacío en el estómago y reconocí la sensación. Era lo mismo que había experimentado cuando vi por primera vez los tres cadáveres y el médico forense me comunicó que había encontrado un gemelo de oro con un monograma en la boca de cada uno de ellos.

De pronto me pareció probable que Samuel Hobben hubiera estado a pocos pasos de la asesina la noche anterior. Una mujer de aspecto pavoroso. Sentí un escalofrío.

—Esa mujer que usted vio —dijo Poirot—, ¿era rubia y llevaba un abrigo y un sombrero marrones?

Estaba pensando en Jennie, por supuesto. Yo seguía convencido de que no había ninguna relación, pero entendía el razonamiento de Poirot: a Jennie se la había visto corriendo la noche anterior por las calles de Londres, en estado de gran agitación, y a esa otra mujer también. Había al menos una posibilidad de que fueran la misma persona.

—No, señor. Llevaba puesto un sombrero, pero era azul claro, y tenía el pelo oscuro. Rizado y oscuro.

—¿Qué edad tenía?

—No me gusta ponerme a adivinar la edad de una dama, señor. Diría que no era ni muy joven ni muy vieja.

—Aparte del sombrero azul, ¿cómo iba vestida?

—No puedo decir que me haya fijado, señor. Estaba muy ocupado mirándole la cara, mientras pude verla.

—¿Era bonita? —pregunté.

—Sí, pero no la miraba por eso, señor. La miraba porque me resultó conocida. Le eché un vistazo y me dije: «¡Sammy, tú conoces a esa mujer!».

Poirot se removió en la silla. Me miró un momento y volvió a mirar al calderero.

—Si la conoce, señor Hobben, díganos quién es, por favor.

—No puedo, señor. Es lo que estaba intentando recordar mientras ella corría. La conozco, sí, pero no sé de dónde, ni cómo se llama, ni nada de eso. Lo único que puedo asegurarle es que no la conozco de nada que tenga que ver con mi oficio. Parecía toda una dama, una señora de pies a cabeza, y yo no conozco a nadie como ella. Sin embargo, la conozco. Esa cara... No era una cara que viera por primera vez ayer por la noche. No, señor. —Samuel Hobben negó con la cabeza—. Es un misterio. Podría habérselo comentado a ella, si no se hubiera marchado corriendo.

Me pregunté cuántos serán, entre todos los que alguna vez se marchan corriendo de algún sitio, los que huyen precisamente por esa razón: para evitar que alguien les haga una pregunta, sea cual sea.

Poco después de que despidiéramos a Samuel Hobben con la orden de hacer un esfuerzo de memoria para recordar el nombre de esa mujer misteriosa y el momento y el lugar en que la había conocido, el agente Stanley Beer llegó al Pleasant con Henry Negus.

El señor Negus tenía un aspecto mucho más agradable que Samuel Hobben. Era un hombre bien parecido, de unos cincuenta años, de pelo gris y expresión inteligente; vestía con elegancia y hablaba sin levantar la voz. Me gustó nada más verlo. Su dolor por la pérdida de su hermano era palpable,

pero hizo gala de un autocontrol ejemplar durante toda nuestra conversación.

—Le ruego que acepte mis condolencias, señor Negus —dijo Poirot—. Lo siento mucho. Es terrible perder a alguien tan próximo.

Negus asintió agradecido.

—Si puedo hacer algo para ayudar en la investigación, sea lo que sea, lo haré con mucho gusto. ¿Ha dicho el señor Catchpool que tiene usted algunas preguntas que hacerme?

—Así es, monsieur. ¿Le resultan familiares los nombres de Harriet Sippel y de Ida Gransbury?

—¿Son ellas las otras dos personas que...?

Henry Negus se interrumpió, al ver que Fee Spring se acercaba para servirle el té que había pedido al llegar.

—Sí —respondió Poirot en cuanto la camarera se hubo retirado—. Harriet Sippel e Ida Gransbury también fueron asesinadas en el hotel Bloxham ayer por la noche.

—El nombre de Harriet Sippel no me dice nada, pero Ida Gransbury y mi hermano estuvieron prometidos para casarse hace muchos años.

—Entonces ¿usted conocía a mademoiselle Gransbury?

Noté un repentino entusiasmo en la voz de Poirot.

—No, no llegué a conocerla personalmente —respondió Henry Negus—. Conocía su nombre, desde luego, por las cartas de Richard. Mi hermano y yo no nos veíamos casi nunca cuando él vivía en Great Holling. Pero nos escribíamos.

Sentí que otra pieza del rompecabezas caía con un limpio chasquido en su sitio.

—¿Dice usted que Richard vivió en Great Holling? —pregunté, esforzándome por mantener un tono neutro.

Si Poirot se sorprendió tanto como yo con el descubrimiento, no lo demostró.

Un mismo pueblo relacionaba a las tres víctimas de un asesinato. Repetí varias veces el nombre mentalmente: «Great Holling, Great Holling, Great Holling». Todo parecía apuntar en esa dirección.

—Sí, Richard vivió en ese pueblo hasta 1913 —respondió Negus—. Tenía su bufete de abogado en Culver Valley. Allí pasamos él y yo la infancia: en Silsford. Después, en 1913, vino a vivir conmigo a Devon, donde todavía vive..., quiero decir, donde vivía hasta ahora —se corrigió enseguida.

De repente pareció desmejorado, como si la realidad de la muerte de su hermano lo hubiera asaltado violentamente en ese instante, con efectos devastadores.

—¿Alguna vez le habló Richard de una mujer de Culver Valley llamada Jennie? —preguntó Poirot—. ¿O de cualquier persona con ese nombre, quizá de Great Holling, o tal vez de cualquier otro sitio?

Hubo una pausa que se prolongó un momento.

—No —dijo finalmente Henry Negus.

—¿Y de alguien cuyas iniciales fueran P. I. J.?

—No. La única persona del pueblo que solía mencionar era Ida, su prometida.

—Si me permite que le haga una pregunta delicada, monsieur, ¿por qué no acabó en boda el compromiso de su hermano?

—Me temo que no sabría decírselo. Richard y yo estábamos muy unidos, pero hablábamos sobre todo de ideas: filosofía, política, teología... No teníamos costumbre de indagar en la vida privada del otro. De Ida me dijo únicamente que estaban comprometidos para casarse, y después, en 1913, que habían roto el compromiso.

—*Attendez*. Puso fin a su compromiso con Ida Gransbury en 1913, ¿y ese mismo año se marchó de Great Holling y se fue a Devon a vivir con usted?

—Conmigo y con mi esposa y mis hijos, sí.

—¿Se marchó de Great Holling para poner distancia entre él y la señorita Gransbury?

Henry Negus consideró un momento la cuestión.

—Supongo que en parte sí, pero no fue solamente por eso. Richard se marchó de Great Holling porque desarrolló una profunda aversión por el lugar y no creo que Ida Gransbury fuera la única culpable. Me dijo que detestaba cada piedra del pueblo. No me explicó por qué y yo tampoco se lo pregunté. Si Richard no quería hablar sobre un asunto, tenía una manera muy taxativa de darlo a entender. Cuando emitió aquel veredicto suyo acerca del pueblo, pareció como si dijera al mismo tiempo: «Es todo lo que voy a decir al respecto». Quizá si yo hubiera intentado averiguar algo más...

Negus se interrumpió, con la angustia reflejada en el rostro.

—No debe sentirse culpable, señor Negus —comentó Poirot—. Usted no causó la muerte de su hermano.

—Yo no podía evitar la idea de que... de que probablemente le había pasado algo horrible en ese pueblo. Y a nadie le gusta hablar de esas cosas, ni

tampoco pensar en ellas, si es posible evitarlo. —Henry Negus suspiró—. Lo cierto es que Richard no quería hablar al respecto y yo consideré que era mejor no tocar el asunto. Él tenía la autoridad, ¿lo entiende? Era el hermano mayor. Todo el mundo respetaba su opinión. Tenía una mente brillante, ¿sabe?

—¿Ah, sí? —dijo Poirot, con una sonrisa amable.

—Nadie prestaba tanta atención a los detalles como Richard, antes de su declive. Era meticuloso en todo lo que hacía y todos confiaban en él. Por eso había tenido tanto éxito como abogado, antes de que las cosas empezaran a ir mal. Yo estaba convencido de que conseguiría levantarse y de que la vida volvería a sonreírle. Cuando hace un par de meses lo vi más animado, me dije: «Parece que por fin ha recobrado las ganas de vivir». Tenía la esperanza de que estuviera pensando en volver a trabajar, antes de agotar hasta el último penique de su herencia.

—Señor Negus, ¿podría ir un poco más despacio? —intervino Poirot, afable pero incisivo—. ¿Dice usted que su hermano no trabajaba cuando se mudó a su casa?

—No. Además de marcharse de Great Holling y de romper su compromiso con Ida Gransbury, Richard también dejó atrás su profesión cuando vino a Devon. Abandonó el oficio de abogado, se encerró en su habitación y se dio a la bebida.

—Ah. ¿Por eso ha dicho usted que se había venido abajo?

—Así es —respondió Negus—. El Richard que vino a mi casa era muy diferente del que yo había visto por última vez. Se había vuelto retraído y amargado. Era como si hubiese levantado un muro a su alrededor. Nunca salía de casa, no veía a nadie, no escribía ninguna carta y tampoco recibía correspondencia. Lo único que hacía era leer y quedarse en silencio mirando el vacío. Se negaba a acompañarnos a la iglesia y no cedía ni siquiera para complacer a mi esposa. Un día, cuando llevaba aproximadamente un año con nosotros, encontré una Biblia junto a su puerta, en el suelo del rellano. Era la misma que había estado guardada en un cajón, en el dormitorio que le habíamos dado a mi hermano; pero cuando intenté devolverla a su sitio, Richard me dijo secamente que no quería verla en su habitación. Debo confesar que después de ese incidente, le pregunté a mi mujer si... si debíamos pedirle que se buscara otro lugar donde vivir. Era bastante perturbador tenerlo en casa. Pero Clara, mi esposa, no quiso saber nada al respecto. «La familia es la familia», dijo. «Richard solo nos tiene a nosotros. ¿Cómo vamos a poner en la calle a alguien de tu sangre?». Tenía razón, desde luego.

—¿Ha dicho usted que su hermano derrochaba el dinero? —pregunté.

—Sí. Ambos teníamos una posición acomodada. —Henry negó con la cabeza—. Jamás habría imaginado que Richard, mi hermano mayor, fuera a despilfarrar su fortuna sin pensar en el futuro... y, sin embargo, fue lo que hizo. Parecía empeñado en convertir en licor y beberse hasta el último penique heredado

de mi padre. Iba encaminado hacia una vida de miseria y enfermedad. Pasé muchas noches en vela, imaginando el final terrible que quizá le aguardara. Aun así, nunca pensé en el asesinato. Ni por un momento se me ocurrió que Richard pudiera morir asesinado, aunque tal vez debí considerar esa posibilidad.

Poirot levantó la cabeza, como en instantáneo estado de alerta.

—¿Por qué dice que debió considerarla, monsieur? La mayoría de nosotros damos por sentado que nuestros parientes y amigos no morirán asesinados, y por lo general se trata de una suposición razonable.

Henry Negus reflexionó un momento, antes de contestar. Finalmente, dijo:

—Tal vez sea fantasioso decir que Richard se comportaba como si supiera que iba a ser asesinado, porque ¿quién puede saber algo así? Pero cuando se mudó a mi casa, tenía el aire abatido y fatalista de quien cree que su vida ya ha terminado. No encuentro otra manera de describirlo.

—Sin embargo, ha dicho usted que lo vio «más animado» en los meses que precedieron a su muerte...

—Así es. Mi esposa también lo notó y me instó a hablar con él para averiguar a qué se debía el cambio. Las mujeres siempre son curiosas, ¿verdad? Pero yo conocía a Richard y sabía que no habría apreciado la intromisión.

—¿Parecía más feliz? —preguntó Poirot.

—Ojalá pudiera decirle que sí, monsieur Poirot. Si pudiera creer que Richard se sentía un poco más feliz el día que murió, al menos tendría ese consuelo. Pero no, lo suyo no era felicidad. Era más como si estuviese planeando algo. Parecía como si por fin volviera a tener un propósito, después de tantos años de no tener ninguno. Pero solo es una suposición mía. No sé si realmente se proponía algo, ni qué pensaba hacer.

—Pero ¿está seguro de que ese cambio de su hermano no es una mera imaginación suya?

—Sí, estoy seguro al cien por cien, porque se manifestó en muchos aspectos. Richard se levantaba y bajaba a desayunar más a menudo. Tenía más vigor y energía. Sus hábitos de higiene mejoraron, y lo más notable de todo fue que dejó de beber. No imagina lo mucho que agradecí que hubiera dejado la bebida. Mi mujer y yo rezábamos para que tuviera éxito, fuera cual fuese su plan, y para que la maldición de Great Holling dejara de pesar sobre él y pudiera por fin disfrutar de una vida provechosa.

—¿La maldición, monsieur? ¿Cree que el pueblo estaba maldito?

Henry Negus se sonrojó.

—No, realmente no. Esas cosas no existen. Pero a mi mujer le había dado por

decirlo. Como no tenía una buena historia donde hincar el diente, se inventó el cuento de la maldición, basándose en la precipitada salida de Richard del pueblo, la ruptura de su compromiso y lo único que sabía de Great Holling, aparte de esos dos datos.

—¿Cuál era ese otro dato? —pregunté.

—Oh. —Henry Negus pareció sorprendido. Al cabo de un momento, dijo—: Claro, ustedes no saben nada al respecto. ¿Por qué iban a saberlo? Me refiero a la tragedia del joven vicario de la parroquia y de su esposa. Richard nos lo contó en una de sus cartas, unos meses antes de marcharse del pueblo —dijo Henry—. Murieron con pocas horas de diferencia.

—¿Ah, sí? ¿Cuál fue la causa de su muerte? —preguntó Poirot.

—No lo sé. Richard no mencionó ese detalle en su carta, si es que lo sabía. Solo escribió que había sido una tragedia espantosa. De hecho, se lo pregunté cuando vino a casa, pero me contestó con un gruñido, por lo que no pude averiguar nada más. Creo que estaba demasiado absorto en sus desdichas para ponerse a hablar de las desgracias ajenas.

Capítulo 8

Para ordenar nuestras ideas

—O también podría ser —dijo Poirot media hora más tarde, mientras recorríamos a paso rápido la distancia entre el Pleasant y nuestra casa de huéspedes—, también podría ser que todos esos sucesos infortunados de hace dieciséis años estén conectados entre sí: el trágico final del vicario y su esposa, la abrupta ruptura del compromiso con Ida Gransbury y la decisión de Richard Negus de abandonar su aborrecido Great Holling, para irse a vivir a Devon y derrochar allí su fortuna, emborrachándose hasta perder el sentido en casa de su hermano.

—¿Cree que Richard Negus se dio a la bebida a raíz de la muerte del vicario? —pregunté yo—. Por muy tentador que sea relacionarlo todo, ¿no le parece más probable que los dos hechos no tengan nada que ver?

—Yo no diría tanto. —Poirot me lanzó una mirada severa—. ¡Inhale el aire fresco de este hermoso día invernal, Catchpool! Quizá le sirva para oxigenar un poco su materia gris. ¡Haga una inspiración profunda, amigo mío!

Lo complací haciendo lo que me pedía. Como de todos modos estaba respirando, me pareció un poco inútil.

—*Bon*. Ahora piense lo siguiente: la tragedia no se reduce a la muerte del vicario, sino a que falleció solamente unas horas después de la muerte de su esposa. Algo muy inusual. Después, Richard Negus le menciona el suceso a su hermano Henry en una carta. Al cabo de unos meses, rompe su compromiso con Ida Gransbury y se marcha a Devon, donde inicia un pronunciado declive. Se niega a conservar una Biblia en su habitación y no acude a la iglesia, ni siquiera para complacer a la señora de la casa.

—¿Por qué lo dice como si tuviera un significado especial? —le pregunté.

—¡Ah, el oxígeno! ¡Tarda demasiado tiempo en abrirse paso hasta las neuronas! Pero no se preocupe: tarde o temprano llegará a ese acericico que tiene usted por cerebro. ¡Negus se niega a ir a la iglesia, Catchpool! Un vicario y su esposa mueren trágicamente en Great Holling. Poco después, Richard Negus desarrolla una aversión profunda hacia el pueblo donde vivía, la iglesia y la Biblia.

—Ah, ya veo adónde quiere ir a parar.

—*Bon. Alors*, Richard Negus se traslada a Devon, donde inicia una rápida decadencia. Durante todo ese tiempo, su hermano no se atreve a hacerle ni una sola pregunta indiscreta, que quizá habría podido salvarlo de la devastación en que se había convertido su vida...

—¿Considera negligente a Henry Negus?

—No, no es culpa suya —dijo Poirot encogiéndose de hombros—. El hombre es inglés. Ustedes los ingleses son capaces de guardar un educado silencio mientras se producen toda clase de desastres evitables delante de sus ojos, con tal de no cometer el imperdonable error social de parecer entrometidos.

—No creo que su comentario sea justo —repliqué, levantando un poco la voz, para hacerme oír por encima del ruido del viento y de las voces de la gente en aquella animada calle de Londres.

Poirot ignoró mi protesta.

—A través de los años, Henry Negus se preocupa en silencio por su hermano, espera que la situación cambie y sin duda reza para que así sea. Y cuando casi ha renunciado a toda esperanza de que sus plegarias sean escuchadas, Richard Negus experimenta la visible recuperación de hace unos meses. Parece estar planeando algo. Tal vez el plan tiene algo que ver con la reserva de tres habitaciones en el hotel Bloxham para él y para dos mujeres que conoció en Great Holling, puesto que sabemos que fue lo que hizo. Finalmente, ayer por la noche es hallado muerto en su habitación del Bloxham, con un gemelo de oro en la boca, a escasa distancia de su antigua prometida, Ida Gransbury, y de Harriet Sippel, que también fue vecina suya en Great Holling. Las dos mujeres han sido asesinadas de la misma manera.

Poirot se detuvo. Llevaba cierto tiempo caminando demasiado aprisa y se había quedado sin aliento.

—Catchpool —jadeó, mientras se enjugaba la frente con un pañuelo pulcramente doblado que había extraído del bolsillo del chaleco—, piense por un momento cuál es el primer suceso de la concatenación que acabo de describirle. ¿No es la trágica muerte del vicario y su esposa?

—Sí, quizá, pero solo si admitimos que forman parte de la misma historia que los tres asesinatos del Bloxham. No hay ninguna evidencia en ese sentido, Poirot. Sigo pensando que la desgracia de ese pobre vicario es totalmente irrelevante para nosotros.

—¿Lo mismo que el caso de la *pauvre* Jennie?

—Exactamente.

Reanudamos nuestro camino por la calle.

—¿Alguna vez ha intentado resolver un crucigrama, Poirot? Porque... bueno..., no sé si sabrá que estoy tratando de componer uno.

—Sería imposible vivir a tan escasa distancia de usted e ignorarlo, *mon ami*.

—Ah, claro, sí. Verá, he observado algo que sucede cuando uno intenta resolver las pistas de un crucigrama. Es interesante. Digamos que la pista es

la siguiente: «Entre los enseres de la cocina. Siete letras», y que tenemos la primera letra, y es la C. Es muy fácil pensar: «Tiene que ser “colador”, porque es un utensilio de cocina y la palabra tiene siete letras y empieza por C». Entonces damos por sentado que hemos encontrado la solución, cuando en realidad la respuesta correcta era «cazuela», que también forma parte de los enseres de la cocina, tiene siete letras y empieza por C. ¿Entiende lo que intento decirle?

—El ejemplo no le hace ningún honor, Catchpool. En la situación que describe, yo pensaría en «colador» y «cazuela» como dos soluciones igualmente probables. Solo un majadero consideraría en exclusiva una de las respuestas, cuando las dos encajan como un guante en la definición.

—Muy bien, si quiere una teoría con las mismas probabilidades que la suya de ser correcta, ¿qué le parece esta? Richard Negus se negaba a ir a la iglesia o a guardar una Biblia en su habitación porque la desgracia que le había sobrevenido en Great Holling, fuera cual fuese, le había hecho perder la fe. ¿No cree que mi teoría también encaja como un guante? Y lo mejor es que no requiere ninguna conexión con la muerte del vicario ni de su esposa. Richard Negus no sería la primera persona que ha sufrido un golpe y se pregunta si es verdad que Dios lo quiere tanto como parece querer a los demás.

Esa última frase me salió con más vehemencia de lo que había pretendido.

—¿Usted también se lo ha preguntado, Catchpool?

Poirot me apoyó una mano en un brazo, para impedir que siguiera andando con tanta rapidez. A veces olvido que mis piernas son mucho más largas que las suyas.

—De hecho, sí, me lo he preguntado. Aun así, no he dejado de ir a la iglesia, pero puedo entender que otras personas reaccionen de otra manera.

«Por ejemplo, las personas que levantarían la voz para protestar, en lugar de quedarse calladas si alguien les dijera que tienen un acerico por cerebro», pensé. Pero a Poirot le dije:

—Supongo que todo depende de que culpemos a Dios o a nosotros mismos de nuestros problemas.

—¿Fue una mujer la causa de sus desdichas?

—Varios especímenes excelentes, todos los cuales mis padres esperaban fervientemente que yo llevara al altar. Pero me mantuve firme y no infligí a ninguna de esas jóvenes el castigo de tener que soportarme.

Volví a caminar más aprisa y Poirot tuvo que apretar el paso para alcanzarme.

—Entonces, según su buen juicio, ¿debemos olvidarnos del vicario y de su esposa, trágicamente fallecidos? ¿Debemos actuar como si no hubiéramos oído hablar del asunto, para evitar que nos haga llegar a una conclusión

errónea? ¿Hemos de olvidar también a Jennie por la misma razón?

—Bueno, no. No creo que esa sea la mejor manera de proceder. No le estoy sugiriendo que olvidemos nada de lo que sabemos, sino únicamente...

—¡Le diré yo cuál es la mejor manera de proceder! Tiene que ir usted a Great Holling. Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus no son simples piezas de un rompecabezas; no son meros objetos que podamos mover para intentar que encajen en un patrón predeterminado. Antes de morir, los tres eran personas con vidas y emociones, con inclinaciones más o menos perjudiciales y tal vez con momentos de gran sabiduría y clarividencia. Tiene que ir al pueblo donde vivieron para averiguar quiénes fueron esas tres personas, Catchpool.

—¿Yo? ¿O nosotros dos?

—*Non, mon ami*. Poirot se quedará en Londres. Para avanzar no necesito mover el cuerpo, sino solo la mente. Irá usted y cuando regrese me presentará un exhaustivo informe de su viaje. Será suficiente. Llévase dos listas: la de personas alojadas en el hotel Bloxham en las noches del miércoles y el jueves, y la de empleados del establecimiento. Investigue si alguien de ese pueblo maldito reconoce alguno de los nombres. Pregunte por Jennie y por las iniciales P. I. J. Y no vuelva hasta que haya descubierto la historia de los trágicos fallecimientos del vicario y de su esposa en 1913.

—Poirot, tiene que venir conmigo —dije con cierta desesperación—. Estoy un poco desbordado con este asunto del Bloxham y confío en su ayuda.

—Puede seguir confiando, *mon ami*. Ahora iremos a casa de la señora Unsworth para ordenar nuestras ideas y preparar su viaje a Great Holling.

Siempre la llamaba «la casa de la señora Unsworth». Cada vez que se lo oía decir, recordaba que yo también solía llamarla así en otra época, antes de empezar a considerarla «mi casa».

Por «ordenar nuestras ideas», Poirot se refería a quedarse de pie cerca del fuego en el recargado saloncito lleno de flecos de color lavanda de la señora Unsworth y dictarme palabra por palabra unas notas que yo recogí al pie de la letra, sentado en una silla. Nunca, ni antes ni después de ese momento, había oído a nadie expresarse de manera tan perfectamente ordenada. Cuando intenté protestar porque me estaba haciendo escribir muchas cosas que yo ya sabía de sobra, me obsequió con una larga y rigurosa disertación sobre el tema «La importancia del método». Por lo visto, no podíamos confiar en lo que mi cerebro de acerico fuera capaz de recordar por sí solo, por lo que era imprescindible proporcionarme unas notas escritas.

Tras dictarme una lista de todo lo que sabíamos, Poirot procedió a dictarme otra de todo lo que ignorábamos, pero esperábamos averiguar. (Por un momento he pensado reproducir aquí las dos listas, pero no quiero aburrir ni indignar a nadie, tanto como me aburrí y me indigné yo mientras las escribía).

Para ser justo con Poirot, debo reconocer que cuando terminé de escribir y repasé las anotaciones, sentí que había adquirido una perspectiva mucho más clara de los acontecimientos. Más clara, pero terriblemente desalentadora. Guardé la pluma y dije con un suspiro:

—No estoy seguro de querer llevar encima una lista interminable de preguntas cuyas respuestas ignoro y que lo más probable es que ni siquiera logre responder algún día.

—Le falta confianza, Catchpool.

—Sí. ¿Qué puedo hacer al respecto?

—No lo sé. Personalmente, no es algo que me afecte. A mí no me preocupa encontrar un problema que no pueda resolver.

—¿Cree que esta vez será capaz de encontrar la solución?

Poirot sonrió.

—¿Quiere que lo anime a confiar en mí, para compensar su falta de confianza en sí mismo? *Mon ami*, usted sabe mucho más de lo que cree. ¿Recuerda una pequeña broma que hizo en el hotel, en relación con la llegada de las tres víctimas el miércoles, un día antes de ser asesinados? Comentó que era como si los tres hubieran recibido una invitación que dijera: «Preséntese por favor un día antes, para poder dedicar enteramente la jornada del jueves a su asesinato».

—Lo recuerdo, sí. ¿Por qué lo dice?

—Su broma se basaba en la idea de que ser víctima de un asesinato es actividad más que suficiente para toda una jornada. Atravesar el país en tren y morir asesinado, todo el mismo día, sería demasiado para cualquiera. ¡Y el asesino no quiere que sus víctimas se cansen innecesariamente! ¡Es muy gracioso! —Poirot se alisó los bigotes, como si creyera que la risa les había alterado la forma—. Sus palabras me hicieron pensar, amigo mío. Puesto que ser asesinado no requiere ningún esfuerzo por parte de la víctima, y teniendo en cuenta que el asesino no necesita ser considerado con aquellos que piensa envenenar, ¿por qué no los mató el miércoles por la noche?

—Quizá tuviera algo que hacer el miércoles por la noche —respondí.

—Entonces ¿por qué no lo organizó todo para que las víctimas llegaran al hotel a lo largo de la mañana y la tarde del jueves, y no a lo largo de la mañana y la tarde del miércoles? Si hubieran llegado el jueves, habría podido cometer el crimen a la misma hora, *n'est-ce pas?* Entre las siete y cuarto y las ocho y diez de la noche del jueves.

Hice un esfuerzo por parecer paciente.

—Está complicando las cosas sin necesidad alguna, Poirot. Si los tres

huéspedes del hotel se conocían entre sí, como de hecho sabemos que era, es probable que decidieran pasar dos noches en Londres, por alguna razón que no guarde ninguna relación con el asesino. Y si el asesino los mató la segunda noche, fue porque le resultaba más conveniente. El asesino no los invitó al Bloxham; sencillamente, sabía que se alojarían allí y en qué momento podía encontrarlos. Además... —Me interrumpí—. No, déjelo. Es una tontería.

—Dígame la tontería que se le acaba de ocurrir —me ordenó Poirot.

—Si el asesino es una persona meticulosa por naturaleza, es posible que no haya planificado los asesinatos para el mismo día en que sabía que sus víctimas viajarían a Londres, por si los trenes se retrasaban.

—Quizá él también tenía que viajar a Londres, desde Great Holling o desde algún otro sitio. Es posible que el hombre (o la mujer, ya que también cabe esa posibilidad) no quisiera hacer un viaje agotador y cometer tres asesinatos, todo en un mismo día.

—Incluso en ese caso, las víctimas habrían podido llegar el jueves, ¿no cree?

—Pero no fue así —se limitó a decir Poirot—. Sabemos que llegaron un día antes, el miércoles. Por eso, he empezado a preguntarme si no habría algo que debiera suceder necesariamente antes de que se cometieran los tres asesinatos y que implicara a la vez al asesino y a las tres víctimas. De ser así, es posible que el asesino no haya viajado desde lejos para venir hasta aquí, sino que viva en Londres.

—Puede ser —concedí yo—. Pero todo esto es una manera larga y complicada de reconocer que no tenemos ni la más remota idea de lo que realmente sucedió, ni por qué. Y si no recuerdo mal, ese fue mi diagnóstico de la situación desde el principio. Ah, una cosa más...

—Dígame, *mon ami*.

—No he tenido valor para decírselo hasta ahora y sé que no va a gustarle, pero los gemelos con el monograma...

—*Oui?*

—Usted le preguntó a Henry Negus si conocía a alguien con las iniciales P. I. J., pero me temo que esas no son las iniciales del dueño de los gemelos, sea quien sea. Yo diría más bien que las iniciales deben de ser P. J. I. Mire. —Reproduje de memoria el monograma en el dorso de uno de mis papeles, tratando de imitar la disposición de las letras en los gemelos—. ¿Se da cuenta de que la I, que está en el centro, es bastante más grande que la P y la J, que están a los lados? Es un estilo de monograma bastante corriente. La letra más grande corresponde al apellido y está en el centro.

Poirot frunció el ceño e hizo un gesto de incredulidad.

—¿Las iniciales del monograma están desordenadas deliberadamente? Nunca

había oído nada igual. ¿A quién se le habría ocurrido algo semejante? ¡Es absurdo!

—Le aseguro que es una práctica muy común, créame. Mis colegas en la central tienen gemelos con este tipo de monogramas.

—*Incroyable* . ¡A los ingleses les es indiferente el orden correcto de las cosas!

—Bueno, sea como sea..., tendremos que preguntar por P. J. I. cuando vayamos a Great Holling, y no por P. I. J.

Fue un intento desesperado, pero Poirot descubrió enseguida mi triquiñuela.

—Cuando vaya usted a Great Holling, amigo mío —replicó—. Poirot se quedará en Londres.

Capítulo 9

Una visita a Great Holling

El lunes siguiente por la mañana partí hacia Great Holling según las instrucciones recibidas. Mi impresión al llegar fue que el pueblo se parecía a otros muchos pueblos ingleses que había visitado y que había muy poco más que decir al respecto. Creo que hay más diferencias entre las ciudades que entre los pueblos, y mucho más que decir acerca de las primeras. De hecho, podría hablar durante horas sobre las laberínticas complejidades de Londres. Quizá esto se deba simplemente a que no acabo de conectar con los lugares como Great Holling. Me hacen sentir fuera de mi elemento, si es que puede decirse que tenga alguno. De hecho, no estoy nada convencido de tenerlo.

Me habían dicho que la posada King's Head, donde pensaba alojarme, no tenía pérdida; pero debía de tenerla, porque me perdí. Por suerte, un hombre joven con gafas, una constelación de pecas en forma de bumerán sobre la nariz y un periódico bajo el brazo, me ofreció ayuda. Me sobresalté cuando me abordó desde atrás.

—¿Se ha perdido? —me preguntó.

—Creo que sí. Estoy buscando la posada King's Head.

—¡Ah! —Sonrió—. Ya lo he supuesto nada más verlo con las maletas. Usted no es de aquí, ¿verdad? Desde la calle, el King's Head Inn parece una casa particular. Por eso no lo verá, a menos que vaya por ese pasaje, ¿lo ve? Baje por ahí, gire a la derecha y enseguida divisará el cartel y la entrada de la posada.

Le agradecí las indicaciones, y estaba a punto de seguir su consejo cuando me preguntó:

—¿De dónde es usted?

Se lo dije, y él se empeñó en seguir hablando:

—Yo no he estado nunca en Londres. ¿Qué lo trae a nuestro pueblo?

—Trabajo —respondí—. Perdone, no quisiera parecer grosero, y de hecho me encantaría seguir hablando con usted, pero antes quiero llegar a la posada e instalarme.

—Bueno, entonces no lo retengo —replicó él—. ¿En qué trabaja? ¡Oh, disculpe! ¡Ya he vuelto a hacerle una pregunta! Mejor lo dejo para más tarde.

Me saludó con la mano y se alejó calle abajo.

Cuando me disponía a seguir mi camino hacia el King's Head, se volvió y me gritó a pleno pulmón:

—¡Baje por allí y gire a la derecha!

Y me saludó una vez más, agitando jovialmente la mano.

Solo intentaba ser amable y servicial, y yo debería sentirme agradecido. Y así me habría sentido, de no haber sido porque...

Sí, lo reconozco: porque no me gustan los pueblos. No se lo dije a Poirot antes de salir, pero me lo repetí en innumerables ocasiones durante el viaje en tren y una vez más cuando me apeé en la pequeña y primorosa estación. No me gustaba la calle estrecha y llena de encanto donde me encontraba, que se curvaba con la forma exacta de una S y discurría por el pueblo, flanqueada por casitas más propias de criaturas del bosque que de seres humanos.

No me gustaba que me abordaran desconocidos por la calle para hacerme preguntas impertinentes, pero al mismo tiempo era consciente de mi hipocresía, ya que yo mismo había viajado a Great Holling para interrogar a desconocidos.

Desde que el joven con gafas se había marchado, no oía ningún ruido, excepto el ocasional canto de un pájaro o mi propia respiración. Más allá de las casas, divisaba campos vacíos y colinas lejanas, que combinados con el silencio me hicieron sentir de inmediato el peso de la soledad. Las ciudades también pueden hacernos sentir solos, desde luego. En Londres, uno mira a los que pasan por la calle y no imagina lo que puedan estar pensando. Cada uno es un mundo completamente cerrado y misterioso. En los pueblos, se aplica la misma regla, pero es fácil sospechar que todos van pensando lo mismo.

El propietario del King's Head Inn resultó ser un tal Victor Meakin, que aparentaba entre cincuenta y sesenta años, y tenía una cabellera gris y rala, a través de la cual asomaban las puntas de unas orejas rosadas. También él parecía ansioso por hablar de Londres.

—¿Nació usted allí, señor Catchpool, si no le importa que se lo pregunte? ¿Cuántos habitantes tiene ahora la ciudad? ¿Está muy sucia? Mi tía estuvo una vez en Londres y decía que había mucha suciedad. Aun así, siempre he pensado que me gustaría visitar algún día la ciudad. Pero nunca se lo dije a mi tía, que en paz descanse, porque habríamos discutido. ¿Es verdad que en Londres todo el mundo tiene coche propio?

Por suerte, su torrente ininterrumpido de preguntas no me dejaba tiempo para contestar; pero se me acabó la tranquilidad cuando llegó a la pregunta que realmente le interesaba:

—¿Y qué lo trae por Great Holling, señor Catchpool? No consigo adivinar qué negocio pueda tener usted en el pueblo.

Entonces guardó un silencio expectante y no me dejó más remedio que

contestar:

—Soy policía —dije—. De Scotland Yard.

—¿Policía?

No perdió la sonrisa, pero empezó a mirarme con ojos muy diferentes: severos, inquisitivos y llenos de desdén, como si estuviera especulando y sacando conclusiones acerca de mí que no me beneficiaban en lo más mínimo.

—Policía —añadió, más para sí mismo que para mí—. ¿Por qué viene al pueblo un policía? Y además, ¡un policía importante de Londres!

Como no parecía que me lo estuviera preguntando directamente, omití contestarle.

Mientras el hombre cargaba mis maletas por la recurvada escalera de madera, se detuvo tres veces y se volvió para mirarme, sin razón aparente.

La habitación que me había asignado era fría y espartana, lo que para mí fue un agradable cambio respecto a la recargada extravagancia de flecos y encajes de Blanche Unsworth. Allí, por fortuna, nadie había preparado para mí una bolsa de agua caliente metida en una funda de punto. ¡Ni siquiera soporto ver esos artefactos! En mi opinión, lo más caliente dentro de una cama debería ser siempre la persona.

Meakin me indicó algunos elementos de la habitación que yo mismo habría descubierto sin su ayuda, como la cama y el gran armario de madera, y yo intenté reaccionar con la adecuada combinación de asombro y delectación. Después, como sabía que en algún momento tendría que decírselo, le revelé el motivo de mi presencia en Great Holling, con la esperanza de satisfacer su curiosidad y de conseguir que dejara de mirarme de manera tan penetrante. Así pues, le hablé de los asesinatos en el hotel Bloxham.

Me escuchó retorciendo la boca. Por un momento pensé que intentaba reprimir la risa, pero quizá fuera una apreciación errónea por mi parte.

—¿Asesinados, dice usted? ¿En un hotel elegante de Londres? ¡Eso sí que es una noticia! ¿La señora Sippel y la señorita Gransbury, asesinadas? ¿Y también el señor Negus?

—Entonces ¿los conocía usted? —pregunté, mientras me quitaba el abrigo y lo colgaba en el armario.

—Sí, desde luego.

—Pero supongo que no eran amigos suyos...

—Ni amigos ni enemigos —repuso Meakin—. Es lo mejor, cuando uno tiene una posada que atender. Los amigos y los enemigos siempre traen problemas. Y si no, mire lo que les ha pasado a la señora Sippel y a la señorita Gransbury.

Y también al señor Negus.

Me pregunté a qué se debería el extraño énfasis que distinguía en su voz. ¿Podía ser satisfacción?

—Disculpe, señor Meakin, pero... ¿se alegra usted de esas tres muertes o me lo estoy imaginando?

—Se lo está imaginando, señor Catchpool. ¡Claro que se lo está imaginando! —repitió con la mayor firmeza.

Durante unos instantes nos sostuvimos mutuamente la mirada. En sus ojos, desprovistos ya de toda calidez, brillaba la suspicacia.

—Usted me ha dado una noticia y yo la he escuchado con interés; eso es todo —dijo Meakin—. Siempre escucho con interés lo que me cuentan los huéspedes. Es una cuestión de educación, cuando uno tiene una posada que atender. ¡Imagínese! ¡Tres asesinatos!

Me volví para darle la espalda, mientras le decía con firmeza:

—Gracias por enseñarme mi habitación. Ha sido usted muy servicial.

—Supongo que querrá hacerme unas cuantas preguntas, ¿no? Estoy al frente del King's Head Inn desde 1911. No encontrará a nadie mejor a quien preguntar.

—Ah... sí, por supuesto. Cuando haya deshecho las maletas y comido, y después de estirar un poco las piernas. —No me agradaba la perspectiva de sentarme a hablar con ese hombre, pero no iba a tener más remedio—. Una cosa más, señor Meakin, algo muy importante: le quedaré muy agradecido si no le cuenta a nadie lo que acabo de decirle.

—¿Es un secreto?

—No, en absoluto. Pero preferiría dar la noticia yo mismo.

—Piensa hacer preguntas, ¿no? No encontrará a nadie en Great Holling que le diga nada que merezca la pena.

—Confío en que no sea así —repliqué—. Después de todo, usted mismo se acaba de ofrecer para hablar conmigo.

Meakin negó con la cabeza.

—No exactamente, señor Catchpool. Le he dicho que soy el más indicado para escuchar sus preguntas, pero no le he asegurado que fuera a responderlas. Le diré una cosa... —añadió, mientras apuntaba a mi cara un dedo huesudo de nudillos hinchados—. Si se ha encontrado con tres asesinatos en un hotel elegante de Londres y usted trabaja de policía en Londres, entonces lo más conveniente será que vaya a hacer sus preguntas por allí y no por aquí.

—¿Me está insinuando que me marche, señor Meakin?

—No, no, nada de eso. Su itinerario es asunto suyo. En esta posada será bienvenido durante todo el tiempo que quiera quedarse. Lo que usted haga no me concierne.

Entonces dio media vuelta y se fue.

Me quedé negando con la cabeza, desconcertado. Me costaba reconocer al Victor Meakin que acababa de salir de mi habitación como el mismo hombre que me había recibido a mi llegada al King's Head Inn y se había puesto a parlotear alegremente sobre Londres y su tía enemiga de la suciedad.

Me senté en la cama, pero volví a incorporarme enseguida, movido por la necesidad de respirar aire fresco. Habría preferido que hubiera otro lugar donde alojarme en Great Holling, aparte del King's Head.

Me puse el abrigo que me había quitado pocos minutos antes, cerré con llave la habitación y bajé la escalera. Victor Meakin estaba secando unos vasos de cerveza detrás de la barra. Cuando entré en la sala, me saludó con una leve inclinación de la cabeza.

En un rincón, a ambos lados de una mesa cubierta de vasos llenos y vacíos, había dos hombres profundamente concentrados en la tarea de emborracharse tanto como podían. Los dos parecían haber perfeccionado el arte de balancearse en la silla. Uno de los bebedores empedernidos era un viejo con cara de gnomo, cuya barba blanca le confería un aspecto semejante a Papá Noel. El otro era un mozo fornido, de mandíbula cuadrada, que no podía tener mucho más de veinte años. Estaba tratando de hablar con el viejo, pero tenía la boca floja por efecto del licor y no lograba hacerse entender. Por fortuna, su compañero de borrachera no estaba en condiciones de prestar atención, por lo que quizá era preferible que el discurso perdido fuera un sinsentido ininteligible y no una gran disertación.

Me resultó perturbador ver a un hombre tan joven en ese estado. ¿Cómo habría caído tan bajo? Daba la impresión de estar probándose una cara diferente de la suya, que sin embargo tendría que dejarse para siempre, si no cambiaba pronto de hábitos.

—¿Le apetece beber algo, señor Catchpool? —preguntó Meakin.

—Quizá más tarde, gracias —le contesté con una calurosa sonrisa. Intento ser tan amable como puedo con las personas que me desagradan o me resultan poco fiables. No siempre me funciona, pero a veces consigo que me retribuyan la amabilidad—. Ahora quiero salir a estirar un poco las piernas.

El joven ebrio se puso de pie con notable esfuerzo. Con repentina furia, soltó una parrafada que empezaba con la palabra «no» y se perdía en un marasmo incomprensible. Pasó trastabillando junto a mí y salió a la calle. El viejo levantó un brazo —proceso que le llevó unos diez segundos— y me apuntó con un dedo.

—Usted —dijo.

Hacía menos de una hora que estaba en Great Holling y ya había tenido que soportar la impertinencia de que dos personas me señalaran con el dedo. Cabía la posibilidad de que fuera un gesto de bienvenida entre los lugareños, pero lo dudaba.

—¿Me lo dice a mí? —pregunté.

Papá Noel profirió unos ruidos, que yo interpreté como:

—Sí, a usted, buen hombre. Venga y siéntese aquí conmigo. Aquí, en esa silla. Aquí conmigo. En esa silla de ahí, que ese jovencito inútil ya no va a necesitar. Aquí.

En circunstancias normales, sus repeticiones me habrían chirriado; pero como tenía que esforzarme por traducir sus palabras, casi le agradecí que se repitiera tanto.

—De hecho, estaba a punto de salir a dar un paseo por el pueblo... —empecé a decir, pero el viejo ya había decidido que yo no iba a ninguna parte.

—¡Ya tendrá tiempo más tarde! —ladró—. Venga, siéntese aquí conmigo, para que hablemos un rato.

Para mi alarma, se puso a cantar:

Venga para acá,

venga para acá,

señor policía de la ciudad.

Miré a Meakin, que no levantó la vista de los vasos de cerveza. La rabia me dio ánimos para espetarle:

—Creo recordar que hace apenas diez minutos le he pedido que no revelara a nadie el motivo de mi presencia en el pueblo.

—No he dicho ni una palabra.

Ni siquiera tuvo la cortesía de mirarme mientras hablaba.

—¿Cómo explica entonces, señor Meakin, que este caballero sepa que soy un policía de Londres, si usted no se lo ha dicho? Usted era el único que lo sabía.

—No debería sacar conclusiones precipitadas, señor Catchpool. Así no llegará a ninguna parte. No he hablado con nadie acerca de usted. No he dicho ni una sola palabra.

Estaba mintiendo. Él sabía que yo lo sabía, pero no le importaba.

Resignado, fui a sentarme con el viejo con aspecto de gnomo en un rincón de la posada. En las oscuras vigas a su alrededor relucían multitud de jaeces de bronce para caballos, y por un segundo me pareció ver en él a una extraña criatura de pelo blanco acurrucada en un nido todavía más extraño.

Empezó a hablar como si ya estuviéramos en medio de una conversación:

—... lo menos parecido a un caballero; es un inútil y sus padres lo saben muy bien. Ellos no saben leer ni firmar, y él tampoco. ¡Por no hablar de lo que sabe de latín! ¡Veinte años, y mírelo! Cuando yo tenía su edad... ¡Ah, pero eso fue hace mucho! ¡Tiempo inmemorial! Yo sí que fui un hombre de provecho a su edad. Pero algunos reciben las bendiciones que Dios les ha dado y las echan a perder. No se dan cuenta de que la grandeza está al alcance de todos los hombres y no se molestan en alcanzarla.

—Latín, ¿eh?

Fue todo lo que conseguí articular a modo de respuesta. ¿Grandeza? Por mi parte, me consideraba afortunado cada vez que evitaba un fracaso humillante. No había aspereza en la voz del viejo, pese a su nariz bulbosa y enrojecida, y a su barba mojada por la bebida. Pensé que habría resultado una voz agradable de escuchar, de no haber sido por la aspereza del alcohol.

—Entonces ¿usted ha hecho grandes cosas? —pregunté.

—Lo intenté, y debo decirle que conseguí mucho más de lo que soñaba.

—¿Ah, sí?

—Pero eso fue hace mucho tiempo. Los sueños no merecen la pena, y los que más nos importan nunca se hacen realidad. Yo no lo sabía cuando era joven, y me alegro de no haberlo sabido. —Suspiró—. ¿Y usted, amigo mío? ¿Cuál sería para usted su mayor éxito? ¿Resolver los asesinatos de Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus?

Lo dijo como si se tratara de un propósito poco digno de mi empeño.

—No conocí a Negus, aunque lo vi una o dos veces —prosiguió—. Se marchó del pueblo poco después de llegar yo. Un hombre viene, otro se va, y los dos por la misma razón, los dos con el corazón afligido.

—¿Cuál fue esa razón?

Con un solo movimiento rápido, el viejo gnomo se echó una cantidad inverosímil de cerveza por el gaznate.

—¡Ella nunca lo superó! —dijo finalmente.

—¿Quién? ¿Qué fue lo que no superó? ¿Se refiere a que Ida Gransbury nunca superó que Richard Negus se marchara de Great Holling?

—La pérdida de su marido. Es lo que dicen. Harriet Sippel. Dicen que por haberlo perdido a una edad tan temprana se había vuelto así. A mí me parece una mala excusa. No era mucho mayor que el joven que estaba sentado donde está sentado usted antes de que usted viniera a sentarse. No tenía edad para morir. Siempre pasa lo mismo.

—¿Por qué ha dicho que «se había vuelto así»? ¿Podría explicármelo?

—¿Qué quiere que le explique, mi buen amigo? ¡Ah, sí! Los sueños no merecen la pena. Me alegro de haberlo descubierto en la vejez.

—Perdóneme, pero me gustaría saber si lo he entendido bien —insistí, deseando que dejara de desviarse del tema—. Ha dicho usted que Harriet Sippel perdió muy joven a su marido y que por eso se volvió... ¿Cómo se volvió?

Para mi espanto, el viejo se echó a llorar.

—¿Por qué tuvo que venir aquí? Habría podido tener un marido, hijos, un hogar, una vida feliz...

—¿Quién habría podido tener todo eso? —pregunté casi con desesperación—. ¿Harriet Sippel?

—Si no hubiera dicho una mentira imperdonable... Ahí fue donde empezó todo.

De pronto, como si un interlocutor invisible le hubiera hecho otra pregunta, el viejo frunció el ceño y dijo:

—¡No, no! Harriet Sippel tenía marido: George. Murió muy joven. De una enfermedad muy cruel. No era mucho mayor que el chiquillo inútil que estaba sentado donde se halla usted ahora. Stoakley.

—¿Stoakley es el nombre del chiquillo inútil?

—No, mi buen amigo. Stoakley es mi nombre. Walter Stoakley. El suyo no lo sé. —El viejo gnomo se pasó los dedos por la barba, y después dijo—: Ella le dedicó su vida. Y yo sé por qué, siempre supe por qué. Aunque tuviera defectos, era un hombre importante. Ella lo sacrificó todo por él.

—¿Por... por el joven que estaba aquí hace un momento?

No, no era eso. El chiquillo inútil no parecía ni remotamente un hombre importante.

Me alegré de que Poirot no participara en la conversación. Los inconexos desvaríos de Walter Stoakley le habrían provocado convulsiones.

—No, no. Él solo tiene veinte años, ¿no lo ve?

—Sí, me lo ha dicho usted hace un momento.

—No tiene sentido dedicarle la vida a un zángano que se pasa el día bebiendo.

—Estoy de acuerdo, pero...

—Ella no podía casarse con ese joven, después de enamorarse de un hombre importante. Por eso lo dejó.

Entonces se me ocurrió una idea, inspirada en las declaraciones del camarero Rafal Bobak en el comedor del hotel Bloxham.

—¿Ella es mucho mayor que él? —pregunté.

—¿Quién?

Stoakley pareció desconcertado.

—La mujer de la que está hablando. ¿Qué edad tiene?

—Por lo menos diez años más que usted. Cuarenta y dos o cuarenta y tres, le calculo yo.

—Ya veo.

Me sorprendió que fuera capaz de adivinar mi edad con tanta exactitud. Razoné que si la cabeza le daba para eso, entonces aún había esperanzas de que en algún momento me proporcionara alguna información coherente.

Volví a sumirme en el caos de nuestra conversación y le pregunté:

—Entonces, esa mujer de la que usted habla ¿es mayor que el joven que estaba sentado en esta silla hace unos minutos?

Stoakley frunció el ceño.

—Claro que sí, mi buen amigo. ¡Por lo menos veinte años mayor! Ustedes los policías hacen preguntas muy raras.

Una mujer mayor y un hombre joven: una pareja como la que estaba siendo objeto de las críticas de Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus, cuando el camarero del hotel Bloxham los había oído. Me dije que estaba haciendo verdaderos progresos.

—Así que ¿ella tenía que casarse con el chiquillo inútil, pero al final lo dejó por un hombre más importante?

—No, con el chiquillo inútil no —dijo Stoakley con impaciencia. Después parpadeó con rapidez, sonrió y dijo—: Pero Patrick... ¡Ah! ¡Él sí que tenía la grandeza a su alcance! Ella lo vio. Lo supo. Si quiere que las mujeres se enamoren de usted, señor Catchpool, demuéstreles que tiene la grandeza a su

alcance.

—Yo no quiero que las mujeres se enamoren de mí, señor Stoakley.

—¿Por qué no?

Hice una inspiración profunda.

—Señor Stoakley, ¿podría decirme el nombre de la mujer de la que ha estado hablando, esa que usted habría preferido que no viniera al pueblo, la que se enamoró de un hombre importante y dijo una mentira imperdonable?

—Imperdonable —convino el viejo gnomo.

—¿Quién es ese Patrick? ¿Cuál es su nombre completo? ¿Coinciden sus iniciales con las letras P. I. J.? ¿Ha habido alguna vez en Great Holling una mujer llamada Jennie?

—La grandeza a su alcance... —dijo Stoakley con tristeza.

—Sí, pero...

—Ella lo sacrificó todo por él, y no creo que hoy lo lamente, si alguien se lo pregunta. ¿Qué otra cosa habría podido hacer? Ella lo quería, ¿entiende? Con el amor no se discute. —Se agarró la camisa y la retorció—. Es como tratar de arrancarse el corazón.

Así más o menos me sentía yo después de media hora intentando sonsacarle algo coherente a Walter Stoakley. Seguí insistiendo, hasta que no pude soportarlo más y me di por vencido.

Capítulo 10

Blanco de la calumnia

Fue un alivio para mí salir del King's Head Inn. Fuera había empezado a llover. Delante de mí, un hombre con abrigo largo y gorra apretó el paso casi hasta echar a correr, sin duda con la esperanza de llegar a su casa antes de que el tiempo empeorara todavía más. Contemplé el campo frente a la posada, al otro lado de un seto de escasa altura: una extensión considerable de hierba, limitada por hileras de árboles sobre tres de sus lados. Una vez más, el silencio. No había nada que oír, excepto la lluvia sobre las hojas; nada que ver, excepto el verde.

Un pueblo en medio del campo era el peor lugar para quien quisiera distraerse de sus pensamientos, de eso no cabía ninguna duda. En Londres siempre había un coche, un autobús, una cara o un perro pasando a nuestro lado y causando algún tipo de conmoción. Habría dado cualquier cosa por un poco de conmoción en ese momento; habría preferido cualquier cosa, antes que la quietud.

Dos mujeres pasaron a mi lado, también con aparente prisa. No contestaron a mi amistoso saludo y se alejaron a paso rápido, sin levantar la vista. Únicamente cuando oí por encima del hombro las palabras «policía» y «Harriet» comencé a preguntarme si no habría achacado a una lluvia perfectamente inocente un fenómeno que solo era atribuible a mi presencia. ¿Huirían esas personas del mal tiempo o de un policía de Londres?

Mientras yo aplicaba todo el poder de mi materia gris —como la llamaba Poirot— a la inconexa perorata de Walter Stoakley, ¿habría salido Victor Meakin por la puerta trasera de la posada, para parar a los transeúntes e informarlos de mi llegada al pueblo, en contra de mis deseos explícitos? No me habría sorprendido que esa fuera su manera de divertirse. ¡Qué hombre tan extraño y desagradable!

Seguí andando por la calle curvada en forma de S. Por delante de mí, vi salir a un hombre joven de una de las casas. Me complació descubrir que era el hombre de gafas y cara pecosa que me había dirigido la palabra nada más bajar del tren. Cuando notó que iba en su dirección, se paró en seco, como si las suelas de los zapatos se le hubieran pegado al pavimento.

—¡Hola! —lo saludé—. ¡He encontrado el King's Head gracias a su ayuda!

Observé cierto horror en sus ojos mientras me acercaba. Se le notaba que quería marcharse, pero que a la vez era demasiado educado para dejarme con la palabra en la boca. De no haber sido por el inconfundible bumerán de pecas sobre la nariz, habría pensado que no era la misma persona con la que había hablado antes. Su actitud y sus modales habían cambiado por completo,

tal como había ocurrido antes con Victor Meakin.

—Yo no sé quién los mató, señor —tartamudeó, sin darme tiempo a hacerle ninguna pregunta—. No sé nada. Ya le dije que nunca he estado en Londres.

Sus palabras me hicieron salir completamente de dudas: mi identidad y el motivo de mi presencia en Great Holling ya eran *vox populi*. Maldije a Meakin en silencio.

—No he venido para hablar de Londres —dije—. ¿Conocía usted a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus?

—Lo siento, pero no puedo detenerme, señor. Tengo que hacer un recado.

Observé que no perdía ocasión de llamarme «señor», una actitud muy diferente de la demostrada en nuestra primera conversación, cuando aún no sabía que yo era policía.

—Ah —dije yo—. ¿Le parece que hablemos más tarde?

—No, señor. No tendré tiempo en todo el día.

—¿Y mañana?

—Tampoco, señor.

Se mordió el labio inferior.

—Ya veo. Y si insisto, supongo que se cerrará como una almeja o mentirá, ¿no es eso? —suspiré—. En cualquier caso, gracias por dirigirme la palabra. Casi todos salen corriendo cuando me ven venir.

—No lo hacen por ofenderlo, señor. Tienen miedo.

—¿De qué?

—Han muerto tres personas. Nadie quiere ser el siguiente.

No sé qué respuesta esperaba yo, pero no era esa. Antes de que pudiera reaccionar, el joven pasó a mi lado a toda prisa y se perdió calle abajo. Me pregunté por qué razón le parecía probable que hubiera un «siguiente». Recordé que Poirot había mencionado un cuarto gemelo, guardado en el bolsillo del asesino a la espera de ser colocado en la boca de la siguiente víctima, y sentí una opresión en la garganta. Me negaba a tener que ver otro cadáver perfectamente dispuesto. *Con las palmas hacia abajo ...*

No. Me dije que no iba a pasar nada de eso y conseguí tranquilizarme.

Estuve un rato yendo y viniendo por la calle, con la esperanza de encontrar a alguien más, pero no apareció nadie. Como aún no me apetecía volver al King's Head, seguí caminando hasta el final del pueblo, donde estaba la

estación. Me quedé un momento en el andén del tren con destino a Londres, contrariado por no poder montarme en uno y volver a casa de inmediato. Me pregunté qué cocinaría Blanche Unsworth esa noche y si Poirot encontraría satisfactoria la cena. Después me obligué a concentrarme una vez más en Great Holling.

¿Qué podía hacer yo, si todos los habitantes del pueblo habían decidido evitarme y hacer como que no me veían?

¡La iglesia! Había pasado varias veces delante del cementerio, sin prestarle la debida atención, ni pensar en la trágica historia del vicario y su esposa, que habían muerto con pocas horas de diferencia. ¿Cómo podía haber estado tan distraído?

Volví al pueblo y me encaminé directamente a la iglesia. Se llamaba iglesia de los Santos Sagrados y era una construcción más bien pequeña, levantada con la misma piedra de color miel que el edificio de la estación. La hierba del cementerio estaba bien cuidada y delante de la mayoría de las tumbas había flores que parecían recién puestas.

Detrás de la iglesia, al otro lado de un muro bajo con un portón, vi dos casas. Una de ellas, un poco más retirada, parecía la casa del vicario; la otra, mucho más pequeña, era una cabaña baja y alargada, que se diría casi aplastada contra el muro del cementerio. No tenía puerta trasera, pero conté cuatro ventanas. Las cuatro eran bastante grandes, tratándose de una cabaña, y no podían ofrecer más vistas que las hileras de lápidas. Pensé que haría falta mucha presencia de ánimo para vivir allí.

Abrí el portón de hierro y entré en el cementerio. Muchas de las losas eran tan antiguas que los nombres resultaban ilegibles. Mientras pensaba en eso, me llamó la atención una lápida nueva y bastante elegante. Era una de las pocas sin flores, y los nombres que había grabados me cortaron la respiración.

No era posible... ¡Pero tenía que ser!

«Patrick James Ive, vicario de esta parroquia, y Frances Maria Ive, su amada esposa».

¡P. J. I.! Tal como yo le había explicado a Poirot, la inicial más grande, en el centro del monograma, era la primera letra del apellido. Y Patrick Ive había sido vicario de Great Holling.

Volví a mirar las fechas de nacimiento y muerte, para asegurarme de que no me equivocaba. No. Patrick y Frances Ive habían muerto en 1913, cuando él tenía veintinueve años y ella veintiocho.

Un vicario y su mujer, muertos trágicamente, con pocas horas de diferencia... Sus iniciales estaban en los gemelos que acabaron en la boca de las tres personas asesinadas en el hotel Bloxham...

¡Maldita sea! Poirot tenía razón, por mucho que me costara admitirlo. ¡Era cierto que había una conexión! ¿Significaba eso que también estaba en lo cierto en lo referente a la mujer llamada Jennie? ¿También ella estaba relacionada con el caso?

Bajo los nombres y las fechas de la lápida había un poema. Era un soneto que yo no conocía. Empezaba así:

Que a ti te culpen culpa sobre ti no echa

blanco de la calumnia siempre fue hermosura,

Había leído solamente los dos primeros versos cuando el sonido de una voz detrás de mí me impidió continuar.

—El autor es William Shakespeare.

Me volví y vi a una mujer de unos cincuenta años, de cara alargada y más bien huesuda, cabello castaño con canas dispersas, y ojos vigilantes y perspicaces de color gris verdoso. Mientras se ceñía el abrigo oscuro, me dijo:

—No fue fácil decidir si había que poner también el nombre de William Shakespeare.

—¿Perdón?

—Al pie del soneto. Finalmente se decidió que los únicos nombres en la lápida debían ser... —Apartó la cara de repente, sin terminar la frase. Cuando volvió a mirarme, tenía los ojos húmedos—. Se decidió que... Quiero decir que mi difunto marido Charles y yo decidimos... Bueno, en realidad lo decidí yo. Pero Charles me apoyó fielmente en todo. Pensamos que el nombre de William Shakespeare ya recibía suficiente atención de una manera o de otra, y no necesitaba figurar también en esta losa. —Señaló la lápida con un movimiento de la cabeza—. Sin embargo, cuando lo he visto a usted mirando, he sentido la obligación de decirle quién es el autor del poema.

—Creía que estaba solo —comenté, sin entender cómo era posible que no la hubiera visto llegar, cuando llevaba todo el tiempo mirando en dirección a la calle.

—He entrado por la otra puerta —replicó ella, indicando hacia atrás con el pulgar—. Vivo en la cabaña. Lo he visto por la ventana.

Mi expresión debió de delatar mi opinión acerca de la desafortunada ubicación de su casa, porque ella me sonrió y dijo:

—Se estará preguntando si me molestan las vistas, ¿verdad? No, al contrario. Decidí instalarme en la cabaña para poder ver el cementerio.

Lo dijo como si fuera lo más normal del mundo. Debí de leerme el pensamiento, porque enseguida me explicó:

—Hay una sola razón por la que nadie ha arrancado todavía la lápida de Patrick Ive, señor Catchpool, y es esta: todos saben que yo estoy vigilando. — Se me acercó en un arranque inesperado y me tendió la mano. Se la estreché —. Soy Margaret Ernst —dijo—, pero usted puede llamarme Margaret.

—¿Quiere decir...? ¿Me está diciendo que hay gente en el pueblo deseosa de profanar la tumba de Patrick y Frances?

—Así es. Yo solía ponerles flores, pero pronto comprendí que era inútil. Las flores son más fáciles de destrozar que una losa. Cuando dejé de traer flores, no les quedó nada más que destruir, excepto la propia lápida. Pero entonces yo estaba en la cabaña, vigilando.

—¡Es una abominación profanar el descanso de los muertos! —exclamé.

—Bueno, la gente es abominable, ¿no cree? ¿Ha leído el poema?

—Había empezado cuando usted ha llegado.

—Léalo ahora —me ordenó.

Me volví hacia la lápida y leí íntegramente el soneto.

Que a ti te culpen culpa sobre ti no echa

blanco de la calumnia siempre fue hermosura,

lunar en la belleza pinta la sospecha,

cuervo que cruza el cielo en la región más pura.

Sé honesto, pues, que la calumnia solo avala

tu gracia, más cuanto su tiempo más la acosa;

pues el gusano busca la más dulce rosa,

y primavera en ti sin mancha abrió su gala.

La emboscada has salvado de tu edad florida,

o no asaltado o vencedor de todo ataque;

mas no puede esa gloria serte así rendida,

porque envidia, más fuerte cada vez, se aplaque:

si una sospecha no tiznase tus facciones,

tendrías todo el reino de los corazones.

—¿Y bien, señor Catchpool?

—Es un poema bastante peculiar para ponerlo en una lápida.

—¿Eso cree?

—Calumnia, sospechas... son palabras fuertes. Los versos parecen sugerir, a menos que los haya interpretado mal, que Patrick y Frances Ive fueron el blanco de muchos ataques; ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Por eso elegí este soneto. Me dijeron que sería demasiado caro grabar todo el poema y que me conformara con los dos primeros versos, como si el coste fuera la principal consideración. ¡La gente es tan rústica!

Margaret Ernst resopló con disgusto. Después, apoyó la mano sobre la losa, como si fuera la cabeza de un niño muy querido, y no una lápida.

—Patrick y Frances Ive fueron buenas personas y jamás habrían hecho daño a nadie adrede. ¿De cuántos se puede decir lo mismo?

—Bueno, en realidad...

—No los conocí personalmente, ya que Charles y yo nos hicimos cargo de la parroquia después de su muerte. Pero lo dice el doctor Flowerday, el médico del pueblo, y no hay nadie en Great Holling cuya opinión merezca más crédito.

Para comprobar que la había entendido bien, le pregunté:

—Entonces ¿su marido fue vicario de esta iglesia, después de Patrick Ive?

—Hasta su muerte hace tres años, sí. Ahora hay otro vicario: un ratón de biblioteca, solitario y sin esposa.

—¿Y ese doctor Flowerday...?

—Olvídese de él. —Fue la rápida respuesta de Margaret Ernst lo que obró el efecto de fijar con firmeza el nombre del doctor Flowerday en mi mente.

—De acuerdo —mentí.

Hacía menos de un cuarto de hora que conocía a Margaret Ernst, pero ya empezaba a sospechar que una obediencia total era la táctica que probablemente me resultaría más útil con ella.

—¿Por qué eligió usted la inscripción de la lápida? —le pregunté—. ¿Los Ive no tenían familia?

—Por desgracia, no tenían a nadie con la capacidad y el interés necesarios.

—Señora Ernst, o mejor dicho, Margaret —le dije—. Gracias a usted, me siento mucho mejor acogido en el pueblo. Es evidente que sabe quién soy, y por lo tanto, también debe de saber para qué he venido. Nadie más ha querido hablar conmigo, aparte de un viejo en el King's Head que solo decía incoherencias.

—No estoy segura de que haya sido mi intención darle una buena acogida, señor Catchpool.

—Bueno, entonces no me siento tan bien acogido. Pero al menos usted no huye de mí como de una aparición monstruosa.

Se echó a reír.

—¿Monstruoso, usted? ¡Qué gracia!

No supe qué contestar a eso.

—Ese hombre que soltaba incoherencias en el King's Head, ¿tenía barba blanca?

—Sí.

—Habló con usted porque no tiene miedo.

—¿Quizá porque está demasiado borracho para asustarse?

—No. Porque él no estaba... —Margaret se interrumpió y corrigió el rumbo—. Para él no supone ningún peligro el asesino de Harriet, Ida y Richard.

—¿Y para usted? —pregunté.

—Yo hablaría con usted de la misma manera, fuera cual fuese el peligro.

—Ya veo. ¿Es usted excepcionalmente valiente?

—Soy excepcionalmente tozuda. Digo lo que creo preciso decir, y hago lo que creo preciso hacer. Y si capto la insinuación de que otras personas prefieren que me quede callada, entonces hago lo contrario.

—Una actitud admirable, supongo.

—¿Le parece que soy demasiado directa, señor Catchpool?

—No, en absoluto. Decir lo que uno piensa hace la vida más fácil.

—¿Y es por eso que su vida nunca ha sido fácil? —Margaret Ernst sonrió—. Ah, ya veo que prefiere no hablar de usted. De acuerdo, entonces. ¿Qué opinión se ha hecho de mí, si no le importa que se lo pregunte?

—Acabo de conocerla. —«¡Cielo santo!», pensé. Ante un giro tan inesperado

de la conversación, lo mejor que conseguí articular fue—: Supongo que es usted una buena persona, en líneas generales.

—Una descripción más bien abstracta, ¿no cree? Y demasiado breve. Además, ¿qué es la bondad? Desde el punto de vista moral, lo mejor que he hecho en mi vida fue incuestionablemente una mala acción.

—¿De verdad? —¡Qué mujer tan extraordinaria era Margaret! Decidí probar suerte—. Antes ha dicho que suele hacer lo contrario de lo que la gente espera de usted... Hace un momento, Victor Meakin me ha asegurado que nadie querría hablar conmigo. Probablemente preferiría que usted no me invitara a tomar una taza de té en su cabaña, para poder hablar un rato más, guarecidos de la lluvia. ¿Qué me dice a eso?

Margaret Ernst sonrió. Pareció apreciar mi descaro, tal como yo había supuesto. Sin embargo, noté cierto recelo en su mirada.

—El señor Meakin también preferiría que usted imitara el ejemplo de casi todo el pueblo y se negara a pisar mi casa —dijo—. Disfruta con la desgracia ajena. Pero si usted es proclive a la rebeldía, podríamos disgustarlo por partida doble, ¿no le parece?

—Muy bien —repliqué—. Entonces el asunto queda decidido.

—Cuénteme qué les ocurrió a Patrick y Frances Ive —dije cuando estuvo listo el té y nos sentamos los dos junto al fuego, en el salón estrecho y alargado de Margaret Ernst.

«Salón» era el nombre que ella daba a la habitación, aunque por la cantidad de libros que contenía, muy bien habría podido llamarla «biblioteca». En una de las paredes había colgados tres retratos: dos óleos y una fotografía, todos ellos de un hombre de frente ancha y cejas pobladas. Imaginé que sería Charles, el difunto marido de Margaret. Resultaba desconcertante soportar la mirada de tres versiones tuyas, de modo que me volví hacia la ventana. Desde mi sillón disfrutaba de unas vistas excelentes de la tumba de los Ive, por lo que supuse que sería allí donde se sentaría habitualmente Margaret para montar guardia.

Desde la distancia donde me encontraba, el soneto resultaba ilegible. Lo había olvidado del todo, con la única excepción del verso «Blanco de la calumnia siempre fue hermosura», que se me había quedado grabado en la mente.

—No —dijo Margaret Ernst.

—¿No? ¿No va a contarme nada acerca de Patrick y de Frances Ive?

—Hoy no; quizá mañana. ¿Tiene otras preguntas que hacerme, mientras tanto?

—Sí, pero... ¿le importaría decirme qué puede cambiar entre hoy y mañana?

—Necesito tiempo para reflexionar.

—El problema es que...

—Sí, ya lo sé. Ahora va a recordarme que es usted policía, que está investigando un caso de asesinato y que mi deber es contarle todo lo que sé. Pero ¿cuál es la relación entre Patrick y Frances Ive y el caso que usted investiga?

Habría sido mejor que me tomara un tiempo para reflexionar, como quería hacer ella, pero estaba ansioso por saber su respuesta, si le exponía un hecho que no le había mencionado a Victor Meakin y que por lo tanto no podía conocer.

—Cada una de las víctimas fue hallada con un gemelo de oro en la boca —dije—. Los tres gemelos tenían un monograma con las iniciales de Patrick: P. I. J.

Le expliqué, tal como había hecho con Poirot, que la inicial del apellido era la mayor de las tres letras, situada en el centro. A diferencia de mi amigo belga, Margaret Ernst no pareció temer que esa particular disposición de las letras fuera a poner en peligro el futuro de la civilización. Tampoco pareció sorprendida o espantada por lo que acababa de contarle, lo que me resultó sumamente inusual.

—¿Entiende ahora por qué me interesa Patrick Ive? —pregunté.

—Sí.

—Entonces ¿me contará su historia?

—Como le he dicho antes, quizá mañana. ¿Le apetece más té, señor Catchpool?

Le dije que sí y ella salió de la habitación. Cuando me quedé solo en el salón, me puse a pensar si aún estaría a tiempo de pedirle que me llamara Edward, y en caso contrario, si de verdad convendría que se lo pidiera. Estuve cavilando al respecto, sabiendo perfectamente que no le diría nada y que dejaría que me siguiera llamando «señor Catchpool». Es uno de mis hábitos más inútiles: reflexionar sobre lo que debo hacer, sabiendo que no lo haré.

Cuando Margaret volvió con el té, le di las gracias y le pregunté si podía decirme algo acerca de Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus. Su transformación fue increíble. No hizo el menor intento de encubrimiento y, con la mayor eficiencia, me ofreció información suficiente sobre las tres víctimas de asesinato como para rellenar varias páginas. Para mi enorme irritación, la libreta que había llevado a Great Holling se había quedado en una de mis maletas, en el King's Head Inn. Me dije que sería una buena prueba para mi memoria.

—Harriet tuvo en sus tiempos un carácter dulce y amable, según consta en los abarrotados archivos de las leyendas del pueblo —comenzó Margaret—.

Amable, generosa, sonriente, siempre dispuesta a reír y a ofrecer ayuda a amigos y a vecinos, sin pensar nunca en sí misma, como una auténtica santa. Siempre tenía la mejor opinión de todo el mundo y se empeñaba en verlo todo de la manera más optimista posible. Algunos la consideraban demasiado ingenua y confiada. Yo no estoy segura de creerme todo lo que cuentan. Nadie puede ser tan perfecto como dicen que era Harriet antes del cambio. Me pregunto si no será por contraste con lo que vino después... —Margaret frunció el ceño—. Quizá no sea estrictamente cierto que pasara de un extremo al otro, pero cuando uno cuenta una historia, siempre exagera un poco los aspectos más llamativos, ¿no le parece? Y supongo que perder al marido tan joven es suficiente para ensombrecer incluso el carácter más radiante. Harriet adoraba a George, o al menos eso dicen, y él la adoraba a ella. George murió en 1911, a los veintisiete años. Cayó fulminado mientras iba andando por la calle, aunque hasta ese momento había sido la imagen misma de la salud. Un coágulo en el cerebro. Harriet se quedó viuda a los veinticinco años.

—Debió de ser un golpe terrible para ella —dije.

—Así es —convino Margaret—. Una pérdida tan grande puede tener efectos devastadores para cualquiera. Es curioso que muchos la describan como una persona ingenua.

—¿Por qué le parece curioso?

—Porque es como decir que tenía un concepto falsamente acaramelado de la vida. Si una persona cree en la bondad absoluta del mundo y de repente sufre una desgracia tremenda, es posible que experimente rabia y resentimiento, además de tristeza, porque se sentirá engañada. Además, cuando uno ha sufrido mucho resulta mucho más fácil culpar y acosar a los demás.

Yo estaba intentando disimular mi discrepancia cuando ella matizó:

—A veces. No siempre es así. Supongo que a usted le resulta más fácil acosarse a sí mismo, ¿no es así, señor Catchpool?

—Espero no acosar a nadie —respondí, sin salir de mi perplejidad—. ¿Debo suponer entonces que la pérdida de su marido obró un efecto desafortunado en el carácter de Harriet Sippel?

—Así es. Yo no llegué a conocer a la Harriet dulce y amable. La Harriet Sippel que conocí era rencorosa y gazmoña. Trataba al mundo entero y prácticamente a toda la gente que la rodeaba como si fueran enemigos y merecieran toda su suspicacia. En lugar de ver solo lo bueno, veía por todas partes la amenaza del mal y se comportaba como si tuviera la misión de descubrirlo y desarraigarlo. Cada vez que llegaba alguien nuevo al pueblo, ella daba por supuesto que ocultaba alguna atrocidad. Exponía sus viles conjeturas a todos los que querían oír la y los animaba a buscar pruebas que confirmaran sus sospechas. Bastaba ponerle una persona delante, para que empezara a buscar síntomas de maldades y bajezas. Si no los encontraba, se los inventaba. Su único placer tras la muerte de George era hablar mal de los demás, como si eso fuera a convertirla a ella en mejor persona. ¡Si supiera

cómo le brillaban los ojos cada vez que se oía alguna inmoralidad! — Margaret se estremeció—. Era como si, en ausencia de su marido, hubiera encontrado otra cosa capaz de encender su pasión, y se aferraba a ello. Pero era una pasión oscura y destructiva, que surgía del odio y no del amor. Lo peor de todo era que la gente se congregaba a su alrededor y le daba la razón en todas sus viles acusaciones.

—¿Por qué? —pregunté.

—No querían ser los siguientes. Sabían que Harriet necesitaba tener siempre una presa. No creo que hubiera sido capaz de sobrevivir más de una semana sin tener una víctima en quien concentrar su rencor.

Recordé al joven de gafas, que había dicho: «Nadie quiere ser el siguiente».

Margaret prosiguió:

—Se sumaban alegremente a las críticas del pobre diablo que hubiera excitado la ira de Harriet para evitar que se fijara en ellos y en sus defectos. Para Harriet, un amigo era eso: alguien que accedía a sumarse al coro para denigrar a todos los que ella consideraba culpables de algún pecado, ya fuera grande o pequeño.

—Si me permite decirlo, está usted describiendo al tipo de persona que tiende a acabar asesinada.

—¿Eso cree? Lo que pienso es que ojalá hubiera más asesinatos de gente como Harriet Sippel. —Margaret arqueó las cejas—. Veo que he vuelto a escandalizarlo, señor Catchpool. Supongo que no debería decir estas cosas, siendo la esposa de un vicario. Intento ser una buena cristiana, pero tengo mis debilidades, como todo el mundo. La mía es la incapacidad de perdonar que los demás sean incapaces de perdonar. ¿Le parece contradictorio?

—Me parece un trabalenguas. ¿Le importa si le pregunto dónde estaba usted el jueves por la noche?

Margaret suspiró y miró por la ventana.

—Estaba en el lugar de siempre: sentada donde está usted ahora, vigilando el cementerio.

—¿Sola?

—Sí.

—Gracias.

—¿Quiere que le hable ahora de Ida Gransbury?

Asentí, con cierta preocupación. Me pregunté cuál sería mi reacción si resultaba que las tres víctimas de asesinato habían sido monstruos vengativos

mientras vivían. Las palabras QUE NUNCA JAMÁS DESCANSEN EN PAZ me pasaron por la mente, seguidas poco después por el relato de Poirot de su encuentro con Jennie y la insistencia de la mujer en que solo se haría justicia cuando ella estuviera muerta...

—Ida era muy puritana —dijo Margaret—. Era tan gazmoña y severa como Harriet en su manera de comportarse, pero no actuaba impulsada por el gusto de acosar a los demás, sino por miedo y fe ciega en las reglas que supuestamente todos debemos respetar. Denunciar los pecados del prójimo no era un placer para Ida, como lo era para Harriet. Lo consideraba su deber moral de buena cristiana.

—Cuando habla de miedo, ¿se refiere a miedo al castigo divino?

—Sí, también, pero no solo eso —replicó Margaret—. Las distintas personas consideramos de forma diferente las normas, sean las que sean. Para los caracteres rebeldes como el mío, los límites, incluso los más sensatos, siempre son una molestia. Pero hay personas que agradecen su existencia, porque las hacen sentirse más seguras. Más protegidas.

—¿Y usted cree que Ida Gransbury era de estas últimas?

—Sí. Ella no lo habría reconocido. Siempre procuraba hacer ver que el único motor de sus actos era la firmeza de sus principios. ¡Ninguna vergonzosa debilidad humana podía manchar el carácter de Ida! Lamento su muerte, aunque causó un daño indecible mientras vivió. A diferencia de Harriet, Ida creía en la redención. Quería salvar a los pecadores, mientras que Harriet solo deseaba hostigarlos y sentirse superior en comparación. Creo que Ida habría perdonado a cualquier pecador que realmente se arrepintiera. La verdadera contrición cristiana la apaciguaba, pues confirmaba su visión del mundo.

—¿Cuál fue ese daño indecible que causó Ida? —pregunté—. ¿A quién?

—Vuelva mañana y pregúntemelo otra vez.

El tono de su voz era generoso, pero firme.

—¿A Patrick y a Frances Ive? —insistí.

—Mañana, señor Catchpool.

—¿Qué puede decirme de Richard Negus? —pregunté.

—Me temo que muy poco. Se marchó de Great Holling poco después de que llegáramos Charles y yo. Por lo que sé, tenía autoridad en el pueblo; era un hombre al que todos escuchaban y al que pedían consejo. Todos hablaban de él con el mayor respeto, excepto Ida Gransbury. Ella nunca volvió a mencionarlo desde que se marchó del pueblo y la abandonó.

—¿De quién fue la decisión de romper el compromiso, de ella o de él? —

pregunté.

—De él.

—¿Cómo sabe que ella nunca volvió a mencionarlo? Quizá no hablara de él con usted, pero sí con otras personas.

—Ida no hablaba conmigo de Richard Negus ni de ningún otro tema. Yo solo sé lo que me ha contado Ambrose Flowerday, el médico; pero le aseguro que Ambrose es la persona más fiable del mundo. Se entera de casi todo lo que pasa en el pueblo. Le basta con dejar abierta la puerta de su sala de espera.

—¿Se refiere al mismo doctor Flowerday que me ha dicho que olvide? Si es así, tendré que esforzarme por olvidar también su nombre de pila.

Margaret hizo caso omiso de mi ironía.

—Sea como fuere, sé de buena tinta que cuando Richard Negus la abandonó, Ida decidió no volver a mencionarlo nunca más —prosiguió—. Pero no dio muestras de la menor aflicción. Todos se sorprendieron por su fortaleza de ánimo y la firmeza de su carácter. Dijo que, en lo sucesivo, reservaría todo su amor para Dios. Debió de parecerle más digno de confianza que los hombres mortales.

—¿Le sorprendería saber que Richard Negus e Ida Gransbury tomaron el té juntos en una habitación de hotel, en Londres, al anochecer del jueves pasado?

Margaret abrió mucho los ojos.

—El solo hecho de que los dos tomaran juntos el té me sorprendería enormemente. Ida era el tipo de persona que traza límites y no los atraviesa jamás. Y por lo que sé, Richard Negus era igual en ese sentido. Si había decidido que no quería casarse con Ida, es poco probable que cambiara de idea, y ella nunca habría aceptado tomar el té con él, a menos que él hiciera una prolongada penitencia y se postrara ante ella para hacerle una renovada declaración de amor.

Tras una pausa, Margaret continuó:

—Pero puesto que Harriet Sippel se alojaba en el mismo hotel de Londres, supongo que ella también estaría presente en la ceremonia del té, ¿no es eso?

Asentí con la cabeza.

—Obviamente, los tres tendrían algo de lo que hablar, que debía de ser más importante que cualquiera de los límites que hubieran trazado en el pasado.

—Usted tiene una idea de cuál puede haber sido el tema, ¿verdad?

Margaret desvió la mirada hacia las hileras de tumbas, al otro lado de la

ventana.

—Tal vez la tenga cuando vuelva usted a visitarme mañana —contestó.

Capítulo 11

Dos que recuerdan

Mientras yo luchaba en vano, tratando de convencer a Margaret Ernst para que me contara la historia de Patrick y de Frances Ive antes del momento que a ella le pareciera oportuno, Hércules Poirot estaba en el café Pleasant de Londres, empeñado en un esfuerzo igualmente inútil: lograr que la camarera Fee Spring recordara lo que no podía recordar.

—Lo único que puedo decirle es lo que ya le he dicho —le repitió ella varias veces, con creciente fatiga—. Aquella noche, me fijé en Jennie y noté algo raro. Me dije que ya pensaría al respecto más adelante, pero ahora se me ha olvidado qué era y no lo puedo recordar, por mucho que lo intento. Su insistencia no va a cambiar nada. Al contrario, puede que solo consiga que lo olvide para siempre. No tiene usted ni pizca de paciencia.

—Por favor, siga tratando de recordar, mademoiselle. Puede ser importante.

Fee Spring miró la puerta, por encima del hombro de Poirot.

—Si lo que quiere son recuerdos, pronto vendrá un hombre a contarle algunos. Estuvo aquí hace una hora, más o menos. Lo trajo un policía. ¿Se imagina? Llegó con escolta, como si perteneciera a la realeza. «Debe de ser alguien importante», pensé. Como usted no estaba, le dije que volviera más o menos a esta hora. —Eché un vistazo a un reloj sostenido entre dos teteras, en uno de los estantes combados por encima de su cabeza—. Estaba segura de que volvería usted por lo menos una vez al día para buscar a Jennie, aunque ya le he dicho que no la va a encontrar.

—¿Le dijo su nombre, ese caballero?

—No. Pero fue muy amable y cortés. Respetuoso. No como ese que parecía un cochino y hablaba con su misma voz. Por cierto, no tenía ningún derecho a hablar con su voz, por muy bien que lo hiciera.

—*Pardon*, mademoiselle. El hombre al que usted se refiere, el señor Samuel Hobben, no hablaba con mi voz. Probablemente trataba de imitarla, pero nadie puede hablar con la voz de otra persona.

Fee se echó a reír.

—¡Pues la imitaba de maravilla! Con los ojos cerrados, no habría notado la diferencia.

—Entonces no presta usted atención a la gente cuando habla —replicó Poirot, irritado—. Cada uno de nosotros tiene una voz única, con una cadencia

absolutamente individual. —Para ilustrar su afirmación, Poirot levantó la taza—. La voz de cada persona es tan singular como el espléndido café que sirven ustedes en el Pleasant.

—Está bebiendo demasiado café —dijo Fee—. No es bueno para usted.

—¿De dónde saca esa idea?

—Usted no se ve los ojos, señor Poirot. Yo sí. Debería beber una taza de té de vez en cuando. El té no sabe a fango y es imposible beber demasiado. El té siempre es bueno y a todos hace bien. —Tras pronunciar su discurso, Fee se alisó el delantal—. Además, sí que presto atención a la gente cuando habla: a las palabras y no al acento. Lo que cuenta es lo que dice la gente, y no si suena a belga o a inglés lo que dice.

En ese momento, se abrió la puerta del café y entró un hombre. Tenía los carrillos caídos y los ojos tristes de un basset hound.

Fee le dio un codazo a Poirot.

—Aquí está el hombre del que le he hablado, pero sin el policía —le susurró.

Era Rafal Bobak, el camarero del hotel Bloxham que les había servido el té a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus, a las siete y cuarto, la noche de los asesinatos. Bobak se disculpó por la intromisión y explicó que Luca Lazzari le había comunicado al personal que si alguien tenía algo que decir al famoso detective Hércules Poirot, el lugar adecuado para encontrarlo era el café Pleasant, en Saint Gregory's Alley.

Cuando ambos estuvieron instalados en una mesa, Poirot preguntó:

—¿Qué desea contarme? ¿Ha recordado algo?

—He recordado todo lo que probablemente llegaré a recordar, señor, y me ha parecido conveniente venir a contárselo a usted, mientras lo tengo fresco en la memoria. Usted ya conoce una parte, pero le he estado dando vueltas a lo sucedido, y es increíble lo mucho que es posible recordar cuando uno se esfuerza.

—En efecto, monsieur. Solo hace falta sentarse en silencio y hacer funcionar la materia gris.

—El señor Negus fue quien abrió la puerta cuando fui a llevar el té, como ya le dije. Las dos señoras estaban hablando de un hombre y una mujer, como ya le conté en el hotel. Por lo que decían, creí entender que él la había abandonado a ella por ser demasiado vieja, o quizá había perdido el interés por alguna otra razón. Al menos esa fue mi impresión, señor. Pero he conseguido recordar algunas de sus palabras, para que usted mismo pueda juzgar.

—¡Ah! ¡Eso me será muy útil!

—Verá, señor, lo primero que conseguí recordar fue que Harriet Sippel dijo: «Ella no tenía otra opción, ¿no? Él ya no confía en ella como antes. ¿Cómo quieres que esté interesado en ella ahora? ¡Ha dejado de cuidarse y tiene edad suficiente para ser su madre! No, no. La única manera de averiguar lo que él está pensando era recibir a la mujer en quien él confía ahora y hablar con ella». Después de eso, la señora Sippel estalló en carcajadas, y le aseguro que no era una risa agradable. Como le dije en el hotel, eran murmuraciones maliciosas.

—Prosiga, señor Bobak.

—Bien, el señor Negus oyó lo que dijo la señora, porque dejó de hablar conmigo (habíamos estado intercambiando las cortesías habituales) y dijo: «¡Oh, Harriet, no es justo lo que dices! Ida se escandaliza fácilmente. Modérate, por favor». Entonces una de las señoras, Harriet Sippel o la otra, Ida Gransbury, dijo algo. Pero por mucho que lo he intentado, no he podido recordarlo. Lo siento.

—No hace falta que se disculpe —dijo Poirot—. Sus recuerdos, aunque incompletos, son de gran ayuda, se lo aseguro.

—Así lo espero, señor —replicó Bobak con expresión dubitativa—. Lo siguiente que recuerdo fueron unas frases que oí unos minutos después, mientras preparaba la mesa para los tres comensales. El señor Negus le dijo a la señora Sippel: «¿Su cerebro, dices? ¡Yo diría más bien que no tiene cerebro! Y rechazo tu argumento de que ella tenga edad suficiente para ser su madre. Lo rechazo rotundamente». Entonces la señora Sippel se echó a reír y dijo: «¡Como ninguno de los dos puede demostrar que está en lo cierto, dejémoslo así!». Eso fue lo último que oí antes de salir de la habitación, señor.

—«No tiene cerebro» —murmuró Poirot.

—Nada de lo que estaban diciendo parecía muy amable, señor. Esa mujer de la que hablaban... Parecían sentir una gran animadversión hacia ella.

—No sé cómo agradeceréelo, señor Bobak —dijo Poirot con calurosa amabilidad—. Su aportación es extraordinariamente útil. Saber las palabras exactas que se dijeron, ¡y tantas además!, es más de lo que podía esperar.

—Ojalá pudiera recordar el resto, señor.

Poirot intentó persuadir a Bobak de que se quedara y bebiera algo, pero el camarero quería regresar lo antes posible al hotel Bloxham, para no abusar de la confianza de Luca Lazzari.

Cuando Fee Spring se negó a servirle otro café, aduciendo que de ese modo defendía su salud, Poirot decidió marcharse y volver a la casa de huéspedes de Blanche Unsworth. Anduvo a paso lento por las animadas calles de Londres, con la mente funcionando a toda velocidad. Mientras caminaba, no dejaba de dar vueltas a las palabras que Rafal Bobak le había repetido: «¿Cómo quieres que esté interesado en ella ahora?... Tiene edad suficiente

para ser su madre... ¿Su cerebro, dices? ¡Yo diría más bien que no tiene cerebro!... Y rechazo tu argumento de que ella tenga edad suficiente para ser su madre... ¡Como ninguno de los dos puede demostrar que está en lo cierto...!».

Aún seguía mascullando esas frases entre dientes cuando llegó a su morada provisional. Blanche Unsworth salió corriendo a recibirlo, al oír la puerta.

—¿Qué está murmurando, señor Poirot? —preguntó en tono desenfadado—. ¡Es como si se hubiera multiplicado por dos!

Poirot se miró el cuerpo, cuyas líneas tendían a la rotundidad.

—Espero no haber comido hasta el punto de duplicar mis dimensiones, madame —dijo.

—¡No! Me refería a su forma de hablar. —Blanche Unsworth convirtió la voz en un susurro y se acercó a Poirot, que se vio obligado a aplastarse contra la pared para evitar el contacto físico con la casera—. Ha venido a verlo un hombre que habla exactamente como usted. Está en el salón. Debe de ser compatriota suyo de Bélgica. Bastante desaharrapado, por cierto. Lo he dejado pasar, porque no huele mal, y también porque... porque no quería echar a un amigo suyo, señor Poirot. Supongo que las costumbres en lo que respecta a vestimenta son diferentes en cada país. Pero los elegantes deben de ser los franceses, ¿no?

—No es ningún amigo mío —dijo Poirot secamente—. Se llama Samuel Hobben y es tan inglés como usted, madame.

—Tiene tajos por toda la cara —observó Blanche Unsworth—. Dice que son de afeitarse. Me parece que el pobre no sabe manejar la cuchilla. Le he ofrecido un remedio para ponerse en los cortes, para que se le curen antes, ¡y lo único que ha hecho ha sido echarse a reír!

—¿Por toda la cara? —repitió Poirot, frunciendo el ceño—. El señor Hobben que conocí el viernes en el café Pleasant tenía solamente un corte en la cara, en el único trozo de piel que se había afeitado. Dígame una cosa: ¿tiene barba el hombre que está en el salón?

—Oh, no. No tiene ni un solo pelo en la cara, aparte de las cejas. Pero tampoco le queda mucha piel. ¡A ver si le enseña usted a afeitarse sin causarse llagas, señor Poirot! ¡Oh, disculpe! —Blanche se apoyó las dos manos en la boca—. Acaba de decirme que no es nada suyo, ¿verdad? Pero yo todavía lo tengo catalogado en la cabeza como belga. Hablaba exactamente igual que usted, con su misma voz. Pensé que podía ser un hermano menor suyo. Tendrá unos cuarenta años...

Indignado de que alguien pudiera tomar por pariente suyo al andrajoso Samuel Hobben, Poirot puso fin a la conversación con Blanche Unsworth y se dirigió al salón.

Dentro, encontró lo que le habían dicho que encontraría: un hombre, el mismo que había conocido el viernes en el Pleasant, que se había arrancado el vello facial, causándose en el proceso multitud de feas heridas.

—Buenas tardes, monsieur *Puaggott*. —Samuel Hobben se puso de pie—. ¿Qué me dice? ¿He conseguido engañar a la señora que me ha dejado pasar? ¿Se ha creído el cuento de que era compatriota suyo?

—Buenas tardes, señor Hobben. Veo que ha sufrido mucho desde la última vez que nos vimos.

—¿Sufrido?

—Las heridas en su cara.

—Ah, sí, es cierto. No me gusta nada ver una hoja afilada tan cerca de los ojos. Me pongo a pensar que me voy a rebanar el globo ocular y me empiezan a temblar las manos. Soy muy aprensivo con los ojos. Intento distraerme con otra cosa, pero no hay manera. Siempre acabo hecho picadillo.

—Ya veo. ¿Puedo preguntarle cómo supo que podría encontrarme en esta dirección?

—El señor Lazzari, del hotel, dijo que el agente Stanley Beer le había dicho que el señor Catchpool vivía aquí y que usted vivía en la misma casa que el señor Catchpool. Le pido disculpas por molestarlo en su casa, pero tengo buenas noticias para usted y pensé que querría oírlas enseguida.

—¿Qué noticias?

—La señora que dejó caer las dos llaves, la que salió corriendo del hotel después de los asesinatos... ¡He recordado quién es! Me vino a la memoria esta mañana, mientras miraba un periódico. No suelo mirar periódicos.

—¿Quién es la mujer que vio, monsieur? Ha acertado en su suposición. Poirot quiere saber su nombre de inmediato.

Samuel Hobben se puso a repasar con la punta del dedo la costra roja de una herida que le surcaba la mejilla izquierda, mientras cavilaba:

—Siempre he pensado que no hay tiempo suficiente para leer sobre la vida de los demás y vivir a la vez la propia vida. Si puedo elegir, y me parece que sí puedo, entonces prefiero vivir mi propia vida, antes que enterarme de lo que hacen los demás. Pero como le digo, esta mañana sí que miré el periódico, porque quería ver si decía algo acerca de los crímenes del hotel Bloxham.

—*Oui* —dijo Poirot, esforzándose por no perder la paciencia—. ¿Y qué vio?

—Ah, sí, un montón de cosas acerca de los asesinatos, la mayor parte sobre lo poco que sabía la policía. Pedían que todo el que hubiera visto algo se presentara y lo dijera. Bueno, como usted sabe, señor Poirot, yo ya me he

presentado y he dicho lo que sabía. Pero como le conté el otro día, al principio no conseguía ponerle nombre a esa cara. ¡Ahora ya puedo ponérselo!

—Una noticia espléndida, señor Hobben. Y sería más espléndida todavía si pudiera usted incluir ese nombre en su siguiente frase, para que yo pueda oírlo.

—La conocía de ahí, ¿lo entiende? Era ahí donde había visto su fotografía: en el periódico. Por eso me acordé de ella mientras miraba el diario. Es una mujer famosa, señor. Se llama Nancy Ducane.

Los ojos de Poirot se abrieron por la sorpresa.

—¿Nancy Ducane, la artista?

—Sí, señor, la misma. No hay duda. Podría jurarlo. La artista que pinta retratos, y que también merecería que le hicieran un retrato a ella, porque es preciosa. Quizá por eso la recordé. Me dije: «Sammy, la mujer que viste salir corriendo del hotel Bloxham la noche de los asesinatos era Nancy Ducane». Eso me dije. Y ahora estoy aquí, para decírselo a usted.

Capítulo 12

Una dolorosa herida

Al día siguiente, justo después del desayuno, salí hacia la cabaña de Margaret Ernst, situada junto a la iglesia de los Santos Sagrados, en Great Holling. Encontré la puerta abierta y la golpeé lo más levemente que pude con los nudillos, para que no se abriera todavía más.

Como no hubo respuesta, volví a llamar.

—¿Señora Ernst? —pregunté en voz alta—. ¿Margaret?

Silencio.

Me volví sin saber por qué, al notar algún tipo de movimiento detrás de mí, aunque tal vez solo fuera el viento entre los árboles.

Empujé suavemente la puerta, que se abrió con un chirrido. Lo primero que vi fue un pañuelo en el suelo de la cocina: un fular verde y azul, con un intrincado motivo estampado. ¿Por qué estaba tirado? Hice una inspiración profunda y me preparé para entrar, cuando de pronto oí una voz:

—¡Pase, señor Catchpool!

Estuve a punto de dar un brinco.

Margaret Ernst apareció en la cocina.

—¡Oh, justo lo que estaba buscando! —dijo con una sonrisa, mientras se agachaba para recoger el pañuelo—. Sabía que sería usted. Dejé la puerta abierta a propósito. De hecho, lo esperaba hace cinco minutos, pero supongo que presentarse a las nueve en punto habría delatado demasiada ansiedad por su parte, ¿no?

Me hizo pasar, al tiempo que se ponía el pañuelo al cuello.

Aunque yo sabía que no pretendía ofenderme con sus comentarios, algo en su manera de provocarme me proporcionó valor y me hizo ser más directo de lo que habría sido en otra situación.

—Estoy ansioso por saber la verdad y no me importa demostrarlo —dije—. ¿Quién deseaba la muerte de Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus? Creo que usted tiene una idea al respecto y me gustaría conocerla.

—¿Qué son esos papeles?

—¿Qué? ¡Ah! —Había olvidado que los llevaba en la mano—. Listas. Los huéspedes del Bloxham en el momento de cometerse los asesinatos y también los empleados del hotel. He pensado que quizá usted pueda echarles un vistazo y decirme si reconoce algún nombre..., pero eso después de responder a mi pregunta sobre quién pudo querer matar a...

—Nancy Ducane —dijo Margaret. Después cogió las dos listas de mis manos y se puso a estudiarlas, con el ceño fruncido.

Yo le dije exactamente las mismas palabras que Poirot le había dicho a Samuel Hobben el día anterior, aunque en ese momento no lo sabía.

—¿Nancy Ducane, la artista?

—Aguarde un momento. —Permanecimos un rato en silencio, mientras Margaret examinaba las dos listas—. Me temo que ninguno de los nombres me resulta familiar.

—¿Dice usted que Nancy Ducane (la misma Nancy Ducane que yo conozco, la pintora especialista en retratos de la alta sociedad) tenía un móvil para matar a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus?

Margaret plegó las dos hojas, me las devolvió y me indicó con un gesto que la siguiera al salón. Cuando estuvimos cómodamente sentados en los mismos sillones que el día anterior, me respondió:

—Sí. Nancy Ducane, la artista famosa. No puedo pensar en nadie más que tuviera a la vez el deseo de ver muertos a Harriet, a Ida y a Richard, y la capacidad de matarlos y de salirse con la suya. ¡No se asombre tanto, señor Catchpool! La gente famosa no está a salvo de cometer maldades. Debo decir, sin embargo, que no creo que haya sido Nancy. Era una mujer civilizada cuando la conocí, y nadie cambia tanto. Era una mujer valiente.

No dije nada, pero pensé que el problema residía en que la mayoría de los asesinos son civilizados la mayor parte del tiempo, y se salen solamente una vez de su civilizada rutina, para cometer sus asesinatos.

Margaret prosiguió:

—Pasé toda la noche en vela, preguntándome si no habría sido Walter Stoakley; pero no, es imposible. Ni siquiera consigue ponerse de pie sin ayuda. ¿Cómo iba a arreglárselas para ir a Londres? Cometer tres asesinatos es algo totalmente fuera de su alcance.

—¿Walter Stoakley? —Me incliné hacia delante en mi asiento—. ¿El viejo borracho con el que estuve hablando ayer en el King's Head? ¿Por qué iba a querer él matar a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus?

—Porque Frances Ive era su hija —replicó Margaret.

Desvió la vista para contemplar la tumba de los Ive por la ventana, y una vez

más me vino a la mente el verso del soneto de Shakespeare: «Blanco de la calumnia siempre fue hermosura».

—Me alegraría si me dijeran que fue Walter quien cometió los crímenes —dijo Margaret—. ¿No le parece horrible por mi parte? Para mí sería un alivio enterarme de que no fue Nancy. Walter es viejo y no creo que le queden muchas ganas de vivir. ¡Ojalá no haya sido Nancy! He leído en los periódicos que le ha ido muy bien como artista. Se marchó del pueblo y ha conseguido hacerse un nombre. Ha sido un consuelo para mí. Me alegra saber que lleva una vida próspera en Londres.

—¿Se marchó del pueblo? —pregunté—. Entonces ¿Nancy Ducane vivió antes en Great Holling?

Margaret Ernst seguía mirando por la ventana.

—Sí. Hasta 1913.

—El mismo año en que Patrick y Frances Ive murieron. El mismo en que Richard Negus se marchó del pueblo.

—Sí.

—Margaret... —Me adelanté un poco más todavía en mi asiento, para tratar de desviar su atención de la tumba de los Ive—. Espero de todo corazón que haya decidido contarme la historia de Patrick y de Frances Ive. Estoy seguro de que, cuando la haya oído, comprenderé muchas cosas que ahora son un misterio para mí.

Volvió hacia mí sus ojos de mirada grave.

—He decidido contarle la historia, pero con una condición. Debe prometerme que no se la repetirá a nadie del pueblo. Lo que yo le diga aquí no debe salir de esta habitación, hasta que usted llegue a Londres. Una vez allí, puede contárselo a quien quiera.

—No hace falta que se inquiete por eso —repliqué—. Mis oportunidades de conversación con la gente de Great Holling son bastante limitadas. Todos se escabullen en cuanto me ven venir.

Me había ocurrido dos veces esa misma mañana, en el camino hacia la cabaña de Margaret Ernst. Uno de los que me habían eludido era un pillastre que no debía de tener ni diez años cumplidos. Era un niño, pero me reconoció y supo que debía desviar la mirada, pasar a toda prisa a mi lado y buscar refugio en un lugar seguro. Supuse que sabría mi nombre de pila, mi apellido y la razón de mi visita a Great Holling. Los pueblos pequeños tienen al menos una ventaja sobre Londres: saben cómo hacerte el vacío de una manera que te hace sentir tremendamente importante.

—Le estoy pidiendo una promesa solemne, señor Catchpool, y no una evasiva.

—¿Por qué es necesario tanto secretismo? ¿No sabe todo el pueblo la historia de los Ive y lo que les ocurrió, sea lo que sea?

Lo que Margaret dijo a continuación reveló que no le preocupaba el pueblo en general, sino uno de sus habitantes en concreto.

—Cuando haya oído lo que voy a decirle, seguramente querrá ir a hablar con el doctor Ambrose Flowerday.

—¿El hombre que me ha pedido que olvide y que sin embargo usted misma se ocupa de recordarme una y otra y otra vez?

Se sonrojó.

—Debe prometerme que no lo buscará, y que si por casualidad lo encuentra, no le mencionará a Patrick y Frances Ive. A menos que me dé su palabra, no le diré nada.

—No sé si puedo. ¿Qué le diría a mi jefe en Scotland Yard? Él me ha enviado aquí para hacer preguntas.

—Bueno —dijo Margaret Ernst, cruzándose de brazos—, entonces tenemos un problema.

—Supongo que podría ir a ver al doctor Flowerday y pedirle que me cuente la historia... Él conocía a los Ive, ¿verdad? Ayer usted dijo que él ya vivía en Great Holling antes de la muerte de la pareja, a diferencia de usted.

—¡No! —El miedo en sus ojos era inconfundible—. ¡Por favor, no vaya a hablar con Ambrose! Usted no lo entiende, no puede entender.

—¿De qué tiene tanto miedo, Margaret? Me parece usted una persona íntegra y honesta, sin embargo... No puedo evitar preguntarme si no tendrá intención de ocultarme una parte de la historia.

—No, nada de eso. Se lo contaré todo. No me callaré nada.

No sé por qué, pero la creí.

—Entonces, si no piensa ocultarme ni siquiera una parte de la verdad, ¿por qué pretende que no hable con nadie más acerca de Patrick y de Frances Ive?

Margaret se puso de pie, se acercó a la ventana y apoyó la frente contra el cristal, bloqueándose con su cuerpo la vista de la lápida de los Ive.

—Lo que sucedió aquí en 1913 supuso una dolorosa herida para todo el pueblo —dijo en voz baja—. Ninguno de sus habitantes pudo sustraerse de sus efectos. Nancy Ducane se marchó a Londres y Richard Negus, a Devon, pero ninguno de los dos pudo escapar. Se llevaron la herida consigo. No era visible en su piel, ni en ninguna parte de su cuerpo, pero la tenían. Las heridas que no se pueden ver son las peores. Y para los que se quedaron, como Ambrose

Flowerday... Sí, también fue terrible para ellos. No sé si Great Holling podrá recuperarse algún día. Sé que aún no se ha recuperado.

Se volvió para mirarme.

—Nunca se habla de la tragedia, señor Catchpool. Nadie de aquí la menciona, al menos directamente. Algunas veces, solo cabe el silencio... El silencio y el olvido, si fuera posible olvidar.

Mientras hablaba, se retorció las manos, las separaba y volvía a juntarlas.

—¿Le preocupa el efecto que mis preguntas puedan tener para el doctor Flowerday? ¿Quiere protegerlo, porque él está intentando olvidar?

—Como ya le he dicho, es imposible olvidar.

—En cualquier caso, ¿cree que le causaría angustia hablar del tema?

—Sí, mucha.

—¿Es muy amigo suyo?

—Esto no tiene nada que ver conmigo —me respondió con sequedad—. Ambrose es un buen hombre y no quiero que nadie lo importune. ¿Por qué no puede usted acceder simplemente a lo que le pido?

—De acuerdo, tiene mi palabra —dije, muy a mi pesar—. No hablaré con nadie del pueblo de lo que usted me cuente ahora.

Tras formular mi promesa, me sorprendí deseando que los habitantes de Great Holling me siguieran eludiendo con tanta asiduidad como hasta ese momento, para no tener que combatir ninguna tentación. Habría sido muy propio de mi suerte salir de la cabaña de Margaret Ernst y toparme con un locuaz doctor Flowerday, ansioso por mantener una buena charla conmigo.

Desde sus tres retratos en la pared, el difunto Charles Ernst me dirigió tres miradas de advertencia. «Si rompes la promesa que le has hecho a mi esposa, te aseguro que lo lamentarás, bellaco», parecían decir sus ojos.

—¿Y usted? ¿Qué me dice de su paz espiritual? —pregunté—. No quiere que hable con el doctor Flowerday para no perturbar su tranquilidad, pero a mí me preocupa usted. No quiero causarle ninguna aflicción.

—No me causará ninguna —replicó Margaret, con un suspiro—. De hecho, agradezco la oportunidad de contar la historia a alguien de fuera del pueblo, como yo.

—Entonces cuéntemela, por favor —dije.

Ella asintió, volvió a su silla y procedió a relatarme la historia de Patrick y de Frances Ive, que yo escuché sin interrupciones. La reproduzco a

continuación.

El rumor que originó todo el mal, hace dieciséis años, partió de una sirvienta que trabajaba en casa del reverendo Patrick Ive, el joven vicario de Great Holling, y de su esposa Frances. Dicho esto, conviene aclarar que la doncella no fue la única, ni tampoco la principal responsable de la tragedia que se desencadenó después. Es cierto que contó una mentira malintencionada, pero se la contó a una sola persona y no colaboró en su posterior difusión por todo el pueblo. De hecho, cuando empezaron los disgustos, se encerró casi por completo en sí misma y casi nadie volvió a verla. Algunos supusieron que estaría avergonzada, como de hecho debía estarlo, por lo que había causado. Más adelante, reconoció públicamente su papel en el asunto e hizo lo posible por remediarlo, aunque ya era tarde.

Por supuesto, hizo mal en contar una mentira de tal magnitud incluso a una sola persona. Quizá se sintiera contrariada después de una jornada de trabajo particularmente duro en la vicaría, o también puede ser que envidiara a los Ive, por ser ella una sirvienta con ínfulas de señora. Tal vez su único propósito fue poner un poco de emoción en una vida aburrida como la suya, y cometió la ingenuidad de creer que sus maliciosas habladurías no causarían daño a nadie.

Por desgracia, la persona que escogió para escuchar su ruin mentira fue Harriet Sippel. Por otro lado, no es sorprendente que la eligiera a ella. Amargada y rencorosa tras la muerte de su marido, Harriet era la persona ideal para escuchar con interés la mentira de la sirvienta y creérsela a pies juntillas, por la sencilla razón de que quería que fuera verdad. ¡Alguien del pueblo estaba haciendo algo muy malo y, lo que era peor (o mejor, desde el punto de vista de Harriet), esa persona era el vicario! ¡Cómo debieron de brillarle los ojitos de regocijo al enterarse! Sí, Harriet era el público perfecto para la infamia de la sirvienta y, sin duda, por eso fue la elegida.

La doncella de los Ive le contó a Harriet Sippel que Patrick practicaba la más cruel y sacrílega de las estafas. Según ella, recibía visitas en la vicaría, por la noche, en ausencia de su esposa Frances, y aceptaba dinero a cambio de transmitir a la gente mensajes de sus seres queridos ya fallecidos: comunicaciones del más allá, que las almas de los difuntos le confiaban a él, Patrick Ive, para que las hiciera llegar a sus destinatarios.

Harriet Sippel se apresuró a repetir la historia a todo el que quiso oírla y a contar que Patrick practicaba sus trucos de charlatán de feria con varias personas del pueblo, pero eso debió de decirlo para agrandar el delito del vicario y lograr que la historia resultara más escandalosa aún, porque la sirvienta aseguró más adelante que ella solo le había mencionado un nombre: el de Nancy Ducane.

Por esa época, Nancy no era todavía una retratista famosa, sino una mujer normal y corriente. Se había instalado en Great Holling en 1910, cuando su marido William aceptó el cargo de director del colegio local. William era mucho mayor que Nancy. Ella tenía dieciocho años cuando se casaron y él, casi cincuenta. En 1912, William Ducane murió de una enfermedad respiratoria.

Según los maliciosos rumores que Harriet Sippel puso en circulación durante el nevado mes de enero de 1913, a Nancy se la había visto varias veces entrando y saliendo de la vicaría a última hora de la tarde o por la noche, siempre en la oscuridad, siempre con expresión furtiva, y solo cuando Frances Ive no estaba en casa.

Cualquier persona con una pizca de sentido común habría puesto en duda la historia. Es imposible distinguir una expresión furtiva o cualquier otra expresión en la cara de alguien, en la oscuridad. Habría sido difícil determinar la identidad de una mujer que saliera de la vicaría en plena noche, a menos que la mujer en cuestión tuviera una manera característica de andar, y ese no era el caso de Nancy Ducane. De hecho, habría sido más probable que la persona que la hubiese visto en esas ocasiones, fuera quien fuese, hubiera tenido que seguirla hasta su casa para descubrir quién era.

Es más fácil aceptar la versión propagada por una defensora de la moral que cuestionarla, y eso fue lo que hizo la mayor parte de la gente de Great Holling. La mayoría de los habitantes del pueblo dieron crédito al rumor y se sumaron a las acusaciones de blasfemia y horror que Harriet comenzó a lanzar contra Patrick Ive. Creían firmemente (o fingían creer, para evitar el vitriólico desprecio de Harriet) que Patrick Ive se ofrecía en secreto para mediar en los intercambios entre los vivos y los muertos, y recibía a cambio suculentas sumas de dinero, que le entregaban los fieles más crédulos. A nadie en Great Holling le pareció descabellado que Nancy Ducane aceptara la propuesta de recibir mensajes de su difunto marido William, sobre todo si la oferta provenía del vicario de la parroquia, ni tampoco sorprendió a nadie que estuviera dispuesta a pagar generosamente por el servicio.

Los vecinos del pueblo olvidaron que conocían a Patrick Ive, que lo apreciaban y confiaban en él. Ignoraron lo que sabían de su decencia y amabilidad, y pasaron por alto la notoria afición de Harriet Sippel a descubrir pecadores. Se sumaron sin resistencia a su campaña de odio, porque tenían miedo de atraerse su ira, pero no solo por eso. Más importante aún fue el hecho de que Harriet contaba con dos valiosos aliados: Richard Negus e Ida Gransbury, que apoyaron su causa.

Ida tenía fama de ser la mujer más piadosa y devota de Great Holling. Hacía gala de una fe inquebrantable y casi nunca abría la boca sin citar algún pasaje del Nuevo Testamento. Todo el mundo la admiraba y respetaba, aunque distaba de ser el tipo de persona que uno buscaría para animar una fiesta. No era precisamente la compañía más dicharachera del mundo, pero sí lo más parecido a una santa que había en el pueblo. Y estaba prometida en matrimonio con Richard Negus, un abogado brillante y de gran prestigio.

La estatura intelectual de Richard y su aire de serena autoridad le habían granjeado el respeto de todo el pueblo. Si se creyó la mentira cuando Harriet se la contó, fue porque coincidía con sus propias observaciones. Él también había visto en más de una ocasión a Nancy Ducane —o al menos a una mujer que se le parecía mucho— salir de la vicaría en medio de la noche, cuando la esposa del vicario estaba de visita en casa de su padre o de alguna familia de la parroquia.

Richard Negus se creyó el rumor y, en consecuencia, también Ida Gransbury se lo creyó. Fue una conmoción tremenda para ella pensar que Patrick Ive, un hombre de Dios, se había estado comportando de manera tan poco cristiana. Ella, Harriet y Richard se propusieron expulsar a Patrick Ive de su cargo de vicario en Great Holling y de la Iglesia en general. Le exigieron que se presentara en público y reconociera su conducta desviada. Él se negó, porque los rumores eran falsos.

El odio de los habitantes del pueblo hacia Patrick Ive pronto se extendió y envolvió también a su esposa Frances, de quien se decía que seguramente estaba al tanto de las actividades heréticas y fraudulentas de su marido. Frances juraba que no era cierto. Al principio, intentó decir que Patrick habría sido incapaz de hacer algo así, pero cuando un vecino tras otro insistió en su culpabilidad, dejó de contestar y ya no volvió a decir nada más.

Solo dos personas en todo Great Holling se negaron a participar en el acoso de los Ive: Nancy Ducane (por razones obvias, en opinión de algunos) y el doctor Ambrose Flowerday, particularmente enérgico en su defensa de Frances Ive. Si era cierto que Frances estaba al corriente de las actividades irregulares de la vicaría —argumentaba él—, entonces ¿por qué solo se producían cuando ella no estaba en casa? ¿No era preciso ver allí la prueba irrefutable de su completa inocencia? El doctor Flowerday fue quien señaló la imposibilidad de distinguir la expresión culpable de una persona en la oscuridad, y quien declaró su intención de creer en la inocencia de su amigo Patrick Ive, a menos que alguien presentara una prueba incontrovertible de su culpabilidad. También fue él quien acusó a Harriet Sippel, en plena calle y delante de varios testigos, de haber cometido probablemente más ruindades en la última media hora que Patrick Ive en toda su vida.

Esa actitud no le hizo ganar muchos amigos, pero el doctor era una de esas raras personas que no se inquietan por lo que puedan pensar los demás. Defendió a Patrick Ive ante las autoridades eclesiásticas y afirmó que en su opinión no había ni pizca de verdad en los rumores. Le preocupaba mucho Frances Ive, que para entonces se encontraba en un estado muy delicado. Había dejado de comer, prácticamente no dormía y se negaba a abandonar la vicaría, fuera cual fuese el motivo. Patrick Ive estaba desesperado. Para él ya no tenían importancia su posición como vicario, ni su prestigio. Su único deseo era devolverle la salud a su mujer.

Mientras tanto, Nancy Ducane no había dicho ni una sola palabra que confirmara o desmintiera los rumores. Cuanto más la vilipendiaba Harriet Sippel, más firme parecía su determinación de guardar silencio. De repente, un día, cambió de idea. Fue a ver a Victor Meakin y anunció que tenía algo importante que decir, para poner fin a unos rumores absurdos que se habían prolongado durante demasiado tiempo. Victor Meakin soltó una risita, se frotó las manos y salió subrepticamente por la puerta trasera del King's Head. Al poco tiempo, no había nadie en Great Holling que ignorara que Nancy Ducane pensaba hacer una declaración.

Patrick y Frances Ive fueron las únicas personas del pueblo que no acudieron a la convocatoria. Todos los demás, incluso la sirvienta que había iniciado el

rumor y que nadie había visto desde hacía semanas, se reunieron en el King's Head, ansiosos por que comenzara el siguiente acto del espectáculo.

Tras dedicar una breve sonrisa de agradecimiento a Ambrose Flowerday, Nancy Ducane adoptó una actitud de fría firmeza para dirigirse a la muchedumbre. Dijo que la historia de que Patrick Ive había aceptado dinero suyo a cambio de facilitarle la comunicación con su difunto marido era una completa mentira. Sin embargo —añadió—, no todo lo dicho era falso. Admitió que había visitado más de una vez a Patrick Ive en la vicaría, cuando su mujer no estaba en casa. Lo había hecho porque Patrick Ive y ella estaban enamorados.

Los vecinos del pueblo se quedaron boquiabiertos. Algunos empezaron a murmurar, mientras otros se tapaban la boca con las manos o cogían por el brazo a la persona que tenían más cerca.

Nancy esperó a que se calmara el alboroto, antes de continuar.

—Fue un error vernos en secreto, en lugar de resistirnos a la tentación —dijo—, pero no podíamos estar mucho tiempo separados. Cuando nos reuníamos en la vicaría, no hacíamos nada, excepto hablar de nuestros sentimientos y de la imposibilidad de lo nuestro. Al final, siempre decidíamos que nunca más volveríamos a vernos a solas, pero entonces llegaba otro día, nos enterábamos de que Frances tenía que salir a algún sitio y entonces... La fuerza de nuestro amor era demasiado grande.

Alguien gritó:

—¡Conque solamente hablabais, ¿eh?! ¡Eso sí que tiene gracia!

Una vez más, Nancy aseguró ante los vecinos del pueblo que no había ocurrido nada físico entre Patrick Ive y ella.

—Ahora he dicho la verdad —añadió—. Es una verdad que habría preferido no revelar, pero era la única manera de poner freno a tantas viles mentiras. Aquellos de vosotros que sepáis lo que significa sentir un amor profundo y abrasador por otra persona seréis incapaces de condenarnos a Patrick y a mí. Si nos condenáis, solo puedo deciros que no conocéis el amor y que siento pena por vosotros.

Entonces Nancy miró directamente a Harriet Sippel y dijo:

—Harriet, tú sí que conociste el amor verdadero; pero, cuando perdiste a George, decidiste olvidar lo que habías conocido. Convertiste al amor en tu adversario y al odio en tu aliado.

Como si se empeñara en darle la razón, Harriet Sippel se puso de pie y, tras tildar a Nancy de ramera mentirosa, empezó a vociferar contra Patrick Ive con más exaltación aún que antes. El vicario no solo había sacado provecho del engaño de sus contactos con las almas de los difuntos, sino que se había entregado a la concupiscencia con mujeres de moral dudosa mientras su

esposa no estaba. ¡Además de hereje, era un adúltero! ¡Era todavía peor de lo que Harriet había sospechado! Era un escándalo —se apresuró a añadir Harriet— que un hombre tan profundamente sumido en el pecado se hiciera llamar vicario de Great Holling.

Nancy Ducane se marchó del King's Head en medio de la encendida diatriba de Harriet, incapaz de soportarla. Unos segundos después, la sirvienta de los Ive se levantó y corrió hacia la puerta, con la cara enrojecida y bañada en lágrimas.

Los habitantes del pueblo, en su mayoría, no sabían muy bien qué pensar. Estaban desconcertados por lo que habían oído. Entonces, Ida Gransbury tomó la palabra para apoyar a Harriet. Aunque no estaba claro hasta dónde llegaba el rumor y hasta dónde la realidad, había quedado fuera de toda duda que Patrick Ive era un pecador impenitente, y que no merecía conservar su puesto al frente de la parroquia de Great Holling.

La mayoría de los vecinos estuvieron de acuerdo. Sí, Ida tenía razón.

Richard Negus no dijo nada, ni siquiera cuando su prometida le pidió que se pronunciara. Más tarde, ese mismo día, le confió al doctor Ambrose Flowerday que le preocupaba el giro que habían tomado los acontecimientos. Que alguien fuera «un pecador impenitente» podía ser motivo suficiente de condena para Ida, pero no para él. Se declaró disgustado por el oportunista intento de Harriet Sippel de presentar a Patrick Ive como doblemente culpable, achacándole dos pecados en lugar de uno. Harriet se había adueñado del «eso no, pero esto sí» de Nancy Ducane y lo había transformado en un «esto sí y lo otro también», sin pruebas ni justificación alguna.

Ida había dicho en el King's Head que la culpabilidad del vicario estaba «fuera de toda duda». Pero lo único que Richard Negus consideraba indudable —según le confesó a Ambrose Flowerday— era que la gente del pueblo (incluido él mismo, para su vergüenza) había estado repitiendo mentiras acerca de Patrick Ive. ¿No cabía la posibilidad de que Nancy Ducane también mintiera? ¿Y si su amor por Patrick no era correspondido y el vicario solo había aceptado verla en secreto, ante su insistencia, con el único propósito de convencerla de que desistiera de sus pretensiones amorosas?

El doctor Flowerday le dio la razón. Nadie podía estar seguro de que Patrick Ive hubiera cometido una falta; de hecho, eso mismo era lo que él pensaba desde el principio. Ambrose Flowerday era la única persona que los Ive dejaban entrar en la vicaría y, en su siguiente visita, le contó a Patrick lo que Nancy Ducane había dicho en el King's Head. El vicario se limitó a agachar la cabeza, sin hacer ningún comentario sobre la autenticidad o la falsedad de la versión de Nancy. Mientras tanto, la salud física y mental de Frances Ive seguía deteriorándose.

Richard Negus fracasó en su intento de convencer a Ida Gransbury para que aceptara su punto de vista y, como consecuencia, sus relaciones con ella se volvieron tensas. Los habitantes del pueblo, con Harriet al frente, mantuvieron el acoso a Patrick y a Frances Ive, y no dejaron de gritar insultos y acusaciones a las puertas de la vicaría, día y noche. Mientras tanto, Ida

continuó insistiendo ante las autoridades eclesiásticas para que expulsaran a Patrick Ive de la vicaría, de la iglesia y del pueblo de Great Holling, por su propio bien.

Entonces se precipitó la tragedia. Incapaz de seguir sufriendo la ignominia, Frances Ive ingirió una dosis de veneno y puso fin a su desgraciada existencia. Cuando su marido la encontró, supo de inmediato que ya era tarde. No habría servido de nada llamar al doctor Flowerday, porque ya nadie habría podido salvar a Frances. Patrick Ive también supo que no sería capaz de seguir viviendo con el dolor y la culpa, por lo que en ese mismo instante se quitó la vida.

Ida Gransbury pidió a los vecinos del pueblo que rezaran por la misericordia y el perdón de las almas pecadoras de Patrick y de Frances Ive, por muy improbable que fuera en su caso el perdón divino.

Harriet Sippel no vio necesario conceder al Creador ninguna discrecionalidad al respecto y se limitó a afirmar ante su rebaño de secuaces que los Ive arderían para siempre en el infierno, pues no merecían otra cosa.

Unos meses después de la muerte de Patrick y Frances, Richard Negus había roto su compromiso con Ida Gransbury y se había marchado de Great Holling. Nancy Ducane se fue a Londres y la sirvienta que se había inventado la primera mentira no volvió a aparecer por el pueblo.

Mientras tanto, Charles y Margaret Ernst habían llegado a la vicaría para hacerse cargo de la parroquia. Pronto trabaron amistad con el doctor Ambrose Flowerday, que haciendo un gran esfuerzo les reveló toda la trágica historia. Les dijo que Patrick Ive había sido una de las personas más buenas y generosas que había conocido, tanto si había albergado una pasión secreta por Nancy Ducane como si no, y que nadie había merecido menos que él ser objeto de una calumnia.

Esa mención de la calumnia fue lo que hizo pensar a Margaret Ernst en el poema que figuraba en la lápida. Charles Ernst se declaró contrario a la idea, porque no quería provocar a los vecinos del pueblo, pero Margaret se mantuvo firme en su resolución de que la iglesia de los Santos Sagrados manifestara su apoyo a Patrick y a Frances Ive.

—¿Provocar a los vecinos? —le dijo a su marido—. ¡Ojalá pudiera hacerles algo mucho peor a Harriet Sippel y a Ida Gransbury!

Y sí, en efecto, cuando dijo esas palabras estaba pensando en el asesinato, pero solo como una fantasía y no como un crimen que tuviera intención de cometer.

Después de contarme su historia, Margaret Ernst guardó silencio. Transcurrió un buen rato antes de que ninguno de los dos volviera a hablar.

Finalmente, dije:

—Entiendo que haya mencionado a Nancy Ducane cuando le he preguntado quién tenía un motivo para cometer los asesinatos. Pero ¿por qué iba a querer matar Nancy a Richard Negus? Negus dejó de apoyar la causa de Harriet Sippel y de Ida Gransbury en cuanto empezó a dudar sobre la mentira de la sirvienta.

—Solo puedo decirle cómo me sentiría yo en el lugar de Nancy —repuso Margaret—. ¿Perdonaría yo a Richard Negus? No, desde luego que no. Sin su temprana aceptación de las mentiras que contaban Harriet y esa condenada sirvienta, quizá Ida Gransbury no se habría creído sus falsedades. Tres personas avivaron la hostilidad contra Patrick Ive en Great Holling, y esas tres personas fueron Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus.

—¿Y la sirvienta?

—Ambrose Flowerday no cree que tuviera intención de iniciar la tragedia. Cuando todo el pueblo empezó a acusar a los Ive, ella estaba claramente afligida.

Yo fruncí el ceño, sin darme por satisfecho.

—Pero si consideramos el punto de vista de una Nancy Ducane con impulsos asesinos (una simple hipótesis para desarrollar mi argumento), ¿cómo es posible que no perdonara a Richard Negus, que la acusó, pero después se retractó, y en cambio pudiera perdonar a la chica que puso en marcha toda la mentira?

—Quizá no la haya perdonado —respondió Margaret—. Quizá la haya asesinado también. No sé adónde habrá ido a parar la sirvienta, pero puede que Nancy Ducane lo sepa. Tal vez la haya ido a buscar para matarla también. ¿Qué ocurre? Se le ha puesto la cara gris.

—¿Cómo... cómo se llamaba la sirvienta que contó la primera mentira? —tartamudeé, temiendo la respuesta.

«No, no puede ser —decía una voz en mi mente—. Y sin embargo, ¿cómo podría ser de otra manera?».

—Jennie Hobbs. ¿Se encuentra bien, señor Catchpool? Tiene muy mal aspecto.

—¡Él tenía razón! ¡La chica corre peligro!

—¿Él? ¿A quién se refiere?

—A Hércules Poirot. ¿Cómo es posible que siempre tenga razón?

—Parece usted contrariado. ¿Preferiría que se equivocara?

—No, supongo que no —suspiré—. Pero ahora me preocupa la seguridad de Jennie Hobbs, suponiendo que siga con vida.

—Entiendo. ¡Qué raro!

—¿Qué es lo raro?

Margaret suspiró.

—Pese a todo lo que he dicho, me cuesta pensar que alguien pueda estar en peligro por culpa de Nancy. Tenga o no motivos, no la veo cometiendo un asesinato. Le parecerá extraño lo que voy a decir, pero... nadie puede matar sin sumirse en el horror y en todo tipo de cosas desagradables, ¿no es así?

Asentí.

—A Nancy le gustan la diversión, la belleza, el placer, el amor... y todas las cosas alegres. Jamás querría tener nada que ver con algo tan feo y triste como un asesinato.

—Si no ha sido Nancy Ducane, entonces ¿quién? —pregunté—. ¿Qué me dice del viejo borracho Walter Stoakley? Al ser el padre de Frances Ive, tiene un móvil poderoso. Si dejara la bebida un día o dos, quizá fuera capaz de matar a tres personas.

—No creo que Walter pudiera dejar la bebida ni siquiera una hora. Le aseguro, señor Catchpool, que Walter Stoakley no es el hombre que busca. ¿Sabe por qué? Porque a diferencia de Nancy Ducane, él nunca ha culpado a Harriet, a Ida y a Richard por la desgracia de Frances. Se culpa a sí mismo.

—¿Por eso bebe?

—Así es. La persona a quien decidió matar Walter Stoakley cuando perdió a su hija es precisamente al propio Walter Stoakley, y dudo que tarde en conseguirlo.

—¿En qué sentido podía ser culpa suya el suicidio de Frances?

—Walter no siempre ha vivido en Great Holling. Se mudó aquí para estar más cerca del lugar donde reposan Patrick y Frances. Le resultará difícil de creer, después de verlo tal como está ahora, pero hasta la muerte de Frances, era un eminente estudioso de lenguas clásicas, decano del Saviour College de la Universidad de Cambridge. Fue allí donde Patrick Ive cursó sus estudios de teología. Patrick era huérfano. Había perdido a sus padres a edad temprana y Walter lo tomó bajo su protección. Jennie Hobbs, que entonces tenía diecisiete años, se ganaba la vida haciendo camas y limpiando los dormitorios del colegio. Como era la mejor de las chicas de la limpieza, Walter Stoakley dispuso que se ocupara de las habitaciones de Patrick Ive. Cuando más tarde Patrick se casó con Frances Stoakley, la hija de Walter, y los dos se mudaron a la vicaría de los Santos Sagrados, en Great Holling, Jennie se vino al pueblo con ellos. ¿Lo entiende?

—Sí, ya veo. Walter Stoakley se culpa por haber puesto a Jennie Hobbs en el camino de Patrick Ive —dije—. Si Patrick y Frances no hubieran traído a

Jennie a Great Holling, ella jamás habría contado la mentira terrible que los condujo a la muerte.

—Y yo no tendría que pasarme la vida vigilando esa tumba, para impedir que alguien la profane.

—¿Quién querría hacer algo semejante? —pregunté—. ¿Harriet Sippel? Antes de que la asesinaran, claro.

—Oh, no, el arma de Harriet no eran sus manos, sino su lengua viperina. Jamás habría profanado una tumba. No. Los que lo harían, si tuvieran media oportunidad, serían los jóvenes del pueblo. Eran niños cuando Patrick y Frances murieron, pero han oído las historias que cuentan sus padres. Si pregunta a cualquiera del pueblo, excepto a mí y a Ambrose Flowerday, le dirán que Patrick Ive era un hombre execrable y que su esposa y él practicaban la magia negra. Me parece que se lo creen cada vez más a medida que pasa el tiempo. Tienen que creérselo, ¿entiende? De lo contrario, se despreciarían a sí mismos tanto como yo los desprecio.

Quise aclarar un detalle.

—¿Sabe si Richard Negus se separó de Ida Gransbury porque ella siguió acusando a Patrick Ive cuando él ya se había retractado? ¿Rompió el compromiso después de la declaración de Nancy en el King's Head?

Una expresión peculiar pasó fugazmente por la cara de Margaret.

—Aquel día en el King's Head fue el principio de... —empezó a decir, pero enseguida se interrumpió y cambió de rumbo—. Sí. Para Richard Negus, la insistencia irracional de Ida en su punto de vista, que era el de Harriet, acabó resultando intolerable.

De repente Margaret había adquirido un aire retraído. Me dio la impresión de que había algo importante que había decidido no revelarme.

—Ha dicho que Frances tomó veneno —proseguí—. ¿Cómo fue? ¿Dónde lo consiguió? ¿Y de qué forma murió Patrick Ive?

—Igual que ella: envenenado. No sé si habrá oído hablar de la abrina.

—No, no creo.

—Se extrae del regaliz americano, una planta corriente en los trópicos. De algún modo, Frances Ive consiguió unas ampollas.

—Perdone; pero si los dos tomaron el mismo veneno y fueron hallados al mismo tiempo, ¿cómo se sabe que Frances se suicidó primero y Patrick lo hizo solamente después de encontrarla muerta?

Margaret pareció recelosa.

—¿Me promete que no le diré a nadie de Great Holling lo que voy a decirle?
¿Que solo se lo contará a la gente de Scotland Yard en Londres?

—Sí —respondí, pensando que podía considerar a Hércules Poirot parte de Scotland Yard, a los efectos de la investigación.

—Frances Ive le escribió una nota a su marido antes de quitarse la vida —dijo Margaret—. Evidentemente, esperaba que él la sobreviviera. Patrick también dejó una nota que... —Se interrumpió.

Yo esperé.

Tras unos instantes de silencio, continuó:

—Las dos notas permitieron establecer la secuencia de los acontecimientos.

—¿Dónde están ahora?

—Las destruí. Ambrose Flowerday me las dio y yo las eché al fuego.

Me pareció muy extraño.

—¿Por qué hizo algo semejante? —pregunté sorprendido.

—Yo... —Margaret resopló y desvió la cara—. No lo sé —dijo con firmeza.

Era obvio que lo sabía. Por la fuerza con que apretaba los labios, deduje que había decidido no decir ni una palabra más. Si le hubiera seguido preguntando, no habría hecho más que reforzar su determinación de guardar silencio.

Me puse de pie para estirar las piernas, que comenzaba a sentir rígidas.

—Acertó en una cosa —le dije—. Ahora que sé la historia de Patrick y de Frances Ive, quiero hablar con el doctor Ambrose Flowerday. Él vivía en el pueblo cuando pasó todo. En cambio usted, por muy fiel a la verdad que sea su relato...

—¡No! Usted me ha hecho una promesa.

—Me gustaría mucho preguntarle al doctor acerca de Jennie Hobbs, por ejemplo.

—Pregúntemelo a mí. ¿Qué quiere saber? Tanto Patrick como Frances Ive parecían considerarla indispensable. Le tenían mucho aprecio. El resto del pueblo la veía como una chica amable, tranquila... e inofensiva, hasta que contó esa peligrosa mentira. Personalmente, no creo que ninguna persona capaz de inventarse una mentira tan tremenda sin ningún motivo pueda considerarse inofensiva. Además, tenía ínfulas de gran señora. Incluso había cambiado su forma de hablar.

—¿Cómo?

—Ambrose me dijo que fue un cambio abrupto. Al principio, hablaba como suelen hablar las chicas del servicio doméstico, pero de un día para otro se le volvió la voz mucho menos chillona y empezó a expresarse con más corrección.

«Utilizando a la perfección el singular y el plural», pensé. «Por favor, no deje que nadie abra las bocas». Eran tres las bocas, cada una con un gemelo en su interior y el mismo monograma en cada gemelo. Jennie lo había dicho correctamente. ¡Diantre! ¿También en eso había acertado Poirot?

—Ambrose me dijo que Jennie había cambiado su forma de hablar, por imitación de Patrick y de Frances Ive. Los dos eran personas instruidas y se expresaban con gran corrección.

—Margaret, dígame la verdad, por favor. ¿Por qué está tan empeñada en que no hable con Ambrose Flowerday? ¿Teme que él me cuente algo que usted preferiría que yo no supiera?

—No le serviría de nada hablar con Ambrose, y para él sería una molestia enorme —replicó Margaret con firmeza—. Pero tiene mi permiso para aterrorizar a todos los demás vecinos del pueblo. —Sonrió, aunque su mirada era severa—. Ellos ya tienen miedo: saben que todos los culpables acaban pagando, y saben que son culpables. Pero tendrían más miedo aún si usted les dijera que, en su opinión de experto, el asesino no se dará por satisfecho hasta que haya enviado a las abrasadoras profundidades del infierno a todos los que contribuyeron a destruir a Patrick y a Frances Ive.

—Quizá sería un poco excesivo —respondí.

—Tengo un sentido del humor poco ortodoxo. Charles solía quejarse al respecto. A él nunca se lo confesé, pero yo no creo en el cielo ni en el infierno. En Dios sí, pero no en el Dios del que tanto oímos hablar.

Empecé a ponerme nervioso. No me apetecía hablar de teología; quería regresar a Londres cuanto antes y contarle a Poirot lo que había averiguado.

Pero Margaret prosiguió:

—Hay un solo Dios, por supuesto, aunque no creo que espere de nosotros que sigamos unas reglas sin cuestionarlas, ni que seamos amables con quienes no lo merecen. —Me sonrió con un poco más de simpatía y añadió—: Creo que Dios ve el mundo tal como lo veo yo, y no como lo veía Ida Gransbury. ¿No le parece?

Respondí con una especie de gruñido neutro.

—La Iglesia nos enseña que solo Dios puede juzgar —dijo Margaret—. ¿Por qué no se lo dijo la beata Ida Gransbury a Harriet Sippel y a su jauría de acosadores? ¿Por qué reservó toda su reprobación para Patrick Ive? Cuando

alguien pretende ser una cristiana ejemplar, lo menos que puede hacer es aprenderse las enseñanzas más básicas.

—Veo que aún sigue indignada.

—Lo estaré hasta el día de mi muerte, señor Catchpool. Cuando los peores pecadores persiguen a los que cometen pequeños pecados, en nombre de la moralidad, entonces hay motivo para indignarse.

—La hipocresía es algo muy feo —admití.

—Además, no creo que pueda haber ningún mal en estar con la persona que uno ama de verdad.

—De eso no estoy tan seguro. Si se trata de una persona casada...

—¡No diga pamplinas! —Margaret levantó la vista hacia los cuadros que adornaban la pared del salón y les habló directamente—: Lo siento, Charles, cariño, pero cuando dos personas se aman, por mucho que se oponga la Iglesia y por muy contrario a las normas que sea... el amor es el amor. Sí, Charles, ya sé que no te gusta que diga estas cosas.

Tampoco puedo decir que a mí me gustara.

—El amor puede causar un sinfín de problemas —dije—. Si Nancy Ducane no se hubiera enamorado de Patrick Ive, ahora yo no tendría tres asesinatos que investigar.

—¡Qué afirmación tan absurda! —exclamó Margaret, arrugando la nariz—. Lo que mueve a los asesinos no es el amor, señor Catchpool, sino el odio. Nunca es el amor. Sea un poco racional, por favor.

—Siempre he pensado que las reglas más difíciles de seguir son las mejores para poner a prueba el carácter —dije.

—Sí, pero ¿qué aspecto de nuestro carácter ponen a prueba? ¿Nuestra credulidad, quizá? ¿Nuestra cabeza de chorlito? La Biblia, con todas sus reglas, no es más que un libro escrito por personas como usted y como yo. Deberían publicarla con una advertencia, impresa en un lugar bien visible: «He aquí la palabra de Dios, distorsionada y malinterpretada por el hombre».

—Tengo que irme —anuncié, incómodo por el giro que había tomado nuestra conversación—. Debo regresar a Londres. Gracias por su tiempo y su valiosa ayuda, Margaret.

—Le ruego que me perdone —dijo ella, mientras me acompañaba a la puerta—. Normalmente no hablo con tanta franqueza, excepto con Ambrose o con Charles, en los cuadros.

—En ese caso, supongo que debo sentirme honrado —repliqué.

—Durante toda mi vida me he guiado por las reglas de ese viejo libro polvoriento, señor Catchpool. Por eso sé que es una tontería obedecerlas. Cuando dos amantes se ríen de las precauciones y se reúnen a pesar de tener todas las normas en su contra... ¡yo los admiro! También admiro a la persona que mató a Harriet Sippel, sea quien sea. No puedo evitarlo. Eso no significa que apruebe el asesinato, porque no es así. Pero ahora váyase, antes de que empiece a hablarle todavía con más franqueza.

Mientras volvía al King's Head, pensé que una conversación es un vehículo muy extraño, que puede llevarnos prácticamente a cualquier sitio. Pero a veces nos deja varados a muchos kilómetros del punto de partida, sin saber cómo regresar. A cada paso que daba, las palabras de Margaret Ernst resonaban en mis oídos: «Por muy contrario a las normas que sea... el amor es el amor».

En el King's Head, pasé al lado de Walter Stoakley, que estaba roncando, y de Victor Meakin, que como siempre intentaba espiar, y subí a recoger mis cosas.

Cogí el siguiente tren para Londres y le dediqué un jubiloso saludo de despedida a Great Holling mientras el tren salía de la estación. Pese a la felicidad que me producía abandonar el pueblo, me iba disgustado por no haber podido hablar con Ambrose Flowerday, el médico. ¿Qué diría Poirot cuando le mencionara mi promesa a Margaret Ernst? Le parecería mal, desde luego, y haría algún comentario acerca de los ingleses y nuestro estúpido sentido del honor, y yo indudablemente bajaría la cabeza y murmuraría una disculpa, en lugar de defender mi verdadera opinión al respecto: la sencilla idea de que uno siempre consigue más información si se aviene a respetar los deseos de los demás. Si le hacemos ver a una persona que no tenemos intención de sonsacarle a la fuerza todo lo que sabe, es increíble con cuánta frecuencia acabará viniendo por su propia iniciativa, en el momento oportuno, para ofrecernos las respuestas que necesitamos.

Yo sabía que Poirot desaprobaba mi forma de actuar y decidí no mortificarme. Si Margaret Ernst podía discrepar con Dios, yo podía permitirme disentir con Hércules Poirot de vez en cuando. En caso de que quisiera interrogar al doctor Flowerday, podía desplazarse él mismo a Great Holling para hablar con él.

Esperaba que no fuera necesario. Nancy Ducane era la persona en quien debíamos concentrarnos: en ella y en salvarle la vida a Jennie, suponiendo que no fuera demasiado tarde. Me remordía la conciencia, por haber desestimado el posible peligro que la acechaba. Si conseguíamos salvarla, todo el mérito sería de Poirot. Si lográbamos resolver de manera satisfactoria los tres asesinatos del hotel Bloxham, también sería suya la gloria. Oficialmente, en Scotland Yard, el caso se añadiría a mis éxitos, pero en la práctica, todos sabrían que el triunfo había sido de Poirot y no mío. De hecho, la participación de Poirot en el caso era la única razón por la que mis jefes me habían concedido libertad para investigar los asesinatos como mejor me pareciera (o más bien, como mejor le pareciera a mi amigo belga). No depositaban su confianza en mí, sino en el famoso Hércules Poirot.

Empecé a preguntarme si no habría preferido fracasar solo y con mis propias armas, que triunfar solamente gracias a la ayuda de Poirot, pero me quedé dormido antes de llegar a una conclusión.

Tuve un sueño —el primero que he tenido nunca en un tren— en el que toda la gente a mi alrededor me condenaba por una falta que yo no había cometido. En el sueño, veía claramente la lápida de mi tumba, con mi nombre grabado en lugar de los nombres de Patrick y de Frances Ive, y el soneto del «blanco de la calumnia» inscrito debajo. En la tierra, junto a la tumba, distinguí un brillo metálico, y por algún motivo supe que era un gemelo con mis iniciales, parcialmente enterrado. Me desperté cuando el tren entraba en Londres, bañado en sudor y con el corazón a punto de salirse del pecho.

Capítulo 13

Nancy Ducane

Como era lógico, yo aún no sabía que Poirot ya estaba al tanto de la probable implicación de Nancy Ducane en nuestros tres asesinatos. Mientras yo huía en tren de Great Holling, Poirot estaba muy atareado organizando —con la ayuda de Scotland Yard— una visita a casa de la señora Ducane en Londres.

Lo consiguió ese mismo día y allí se presentó, acompañado del agente Stanley Beer. Una joven doncella en delantal almidonado le abrió la puerta de la blanca mansión de Belgravia. Poirot esperaba que los hiciera pasar a un saloncito elegante, donde aguardarían un momento la aparición de la señora de la casa. Sin embargo, para su sorpresa, Nancy Ducane lo estaba esperando en el vestíbulo, al pie de la escalera.

—¿Monsieur Poirot? Bienvenido. Veo que lo acompaña un policía. Debo decir que todo esto me parece muy inusual.

Stanley Beer emitió un extraño ruido gutural y se puso rojo como una remolacha. Nancy Ducane era una mujer de una belleza poco corriente, de cutis perfecto, lustroso cabello negro y profundos ojos azules de largas pestañas. Aparentaba unos cuarenta años y vestía con distinción, en tonos azul pavo real y verde intenso. Por una vez en su vida, Poirot no era el más elegante de los presentes.

—Es un placer conocerla, madame Ducane. —Se inclinó levemente—. Soy un gran admirador de su obra. He tenido la suerte de ver algunos de sus cuadros en diversas exposiciones, en los últimos años. Tiene usted un talento poco común.

—Gracias, es usted muy amable. Ahora le ruego que entregue su sombrero y su abrigo a Tabitha, para que podamos encontrar un lugar confortable donde sentarnos y hablar. ¿Querrán tomar té? ¿Tal vez un café?

—*Non, merci*.

—Muy bien. Síganme.

Los tres se dirigieron a un pequeño gabinete, que más adelante me alegré de conocer solo de oídas y de no tener que visitar personalmente, ya que según me contó Poirot, estaba atestado de retratos. Todos esos ojos vigilantes colgados de las paredes...

Poirot le preguntó a Nancy Ducane si todos los cuadros eran obra suya.

—Oh, no —dijo ella—. Muy pocos son míos. Compro tantos cuadros como

vendo. Creo que así debe ser, puesto que el arte es mi pasión.

—También es una de mis pasiones —replicó Poirot.

—Si solo viera cuadros míos a mi alrededor, me sentiría terriblemente sola. Siempre que cuelgo el cuadro de otro artista en mis paredes, siento que he invitado a casa a un buen amigo.

—*D'accord*. Lo ha expresado usted muy bien, madame.

Cuando estuvieron sentados, Nancy dijo:

—¿Me permiten que vaya al grano y pregunte qué los trae exactamente por aquí? Me ha dicho usted por teléfono que le gustaría registrar mi casa. Puede hacerlo, si quiere. Pero ¿por qué?

—Quizá haya leído en los periódicos, madame, que tres huéspedes del hotel Bloxham fueron asesinados el pasado jueves por la noche.

—¿En el Bloxham? —Nancy se echó a reír. De repente, cambió de expresión—. ¡Santo cielo! Lo dice en serio, ¿verdad? ¿Tres? ¿Está seguro? El Bloxham siempre me ha parecido un lugar divino. No imagino que allí puedan cometerse asesinatos.

—Entonces ¿conoce el hotel?

—Claro que sí. Voy a menudo a tomar el té. Lazzari, el gerente, es un auténtico cielo. El hotel es famoso por sus *scones*, ¿sabe? ¡Los mejores de Londres! Oh, lo siento... —Se interrumpió—. No debería ponerme a parlotear sobre bollos para el té cuando tres personas han sido asesinadas. Es horrible. Pero no entiendo qué puede tener que ver todo esto conmigo.

—¿No ha leído nada acerca de esas muertes en los periódicos? —preguntó Poirot.

—No. —Nancy Ducane apretó levemente los labios—. No leo los periódicos, ni permito que entren en mi casa. Están llenos de desgracias. Yo evito las noticias tristes, siempre que puedo.

—Entonces ¿eso significa que no ha oído los nombres de las víctimas?

—No, ni tampoco quiero oírlos —respondió Nancy con un estremecimiento.

—Me temo que debo darle esa información, incluso a su pesar. Se llamaban Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus.

—¿Qué? ¡Oh, no, no! ¡No, monsieur Poirot! —Nancy se tapó la boca con una mano y durante casi un minuto pareció incapaz de hablar. Finalmente, dijo—: ¿No será una especie de broma? Por favor, dígame que no es verdad.

—No es ninguna broma, madame, lo siento. Veo que la he alterado.

—Lo que me ha alterado es oír esos nombres. No me importa que estén vivos o muertos, mientras no tenga que pensar en ellos. Por mucho que intento evitar las cosas desagradables, no siempre lo consigo... Soy más sensible a la infelicidad que la mayoría de las personas, ¿lo comprende?

—¿Ha sufrido mucho en su vida?

—Prefiero no hablar de mis asuntos personales —respondió Nancy, desviando la mirada.

A Poirot no le habría servido de nada declarar que sus preferencias eran justo las opuestas. De hecho, nada le resultaba más fascinante que las pasiones privadas de personas desconocidas que probablemente nunca más volvería a ver.

En lugar de eso, dijo:

—Entonces volvamos a la investigación policial que nos ha traído hasta aquí. ¿Conoce los nombres de las tres víctimas?

Nancy asintió.

—Yo viví en un pueblo llamado Great Holling, en Culver Valley. No creo que usted lo conozca; nadie lo conoce. Harriet, Ida y Richard eran vecinos del pueblo. Hace años que no los veo, ni sé nada de ellos. No he vuelto a verlos desde 1913, cuando me trasladé a Londres. ¿Me está diciendo que han sido asesinados? ¿De verdad?

—*Oui*, madame.

—¿En el hotel Bloxham? Pero ¿qué hacían allí? ¿Por qué habían venido a Londres?

—Es una de las muchas preguntas para las que aún no tengo respuesta —contestó Poirot.

—No tiene sentido que los hayan matado. —Nancy se levantó de un salto de la silla, y empezó a ir y venir entre la puerta y la pared del fondo—. ¡La única persona que lo habría hecho no lo hizo!

—¿Quién es esa persona?

—¡Oh, no me haga caso! —Nancy regresó a su silla y volvió a sentarse—. Lo siento. La noticia me ha conmovido, como puede ver. No puedo serles de ninguna ayuda. Y... no quiero ser descortés, pero deberían marcharse.

—Cuando ha mencionado a la única persona que habría cometido esos tres asesinatos, ¿se refería a usted, madame? ¿Es usted quien lo habría hecho, pero no lo hizo?

—No lo hice... —dijo Nancy, articulando lentamente las palabras, mientras su

mirada recorría con rapidez toda la habitación—. Ah, pero ahora entiendo por qué ha venido. Le han contado un par de historias y ha llegado a la conclusión de que yo los maté. Por eso quiere registrar mi casa. Sin embargo, yo no he matado a nadie. Registre todo lo que quiera, monsieur Poirot. Pídale a Tabitha que le enseñe todas las habitaciones. Son tantas, que pasará alguna por alto si no lleva una guía.

—Gracias, madame.

—No encontrará nada comprometedor, porque no hay nada que encontrar. ¡Ojalá se marcharan ustedes ahora mismo! No imaginan lo mucho que me han alterado.

Stanley Beer se puso de pie.

—Me pondré manos a la obra —dijo—. Gracias por su cooperación, señora Ducane.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

—Usted es muy perspicaz, ¿verdad? —le dijo Nancy Ducane a Poirot, como si fuera un punto en su contra—. Es tan listo como dicen. Lo veo en sus ojos.

—Se supone que tengo una mente superior, *oui*.

—¡Qué orgulloso parece! En mi opinión, una mente superior no sirve de nada si no va acompañada de un corazón superior.

—*Naturellement*. Como apasionados del arte, debemos afirmarlo. El arte habla al alma y al corazón, más que a la mente.

—Es cierto —replicó Nancy en voz baja—. ¿Sabe una cosa, monsieur Poirot? Sus ojos revelan algo más que perspicacia. Revelan sabiduría. Parecen venir del pasado. ¡Seguramente no comprenderá lo que quiero decir, pero es verdad! Quedarían maravillosos en un cuadro, pero por desgracia ya no podré pintar su retrato, ahora que ha traído a mi casa esos tres nombres horrendos.

—Es una pena.

—La culpa es suya —dijo Nancy con franqueza, mientras se retorció las manos—. Bueno, sí, de acuerdo. ¿Por qué no reconocerlo? Es cierto que me refería a mí misma hace un momento. Soy yo quien habría podido asesinar a Harriet, a Ida y a Richard y sin embargo no lo he hecho. Ya se lo he dicho. No entiendo qué ha podido pasar.

—¿Estaba enemistada con ellos?

—Los aborrecía. Más de una vez les deseé la muerte. ¡Cielo santo! —Nancy se llevó repentinamente las manos a las mejillas—. ¿Es verdad que están muertos? Supongo que debería alegrarme o sentir alivio, pero no puedo sentir nada bueno cuando pienso en Harriet, en Ida y en Richard. ¿No le parece

irónico?

—¿Por qué le disgustaban tanto?

—Prefiero no hablar al respecto.

—Madame, no se lo preguntaría si no lo considerara necesario.

—Aun así, no quiero contestar.

Poirot suspiró.

—¿Dónde estaba usted el jueves de la semana pasada, entre las siete y cuarto y las ocho de la noche?

Nancy frunció el ceño.

—No tengo ni la menor idea. Ya me cuesta bastante recordar lo que tengo que hacer esta semana. ¡Oh, ya sé! ¡El jueves, claro! Estaba aquí enfrente, en casa de mi amiga Louisa. Louisa Wallace. Había terminado su retrato, de modo que se lo llevé y me quedé a cenar. Creo que estuve en su casa desde las seis hasta poco antes de las diez. Me habría quedado más tiempo si no hubiera estado también Saint-John, el marido de Louisa, que es tremendamente esnob. Louisa es un cielo, incapaz de reconocer un defecto en nadie. Supongo que conocerá usted a más gente como ella. Pues bien, Louisa se empeña en creer que Saint-John y yo nos adoramos, porque los dos somos artistas, pero lo cierto es que yo no lo soporto. Saint-John está convencido de que su forma de arte es superior a la mía y aprovecha cada oportunidad para decírmelo. ¡Plantas y pescados! Es todo lo que pinta. ¡Tiestos con hojas deprimentes y merluzas y bacalaos de ojos vidriosos!

—¿Es un artista zoológico y botánico?

—No me interesan los pintores que nunca pintan el rostro humano —dijo Nancy de improviso—. Lo siento, pero es así. Saint-John insiste en que es imposible pintar una cara sin contar una historia, y que en cuanto uno atribuye una historia a un cuadro, distorsiona inevitablemente la información visual, o alguna otra tontería por el estilo. ¿Qué tiene de malo contar una historia? ¡Por el amor de Dios!

—¿Me contará Saint-John Wallace la misma historia que usted, si le pregunto por el jueves pasado? —inquirió Poirot—. ¿Confirmará que estuvo usted en su casa desde las seis hasta poco antes de las diez de la noche?

—Por supuesto. Esto es absurdo, monsieur Poirot. Me está preguntando lo mismo que le preguntaría a un asesino, y yo no lo soy. ¿Quién le ha dicho que debo ser yo quien cometió esos asesinatos?

—Alguien la vio salir corriendo del hotel Bloxham, en estado de gran agitación, poco después de las ocho de la noche. Mientras corría, se le cayeron dos llaves. Se volvió para recogerlas y salió huyendo. El testigo había

visto fotos suyas en los periódicos y la identificó como la famosa artista Nancy Ducane.

—Eso es sencillamente imposible. Su testigo se equivoca. Pregunte a Saint-John y a Louisa Wallace.

—Es lo que haré, madame. *Bon*, ahora tengo otra pregunta para usted: ¿le resultan familiares las iniciales P. I. J. o quizá P. J. I.? ¿Podrían corresponder a alguien de Great Holling?

El color desapareció de las mejillas de Nancy.

—Sí —susurró—. Patrick James Ive. Era el vicario.

—¡Ah! Se refiere al vicario que murió en circunstancias trágicas, ¿verdad? Junto con su esposa, ¿no es así?

—Así es.

—¿Qué les sucedió?

—No pienso hablar al respecto. No diré nada.

—Es muy importante. Le ruego que me lo cuente.

—¡No puedo! —exclamó Nancy—. No podría, aunque lo intentara. Usted no lo entiende. Hace tanto que no hablo de eso, que... —Durante unos segundos no hizo más que abrir y cerrar la boca, sin poder articular ni una palabra. Después, la cara se le contrajo en una mueca de dolor—. ¿Qué les ocurrió a Harriet, a Ida y a Richard? —preguntó finalmente—. ¿Cómo los mataron?

—Con veneno.

—¡Una muerte horrible! Pero adecuada.

—¿Por qué lo dice, madame? ¿También Patrick Ive y su esposa murieron envenenados?

—¡No quiero hablar de ellos!

—¿Había en Great Holling una mujer llamada Jennie?

Nancy sofocó una exclamación y se llevó una mano a la garganta.

—Jennie Hobbs. No tengo nada que decir de ella, nada en absoluto. ¡No me haga más preguntas! —Parpadeó para reprimir las lágrimas—. ¿Por qué tiene que ser tan cruel la gente, monsieur Poirot? ¿Usted lo entiende? ¡No, no me conteste! Hablemos de otra cosa, de algo que nos levante el ánimo. ¿Qué le parece si hablamos de arte, puesto que a ambos nos apasiona?

Se puso de pie y se dirigió hacia un gran retrato colgado a la izquierda de la

ventana. Era de un hombre de cabello negro desordenado y boca ancha, con un surco vertical en la barbilla. Estaba sonriendo. Incluso parecía a punto de estallar en carcajadas.

—Es mi padre —dijo Nancy—. Albinus Johnson. Quizá haya oído el nombre.

—Me resulta familiar, pero no consigo situarlo —respondió Poirot.

—Murió hace dos años. Lo vi por última vez cuando yo tenía diecinueve. Ahora tengo cuarenta y dos.

—Mis condolencias.

—Yo no pinté ese retrato. No sé quién lo pintó, ni cuándo. No está firmado, ni fechado. El artista no me merece una gran opinión; sea quien sea, era un aficionado. Pero es mi padre sonriendo, y por eso lo tengo en la pared. Si hubiera sonreído más en la vida real... —Nancy se interrumpió y se volvió para mirar a Poirot—. ¿Lo ve? —dijo—. ¡Saint-John Wallace se equivoca! La misión del arte es reemplazar las historias desgraciadas por invenciones más felices.

Llamaron a la puerta y el agente Stanley Beer volvió a entrar en la habitación. Poirot supo de inmediato lo que iba a decir, por el modo en que lo miraba a él y rehuía la mirada de Nancy.

—He encontrado algo, señor.

—¿Qué es?

—Dos llaves. Estaban en el bolsillo de un abrigo, un abrigo azul oscuro con puños de piel. La doncella me ha dicho que pertenece a la señora Ducane.

—¿Qué llaves son esas? —preguntó Nancy—. Déjeme verlas. Nunca guardo las llaves en los bolsillos de los abrigos. Tengo un cajón para eso.

Beer seguía sin mirarla. En lugar de contestarle, se acercó a Poirot y, cuando estuvo a su lado, abrió el puño que tenía cerrado.

—¿Qué tiene ahí? —dijo Nancy con impaciencia.

—Dos llaves del hotel Bloxham, con números de habitación grabados —respondió Poirot en tono solemne—. El 121 y el 317.

—¿Deberían significar algo para mí esos números? —preguntó Nancy.

—Dos de los tres asesinatos se cometieron en esas habitaciones, madame: la 121 y la 317. El testigo que la vio salir corriendo del hotel Bloxham, la noche de los asesinatos, dijo que se le cayeron a usted dos llaves con números grabados y afirmó que uno de esos números era «el ciento y algo», y el otro, «el trescientos y pico».

—¡Qué coincidencia tan extraordinaria! ¡Oh, monsieur Poirot! —Nancy se echó a reír—. ¿Está usted seguro de ser tan listo como dicen? ¿No ve lo que tiene justo delante de la nariz? ¿Acaso se lo impide ese enorme bigote suyo? ¡Alguien está intentando incriminarme! ¡Casi siento curiosidad por saber quién será! Quizá hasta pueda divertirme tratando de averiguarlo, en cuanto dejemos perfectamente claro que no voy a ingresar en la cárcel.

—¿Quién ha tenido ocasión de poner esas llaves en el bolsillo de su abrigo, entre el jueves pasado y hoy? —le preguntó Poirot.

—¿Cómo voy a saberlo? Puede haberlo hecho cualquiera que se haya cruzado conmigo por la calle. Me pongo mucho ese abrigo azul. Hay algo irracional en todo esto, ¿sabe?

—Explíqueme eso, por favor.

Durante unos instantes, Nancy pareció perderse en sus pensamientos. Después, reaccionó y dijo:

—Cualquiera que aborreciese a Harriet, a Ida y a Richard lo suficiente para matarlos... debería estar bien dispuesto hacia mí. Y sin embargo, ya lo ve: está tratando de incriminarme.

—¿Quiere que la detenga, señor? —le preguntó Stanley Beer a Poirot—. ¿La encerramos?

—¡No sea ridículo! —protestó Nancy—. Digo que alguien está tratando de incriminarme, ¿y usted solo piensa en arrestarme? ¿Qué es usted? ¿Un policía o un loro? Si quiere detener a alguien, entonces detenga a su testigo. ¿No ha pensado que además de ser un mentiroso podría ser un asesino? ¿No lo ha pensado? Deberían cruzar la calle de una vez y pedirle a Saint-John y a Louisa Wallace que les cuenten la verdad. Es la única manera de poner fin a esta absurda situación.

Poirot se levantó de su asiento con cierta dificultad; era un sillón poco adecuado para una persona de su rotundidad y dimensiones.

—Haremos eso *précisément* —dijo, y después, dirigiéndose a Stanley Beer, añadió—: No es necesario detener a nadie en este momento, agente. Madame, no creo que fuera a conservar usted las dos llaves si de verdad hubiera cometido los asesinatos de las habitaciones 121 y 317 del hotel Bloxham. Si fuera la asesina, ¿no habría intentado deshacerse de las llaves?

—Desde luego. Me habría deshecho de ellas a la primera oportunidad, ¿no cree?

—Iré ahora mismo a ver a los señores Wallace.

—De hecho —dijo Nancy—, no son los señores Wallace, sino lord y lady Wallace. A Louisa no le importará si la llama señora, pero Saint-John nunca se lo perdonará si lo priva de su título.

Poco después, Poirot estaba junto a Louisa Wallace, que contemplaba extasiada el retrato pintado por Nancy Ducane, colgado de una de las paredes de su salón.

—¿No le parece perfecto? —suspiró la dueña de casa—. Ni excesivamente halagador, ni despiadado. Con mis mejillas sonrosadas y mi cara redonda, siempre existe el peligro de que me confundan con la mujer de un granjero, pero aquí no tengo ese aspecto en absoluto. No estoy esplendorosa, pero me veo bastante bien. Saint-John utilizó el término «voluptuosa», una palabra que nunca había empleado para referirse a mí, pero que le inspiró este retrato. —Se echó a reír—. ¿No le parece maravilloso que haya personas con tanto talento como Nancy?

A Poirot le estaba costando concentrarse en el retrato. La homóloga de la eficiente y almidonada Tabitha de Nancy Ducane, en casa de Louisa Wallace, era una chica bastante torpe llamada Dorcas, que hasta ese momento había conseguido tirar dos veces el abrigo de Poirot al suelo y pisar una vez su sombrero, que también se le había caído de las manos.

La casa de los Wallace habría podido ser hermosa si hubiese estado mejor cuidada, pero tal como la encontró Poirot ese día, dejaba mucho que desear. Aparte de los muebles más voluminosos y pesados, que mantenían con sensatez la alineación con las paredes, todos los otros objetos de la casa parecían haber sido arrastrados por un viento huracanado, antes de caer de manera aleatoria en los lugares más inoportunos. Poirot no soportaba el desorden. Le impedía pensar con claridad.

Finalmente, la doncella se retiró, tras recoger el abrigo y el sombrero pisoteado de Poirot, y lo dejó a solas con Louisa Wallace. Stanley Beer se había quedado en el domicilio de Nancy Ducane para terminar de registrar las habitaciones y lord Wallace no estaba en casa; al parecer, había salido esa misma mañana para pasar unos días en la residencia de campo de su familia. Al observar en las paredes varios «tíestos con hojas deprimentes», así como «merluzas y bacalaos de ojos vidriosos», como había dicho Nancy, Poirot se preguntó si los cuadros serían obra de Saint-John Wallace.

—Acepte mis disculpas en nombre de Dorcas —dijo Louisa—. Es novata y probablemente la más torpe de las doncellas que hemos tenido la desgracia de padecer, pero yo no me doy por vencida. Hace solo tres días que está con nosotros. Con tiempo y paciencia, aprenderá. ¡Ojalá no se pusiera tan nerviosa! Ahí está su problema. Cuanto más se preocupa pensando que no debe dejar caer el abrigo y el sombrero de un caballero importante, más se le caen. ¡Es exasperante!

—En efecto —convino Poirot—. Lady Wallace, respecto al jueves pasado...

—Ah, sí, de eso estábamos hablando cuando lo traje aquí para enseñarle el retrato. Sí, como le estaba diciendo, Nancy estuvo aquí esa noche.

—¿Desde qué hora hasta qué hora, madame?

—No lo recuerdo exactamente. Sé que habíamos acordado que vendría a las seis para traerme el cuadro y no tengo la impresión de que se retrasara. Me temo que no podría decirle a qué hora se marchó. Si tuviera que mencionar una, diría las diez de la noche o quizá un poco más tarde.

—¿Y estuvo aquí todo el tiempo, desde que llegó hasta que se fue? ¿No salió en ningún momento para regresar al cabo de un rato?

—No. —Louisa Wallace pareció intrigada—. Vino a las seis con el cuadro y estuvo aquí hasta que se marchó. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Puede confirmar que la señora Ducane no salió de aquí antes de las ocho y media?

—¡Cielo santo, claro que sí! Se marchó mucho más tarde. A las ocho y media todavía estábamos sentados a la mesa.

—¿Quiénes?

—Nancy, Saint-John y yo.

—¿Su marido me lo confirmaría, si hablara con él?

—Por supuesto. Espero que no esté insinuando que le estoy mintiendo, monsieur Poirot.

—No, no. *Pas du tout*.

—Bien —dijo Louisa Wallace, como zanjando el asunto, antes de volverse una vez más hacia su retrato en la pared—. El color es su principal talento, ¿no cree? También es cierto que sabe captar la personalidad en un rostro, pero su punto fuerte es el uso del color. ¡Mire cómo cae la luz sobre mi vestido verde!

Poirot comprendió enseguida lo que quería decir su anfitriona. De repente, el verde del vestido parecía más luminoso y, al instante siguiente, se volvía otra vez más profundo. El matiz nunca era el mismo. La luz parecía cambiar con la contemplación del cuadro, gracias al talento de Nancy Ducane. En el cuadro aparecía Louisa Wallace sentada en una silla, con un vestido verde de escote generoso, delante de una mesa de madera sobre la cual destacaba un aguamanil azul con su jofaina. Poirot se puso a recorrer el salón, para examinar el cuadro desde diferentes ángulos y posiciones.

—Insistí en pagarle a Nancy su tarifa habitual para retratos, pero ella se negó —dijo Louisa Wallace—. Soy muy afortunada por tener una amiga tan generosa. Creo que mi marido está un poco celoso, ¿sabe? Por el cuadro, quiero decir. Toda la casa está llena de sus cuadros. ¡Casi no queda un espacio libre en las paredes! Solo teníamos cuadros suyos, hasta que llegó este. Nancy y él tienen una tonta rivalidad artística. Yo lo noto. Los dos son brillantes, cada uno a su manera.

¿De modo que Nancy Ducane le había regalado el retrato a Louisa Wallace?,

pensó Poirot. ¿Sería cierto que no quería nada a cambio, o tal vez se lo había dado para obtener de ella una coartada? Quizá una buena amiga no se habría negado a contar una mentira inofensiva, después de recibir un regalo tan generoso. Poirot se preguntó si sería conveniente revelarle a Louisa Wallace que su visita guardaba relación con un caso de asesinato. Hasta ese momento no se lo había dicho.

Lo distrajo de sus pensamientos la repentina aparición de Dorcas, la doncella, que irrumpió en la habitación con aires de urgencia y ansiedad.

—¡Discúlpeme, señor!

—¿Qué ocurre?

Poirot casi se esperaba que hubiera acudido a decirle que acababa de prender fuego accidentalmente a su sombrero y su abrigo.

—¿Le apetecería una taza de té o de café, señor?

—¿Es eso lo que ha venido a preguntarme?

—Sí, señor.

—¿Y nada más? ¿No ha pasado nada?

—No, señor.

Dorcas parecía perpleja.

—*Bon*. En ese caso, sí, por favor. Tomaré un café. Gracias.

—De nada, señor.

—¿Lo ha visto? —gruñó Louisa Wallace mientras la joven salía de la habitación con sus andares de pato—. ¿Se lo puede creer? ¡Habría jurado que venía a anunciarnos que tenía que marcharse de inmediato, para correr al lado de su madre moribunda! ¡Esta chica es el colmo! Debería despedirla sin más, pero incluso un servicio malo es mejor que ningún servicio en absoluto. Es imposible encontrar una doncella razonable en estos tiempos.

Poirot le dio la razón con un par de gruñidos neutros. No tenía la menor intención de ponerse a analizar los problemas del servicio. Le interesaban mucho más sus ideas, sobre todo las que se le acababan de ocurrir mientras Louisa Wallace se quejaba de Dorcas y él observaba en un cuadro un aguamanil azul.

—Madame, si me permite que le robe un poco más de su tiempo... Esos otros cuadros que tiene aquí en las paredes, ¿son obra de su marido?

—Sí.

—Como muy bien ha dicho usted, él también es un artista excelente. Me haría un gran honor, madame, si accediera a enseñarme el resto de su casa. Me gustaría mucho ver los cuadros de su esposo. ¿Ha dicho que están en todas las paredes?

—Así es. Le ofreceré con mucho gusto un recorrido guiado por la obra pictórica de Saint-John Wallace, ¡y verá que no exagero! —Louisa parecía radiante—. ¡Qué divertido! —exclamó, aplaudiendo—. Ojalá Saint-John estuviera aquí, porque él podría explicarle mucho más que yo acerca de sus cuadros. Pero lo haré lo mejor que pueda. Se sorprendería, monsieur Poirot, si supiera cuánta gente viene a esta casa y ni siquiera se fija en los cuadros, ni pregunta por ellos. Dorcas es un buen ejemplo. Podríamos tener quinientas bayetas de cocina enmarcadas en las paredes y ella no notaría la diferencia. Si le parece, empezaremos por el vestíbulo.

Mientras recorría la casa y su anfitriona le señalaba un sinfín de especies de plantas, arañas y peces, Poirot pensó que tenía suerte de ser un aficionado al arte, porque sus conocimientos le permitían formarse una opinión respecto a la rivalidad entre Saint-John Wallace y Nancy Ducane. Los cuadros de Wallace eran meticulosos y dignos, pero carecían de sentimiento. El talento de Nancy Ducane era muy superior. La artista había logrado captar la esencia de Louisa Wallace e insuflarle auténtica vida en el lienzo. Poirot sintió deseos de contemplar una vez más el retrato antes de marcharse, y no solo para comprobar que no se había equivocado acerca del importante detalle que creía haber descubierto.

Dorcas apareció en el rellano.

—Su café, señor.

Poirot, que estaba dentro del estudio de Saint-John Wallace, salió un momento para coger la taza. La doncella retrocedió bruscamente, como si no esperara que el caballero fuera hacia ella, y derramó la mayor parte de la bebida sobre su blanco delantal.

—¡Oh, cielos! Lo siento, señor. Tengo manos de mantequilla. Le serviré otra taza enseguida.

—No, no, por favor. No es necesario.

Poirot se apoderó de lo que quedaba de su café y se lo bebió de un trago, antes de que terminara de derramarse.

—Este es uno de mis favoritos, creo —dijo Louisa Wallace, aún dentro del estudio, señalando un cuadro que Poirot no veía—: «Dulcamara. *Solanum dulcamara* ». Está fechado el cuatro de agosto del año pasado, ¿lo ve? Fue el regalo de Saint-John por nuestro aniversario de bodas. Treinta años. ¿No le parece precioso?

—¿Está seguro de que no quiere otra taza de café, señor? —preguntó Dorcas.

—El cuatro de... *Sacré tonnerre!* —murmuró Poirot para sus adentros, mientras una sensación de entusiasmo comenzaba a expandirse en su interior. Volvió a entrar en el estudio y contempló la pintura de la dulcamara.

—El señor ya te ha contestado una vez, Dorcas. No quiere más café.

—Por mí no es problema, señora. De verdad que no. Él quería café, pero no había nada en la taza cuando se la di.

—Si no hay nada, uno no ve nada —fue la críptica reflexión de Poirot—. Uno no piensa en nada, no nota nada... Pero notar un «nada» es difícil, incluso para Poirot, hasta que uno ve en otro sitio el «algo» que debería estar en su lugar. —Le cogió una mano a Dorcas y se la besó—. Mi estimada muchacha, ¡lo que usted me ha traído es mucho más valioso que el café!

—¡Oh! —Dorcas inclinó la cabeza y se quedó mirando fijamente a Poirot—. Se le han puesto los ojos muy raros, señor. Raros y verdes.

—¿Qué ha querido decir, monsieur Poirot? —preguntó Louisa Wallace—. Dorcas, ¡ve a buscar algo útil que hacer!

—Sí, señora.

La criada se marchó apresuradamente.

—Tengo una deuda con Dorcas y también con usted, madame —dijo Poirot—. Cuando he llegado hace tan solo... ¿cuánto?, ¿media hora?, no lograba ver nada con claridad. No veía más que confusión y enigmas. Pero ahora las piezas comienzan a encajar... Y es importante que pueda seguir pensando sin interrupciones.

—Oh. —Louisa pareció decepcionada—. Bueno, si tiene que marcharse enseguida...

—No, no. Me ha interpretado mal. *Pardon*, madame. La culpa ha sido mía; no me he expresado con claridad. Antes tenemos que terminar el recorrido de la obra pictórica de su marido, por supuesto. ¡Todavía queda tanto por explorar! Después me marcharé y me entregaré a mis reflexiones.

—¿Está seguro? —Louisa lo miró con algo semejante a la alarma—. Bien, de acuerdo, si usted no lo encuentra demasiado aburrido.

Reanudó entonces su entusiasta descripción de los cuadros, mientras pasaban de una estancia a otra de la mansión.

En uno de los dormitorios de invitados, la última de las habitaciones que visitaron en la planta alta, había un aguamanil de porcelana blanca, adornado con un escudo de armas rojo, verde y blanco. También había una mesa de madera y una silla, que Poirot reconoció como las mismas que aparecían en el retrato de Louisa.

Se volvió hacia ella y le dijo:

—*Pardon*, madame. ¿Dónde está el aguamanil azul del retrato?

—El aguamanil azul... —repitió Louisa, con aparente desconcierto.

—Fue en esta habitación donde posó para el cuadro de Nancy Ducane, *n'est-ce pas?*

—Sí, así es. Pero... ¡aguarde un minuto! ¡Este aguamanil debería estar en el otro dormitorio de invitados!

—Y sin embargo, no está allí, sino aquí.

—Así es. Entonces... ¿dónde está el azul?

—No lo sé, madame.

—Estará en otro dormitorio. En el mío, quizá. Dorcas debe de haberlo cambiado de sitio.

Salió de la habitación a paso rápido, para ir en busca del objeto perdido. Poirot la siguió.

—No hay ningún otro aguamanil en ninguno de los dormitorios —comentó él.

Tras una minuciosa inspección, Louisa Wallace exclamó indignada:

—¡Esa chiquilla inútil! Le diré qué ha pasado, monsieur Poirot. Dorcas ha roto el aguamanil azul y me lo oculta por miedo a mi enfado. Ahora iremos y se lo preguntaremos. Lo negará, por supuesto, pero es la única explicación posible. Los jarros no desaparecen, ni tampoco se mueven solos de una habitación a otra.

—¿Cuándo lo vio por última vez, madame?

—No lo sé. Hace tiempo que no le presto atención. Casi nunca entro en los dormitorios de invitados.

—¿Es posible que Nancy Ducane se lo llevase el jueves por la noche, cuando se fue?

—No. ¿Por qué iba a llevárselo? ¡Qué tontería! La acompañé a la puerta para despedirla y puedo asegurarle que no llevaba nada en la mano, excepto las llaves de su casa. Además, Nancy no es ninguna ladrona. Dorcas, por otra parte... ¡Eso sí que es posible! Si no ha roto el aguamanil azul, lo ha robado, estoy segura. Pero ¿cómo voy a demostrarlo? Lo más probable es que ella lo niegue.

—Hágame un favor, madame. No acuse a Dorcas de haberle robado, ni de ninguna otra cosa. No creo que sea culpable.

—Bueno, entonces ¿dónde está mi aguamanil?

—Tendré que pensarlo —dijo Poirot—. Dentro de un momento me marcharé y dejaré de molestarla, pero antes me gustaría echar un último vistazo a ese excelente retrato que le ha hecho Nancy Ducane. ¿Me lo permite?

—Sí, claro, con mucho gusto.

Louisa Wallace y Hércules Poirot volvieron al salón y se situaron delante del cuadro.

—Maldita chiquilla —masculló Louisa—. Ahora cuando miro el cuadro solo puedo ver el aguamanil azul.

—*Oui*. Destaca, ¿verdad?

—Antes tenía ese jarro azul en casa y ahora no lo tengo. Lo único que puedo hacer es mirar un cuadro y preguntarme dónde estará. ¡Cielo santo! ¡Qué difícil ha resultado este día!

Blanche Unsworth, como era su costumbre, le preguntó a Poirot en cuanto volvió a casa si necesitaba algo que ella pudiera darle.

—Sí, en efecto —respondió él—. Necesito papel y lápices para dibujar. Lápices de colores.

Blanche se quedó boquiabierta.

—Puedo traerle papel, pero lápices de colores no creo que tenga, a menos que esté usted interesado en el color de la mina corriente.

—¡Gris! El mejor de los colores.

—¿Me está tomando el pelo, señor Poirot? ¿Gris?

—*Oui*. —Poirot se golpeó la sien con la punta de un dedo—. El color de la materia gris.

—Oh, no. A mí siempre me parecerá mejor un tono lila o un rosa suave.

—Los colores no importan: un vestido verde, un aguamanil azul, otro blanco...

—No entiendo muy bien lo que quiere decir, señor Poirot.

—No hace falta que me entienda, señora Unsworth. Tráigame simplemente uno de sus lápices corrientes y una hoja. ¡Rápido! Y también un sobre. Hoy he pasado mucho tiempo hablando de arte. ¡Ahora Hércules Poirot intentará componer su propia obra maestra!

Veinte minutos después, sentado delante de una de las mesas del comedor,

Poirot volvió a llamar a Blanche Unsworth. Cuando ella acudió, le entregó el sobre, que previamente había cerrado y sellado.

—Por favor, llame por teléfono a Scotland Yard de mi parte —dijo Poirot—. Pida que envíen a alguien para recoger esto y entregarlo sin demora al agente Stanley Beer. He escrito su nombre en el sobre. Diga que es por algo importante, relacionado con los asesinatos del hotel Bloxham.

—Creía que estaba haciendo un dibujo —dijo Blanche.

—Mi dibujo está dentro del sobre, acompañado de una carta.

—Ah, bueno. ¿Me dejará verlo?

Poirot sonrió.

—No es necesario que lo vea, madame, a menos que trabaje usted para Scotland Yard, y tengo entendido que no es así.

—Oh. —Blanche Unsworth pareció contrariada—. Bueno, entonces voy a hacer esa llamada suya.

—*Merci*, madame.

Cuando volvió, cinco minutos después, se tapaba la boca con una mano y tenía la cara enrojecida.

—¡Cielo santo, señor Poirot! —exclamó—. ¡Hay una mala noticia para todos nosotros! ¡No entiendo qué está pasando con la gente, de verdad le digo que no lo entiendo!

—¿Cuál es la noticia?

—He llamado a Scotland Yard, como usted me ha pedido, y me han dicho que enviarían a alguien para recoger su sobre. Después, el teléfono ha vuelto a sonar, justo cuando acababa de colgar. ¡Oh, señor Poirot, es terrible!

—Tranquílcese, madame, y dígame por favor qué ha ocurrido.

—¡Ha habido otro asesinato en el Bloxham! ¡No sé qué está pasando con esos hoteles de lujo, de verdad le digo que no lo sé!

Capítulo 14

La mente en el espejo

Cuando llegué a Londres, fui directamente al Pleasant, pensando que quizá encontraría allí a Poirot; pero la única cara familiar que vi en el café fue la de la camarera «del pelo eléctrico», como la llamaba Poirot. Siempre me había parecido una persona muy tonificante; de hecho, su presencia era una de las razones por las que frecuentaba el Pleasant. ¿Cómo se llamaba? Poirot me había dicho su nombre. ¡Ah, sí! Fee Spring, aunque en realidad su nombre de pila era Euphemia.

Me gustaba ante todo por su reconfortante costumbre de decir siempre lo mismo. Había dos cosas que repetía cada vez que me veía y que también dijo en esa ocasión, en cuanto me vio. La primera era un comentario acerca de su vieja ambición de cambiar el nombre del Pleasant, para que dejara de ser un «café» y se convirtiera en un «salón de té», reafirmando así de una vez por todas los méritos relativos de las dos bebidas. La segunda era:

—¿Cómo va todo en Scotland Yard? Me encantaría trabajar allí, pero ¡jojo!, solo si me dejan ser la jefa.

—Oh, estoy seguro de que en poco tiempo la pondrían a usted al frente de todo el personal —respondí—, como también estoy seguro de que algún día llegaré aquí y encontraré el cartel de «salón de té» colgado sobre la puerta.

—No crea. Es lo único que no me dejan cambiar. Al señor Poirot no le gustaría, ¿no cree?

—Se horrorizaría.

—No se lo cuente. Ni a él, ni a nadie.

La intención de Fee de cambiar el nombre de su lugar de trabajo era algo que, según ella, solo me había contado a mí.

—No lo haré —le aseguré—. Le diré lo que haremos: venga a trabajar conmigo resolviendo crímenes y yo le pediré a mi jefe que cambie nuestro nombre por el de «Salón de Té Scotland Yard». De hecho, bebemos mucho té, por lo que no sería del todo inapropiado.

—Buf. —Fee no pareció impresionada—. Me han dicho que las mujeres policía tienen que abandonar el cuerpo si se casan. Pero no me importa. Prefiero resolver crímenes con usted antes que tener que ocuparme de un marido.

—¡Decidido, entonces!

—Así que ya sabe: no me proponga matrimonio.

—Ni siquiera se me habría pasado por la mente.

—¡Vaya! ¡Muchas gracias!

Para salir del aprieto, le aseguré:

—No pienso proponerle matrimonio a nadie, pero si alguna vez mis padres me obligan a punta de pistola, entonces se lo propondré a usted, antes que a cualquier otra chica, ¿le parece bien?

—Mejor a mí que a cualquier romántica soñadora. Se llevaría una decepción.

Como no quería hablar de romanticismo, le dije:

—Y hablando de nuestra sociedad para resolver crímenes... ¿No estará usted esperando a Poirot? Pensaba que lo encontraría aquí sentado, aguardando la reaparición de Jennie Hobbs.

—Jennie Hobbs, ¿eh? Veo que ha averiguado el apellido. El señor Poirot se alegrará de saber por quién se ha estado preocupando durante todo este tiempo. Quizá ahora deje de atormentarme. Cada vez que me vuelvo, me lo encuentro a él, dispuesto a hacerme otra vez todas las preguntas acerca de Jennie que ya me ha hecho. En cambio yo nunca le pregunto a él dónde está usted... ¡nunca!

Esa última frase me pareció desconcertante.

—¿Por qué iba a preguntárselo? —dije.

—Ni tengo por qué preguntárselo, ni se lo pregunto nunca. Hay que tener cuidado con las preguntas que uno hace a la gente que pregunta demasiado. ¿Ha averiguado algo más acerca de Jennie?

—Nada que pueda contarle, lamentablemente.

—Entonces ¿qué le parece si yo le cuento algo a usted? El señor Poirot lo querrá saber.

Fee me empujó hacia una de las mesas libres y, cuando estuvimos sentados, me dijo:

—El jueves pasado, la noche que Jennie estuvo aquí, cuando parecía tan agitada y confusa, yo noté algo, pero después se me fue de la cabeza, como ya le dije al señor Poirot. Pues bien, ahora lo he recordado. Estaba oscuro y yo no había cerrado las cortinas. Nunca las cierro. Me gusta que la luz del local ilumine la calle; además, si los clientes ven la sala iluminada, es más probable que entren.

—Sobre todo si la ven a usted aquí dentro —le dije en broma.

Ella me miró sorprendida.

—Exactamente —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Después de cerrar la puerta, como yo le había pedido, Jennie fue directamente a la ventana y se puso a mirar hacia afuera. Se comportaba como si alguien en la calle la estuviera persiguiendo, pero solo podía verse a sí misma en el cristal, al resto de la sala y a mí... a mi reflejo, quiero decir. Yo la veía a ella. Por eso la reconocí. Si le pregunta al señor Poirot, él se lo dirá. Antes de que ella se volviera, le dije: «¡Ah, pero si eres tú!». La ventana era como un espejo, ¿entiende?, porque aquí dentro había mucha luz y la calle estaba a oscuras. Ahora usted me dirá que quizá ella estuviera tratando de ver la calle, sin conseguirlo, pero yo sé que no era así.

—Explíquese.

—No estaba mirando la calle, para ver si alguien la perseguía. Me estaba mirando a mí, del mismo modo que yo la miraba a ella. Yo veía el reflejo de sus ojos, y ella veía el reflejo de los míos... como en un espejo, ¿comprende?

Asentí.

—Siempre que vemos el reflejo de alguien en un espejo, la otra persona también nos ve a nosotros.

—Así es. Y Jennie me estaba mirando a mí, se lo juro. Estaba esperando que yo dijera algo acerca de su entrada repentina. Le parecerá gracioso, señor Catchpool, pero fue como si pudiera ver algo más que sus ojos. Le vi la mente, por muy fantasioso que pueda parecerle. Le juro que estaba esperando que yo me encargara de todo.

—Es lo que estaría esperando cualquiera con un mínimo de cordura —le dije yo con una sonrisa.

Fee hizo chasquear la lengua, denotando cierta irritación.

—No sé cómo pude olvidarlo —continuó—. Me daría yo misma una buena colleja por no haber sido capaz de recordarlo hasta ahora. Le juro que no son imaginaciones mías. Su reflejo me estaba mirando directamente a los ojos, como si... —Frunció el ceño—. Como si el peligro fuera yo y no alguien que viniera de la calle. Pero ¿por qué iba a mirarme de ese modo? ¿Le encuentra usted algún sentido? Yo no.

Tras atender mis asuntos en Scotland Yard, volví a la casa de huéspedes, donde encontré a Poirot a punto de salir. Estaba delante de la puerta principal, con el sombrero y el abrigo puestos, la cara arrebolada y aspecto de gran agitación, como si le costara estar quieto, aunque ese no era un problema que normalmente lo afligiera. Blanche Unsworth, contra toda su

costumbre, no demostró el menor interés por mi llegada y siguió quejándose en voz alta de la imperdonable demora de un coche. Ella también tenía la cara enrojecida.

—Tenemos que salir inmediatamente hacia el hotel Bloxham, Catchpool —dijo Poirot, arreglándose el bigote con los dedos enguantados—. ¡En cuanto llegue el coche!

—Debería haber llegado hace diez minutos —intervino Blanche—. Supongo que la ventaja de que se haya retrasado es que ahora podrá llevar también al señor Catchpool.

—¿Cuál es la emergencia? —pregunté.

—Ha habido otro asesinato —dijo Poirot—. En el hotel Bloxham.

—¡Vaya!

Durante unos segundos, el pánico más abyecto me recorrió las venas. No acababa nunca. *Arreglar a los muertos*. Uno, dos, tres, cuatro...

Ocho manos inertes, con las palmas hacia abajo...

«*Cógele la mano, Edward ...*».

—¿Es Jennie Hobbs? —le pregunté a Poirot, con la sangre palpitándome en los oídos.

Debí escucharlo cuando me advirtió del peligro. ¿Por qué no lo habría tomado en serio?

—No lo sé. ¡Ah, veo que usted también sabe su apellido! El señor Lazzari lo denunció por teléfono y hasta ahora no he podido hablar con él. *Bon*, ¡por fin llega el coche!

Cuando me disponía a montar en el vehículo, sentí que me retenían. Era Blanche Unsworth, que me tiraba de la manga del abrigo.

—¡Tenga cuidado en ese hotel, señor Catchpool! ¡No podría soportar que sufriera usted algún daño!

—Tendré cuidado, no se preocupe.

Su cara se contrajo en una mueca de indignada ferocidad.

—No debería ir usted a ese sitio, si quiere que le sea sincera. ¿Qué estaba haciendo ahí ese tipo, el que acabó asesinado? ¿No sabía que habían matado a tres personas en el Bloxham, solamente en la última semana? ¿Por qué no fue a alojarse a otro hotel, si no quería que le pasara lo mismo? Si hubiera prestado atención al peligro, ahora usted no tendría que tomarse toda esta molestia.

—Se lo diré a su cadáver y lo reprenderé con la mayor severidad.

Me dije que si sonreía y decía lo correcto en cada momento, quizá pronto me sentiría mejor.

—Dígaselo también a los otros clientes del hotel, ya que está —me aconsejó Blanche—. Y dígales también que tengo dos habitaciones libres. Quizá mi casa no sea tan elegante como el Bloxham, pero al menos mis huéspedes están vivos cuando se despiertan por la mañana.

—Por favor, Catchpool, dese prisa —me apremió Poirot desde el coche.

Precipitadamente, le entregué mis maletas a Blanche y obedecí.

Cuando estuvimos de camino, Poirot me dijo:

—Tenía la esperanza de prevenir un cuarto asesinato, *mon ami*. He fracasado.

—Yo no lo vería de ese modo —repliqué.

—*Non?*

—Usted hizo lo que pudo. El hecho de que el asesino lograra su propósito no significa que usted haya fracasado.

Poirot me miró con profundo desdén.

—Si esa es su opinión, entonces debe de ser usted el policía favorito de todos los asesinos. ¡Por supuesto que he fracasado! —Levantó una mano para impedir que yo lo contradijera—. No, no diga más tonterías, se lo ruego. Hábleme mejor de su estancia en Great Holling. ¿Qué descubrió, aparte del apellido de Jennie?

Empecé a relatarle mi viaje, sintiendo que recuperaba la calma a medida que avanzaba. Traté sobre todo de no omitir ningún detalle que un tipo minucioso como Poirot pudiera considerar relevante. Mientras hablaba, noté algo muy extraño: sus ojos se iban volviendo cada vez más verdes. Era como si alguien los iluminara desde dentro con linternas, para que brillaran con más fuerza.

Cuando terminé, dijo:

—De modo que Jennie limpiaba la habitación de Patrick Ive en el Saviour College de la Universidad de Cambridge... Muy interesante.

—¿Por qué?

En lugar de responderme, me hizo otra pregunta.

—Después de su primera visita a la casa de Margaret Ernst, ¿no se quedó usted aguardando un momento, para seguirla si ella salía?

—¿Seguirla? No. No tenía ningún motivo para pensar que fuera a salir. Por lo que he visto, se pasa todo el tiempo sentada junto a la ventana, vigilando la tumba de los Ive.

—Tenía usted todos los motivos para pensar que iba a salir, o que alguien acudiría a visitarla —replicó Poirot con expresión severa—. ¡Piense un poco, Catchpool! Se negó a hablarle de Patrick y de Frances Ive el día de su primera visita, *n'est-ce pas?* «Vuelva mañana», le dijo. Cuando usted volvió, le contó toda la historia. ¿No pensó ni por un segundo que la razón de ese aplazamiento podía ser que ella quisiera consultar con otra persona?

—No, no lo pensé. Al contrario. Margaret Ernst me pareció una mujer sumamente reflexiva, que no se precipita cuando es preciso tomar decisiones importantes, una persona con ideas propias, que no suele pedir consejo a nadie. Por eso no sospeché nada.

—En cambio yo sí sospecho —dijo Poirot—. Sospecho que Margaret Ernst quería consultar con el doctor Ambrose Flowerday lo que debía decirle a usted.

—Bueno, si realmente habló con alguien, solo ha podido ser con él —admití—. Mencionó su nombre infinidad de veces a lo largo de la conversación. Es evidente que lo admira.

—Sin embargo, usted no fue a buscar al doctor Flowerday. —Poirot resopló con impaciencia—. Ya lo sé. Su sentido del honor le impidió quebrantar la promesa de silencio. ¿Y ha sido por decoro inglés que ha utilizado ahora el verbo «admirar»? No, amigo mío. Margaret Ernst está enamorada de Ambrose Flowerday. Es algo que se desprende claramente de lo que usted me acaba de contar. ¿Ha dicho que esa mujer rebosa de apasionada emoción cada vez que menciona al vicario y a su esposa, a quienes ella no conoció? ¡No! Quien enciende la pasión de Margaret Ernst es el doctor Flowerday. Ella se emociona con los sentimientos de él respecto al reverendo Ive y su esposa, trágicamente fallecidos. Los dos eran buenos amigos del doctor. ¿Lo ve, Catchpool?

Respondí con una evasiva. A mi juicio, lo que encendía la pasión de Margaret Ernst eran los principios en juego y la injusticia cometida contra los Ive, pero sabía que habría sido una tontería decirlo. Si hubiera expresado mi opinión, Poirot me habría endilgado un discurso sobre mi incapacidad para reconocer los sentimientos amorosos. Para darle algo más en que pensar, aparte de mis innumerables errores y deficiencias, le hablé de mi visita al Pleasant y le conté lo que me había dicho Fee Spring.

—¿Qué cree que puede significar? —pregunté, mientras el coche daba un salto al pasar por encima de algo voluminoso que debió de encontrar en el pavimento.

Una vez más, Poirot hizo como si no hubiera oído mi pregunta, y me preguntó a su vez si le había contado todo.

—Todo lo sucedido en Great Holling, sí. Aparte de eso, la única novedad es el resultado de la autopsia, que hoy estaba listo. Las tres víctimas fueron envenenadas. Con cianuro, como pensábamos. Pero hay algo extraño: no se encontraron restos de comida reciente en sus estómagos. Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus llevaban varias horas sin comer cuando fueron asesinados. Eso significa que no sabemos adónde fueron a parar las pastas y los sándwiches del té.

—¡Ah! Un misterio resuelto.

—¿Resuelto? Yo diría que es un nuevo misterio por resolver. ¿Me equivoco?

—Ay, Catchpool —dijo Poirot, tristemente—. Si le diera la respuesta, si me apiadara de usted y se la diera, entonces usted no desarrollaría la capacidad de pensar por sí mismo, ¡y sin embargo, debe desarrollarla! Tengo un buen amigo del que nunca le he hablado. Se llama Hastings. Con frecuencia lo animo a ejercitar su materia gris, aunque sé que su mente nunca será rival para la mía.

Pensé que su comentario era un preámbulo para hacerme un cumplido («En cambio usted...»), pero en lugar de eso, dijo:

—Tampoco la suya, Catchpool. No es que le falte inteligencia, ni sensibilidad, ni siquiera originalidad. Es un problema de confianza en sus capacidades. En lugar de buscar la respuesta, usted mira a su alrededor para ver si hay alguien que pueda dársela. *Eh bien*, ¡encuentra a Hércules Poirot! Pero Poirot no solo es un experto en resolver enigmas, *mon ami*. También es un guía, un maestro. Y Poirot quiere que usted aprenda a pensar con sus propias neuronas, como hace él, y como hace también esa mujer que usted describe, Margaret Ernst, que no confía en la Biblia, sino en su propio juicio.

—Sí. Me pareció bastante arrogante su actitud —dijo con cierto énfasis.

Me habría gustado extenderme un poco más sobre el tema de la arrogancia, pero habíamos llegado al hotel Bloxham.

Capítulo 15

El cuarto gemelo

En el vestíbulo del Bloxham, estuvimos a punto de chocar con Henry Negus, el hermano de Richard. Llevaba un maletín en una mano y, en la otra, una maleta enorme, que apoyó en el suelo para hablar con nosotros.

—¡Ojalá fuera más joven y fuerte! —dijo, casi sin aliento—. ¿Cómo avanza la investigación, si me permiten la pregunta?

Por su expresión y su tono de voz, deduje que no estaba al tanto de que se había cometido un cuarto asesinato. No dije nada, intrigado por ver lo que haría Poirot.

—Confiamos en nuestro éxito —dijo Poirot con deliberada vaguedad—. ¿Ha pasado aquí la noche, monsieur?

—¿La noche? ¡Ah, lo dice por la maleta! No; me alojé en el Langham. No habría podido pasar la noche aquí, aunque el señor Lazzari tuvo la amabilidad de ofrecérmelo. He venido a recoger las pertenencias de Richard.

Henry Negus inclinó la cabeza hacia la maleta, pero mantuvo la vista apartada, como si prefiriera no verla. Yo me fijé en la tarjeta de cartón atada al asa: «R. Negus».

—Bueno, será mejor que me dé prisa —dijo Negus—. Por favor, manténganme informado.

—Así lo haremos —dije yo—. Adiós, señor Negus. Siento muchísimo lo de su hermano.

—Gracias, señor Catchpool. Monsieur Poirot.

Negus parecía incómodo, quizá incluso molesto. Creí comprender sus motivos: ante la tragedia, había decidido ser eficiente, y no quería que nadie le recordara su tristeza, mientras intentaba concentrarse en los aspectos prácticos de su duelo.

Mientras él se dirigía a la calle, vi que Luca Lazzari venía apresuradamente a nuestro encuentro, mesándose los cabellos. Una pátina de sudor le cubría la cara.

—¡Ah, monsieur Poirot, señor Catchpool! ¡Por fin! ¿Se han enterado de la catastrófica noticia? ¡Días desgraciados en el hotel Bloxham! ¡Días infaustos!

¿Era mi imaginación o se había arreglado el bigote a imagen y semejanza del

de Poirot? Si estaba en lo cierto, no era una buena imitación la suya. Me pareció fascinante que un cuarto asesinato en el hotel hubiera producido en él un estado de ánimo tan sumamente lóbrego. Cuando eran solo tres los huéspedes asesinados, su humor continuaba siendo excelente. Se me ocurrió una idea: quizá esta vez la víctima no fuera un huésped, sino un empleado del hotel. Le pregunté quién había sido asesinado.

—No sé quién es la muerta, ni dónde está —respondió Lazzari—. Vengan conmigo y véanlo con sus propios ojos.

—¿No sabe dónde está? —preguntó Poirot, mientras seguíamos al gerente del hotel hacia el ascensor—. ¿Qué quiere decir? ¿No está aquí, en el hotel?

—En el hotel sí, pero ¿dónde? ¡Podría estar en cualquier parte! —gimió Lazzari.

Rafal Bobak nos saludó con una inclinación de la cabeza, mientras venía hacia nosotros empujando un carro lleno de sábanas con aspecto de necesitar un lavado.

—Monsieur Poirot —dijo, al tiempo que detenía el carro a nuestro lado—, he estado repasando mentalmente todo lo sucedido en la habitación 317 la noche de los asesinatos, para ver si conseguía recordar algo más.

—*Oui?*

Poirot pareció esperanzado.

—No he podido recordar nada más, señor. Lo siento.

—No se preocupe. Gracias por intentarlo, señor Bobak.

—Miren —dijo Lazzari—. Aquí viene el ascensor, ¡y me da miedo entrar! ¡En mi propio hotel! Ya no sé lo que voy a encontrarme. Tengo miedo de doblar una esquina, de abrir una puerta... Me dan miedo las sombras de los pasillos, el crujido de las tablas del suelo...

Mientras subía el ascensor, Poirot intentó tranquilizar al consternado gerente, pero todo fue inútil. Lazzari parecía incapaz de hilvanar más de siete palabras seguidas:

—La señorita Jennie Hobbs reservó la habitación... ¿Qué? Sí, rubia... Pero ¿adónde se fue después...? Sí, sombrero marrón... ¡La hemos perdido...! Llegó sin maletas... Yo mismo la vi, sí... ¡Llegué demasiado tarde a la habitación...! ¿Qué? Sí, un abrigo. De color marrón claro, sí...

En el cuarto piso, seguimos a Lazzari, que avanzó a paso rápido por el pasillo delante de nosotros.

—Harriet Sippel estaba en el primer piso, ¿recuerda? —le dije a Poirot—. Richard Negus, en el segundo, e Ida Gransbury, en el tercero. Me pregunto si

significará algo.

Cuando le dimos alcance, Lazzari ya había usado la llave para abrir la puerta de la habitación 402.

—Caballeros, están a punto de ver la escena de fealdad más anómala que pueda producirse dentro del hermoso hotel Bloxham. Prepárense, por favor.

Después de esa advertencia, empujó la puerta, que fue a golpearse contra la pared, dentro de la habitación.

—Pero... ¿dónde está el cadáver? —pregunté.

No estaba en la habitación, tendido en el suelo como los demás. Me invadió una inmensa sensación de alivio.

—Nadie lo sabe, Catchpool.

La voz de Poirot era serena, pero con un punto de irritación. O quizá fuera miedo.

Entre un sillón y una mesa baja, en el lugar exacto del suelo donde habían sido hallados los cuerpos en las habitaciones 121, 238 y 317, había un charco de sangre, con una mancha alargada a un costado, como si alguien hubiera arrastrado algo por encima. ¿El cadáver de Jennie Hobbs? Un brazo, quizá, por el rastro que había dejado. Pequeñas líneas interrumpían la mancha roja, que tal vez fueran marcas de dedos...

Desvié la cara, repugnado por el espectáculo.

—Mire, Poirot.

En una esquina de la habitación había un sombrero marrón oscuro, volteado. Distinguí algo en su interior, un objeto pequeño y metálico. ¿No sería...?

—El sombrero de Jennie —dijo Poirot, con voz temblorosa—. Mis peores temores se han hecho realidad, Catchpool. Y dentro del sombrero... —Se acercó muy lentamente—. Sí, lo que pensaba: un gemelo. El cuarto gemelo, también con el monograma P. I. J.

Noté que le temblaba el bigote y solo pude imaginar la indignación que estaría disimulando.

—¡Poirot ha sido un tonto! —exclamó—, ¡un idiota despreciable, por permitir que esto haya sucedido!

—Poirot, nadie soñaría con acusarlo a usted de... —empecé a decirle.

—*Non!* ¡No intente consolarme! ¡Usted siempre desvía la mirada del dolor y el sufrimiento, pero yo no soy como usted, Catchpool! ¡Yo no puedo consentir tanta... cobardía! ¡Tengo que lamentarlo y arrepentirme, y usted no puede

impedirlo! ¡Es necesario!

Me quedé inmóvil como una estatua. Poirot había querido silenciarme y lo había conseguido.

—¡Catchpool! —me llamó con brusquedad, como si pensara que mi atención podía haberse apartado del asunto que nos ocupaba—. Mire las marcas que ha dejado aquí la sangre. El cuerpo ha sido arrastrado a través del charco para dejar este... rastro. ¿Está de acuerdo? —me preguntó.

—Bueno... Sí, yo diría que sí.

—Observe la dirección del movimiento: no se acerca a la ventana, sino que se aleja.

—¿Y eso qué puede significar? —pregunté.

—Puesto que el cuerpo de Jennie no está aquí, alguien tiene que haberlo sacado de la habitación. El rastro de sangre no se dirige hacia la ventana, sino hacia el pasillo, por lo tanto...

Poirot me miró expectante.

—¿Por lo tanto? —repetí yo, sin acabar de entender. Después, cuando me pareció verlo con más claridad, añadí—: ¡Ah, ya sé lo que quiere decir! Las marcas son las que dejó el asesino cuando arrastró el cuerpo de Jennie Hobbs desde el charco de sangre hasta la puerta. ¿Es eso?

—*Non*. Mire el ancho de la puerta, Catchpool. Mírelo bien: la puerta es ancha. ¿Qué le dice eso?

—No mucho —contesté yo, tras decidir que lo mejor era decir francamente lo que pensaba—. No creo que un asesino preocupado por llevarse el cuerpo de su víctima de la habitación de un hotel le dé mucha importancia al ancho de una puerta.

Poirot hizo un gesto de decepción, mascullando algo entre dientes.

Se volvió hacia Lazzari:

—Signor, díganos por favor todo lo que sabe, desde el principio.

—Por supuesto, desde luego. —Lazzari carraspeó un momento, preparándose para hablar—. Una mujer llamada Jennie Hobbs pidió una habitación. Entró en el hotel como si le hubiera ocurrido una calamidad, monsieur Poirot, y lanzó el dinero sobre el mostrador. ¡Pidió una habitación como si la viniera persiguiendo un demonio! Yo mismo se la enseñé y después me fui, para pensar con calma en lo que debía hacer. ¿Debía informar a la policía de que una persona llamada Jennie había llegado al hotel? Usted me había preguntado por ese nombre concreto, monsieur Poirot, pero en Londres debe de haber muchas mujeres llamadas Jennie y seguramente más de una de esas

Jennies se sentirá muy desgraciada, por algún motivo que no guarde ninguna relación con un caso de asesinato. ¿Cómo iba a saber yo si...?

—Por favor, signor, vaya al grano —lo interrumpió Poirot—. ¿Qué hizo usted entonces?

—Esperé alrededor de treinta minutos y luego subí aquí, al cuarto piso, y llamé a la puerta. ¡No hubo respuesta! Acto seguido bajé otra vez a la recepción, a buscar una llave.

Mientras Lazzari hablaba, yo me acerqué a la ventana y me puse a mirar hacia afuera. Cualquier cosa era preferible antes que ver la sangre, el sombrero y ese condenado gemelo con el monograma. La habitación 402, lo mismo que la de Richard Negus, la 238, daba a los jardines del hotel. Me puse a contemplar las hileras de tilos trenzados, pero al cabo de un momento tuve que desviar la vista, porque también los árboles me parecieron siniestros: una fila de objetos inanimados, fusionados entre sí por el arte del jardinero y obligados a darse la mano durante demasiado tiempo.

Iba a volverme otra vez hacia Poirot y Lazzari, cuando divisé a dos personas en el jardín, bajo la ventana. Estaban al lado de una carretilla marrón. Solo les veía las coronillas. Eran un hombre y una mujer, y estaban abrazados. La mujer pareció trastabillar y encorvarse, con la cabeza inclinada hacia un lado. Su compañero la estrechó aún más contra su cuerpo. Yo retrocedí un paso, pero no con suficiente rapidez, porque el hombre ya había levantado la cabeza y me había visto. Era Thomas Brignell, el ayudante de recepción. Al instante, se le puso la cara roja como un tomate. Me eché un poco más hacia atrás y dejé de ver los jardines. «Pobre Brignell», pensé. Conociendo su timidez y su renuencia a hablar en público, podía imaginar su turbación al ser descubierto en pleno encuentro amoroso.

Mientras tanto, Lazzari proseguía con su explicación:

—Cuando regresé con la llave maestra, volví a llamar a la puerta, para asegurarme de no perturbar la intimidad de la joven señora, pero tampoco esa vez me abrió. Entonces abrí yo... ¡y esto fue lo que me encontré!

—¿Jennie Hobbs pidió específicamente una habitación en el cuarto piso? —pregunté.

—No. La atendí yo, porque mi querido y fiel recepcionista John Goode estaba ocupado haciendo otra cosa. Por eso recuerdo que me dijo: «¡Deme una habitación, rápido! ¡Dese prisa, se lo ruego!».

—¿Apareció en la recepción alguna nota que anunciara un cuarto asesinato? —preguntó Poirot.

—No. Esta vez no ha habido ninguna nota —contestó Lazzari.

—¿Sabe si se hizo desde aquí algún pedido al servicio de habitaciones? ¿Algo de comer o de beber?

—No, nada.

—¿Ha preguntado a todos los empleados del hotel?

—A todos, sí, monsieur Poirot, y hemos mirado en todas partes.

—Signor, hace un momento, se refirió usted a Jennie Hobbs diciendo que era una «joven señora». ¿Qué edad tendría?

—He dicho «joven», sí, pero no era precisamente joven. Aunque tampoco era vieja.

—¿Tendría quizá... treinta años? —preguntó Poirot.

—Creo que debía de estar más cerca de los cuarenta, pero no es fácil calcular la edad de una mujer.

Poirot asintió.

—Sombrero marrón y abrigo marrón claro. Cabello rubio. Pánico, agitación y una edad en torno a los cuarenta años. La Jennie Hobbs que usted describe se parece mucho a la que yo encontré el jueves pasado en el café Pleasant. Pero ¿podemos decir con certeza que las dos son la misma persona? Dos observaciones realizadas por dos personas diferentes...

De repente, guardó silencio, pero su boca se siguió moviendo.

—¿Poirot? —dije.

Pero él solo tenía ojos para Lazzari, unos ojos que en ese momento eran de un verde intenso.

—Signor, debo hablar una vez más con ese camarero suyo tan observador, el señor Rafal Bobak. Y también con Thomas Brignell y John Goode. De hecho, debo hablar con todos y cada uno de los empleados de este hotel, lo antes posible, y preguntar cuántas veces vio cada uno a Harriet Sippel, Richard Negus e Ida Gransbury, vivos o muertos.

Era evidente que había comprendido algo importante. Nada más llegar a esa conclusión, yo mismo me sorprendí sofocando una exclamación, porque yo también acababa de caer en la cuenta de algo.

—Poirot... —murmuré.

—¿Qué pasa, amigo mío? ¿Ha logrado que encajen algunas de las piezas del rompecabezas? Poirot ha descubierto algo que antes no había visto, pero todavía quedan preguntas y piezas que siguen sin encajar.

—Yo... —Me aclaré la garganta. Por alguna razón, me resultaba difícil hablar —. Acabo de ver a una mujer en los jardines del hotel.

No me animé a decir en ese momento que la había visto en brazos de Thomas Brignell, ni pude describir su forma extraña de encorvarse, con la cabeza caída hacia un lado. La imagen era demasiado... extraña. También me habría resultado embarazoso manifestar en voz alta la sospecha que me invadía.

Por fortuna, sin embargo, recordé un detalle importante que me vi capaz de expresar:

—Vestía un abrigo marrón claro —le dije a Poirot.

Capítulo 16

Mentira por mentira

Yo estaba absorto en mi crucigrama cuando Poirot regresó del hotel a la casa de huéspedes, varias horas más tarde.

—Catchpool —me dijo con expresión severa—, ¿por qué está sentado en la oscuridad? Allí no tiene luz para escribir.

—El fuego es suficiente iluminación. Además, ahora no estoy escribiendo. Estoy pensando; aunque, a decir verdad, tampoco me sirve de mucho. No sé cómo lo hacen esos tipos que inventan crucigramas para los periódicos. Llevo meses luchando con este y sigo sin conseguir que todo encaje. Pero quizá usted pueda ayudarme. ¿Puede decirme una palabra de seis letras que signifique «óbito»?

—Catchpool...

El tono de Poirot era aún más severo que antes.

—¿Hum? —dije yo.

—¿Me toma por tonto o el tonto es usted? Una palabra de seis letras que significa «óbito» es «muerte».

—Sí, esa es bastante evidente. Ha sido la primera que me ha venido a la cabeza.

—Es un alivio saberlo, *mon ami*.

—Sería perfecta, si «muerte» empezara con D. Pero como no empieza con D, y necesito usar la D de otra palabra...

Sacudí la cabeza, consternado.

—Olvide los crucigramas. Tenemos mucho que hablar.

—No creo ni creeré nunca que Thomas Brignell sea el asesino de Jennie Hobbs —dijo con firmeza.

—Lo dice porque le da pena el muchacho —dijo Poirot.

—Así es, y apostaría hasta mi último penique a que no es el asesino. ¿Quién ha dicho que no tenga una novia con un abrigo marrón claro? ¡El marrón es un color muy corriente para abrigos!

—Es el ayudante de recepción —observó Poirot—. ¿Qué estaba haciendo en el jardín, al lado de una carretilla?

—¿Quizá la carretilla estaba ahí por pura casualidad!

—¿Y el señor Brignell fue a situarse con su amiga al lado de la carretilla?

—Bueno, sí, ¿por qué no? —dije yo, con exasperación—. ¿No le parece más verosímil que pensar que Brignell sacó el cadáver de Jennie Hobbs al jardín, con la intención de llevárselo a algún sitio cargado en una carretilla, y después fingió abrazarlo cuando vio que yo lo estaba mirando por la ventana? Con ese criterio, también podríamos decir que... —Me interrumpí e inhalé bruscamente el aire—. ¡Santo cielo! —exclamé—. Es lo que usted piensa decir, ¿verdad?

—¿Decir qué, *mon ami*? ¿Qué cree que dirá Poirot?

—Rafal Bobak es camarero. ¿Qué hacía empujando un carro de ropa sucia?

—*Exactement*. ¿Y por qué atravesó el elegante vestíbulo con el carro, en dirección a la puerta principal? ¿No está dentro del hotel la lavandería? El señor Lazzari seguramente lo habría notado, si no hubiera estado tan preocupado por la desaparición de la cuarta víctima. Pero jamás habría sospechado del señor Bobak, desde luego. A sus ojos, todo su personal es irreprochable.

—¡Un segundo! —Finalmente, dejé el crucigrama sobre la mesa que tenía a mi lado—. A eso se refería usted cuando mencionó el ancho de la puerta, ¿verdad? Ese carro de la ropa sucia habría podido entrar fácilmente en la habitación 402. ¿Por qué no meterlo entonces en la habitación, en lugar de arrastrar el cuerpo hasta el pasillo, lo que habría requerido más esfuerzo?

Poirot asintió con satisfacción.

—En efecto, *mon ami*. Esas son las preguntas que esperaba que usted mismo se hiciera.

—Pero... ¿realmente está sugiriendo usted que Rafal Bobak pudo matar a Jennie Hobbs, cargar su cuerpo en el carro de la ropa sucia y empujar el carro hasta la calle, pasando justo a nuestro lado? ¡Si hasta se paró para hablar con nosotros!

—Precisamente. Se paró, aunque no tenía nada que decir. ¿Qué? ¿Me considera insensible, por sospechar de unas personas que han sido tan serviciales con nosotros?

—Bueno, en realidad...

—Conceder a todo el mundo el beneficio de la duda es muy loable, amigo mío, pero no sirve para atrapar a un asesino. Y aprovechando que está disgustado conmigo, permítame que ponga otra idea en su cabeza: Henry Negus. Llevaba

una maleta muy grande, ¿verdad?, con suficiente capacidad para contener el cadáver de una mujer delgada.

Me llevé las manos a la cara.

—Esto ya supera todos los límites —dije—. ¿Henry Negus? No, lo siento mucho, pero no. Estaba en Devon la noche de los asesinatos. Y me pareció una persona completamente digna de confianza.

—Diga más bien que su esposa y él afirman que estaba en Devon —me corrigió Poirot enérgicamente—. Y volviendo al asunto del rastro de sangre, que parece indicar que el cuerpo fue arrastrado hasta la puerta... Una maleta vacía se puede llevar hasta el centro de una habitación, en lugar de llevar el cadáver hasta la maleta, en el pasillo. Por lo tanto, también en este caso debemos preguntarnos: ¿qué necesidad había de arrastrar el cuerpo de Jennie Hobbs en dirección a la puerta?

—Por favor, Poirot. Si es preciso que tengamos esta conversación, preferiría tenerla en otro momento. Ahora no.

Pareció molesto por mi incomodidad.

—Muy bien —dijo bruscamente—; como no está de humor para debatir las posibilidades, permítame que le cuente lo sucedido aquí en Londres durante su estancia en Great Holling. Quizá le disguste menos hablar de los hechos.

—Bastante menos, sí —respondí yo.

Tras retocarse mínimamente los bigotes, Poirot se acomodó en un sillón y me informó de las conversaciones que había mantenido con Rafal Bobak, Samuel Hobben, Nancy Ducane y Louisa Wallace mientras yo estaba en Great Holling. Cuando terminó, la cabeza me daba vueltas. Pero me arriesgué a seguir padeciendo su locuacidad, con una observación:

—¿No ha omitido algunas cosas importantes en su relato?

—¿Como cuáles?

—Por ejemplo, esa doncella torpe e inútil que trabaja en casa de Louisa Wallace... Dorcas. Me ha dado usted a entender que mientras estaba hablando con ella en el rellano, en la planta alta, se dio cuenta de algo importante, pero no me ha dicho qué era.

—Es cierto. No se lo he dicho.

—¿Y ese misterioso dibujo que hizo usted y que envió a Scotland Yard? ¿Qué era ese dibujo? ¿Qué representaba? ¿Qué debe hacer con él Stanley Beer?

—Eso tampoco se lo he contado.

Poirot hablaba en tono de disculpa, con el mayor descaro, como si no

estuviera en su mano decidir si me lo contaba o no.

Tontamente, yo seguí preguntando.

—¿Y por qué quería saber usted cuántas veces habían visto los empleados del hotel Bloxham a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus, vivos o muertos? ¿Por qué es relevante ese dato? Tampoco lo ha explicado.

—¡Este Poirot! ¡Siempre dejando lagunas por todas partes!

—Por no mencionar sus omisiones anteriores. ¿Cuáles eran, por ejemplo, los dos rasgos poco corrientes que parecían conectar los asesinatos en el Bloxham con la repentina aparición de Jennie Hobbs en el café Pleasant? Usted dijo que las dos situaciones presentaban dos rasgos sumamente inusuales.

—Eso dije, *mon ami*. Pero no voy a revelarle ninguna de esas cosas, porque quiero hacer de usted un detective.

—Este caso solo conseguiré hacer de mí una pobre piltrafa, sin ninguna utilidad para nadie —dije, permitiendo que mis verdaderos sentimientos se manifestaran por una vez en la vida—. Es lo más exasperante que he visto nunca.

Oí un ruido que podía indicar —o quizá no— que alguien llamaba a la puerta del salón.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

—Sí —dijo la aprensiva voz de Blanche Unsworth desde el vestíbulo—. Siento molestarlos a esta hora, caballeros, pero hay una señora que desea ver al señor Poirot. Dice que es un asunto que no puede esperar.

—Hágala pasar, madame.

Unos segundos después, me encontré cara a cara con la artista Nancy Ducane. Pensé que la mayoría de los hombres habrían quedado deslumbrados por su belleza.

Poirot hizo las presentaciones con exquisita cortesía.

—Gracias por recibirme. —Los ojos hinchados de Nancy Ducane indicaban que había estado llorando. Lucía un vestido verde de aspecto caro—. Habría preferido no irrumpir de este modo. Les ruego me perdonen la intrusión. Intenté convencerme de que no debía venir, pero... como pueden ver, fracasé.

—Siéntese, por favor, señora Ducane —dijo Poirot—. ¿Cómo nos ha localizado?

—Con la ayuda de Scotland Yard, como habría hecho un auténtico detective —replicó Nancy, esforzándose por esbozar una sonrisa.

—¡Ah! Poirot elige una morada donde piensa que nadie lo encontrará, ¡y la policía envía multitudes a su puerta! No importa, madame. Estoy encantado de verla, aunque un poco sorprendido.

—Me gustaría contarle lo que ocurrió en Great Holling hace dieciséis años —dijo Nancy—. Debería haberlo hecho antes, pero fue excesiva la conmoción cuando usted mencionó esos nombres, que esperaba no volver a oír nunca más.

Se desabrochó el abrigo y se lo quitó, mientras yo le indicaba un sillón.

Se sentó.

—No es una historia alegre —dijo.

Nancy Ducane habló en voz baja, con expresión atormentada. Nos contó la misma historia que Margaret Ernst me había revelado en Great Holling, acerca de las crueles calumnias dirigidas al reverendo Patrick Ive. Cuando mencionó a Jennie Hobbs, le tembló la voz.

—Era la peor de todos. Estaba enamorada de Patrick, ¿comprenden? No puedo demostrarlo, pero nunca dejaré de creerlo. Le hizo daño precisamente porque lo amaba: contó una mentira imperdonable porque estaba celosa. Sabía que él estaba enamorado de mí y quería herirlo. Quería castigarlo. Después, cuando Harriet empezó a propagar la mentira y Jennie comprendió el mal que había hecho y se sintió culpable, no hizo nada por detener lo que había puesto en marcha, ¡nada! ¡Y estoy convencida de que estaba muy avergonzada y de que se odiaba a sí misma! ¡Pero no hizo nada! Se quedó en la sombra, con la esperanza de que todos la olvidaran. Por mucho miedo que tuviera de Harriet, tendría que haber dado un paso al frente para decir delante de todos: «¡He contado una mentira terrible y estoy arrepentida!».

—*Pardon*, madame. Ha dicho usted que Jennie estaba enamorada de Patrick Ive, pero que no puede demostrarlo. ¿Me permite preguntarle cómo lo sabía? Tal como usted sugiere, es impensable que alguien que amara al vicario fuera a iniciar un rumor tan nefasto para sus intereses.

—No me cabe la menor duda de que Jennie estaba enamorada de Patrick —repitió Nancy con empecinamiento—. Dejó un novio en Cambridge, cuando se mudó a Great Holling con Patrick y Frances, ¿lo sabían ustedes?

Los dos negamos con la cabeza.

—Iban a casarse. Creo que incluso habían fijado la fecha. Pero Jennie no pudo soportar la idea de separarse de Patrick, de modo que canceló la boda y se fue con él.

—¿No será que sentía apego sobre todo por Frances Ive? —preguntó Poirot—. ¿O quizá por la pareja? Tal vez se fue con ellos por lealtad profesional, y no por amor romántico.

—No creo que muchas mujeres pongan la fidelidad a sus patrones por encima de sus perspectivas de matrimonio, ¿no le parece? —dijo Nancy.

—No, desde luego que no, madame. Pero lo que usted me cuenta no acaba de cuadrar. Si Jennie era proclive a los celos, ¿por qué sintió el impulso de contar esa mentira terrible solamente cuando Patrick Ive se enamoró de usted? ¿Por qué no provocó su envidia el matrimonio del vicario con Frances Ive, mucho antes?

—¿Cómo sabe que no fue así? Patrick vivía en Cambridge cuando Frances y él se conocieron y se casaron. Jennie también era su sirvienta por aquel entonces. Quizá susurró una mentira maliciosa al oído de alguna amiga, y esa amiga, al no ser Harriet Sippel, prefirió no difundir el rumor.

Poirot asintió.

—Tiene razón. Es una posibilidad.

—La mayoría de las personas prefieren no dar pábulo a las maledicencias, y es una suerte que así sea —dijo Nancy—. Quizá en Cambridge no hubiera nadie tan malevolente como Harriet Sippel, ni nadie tan ansioso como Ida Gransbury por encabezar una cruzada moral.

—Veo que no menciona a Richard Negus.

Nancy pareció preocupada.

—Richard era un buen hombre. Al final lamentó haber colaborado en todo este espantoso asunto. Su arrepentimiento fue profundo y sincero, desde el momento en que comprendió que Jennie había contado una mentira despreciable y desde que descubrió la clase de criatura ruin y despiadada que era Ida. Me escribió hace años, desde Devon, para decirme que los sucesos del pasado lo seguían atormentando. Me decía que Patrick y yo habíamos cometido un grave error y que él nunca cambiaría su opinión al respecto, puesto que los votos matrimoniales son sagrados. Pero añadía que había llegado a la conclusión de que el castigo no siempre es el camino adecuado, incluso cuando se sabe que se ha cometido una infracción.

—¿Eso le escribió? —preguntó Poirot, arqueando las cejas.

—Sí. Ya me esperaba que usted discrepara.

—Son asuntos complicados, madame.

—¿Y si para castigar a alguien por el pecado de amar a quien no debe traemos al mundo pecados más graves y males mayores? Murieron dos personas, una de las cuales no había cometido ningún pecado.

—*Oui*. Esa clase de dilemas son precisamente los que complican el asunto.

—En su carta, Richard me escribió que él, como cristiano, no podía creer que

Dios aprobara su persecución de un hombre bueno y afable como Patrick.

—El castigo y la persecución son dos cosas diferentes —replicó Poirot—. Es preciso preguntarse: ¿se ha quebrantado una norma o una ley? Enamorarse... *enfin*, nadie manda sobre sus sentimientos, pero podemos decidir sobre nuestros actos. Si se ha cometido un delito, debemos asegurarnos de que la ley se ocupe del criminal de la manera apropiada, pero nunca con rencor, ni por encono, ni con esa sed de venganza que lo contamina todo y es mala en sí misma.

—Sed de venganza —repitió Nancy Ducane con un estremecimiento—. Eso era exactamente lo que tenía Harriet Sippel. Resultaba desesperante.

—Sin embargo, al relatar la historia, usted no ha hablado ni una sola vez de Harriet Sippel con indignación —dijo—. Y ahora describe su conducta como desesperante, como si la entristeciera. No parece que ella le inspire la rabia que en cambio sí le inspira Jennie Hobbs.

—Puede que sea cierto —suspiró Nancy—. Yo apreciaba mucho a Harriet. Cuando mi marido William y yo nos mudamos a Great Holling, Harriet y George Sippel eran nuestros mejores amigos. Después, George murió y Harriet se convirtió en un monstruo. Sin embargo, cuando hemos querido mucho a una persona, nos cuesta mucho atacarla, ¿no creen?

—O bien es imposible, o bien es irresistible —dijo Poirot.

—Imposible, diría yo. Imaginamos que su peor conducta es síntoma de algún mal y no el reflejo de su verdadera personalidad. Yo no podía perdonar a Harriet su forma de tratar a Patrick. Ni siquiera podía intentar perdonarla. Pero al mismo tiempo sentía que también para ella debía de ser terrible, tanto como para cualquiera de los demás. Tenía que ser espantoso haberse convertido en eso.

—¿La veía como una víctima?

—Como una víctima de la tragedia de haber perdido tan joven a su marido adorado, sí. Creo que es posible ser víctima y villano a la vez.

—Era algo que Harriet y usted tenían en común —dijo Poirot—. Las dos enviudaron jóvenes.

—Le parecerá insensible por mi parte, pero le aseguro que no hay comparación posible —replicó Nancy—. George Sippel lo era todo para Harriet, todo su mundo. Yo me casé con William porque me pareció sensato y de fiar, y necesitaba huir de la casa de mi padre.

—¡Ah, sí! Albinus Johnson —dijo Poirot—. Después de salir de su casa el otro día, recordé quién era. Su padre perteneció a un círculo de agitadores ingleses y rusos que actuaron en Londres a finales del siglo pasado. Pasó un tiempo en la cárcel.

—Era un hombre peligroso —dijo Nancy—. Me horrorizaba hablar con él de sus... ideas, pero sabía que consideraba aceptable matar a tantas personas como fuera necesario, si pensaba que esas personas retrasaban la llegada de un mundo mejor. «Mejor» según su propia definición, por supuesto. Pero ¿cómo puede pensar alguien que un baño de sangre y una matanza generalizada pueden mejorar alguna cosa? ¿Cómo van a mejorar el mundo unos hombres que solo piensan en aplastar y destruir, y que no pueden hablar de sus sueños y esperanzas sin que el odio y el rencor desfiguren sus facciones?

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, madame. Un movimiento impulsado por la ira y el resentimiento nunca cambiará nuestras vidas para mejor. *Ce n'est pas possible*. Está viciado de raíz.

Estuve a punto de decir que yo también coincidía con ellos, pero me contuve. Mis opiniones no parecían interesarle a nadie.

—Cuando conocí a William Ducane —dijo Nancy—, no me enamoré de él, pero me pareció una persona agradable. Me inspiraba respeto. Era sereno y cortés. Nunca levantaba la voz, ni abandonaba la templanza. Si por algún motivo no devolvía un libro a la biblioteca cuando expiraba el plazo del préstamo, padecía una agonía de remordimiento.

—Un hombre de principios.

—Sí, y también prudente y humilde. Si algo se interponía en su camino, antes pensaba en dar un rodeo que en mover el obstáculo. Podía estar segura de que no iba a llenarme la casa de hombres horribles, ansiosos por afeár el mundo con sus actos de violencia. William apreciaba el arte y las cosas bellas. En ese sentido, era igual a mí.

—Entiendo, madame. Pero usted no sentía por William Ducane una pasión como la de Harriet Sippel por su marido, ¿no es así?

—Así es. El hombre al que yo quería con pasión era Patrick Ive. Desde el instante en que lo vi, mi corazón fue suyo. Habría dado la vida por él. Cuando lo perdí, por fin comprendí lo que debió de sentir Harriet cuando perdió a George. Pensamos que somos capaces de imaginarlo, pero no es verdad. Recuerdo que Harriet me pareció macabra, cuando después del funeral de George me rogó que rezara por su muerte, para poder reunirse cuanto antes con su marido. Yo me negué. Le dije que el paso del tiempo aliviaría su dolor y que algún día encontraría otro motivo para seguir viviendo.

Nancy se interrumpió para controlar la emoción, antes de continuar:

—Por desgracia, lo encontró. Empezó a disfrutar con el sufrimiento de los demás. La Harriet viuda era una arpía sin una pizca de bondad. Esa fue la mujer que murió asesinada en el hotel Bloxham de Londres. La Harriet que yo conocí y aprecié murió con su marido George. —De repente, me miró a mí—. Usted ha dicho que notaba mi rabia contra Jennie. No tengo derecho a enfadarme con ella. Yo también soy culpable de no haber defendido a Patrick.

Empezó a llorar, cubriéndose la cara con las manos.

—Tranquilícese, madame. Tome, aquí tiene. —Poirot le dio un pañuelo—. ¿Cómo es que no defendió a Patrick Ive, cuando nos ha dicho que habría dado la vida por él?

—Soy tan mala como Jennie: ¡una cobarde repugnante! Cuando tomé la palabra en el King's Head y confesé que Patrick y yo nos queríamos y habíamos estado viéndonos en secreto, no dije la verdad. ¡Sí, eran ciertos los encuentros clandestinos y también que Patrick y yo nos queríamos con locura! Todo eso era verdad, pero...

Nancy pareció demasiado alterada para continuar. Se le sacudían los hombros mientras lloraba con el pañuelo tapándole la boca.

—Creo que entiendo lo que quiere decir, madame. Aquel día en el King's Head Inn, usted declaró ante sus vecinos que sus relaciones con Patrick Ive habían sido castas. Esa fue su mentira. ¿Ha acertado Poirot?

Nancy dejó escapar un gemido de desesperación.

—¡No podía soportar los rumores! —sollozó—. ¡Todas esas macabras historias susurradas sobre encuentros con las almas de los muertos, a cambio de dinero! ¡Hasta los niños hablaban de blasfemia por las calles! ¡Era abominable! ¡No puede imaginar el horror de oír todas esas voces acusando y condenando a un solo hombre! ¡A un hombre bueno!

Yo lo suponía. Podía imaginarlo con tanta claridad y de manera tan vívida que habría querido hacerla callar.

—¡Tenía que hacer algo, monsieur Poirot! Entonces pensé: «Combatiré esas mentiras con algo tan puro y bueno como la verdad». La verdad era el amor que yo sentía por Patrick y que él sentía por mí. ¡Pero tuve miedo y manché nuestra verdad con mentiras! Ese fue mi error. En mi agitación, no pude pensar con claridad. Manché de cobarde hipocresía la belleza de mi amor por Patrick. Las relaciones entre nosotros no eran castas, pero yo afirmé lo contrario. Creía que no tenía más remedio que mentir, que era mi obligación. ¡Fue despreciable!

—Es usted demasiado severa consigo misma —dijo Poirot—. Y sin ninguna necesidad.

Nancy se pasó los dedos por los ojos para enjugarse las lágrimas.

—¡Ojalá pudiera creerle! —dijo—. ¿Por qué no habré dicho toda la verdad? Mi defensa de Patrick contra esas horribles acusaciones habría podido ser noble, pero lo arruiné todo. Y por esa razón me maldigo cada día. Esos inquisidores del King's Head, que no hacían más que rebuznar y escupir veneno, ya censuraban mi conducta. Me consideraban una ramera y a Patrick lo veían como al mismo demonio. ¿Qué habría podido importar que me rechazaran un poco más? No creo que el oprobio hubiera sido todavía peor.

—Entonces ¿por qué no les dijo la verdad? —preguntó Poirot.

—Pretendía suavizar el sufrimiento de Frances, supongo. Quería evitar un escándalo mayor. Pero entonces Frances y Patrick se quitaron la vida, y toda esperanza de hacer las cosas un poco mejor se esfumó para siempre. Yo sé que se suicidaron, por mucho que se diga lo contrario —añadió Nancy al cabo de un momento.

—¿Alguien lo discute? —Quiso saber Poirot.

—Según el médico y todos los registros oficiales, sus muertes fueron accidentales, pero nadie en Great Holling lo cree. El suicidio es un pecado a los ojos de la Iglesia. Supongo que el médico del pueblo habrá querido evitar daños mayores a la reputación de Patrick y de Frances. Los apreciaba mucho y dio la cara por ellos cuando nadie más los defendía. Es una buena persona, el doctor Flowerday, una de las pocas buenas personas que hay en Great Holling. Sabía reconocer una mentira malévola cuando la oía. —Nancy se rio a través de las lágrimas—. Así que habrá pensado: «Ojo por ojo y mentira por mentira».

—¿O verdad por verdad? —sugirió Poirot.

—Sí, por supuesto. —Nancy pareció sorprendida—. ¡Oh, cielos, le he arruinado el pañuelo!

—No importa. Tengo otros. Hay una pregunta más que me gustaría hacerle, madame. ¿Le resulta familiar el nombre de Samuel Hobben?

—No. ¿Debería?

—¿No vivía en Great Holling cuando usted estaba en el pueblo?

—No, no vivía en Great Holling. Por suerte para él —comentó Nancy con amargura.

Capítulo 17

La mujer mayor y el hombre joven

—Entonces —dijo Poirot, cuando nuestra visitante se hubo marchado y nos quedamos solos—, Nancy Ducane coincide con Margaret Ernst en que los Ive se suicidaron, pero en los registros oficiales sus muertes constan como accidentales. Ambrose Flowerday mintió para proteger la reputación de Patrick y Frances Ive de daños mayores.

—Es curioso —comenté—. Margaret Ernst no me dijo nada al respecto.

—Quizá hemos dado con el motivo de que le exigiera la promesa de no hablar con el médico. Tal vez Ambrose Flowerday está orgulloso de su mentira, lo bastante orgulloso para confesarlo a quien se lo pregunte. Si Margaret Ernst desea protegerlo...

—Sí —convine—. Esa puede ser la razón por la que quiso apartarme de él.

—El deseo de proteger a otra persona... ¡Es algo que puedo entender demasiado bien!

La voz de Poirot temblaba de emoción.

—No debe culparse por Jennie, Poirot. Usted no habría podido protegerla.

—En eso tiene toda la razón, Catchpool. Proteger a Jennie habría sido imposible para cualquiera, incluso para Hércules Poirot. Era demasiado tarde para salvarla, aun antes de que yo me la encontrara... Eso está claro. ¡Tarde, demasiado tarde! —suspiró—. Es interesante, ¿verdad?, que esta vez haya sangre, cuando antes había veneno y nada de sangre.

—Lo que no dejo de preguntarme es dónde estará el cadáver de Jennie. Han registrado el Bloxham de arriba abajo, ¡y nada!

—No se pregunte dónde estará, Catchpool. Dónde esté no importa. Pregúntese por qué. El hecho de que se hayan llevado el cuerpo del hotel en un carro de ropa sucia, en una maleta o en una carretilla no es esencial. Lo importante es saber por qué se lo llevaron. ¿Por qué no lo dejaron en la habitación, como a los otros tres?

—¿Y bien? ¿Cuál es la respuesta? Usted la conoce, así que ya puede decírmela.

—En efecto —replicó Poirot—. Todo esto se puede explicar, pero me temo que no es una explicación agradable.

—Agradable o no, me gustaría oírla.

—Ya lo oirá todo cuando llegue el momento. Ahora solo le diré una cosa: ningún empleado del hotel Bloxham vio a Harriet Sippel, a Ida Gransbury o a Richard Negus más de una vez, excepto un hombre: Thomas Brignell. Él vio a Richard Negus dos veces: una el miércoles, cuando Negus llegó al hotel y él lo recibió, y otra el jueves por la noche, cuando se encontró con el señor Negus en el pasillo y el señor Negus le pidió un jerez. —Poirot soltó una risita satisfecha—. Piense un poco, Catchpool. ¿Ya empieza a ver lo que sugiere ese dato?

—No.

—¡Oh!

—¡Tenga un poco de piedad, Poirot!

Nunca una sola sílaba («¡Oh!») había sido enunciada de manera tan irritante.

—Ya se lo he dicho, amigo mío: no debe esperar que le den siempre las respuestas.

—¡Estoy totalmente desconcertado! Desde varios puntos de vista, parece que Nancy Ducane debe de ser nuestra asesina, pero tiene la coartada de lady Louisa Wallace. ¿Quién más iba a querer matar a Harriet Sippel, a Ida Gransbury, a Richard Negus y ahora también a Jennie Hobbs? —Me puse a pasear por el salón, enfadado conmigo mismo por mi incapacidad de salir del atolladero—. Y si el asesino fuera Henry Negus, Rafal Bobak o Thomas Brignell (aunque me sigue pareciendo una locura que usted sospeche de ellos), ¿cuál podría ser el móvil? ¿Qué conexión tiene cualquiera de esas personas con los trágicos sucesos de Great Holling de hace dieciséis años?

—Henry Negus tiene el móvil más viejo y corriente del mundo: el dinero. ¿Acaso no nos dijo que su hermano Richard estaba despilfarrando su fortuna? También nos contó que su esposa se negaba a expulsar a Richard del hogar de ambos. Si Richard Negus moría, Henry Negus no tendría que mantenerlo. Si Richard vivía, podría acabar costándole a su hermano una pequeña fortuna.

—¿Y Harriet Sippel e Ida Gransbury? ¿Y Jennie Hobbs? ¿Por qué iba a querer matarlas Henry Negus?

—No lo sé, pero podríamos especular al respecto —respondió Poirot—. En cuanto a Rafal Bobak y Thomas Brignell, no se me ocurre ningún móvil posible para ninguno de los dos, a menos que uno de ellos no sea quien dice ser.

—Supongo que podríamos indagar un poco —dije.

—Y ya que estamos recopilando la lista de posibles sospechosos, ¿qué le parecen Margaret Ernst y el doctor Ambrose Flowerday? —sugirió Poirot—. Ellos no estaban enamorados de Patrick Ive, pero su móvil bien pudo ser el

deseo de venganza. Margaret Ernst, según su propio testimonio, estaba sola en su casa la noche que se cometieron los asesinatos. Y no sabemos dónde estaba el doctor Flowerday porque usted prometió no ir a verlo y, por desgracia, cumplió su promesa. Poirot tendrá que ir personalmente a Great Holling.

—Ya le dije que viniera conmigo —le recordé—. Pero supongo que si hubiera venido, no habría podido hablar con Nancy Ducane, Rafal Bobak y los demás. Y a propósito, he estado pensando en el hombre joven y la mujer mayor que según Bobak estaban criticando Harriet, Ida y Richard Negus en el hotel (suponiendo que demos crédito a su historia), y he hecho una lista de todas las parejas unidas por relaciones sentimentales que he podido recordar.

Saqué la lista del bolsillo. (Confieso que esperaba impresionar a Poirot, pero o bien no lo impresioné, o bien supo disimularlo muy bien).

—George y Harriet Sippel —leí en voz alta—. Patrick y Frances Ive. Patrick Ive y Nancy Ducane. William Ducane y Nancy Ducane. Charles y Margaret Ernst. Richard Negus e Ida Gransbury. En ninguna de esas parejas la mujer es mayor que el hombre, al menos no tanto como para que alguien diga que «tiene edad para ser su madre».

Poirot chasqueó la lengua con impaciencia.

—Usted no piensa, amigo mío. ¿Cómo sabe que existe esa pareja, la de la mujer mayor y el hombre joven?

Lo miré un momento, preguntándome si no habría perdido la razón.

—Bueno, Walter Stoakley la mencionó en el King's Head, y Rafal Bobak oyó hablar a...

—*Non, non* —me interrumpió Poirot sin la menor cortesía—. Usted no presta atención a los detalles: en el King's Head Inn, Walter Stoakley habló de una mujer que había puesto fin a su relación sentimental con un hombre, ¿no es así? En cambio, la conversación entre las tres víctimas que Rafal Bobak oyó casualmente en el hotel versaba sobre un hombre que ya no estaba interesado en el amor de una mujer. ¿Cómo puede tratarse de las mismas personas, de la misma pareja? Al contrario, debemos sacar la conclusión opuesta: es imposible que se trate de la misma pareja.

—Tiene razón —dije desalentado—. No lo había pensado.

—Porque estaba fascinado con una pauta que había observado: una mujer mayor y un hombre mucho más joven, por aquí, y una mujer mayor y un hombre mucho más joven, por allá. *Et voilà*, ¡usted deduce que tienen que ser los mismos!

—Así es. Será que no sirvo para este trabajo.

—Nada de eso. Usted es perspicaz, Catchpool. No siempre, pero a veces lo es.

Me ha ayudado a encontrar el rumbo dentro de este confuso túnel. ¿Recuerda cuando dijo que si Thomas Brignell nos ocultaba algo, debía de ser porque le resultaba personalmente bochornoso contarle? Esa observación suya me ha resultado muy útil, Catchpool, ¡extremadamente útil!

—Por mi parte, me temo que sigo dentro del túnel y no veo ni siquiera una chispa de luz en ninguno de los dos extremos.

—Le haré una promesa —dijo Poirot—. Mañana, cuando hayamos desayunado, haremos una pequeña visita usted y yo. Después de eso, lo entenderá todo mucho mejor que ahora. Y espero que yo también.

—¿Supongo que no me estará permitido preguntar a quién vamos a visitar?

—Puede preguntarlo, *mon ami* —sonrió Poirot—. He llamado por teléfono a Scotland Yard para pedir la dirección. Creo que usted la reconocería, si se la dijera.

No hace falta señalar que no tenía la menor intención de decírmela.

Capítulo 18

Llama a la puerta, a ver quién sale

Mientras atravesábamos la ciudad a la mañana siguiente para hacer nuestra misteriosa «visita», el humor de Poirot parecía tan cambiante como el tiempo de Londres, que no acababa de decidirse entre nuboso y despejado. Mi amigo tan pronto parecía tranquilo y satisfecho, como absorto en alguna preocupación.

Finalmente llegamos a una casa modesta, en una calle estrecha.

—El número 3 de Yarmouth Cottages —dijo Poirot, de pie ante la puerta—. ¿De qué conoce esta dirección, Catchpool? Le resulta familiar, ¿verdad?

—Sí, aguarde un momento. Ya me acordaré. ¡Eso es! Es la dirección de Samuel Hobben, ¿no?

—En efecto. Nuestro servicial testigo, que vio a Nancy Ducane salir corriendo del hotel Bloxham y recoger dos llaves que se le habían caído, aunque Nancy Ducane no podía estar en el hotel Bloxham poco después de las ocho, la noche de los asesinatos.

—Porque estaba en casa de Louisa Wallace —convine yo—. Entonces, estamos aquí para darle un susto al señor Hobben y averiguar quién está detrás de su mentira; ¿se trata de eso?

—*Non*. El señor Hobben no está en casa. Ha salido a trabajar, o al menos eso espero.

—Entonces...

—Jugaremos a un juego muy divertido, que podríamos denominar «Llama a la puerta, a ver quién sale» —dijo Poirot, con una sonrisa enigmática—. ¡Adelante, Catchpool! Yo mismo llamaría, si no llevara guantes. Pero no me los quiero ensuciar.

Llamé y esperé, preguntándome por qué pensaría Poirot que alguien saldría a la puerta de una casa cuyo único ocupante estaba fuera trabajando. Abrí la boca para preguntárselo a él, pero enseguida la volví a cerrar, porque me di cuenta de que habría sido inútil. Con cierta melancolía, recordé otro tiempo (menos de un par de semanas antes), cuando aún confiaba en la utilidad de hacer una pregunta directa a la persona que conocía la respuesta.

En ese momento se abrió la puerta del número 3 de Yarmouth Cottages y me encontré mirando los grandes ojos de una persona que no era Samuel Hobben. Al principio quedé desconcertado, porque era una cara que no

conocía. Pero a medida que el terror le fue crispando las facciones, comprendí quién debía de ser.

—Buenos días, mademoiselle Jennie —dijo Poirot—. Catchpool, le presento a Jennie Hobbs. Mademoiselle, le presento a mi amigo, el señor Edward Catchpool. Quizá recuerde que se lo mencioné en nuestra conversación en el café Pleasant. Permítame que le exprese mi profundo alivio por encontrarla con vida.

Fue entonces cuando supe con seguridad que no sabía nada. Los escasos retazos de certidumbre en los que había confiado hasta ese instante habían demostrado ser del todo inútiles. ¿Cómo demonios había deducido Poirot que encontraría a Jennie en esa dirección? ¡Era sencillamente imposible! Y, sin embargo, allí estábamos.

Cuando Jennie logró rehacerse y componer una expresión menos desdichada y más cauta, nos invitó a pasar a la casa y nos pidió que esperásemos un minuto, en una habitación pequeña y oscura, con muebles desvencijados. Después se excusó, asegurándonos que volvería enseguida.

—¡Dijo que era demasiado tarde para salvarla! —le recriminé a Poirot—. ¡Me ha mentido!

Él negó con la cabeza.

—¿Se pregunta cómo sabía que estaba aquí? Gracias a usted, *mon ami*. Una vez más, Catchpool ha ayudado a Poirot.

—¿Cómo?

—Lo animo a repasar la conversación que mantuvo con Walter Stoakley en el King's Head Inn. ¿Recuerda lo que le dijo acerca de una mujer que habría podido tener un marido, hijos, un hogar y una vida feliz?

—Sí, pero...

—Una mujer que dedicó toda su vida a un hombre importante..., que lo sacrificó todo por él... Después, el señor Stoakley añadió: «Ella no podía casarse con ese joven, después de enamorarse de un hombre importante. Por eso lo dejó». ¿Recuerda que me contó todo eso, *mon ami*?

—¡Claro que sí! No soy un débil mental.

—Usted creyó haber localizado a la mujer mayor y al hombre mucho más joven, *n'est-ce pas*? Rafal Bobak los había mencionado en el hotel Bloxham y había dicho que las tres víctimas de asesinato estaban murmurando acerca de ellos, y usted pensó que Walter Stoakley debía de referirse a la misma pareja. Entonces le preguntó al señor Stoakley si la mujer de la que hablaba era mucho mayor que el hombre cuyo amor había rechazado, porque creyó haberle oído decir: «Ella no podía casarse con ese joven». ¡Pero, amigo mío, eso no fue lo que usted oyó!

—Sí, le aseguro que sí. Lo oí perfectamente.

—*Non* . Lo que usted oyó fue: «Ella no podía casarse con S. Hobben», es decir, con el señor Samuel Hobben.

—Pero..., pero... ¡Oh, diantre!

—Usted sacó una conclusión errónea, porque Walter Stoakley se había referido más de una vez al jovencito con el que había estado bebiendo. *Eh bien* , muchos en su lugar habrían cometido el mismo error. No se juzgue con excesiva severidad.

—Y después, como había entendido mal, le pregunté a Stoakley por la diferencia de edad entre la mujer que podría haberse casado, pero no se casó, y el chiquillo inútil con el que había estado bebiendo antes de que yo llegara. Debí de preguntarse para qué querría yo saberlo, siendo así que Jennie Hobbs no tenía nada que ver con el muchacho.

—*Oui* . Probablemente se lo habría preguntado a usted, de no haber estado aturrido por el alcohol. Bueno, así fue —dijo Poirot, encogiéndose de hombros.

—Entonces, Jennie Hobbs estaba prometida para casarse con Samuel Hobben —dije yo, tratando de asimilarlo todo—. ¿Y... se marchó de Cambridge, para trasladarse a Great Holling con Patrick Ive?

Poirot asintió.

—Fee Spring, la camarera del Pleasant, me contó que Jennie había sufrido un revés sentimental en el pasado. Me preguntaba cuál podía ser.

—¿No hemos encontrado ya la respuesta? —dije—. Debí de ser la separación de Samuel Hobben.

—Me parece más probable que sea la muerte de Patrick Ive, el hombre a quien realmente amaba. Y a propósito, estoy seguro de que ese fue el motivo por el que alteró su forma de hablar: para parecerse más a las mujeres de su clase social, con la esperanza de que él la viera como una igual y no como una simple sirvienta.

—¿No tiene miedo de que vuelva a desaparecer? —pregunté, mientras contemplaba la puerta cerrada del salón—. ¿Por qué tarda tanto? Si todavía no ha estado en un hospital, deberíamos llevarla, ¿no cree?

—¿En un hospital?

Poirot pareció sorprendido.

—Sí. Perdió mucha sangre en la habitación del hotel.

—Usted da demasiadas cosas por supuestas —replicó Poirot.

Parecía como si tuviera mucho más que decir, pero en ese preciso instante, Jennie abrió la puerta.

—Perdóneme, por favor, monsieur Poirot —dijo.

—¿Por qué, mademoiselle?

Un silencio incómodo inundó la habitación. Yo habría querido decir algo, pero dudaba de mi capacidad de hacer ninguna aportación útil.

—Nancy Ducane —dijo Poirot con deliberada lentitud—. ¿Estaba huyendo de ella cuando se refugió en el café Pleasant? ¿Era ella la persona a quien temía?

—Sé que asesinó a Harriet, a Ida y a Richard en el hotel Bloxham —susurró Jennie—. Lo he leído en los periódicos.

—Y puesto que se encuentra en casa de Samuel Hobben, su antiguo prometido, podemos suponer que el señor Hobben le ha contado lo que vio la noche de los asesinatos, ¿es así?

Jennie asintió.

—Vio a Nancy, que salía corriendo del Bloxham. Me dijo que se le cayeron dos llaves al suelo.

—¡Una coincidencia *incroyable* ! Nancy Ducane, que ya había matado a tres personas y también quiere asesinarla a usted, ¡es sorprendida huyendo del escenario del crimen nada menos que por el hombre que fue su prometido!

Jennie articuló un «sí» casi inaudible.

—A Poirot le resulta sospechosa una coincidencia tan grande —prosiguió mi amigo—. ¡Usted miente ahora y mintió la última vez que nos vimos!

—¡No! Le juro que...

—¿Por qué tomó una habitación en el hotel Bloxham, sabiendo que era el lugar donde Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus habían encontrado la muerte? ¡Ya veo que no tiene respuesta para eso!

—Si me deja hablar, le contestaré. Estaba cansada de huir. Me pareció más fácil acabar con todo de una vez.

—¿Ah, sí? ¿Aceptó usted tranquilamente el destino que le aguardaba? ¿Lo asumió y fue en su busca?

—Sí.

—Entonces ¿por qué, cuando habló con el señor Lazzari, el gerente del hotel, lo apremió para que le diera una habitación lo antes posible, como si aún estuviera huyendo de su perseguidora? Y puesto que no parece que esté usted

herida, ¿de quién era la sangre hallada en la habitación 402?

Jennie, que seguía de pie, rompió a llorar. Poirot se incorporó y la condujo hasta una silla.

—Síntese, mademoiselle —le dijo—. Ha llegado mi turno de ponerme de pie y tomar la palabra, para explicarle por qué tengo la convicción, más allá de toda duda, de que nada de lo que me ha dicho es cierto.

—Tenga cuidado, Poirot —le advertí.

Jennie parecía a punto de desmayarse, pero Poirot no le prestó atención.

—Los asesinatos de Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus fueron anunciados con una nota: QUE NUNCA JAMÁS DESCANSEN EN PAZ. 121. 238. 317. Pero yo me pregunto: alguien capaz de acercarse con absoluta calma al mostrador de la recepción de un hotel para dejar una nota donde anuncia los tres asesinatos que ha cometido, ¿es la misma persona que después se deja invadir por el pánico, sale corriendo del hotel y deja caer dos llaves delante de un testigo? ¿Debemos creer que el pánico de Nancy Ducane, la asesina, comenzó solamente después de dejar la nota encima del mostrador? ¿Por qué solo entonces? Y si Nancy Ducane estaba saliendo del Bloxham poco después de las ocho de la noche, ¿cómo es posible que a esa misma hora estuviera cenando con su amiga, lady Louisa Wallace?

—Poirot, ¿no cree que debería ser menos brusco con ella?

—No, no lo creo. Y yo le pregunto, mademoiselle Jennie: ¿para qué quería dejar una nota Nancy Ducane? ¿Por qué era necesario que los tres cadáveres fueran hallados poco después de las ocho de la noche? Las limpiadoras del hotel los habrían encontrado a su debido tiempo. ¿Por qué tanta prisa? Y si madame Ducane tuvo suficiente calma y compostura para acercarse al mostrador y dejar la nota sin levantar sospechas, entonces debemos concluir que también era capaz de decidir con sensatez lo que era conveniente hacer. Entonces ¿por qué no se guardó las dos llaves del hotel en el bolsillo más profundo del abrigo, antes de salir del hotel? Por curioso que parezca, se las queda en la mano para que se le caigan justo delante del señor Hobben, que incluso es capaz de distinguir que tienen números grabados: «Ciento y algo» y «trescientos y pico». Además, por una afortunada coincidencia, el señor Hobben logra reconocer la cara de la mujer misteriosa y, tras simular brevemente que no puede recordar su nombre, viene a revelarnos, en el momento que considera oportuno, que se trata de Nancy Ducane. ¿Le parece verosímil todo esto, señorita Hobbs? A Hércules Poirot no se lo parece, especialmente después de encontrarla a usted aquí, en casa del señor Hobben, sabiendo además que Nancy Ducane tiene una coartada.

Jennie lloraba sobre la manga de la blusa.

Poirot se volvió hacia mí.

—El testimonio de Samuel Hobben era una mentira de principio a fin,

Catchpool. Jennie Hobbs y él se confabularon para incriminar a Nancy Ducane por los asesinatos de Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus.

—¡No sabe cuánto se equivoca! —exclamó Jennie entre sollozos.

—Sé que usted miente, mademoiselle. Desde el principio sospeché que nuestro encuentro en el Pleasant guardaba alguna relación con los asesinatos del hotel Bloxham. Las dos situaciones (si es que podemos catalogar de «situación» a tres asesinatos) tenían dos rasgos en común muy importantes y sumamente inusuales.

Eso me hizo enderezar las orejas. Llevaba demasiado tiempo esperando oír esas similitudes.

Poirot prosiguió:

—En primer lugar, hay una semejanza psicológica. En ambos casos, encontramos la idea de que las víctimas son más culpables que el asesino. La nota depositada en el mostrador del Bloxham (QUE NUNCA JAMÁS DESCANSEN EN PAZ) sugiere que Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus merecían morir, y que el asesino hizo justicia. Por otro lado, mademoiselle Jennie, cuando hablamos en el café, usted me dijo que merecía morir, y que cuando estuviera muerta, por fin se habría hecho justicia.

Tenía razón. Me pregunté cómo había podido pasarlo por alto.

—Hay también una segunda semejanza, que no es psicológica, sino circunstancial. Tanto en relación con los asesinatos del hotel Bloxham como en mi conversación con la asustada Jennie en el café, había demasiados indicios, ¡demasiada información inmediatamente disponible! Fueron muchas las pistas presentadas de una vez, casi como si alguien se empeñara en echarle una mano a la policía. Una breve conversación en un café bastó para que yo dispusiera de una cantidad sorprendente de datos: Jenny se sentía culpable; había hecho algo terrible; no quería que su asesino fuera castigado... Incluso se tomó usted el trabajo de decirme: «¡Por favor, no deje que nadie abra las bocas!», para que cuando yo oyera hablar de los tres cadáveres del hotel Bloxham, hallados con un gemelo en la boca, recordara lo que había dicho usted y me pusiera a pensar, o bien estableciera la conexión de manera inconsciente.

—Se equivoca conmigo, monsieur Poirot —protestó Jennie.

Poirot no le prestó atención y siguió adelante con su discurso:

—Consideremos ahora los asesinatos del hotel Bloxham. Una vez más, disponemos de gran cantidad de información, con sospechosa rapidez: Richard Negus había pagado las tres habitaciones y los viajes de la estación al hotel; las tres víctimas vivían o habían vivido en la localidad de Great Holling... Teníamos, además, el útil indicio de las iniciales P. I. J. en los gemelos, para orientarnos hacia la razón por la que esas tres personas merecían un castigo, es decir, su crueldad para con el reverendo Patrick Ive.

A eso se sumaba la nota dejada en el mostrador de la recepción, que hacía pensar en la venganza o la sed de justicia como móvil del crimen. Es curioso, ¿verdad?, que un asesino se comporte de forma tan servicial y escriba el móvil de su acto delictivo, para después dejarlo en un lugar bien visible.

—De hecho, algunos asesinos desean que sus motivos se conozcan —dije.

—*Mon ami* —replicó Poirot con exagerada paciencia—, si Nancy Ducane hubiera querido matar a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus, ¿de verdad cree que lo habría hecho de una manera que apuntara tan claramente hacia ella? ¿Acaso desea ir a la cárcel? ¿Y por qué lo pagó todo Richard Negus, que según su hermano estaba al borde de la ruina? Nancy Ducane es rica. Si quería atraer a sus víctimas a Londres para matarlas, ¿por qué no les pagó las habitaciones de hotel y el transporte? ¡Nada encaja!

—Por favor, monsieur Poirot, permítame hablar. Le diré la verdad.

—De momento, prefiero ser yo quien le diga a usted la verdad, mademoiselle. Tendrá que perdonarme, pero me considero mucho más digno de crédito. Antes de contarme su historia, me preguntó si estaba retirado, ¿verdad? Hizo como que averiguaba, con grandes aspavientos, si yo tenía atribuciones para hacer cumplir la ley en este país. Y esperó ostensiblemente a que yo la tranquilizara al respecto, para sincerarse. Pero yo ya le había dicho que tenía un amigo en Scotland Yard. No habló conmigo porque me creyera sin autoridad para arrestar a un asesino, sino porque sabía perfectamente que yo tenía influencia en el departamento de policía. ¡Porque quería incriminar a Nancy Ducane y verla condenada y ahorcada por asesinato!

—¡Yo no hice nada de eso! —Jennie volvió hacia mí su cara surcada por las lágrimas—. ¡Por favor, dígame que pare!

—Pararé cuando haya terminado —dijo Poirot—. Usted es clienta habitual del café Pleasant, mademoiselle. Las camareras lo dicen. Suelen hablar mucho de los clientes en su ausencia. Supongo que las habrá oído hablar de mí: el quisquilloso caballero europeo del bigote, que antes era policía en el extranjero... Y también de mi amigo Catchpool, que trabaja en Scotland Yard. Las oyó comentar que voy a cenar al Pleasant todos los jueves, exactamente a las siete y media. ¡Oh, sí, mademoiselle, usted sabía dónde encontrarme y sabía que Hércules Poirot sería la persona perfecta para sus perversos propósitos! Llegó al café en aparente estado de terror, ¡pero era una mentira, una actuación! Estuvo mucho tiempo mirando por la ventana, como si tuviera miedo de alguien que la estuviera persiguiendo, pero no podía ver nada por la ventana, excepto el reflejo de la sala donde se encontraba. Una de las camareras vio sus ojos en el cristal y notó que la estaba mirando a ella, y no a la calle. Estaba calculando, ¿no es cierto? «¿Sospechará alguien que estoy fingiendo mi estado de agitación? ¿Adivinará la verdad esa camarera de mirada incisiva e impedirá el éxito de mi plan?».

Me puse de pie.

—Poirot, no dudo de que tenga razón, pero no puede seguir atormentando a esta pobre mujer, sin permitirle que diga ni una sola palabra en su defensa.

—Tranquilo, Catchpool. ¿No acabo de explicarle que la señorita Hobbs tiene un gran talento para aparentar infelicidad, mientras por debajo conserva la calma y la capacidad de cálculo?

—¡Es usted un hombre sin corazón! —gimió Jennie.

—*Au contraire*, mademoiselle. A su debido tiempo, le llegará el turno de hablar, se lo aseguro; pero, antes quiero hacerle otra pregunta. Usted me dijo: «¡Por favor, no deje que nadie abra las bocas!». ¿Cómo sabía que Nancy Ducane había puesto un gemelo en la boca de cada una de sus víctimas, después de matarlas? Me parece extraño que usted lo supiera. ¿Acaso la señora Ducane la había amenazado con hacer algo así? Puedo imaginar que un asesino amenace a su víctima con un comportamiento violento, para infundirle miedo («Cuando te atrape, te cortaré el cuello», o algo por el estilo); pero no me cabe en la cabeza que le diga: «Cuando te haya asesinado, tengo intención de ponerte en la boca un gemelo con un monograma». Soy incapaz de imaginar a una persona diciendo algo semejante, ¡y eso que soy un hombre de considerable imaginación!

»Y permítame que le haga una última observación, mademoiselle. Si usted tuvo alguna culpa en el trágico destino de Patrick y de Frances Ive, hubo tres personas tan culpables como usted o incluso más: Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus. Ellos se creyeron su mentira y pusieron a todo el pueblo en contra del reverendo Ive y de su esposa. Sin embargo, en el Pleasant, usted me dijo: “Cuando yo esté muerta, por fin se habrá hecho justicia”, y recalcó que estaba hablando de sí misma. “Cuando yo esté muerta”, dijo. Esto me hace pensar que usted ya sabía que Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus estaban muertos. Pero según los indicios de que disponemos, es posible que a esa hora aún no se hubieran cometido los asesinatos del hotel Bloxham.

—¡Pare, por favor, pare ya! —dijo Jennie, llorando.

—Dentro de un momento, con mucho gusto. Déjeme añadir únicamente que eran en torno a las ocho menos cuarto cuando usted dijo esas palabras: «Cuando yo esté muerta, por fin se habrá hecho justicia». Sin embargo, sabemos que el personal del hotel solo descubrió los tres asesinatos del Bloxham a las ocho y diez. Aun así, usted, Jennie Hobbs, tenía conocimiento de esos crímenes de antemano. ¿Cómo?

—¡Si deja de acusarme, se lo contaré todo! Estoy desesperada. Tener que guardar el secreto y mentir constantemente... ha sido un tormento. ¡No lo soporto más!

—*Bon* —dijo Poirot con calma. De repente, parecía mucho más amable—. Hoy ha sufrido una conmoción muy fuerte, ¿verdad? ¿Se ha convencido ya de que no puede engañar a Poirot?

—Me he convencido, sí. Deje que le cuente toda la historia, desde el principio. Será un gran alivio poder decir por fin la verdad.

Jennie habló durante un buen rato. Ni Poirot ni yo la interrumpimos hasta que ella misma dijo que había terminado. Lo que sigue son sus palabras: una relación que intenta ser fiel y exhaustiva de todo lo que nos contó.

Capítulo 19

Por fin la verdad

Destruí la vida del único hombre que he amado y, al hacerlo, también destruí la mía.

No esperaba que los acontecimientos fueran a tomar ese giro. Jamás habría imaginado que unas cuantas palabras tontas y crueles dichas por mí podrían precipitar un desastre tan tremendo. Debí pensármelo dos veces y mantener la boca cerrada, pero me sentía herida y, en un momento de debilidad, dejé que el rencor hablara por mí.

Yo amaba a Patrick Ive con todos y cada uno de los huesos y músculos de mi cuerpo. Traté de evitarlo. Estaba prometida para casarme con Sam Hobben cuando empecé a trabajar para Patrick como limpiadora de sus habitaciones en el Saviour College de Cambridge, donde él estudiaba. Sam me gustaba, pero mi corazón fue de Patrick a las pocas semanas de conocerlo, y desde el principio supe que por mucho que intentara cambiar mis sentimientos, no iba a conseguirlo. Patrick era todo lo bueno que puede ser una persona. Me tenía simpatía, pero me veía solamente como una criada. Incluso cuando aprendí a hablar como la hija de un profesor de Cambridge (como Frances Ive) seguí siendo, a los ojos de Patrick, una fiel sirvienta y nada más.

Por supuesto, yo sabía lo que había entre él y Nancy Ducane. Oí algunas conversaciones entre ellos que supuestamente no debería haber escuchado. De ese modo me enteré de lo mucho que él la amaba y no pude soportarlo. Hacía tiempo que había aceptado que no fuera mío, sino de Frances; pero fue intolerable descubrir que se había enamorado de otra mujer y que esa mujer no era yo.

Durante unos segundos fugaces, no más, quise castigarlo. Deseé causarle un daño semejante al que él me había causado a mí. Entonces me inventé una mentira ruin sobre él y —Dios me perdone— se la conté a Harriet Sippel. Sentí alivio mientras la contaba. Fue un consuelo pensar que las palabras de amor que Patrick le susurraba a Nancy y que yo había oído más de una vez no eran tuyas, sino un mensaje que el difunto William Ducane le enviaba a su viuda desde el más allá. Ya sé que nada de eso tiene sentido; pero durante unos segundos, mientras se lo contaba a Harriet Sippel, me pareció que era cierto.

Entonces Harriet se puso manos a la obra y empezó a decir cosas horribles e imperdonables acerca de Patrick por todo el pueblo, e Ida y Richard la apoyaron, algo que nunca comprendí. Ellos sabían en qué clase de víbora se había convertido Harriet tras la muerte de su marido. ¡Todos en el pueblo lo sabían! ¿Por qué se volvieron contra Patrick y se aliaron con ella? Yo sé la respuesta: por mi culpa. Richard e Ida sabían que el rumor no se había

originado en Harriet, sino en una criada que siempre había servido con lealtad a Patrick y que supuestamente no tenía ninguna razón para mentir.

Comprendí de inmediato que los celos me habían impulsado a cometer un error terrible y despreciable. Fui testigo del tremendo sufrimiento de Patrick y habría querido ayudarlos a él y a Frances, ¡pero no sabía cómo! Harriet había visto a Nancy entrar y salir de la vicaría por la noche. También Richard Negus la había visto. Si yo hubiera reconocido que había mentido, habría tenido que ofrecer otra explicación para las visitas nocturnas que Nancy le hacía a Patrick. Y Harriet no habría tardado en llegar a la conclusión correcta, guiándose por su propia intuición.

La vergonzosa verdad es que soy cobarde. A las personas como Richard Negus o Ida Gransbury no les importa lo que puedan pensar los demás, si creen que la razón está de su parte, pero a mí sí me importa. Siempre me he esforzado por causar una buena impresión. Si hubiera confesado mi mentira, todo el pueblo me habría odiado, y con razón. No soy una persona fuerte, monsieur Poirot. No dije ni hice nada, porque tenía miedo. Entonces Nancy, espantada al ver que la gente se creía la mentira, dio un paso al frente y dijo la verdad: que Patrick y ella estaban enamorados y se habían estado viendo en secreto, aunque no había sucedido nada físico entre ellos.

El esfuerzo de Nancy por defender a Patrick no hizo más que empeorar las cosas. «No solo es un charlatán que estafa a los fieles de la parroquia y se burla de su Iglesia, sino además un adúltero», empezaron a decir todos. Frances no pudo soportarlo y se quitó la vida. Cuando Patrick la encontró, supo que no podría seguir viviendo con esa culpa, ya que, después de todo, su amor por Nancy había sido la causa de todos los males. Le había fallado a Frances, de modo que él también se quitó la vida.

El médico del pueblo dijo que las dos muertes habían sido accidentales, pero no era cierto. Fueron dos suicidios, otro pecado más a los ojos de una beata como Ida Gransbury y de aquellos como Harriet Sippel, que solo ansiaban castigar a los demás. De hecho, Patrick y Frances dejaron sendas notas. Yo las encontré y se las entregué al médico, Ambrose Flowerday. Creo que las quemó. Dijo que no tenía intención de contribuir aún más a los rumores contra Patrick y Frances. El doctor Flowerday estaba muy dolido por el modo en que todo el pueblo los había hostigado.

La muerte de Patrick me destruyó el corazón, y desde entonces no me he recuperado, monsieur Poirot. Habría querido morir, pero tras el fallecimiento de Patrick, sentí que debía permanecer con vida, para amarlo y honrar su memoria, como si de esa manera fuera posible contrarrestar lo que pensaban todos los demás en Great Holling, que lo consideraban una especie de demonio.

Mi único consuelo fue que no estaba sola en mi desdicha. Richard Negus se sentía avergonzado por su papel en la tragedia. Entre los que denigraron y persiguieron a Patrick, él fue el único que cambió de idea. Cuando Nancy hizo su revelación, él comprendió enseguida que mi extravagante mentira era muy poco verosímil.

Antes de mudarse a casa de su hermano en Devon, Richard vino a verme y me lo preguntó directamente. Yo habría querido decirle que no había ni pizca de verdad en el rumor que había iniciado, pero no me atreví. No dije nada. Me quedé muda, como si me hubieran cortado la lengua, y Richard tomó mi silencio por un reconocimiento de culpa.

Me fui de Great Holling poco después que él. Lo primero que hice fue acudir a Sammy en busca de ayuda, pero no podía quedarme en Cambridge —eran demasiados los recuerdos de Patrick—, de modo que vine a Londres. La idea fue de Sammy. Él encontró un empleo aquí en la ciudad y, gracias a unas personas que me presentó, también yo encontré trabajo. Sammy me adora tal como yo adoraba a Patrick. Es algo que debo agradecerle. Volvió a proponerme matrimonio, pero yo no podría casarme con él, aunque lo considero un amigo muy querido.

Cuando vine a Londres, se abrió un nuevo capítulo de mi vida, y aun así yo era incapaz de disfrutarlo. No pasaba un día sin que pensara en Patrick y en la agonía de no volver a verlo nunca más. Entonces, en septiembre, recibí una carta de Richard Negus. Habían transcurrido quince años, pero no tuve la sensación de que el pasado volviera a mi encuentro, porque en realidad yo nunca lo había dejado atrás.

Richard había conseguido mi dirección en Londres preguntando a la única persona en Great Holling que la conocía: el doctor Ambrose Flowerday. No sé por qué, pero quise que alguien del pueblo supiera adónde me había ido. Recuerdo que pensé, en aquel momento, que no quería desaparecer por completo, sin dejar rastro. Sentía como si...

No, no voy a decirlo. No es cierto que tuviera una clara premonición de que Richard Negus fuera a venir en mi busca y a pedirme ayuda para poner remedio a un viejo mal. Fue más bien un fuerte presentimiento, que habría sido incapaz de describir con palabras. Sabía que el pueblo de Great Holling no había terminado conmigo para siempre, ni yo con el pueblo. Por eso tuve la precaución de enviar al doctor Flowerday mi dirección de Londres.

En su carta, Richard decía que necesitaba verme, y a mí ni siquiera se me pasó por la mente la idea de negarme. Vino a Londres la semana siguiente y, sin preámbulos, me pidió que lo ayudara a remediar el error imperdonable que habíamos cometido muchos años atrás.

Yo le contesté que no creía posible remediar nada. Patrick había muerto y ya no había marcha atrás. Pero entonces Richard dijo:

—Sí, Patrick y Frances están muertos, y usted y yo nunca volveremos a ser felices. Pero ¿y si hiciéramos un sacrificio de la misma magnitud?

No lo entendí y le pregunté qué quería decir.

—Si fuimos los verdugos de Patrick y de Frances Ive, como creo, ¿no le parece justo que lo paguemos con nuestras vidas? ¿Por qué no somos capaces de disfrutar de las mismas alegrías que la vida ofrece al resto de la gente?

¿Por qué el tiempo no sana nuestra herida, como debería? ¿No será porque no merecemos vivir, mientras los pobres Patrick y Frances están bajo tierra? — Los ojos de Richard se oscurecieron conforme hablaba y, de su habitual tono castaño, casi viraron al negro—. La ley de este país castiga con la muerte a los que siegan la vida de un inocente —dijo—. Nosotros hemos burlado esa ley.

Podría haberle dicho que ni él ni yo habíamos empuñado un arma para matar a Patrick y a Frances, ya que esa era la realidad. Pero sus palabras resonaron tan poderosamente en mi interior que supe que estaba en lo cierto, aunque muchos habrían dicho lo contrario. Mientras él hablaba, mi corazón se llenó de algo parecido a la esperanza, por primera vez en quince años. Yo no podía devolverle la vida a Patrick, pero podía asegurarme de que se hiciera justicia.

—¿Me está proponiendo que me quite la vida? —le pregunté a Richard, ya que él no lo había dicho de forma explícita.

—No. Ni tampoco yo pienso quitarme la mía. Lo que tengo en mente no es un suicidio, sino una ejecución, a la que ambos nos ofreceremos de manera voluntaria. O al menos yo me ofreceré. No pienso obligarla.

—Usted y yo no somos los únicos culpables —le recordé.

—No —convino él. Lo que dijo acto seguido hizo que se me parara el corazón—. ¿Le sorprendería mucho saber que Harriet Sippel e Ida Gransbury están de acuerdo conmigo?

Le respondí que no me lo creía. En mi opinión, Harriet e Ida jamás admitirían ser culpables de nada tan cruel e imperdonable. Richard replicó que él había creído lo mismo al principio.

—Las convencí —me dijo—. La gente me escucha, Jennie. Siempre ha sido así. Para persuadir a Harriet y a Ida, no empecé por censurarlas a ellas, sino que les expresé con insistencia mi profundo pesar y mis deseos de remediar el daño causado. Me llevó años, tantos como los transcurridos desde la última vez que hablamos usted y yo, pero poco a poco Harriet e Ida empezaron a ver las cosas del mismo modo que yo. Son dos mujeres profundamente desdichadas: Harriet, desde que murió su marido, e Ida, desde que puse fin a mi compromiso con ella.

Abrí la boca para expresar mi incredulidad, pero Richard siguió hablando. Me aseguró que tanto Harriet como Ida habían asumido su responsabilidad en las muertes de Patrick y de Frances Ive, y que deseaban remediar el mal que habían causado.

—Los aspectos psicológicos de este asunto son fascinantes —dijo—. Harriet da su conformidad, mientras tenga alguien a quien castigar, aunque sea ella misma. No olvide que está ansiosa por reunirse con su marido en el cielo. Jamás podría aceptar la posibilidad de acabar en otro sitio.

Yo estaba boquiabierto. Dije que no podía creerlo, pero Richard replicó que

me convencería en cuanto hablara con Harriet e Ida y ellas me lo confirmarán. Insistió en que tenía que reunirme con ellas, para que comprobara cuánto habían cambiado.

Yo no podía imaginar que Harriet e Ida hubieran cambiado, y temía cometer un asesinato si me encontraba con cualquiera de ellas en una misma habitación.

—Debe tratar de comprender, Jennie —dijo Richard—. Yo les ofrecí una salida de su sufrimiento. Porque, ¡créame!, estaban sufriendo. Es imposible hacer tanto daño al prójimo sin quedar con el alma herida. Durante años, Harriet e Ida creyeron que su única salvación era aferrarse a la convicción de que habían obrado de forma correcta en lo referente a Patrick; pero, con el tiempo, empezaron a entender que yo les ofrecía algo mucho mejor: el verdadero perdón de Dios. El alma que ha pecado ansía la redención, Jennie. Cuanto más le negamos la posibilidad de alcanzarla, más intensa es su ansiedad. Gracias a mis decididos esfuerzos, Harriet e Ida comprendieron que la repugnancia que cada día cobraba más fuerza en su interior era simplemente desprecio por sus propios actos y por la vileza que intentaban hacer pasar por virtud, y no tenía nada que ver con los supuestos pecados de Patrick Ive.

Oyendo a Richard, empecé a comprender que incluso la persona más intransigente —incluso Harriet Sippel— podía dejarse persuadir por él. Tenía un modo de expresar las cosas que hacía ver el mundo de otra manera.

Me pidió autorización para traer a Harriet y a Ida a nuestro siguiente encuentro y yo, con dudas y miedo en el corazón, le dije que sí.

Aunque cuando se marchó yo ya me había creído todo lo que me había dicho, fue una auténtica conmoción para mí, dos días más tarde, encontrarme con Harriet Sippel e Ida Gransbury y comprobar por mí misma que realmente habían cambiado tanto como Richard aseguraba. O quizá fueran las mismas de siempre, pero empeñadas en aplicarse su despiadado rigor. Cuando las oí hablar del «pobre y querido Patrick» y de la «pobre e inocente Frances», volví a sentir por ellas el mismo odio ferviente que en el pasado. No tenían derecho a pronunciar esas palabras.

Los cuatro acordamos que era preciso hacer algo para corregir el mal. Éramos asesinos, quizá no a los ojos de la ley, pero sí a la luz de la verdad, y los asesinos deben pagar su culpa con su propia vida. Solo después de nuestra muerte Dios nos perdonaría.

—Los cuatro somos juez, jurado y verdugo —dijo Richard—. Nos ejecutaremos mutuamente.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Ida, mirándolo con adoración.

—He pensado una manera —dijo—. Yo me ocuparé de los detalles.

De ese modo, sin quejas ni alboroto, firmamos nuestras propias condenas a

muerte. Yo sentí únicamente un alivio inmenso. Recuerdo haber pensado que no tendría miedo de matar, si mi víctima no temía morir. «Víctima» no es el término correcto. No sé cuál sería.

Entonces Harriet dijo:

—Un momento. ¿Y Nancy Ducane?

Yo entendí lo que quiso decir antes de que lo explicara. «Sí, claro —pensé—. Es la misma Harriet Sippel de siempre». Cuatro muertes por una buena causa no eran suficientes para ella; necesitaba una quinta.

Richard e Ida le preguntaron qué quería decir.

—Nancy Ducane también debe morir —dijo Harriet, con una mirada fría como el pedernal—. Ella hizo caer al pobre Patrick en la tentación, pregonó su desvergüenza delante de todo el pueblo y le destrozó el corazón a Frances.

—¡No, no! —objeté yo alarmada—. Nancy jamás aceptaría dar su vida. Además... ¡Patrick la amaba!

—Es tan culpable como cualquiera de nosotros —insistió Harriet—. Debe morir. Todos debemos morir, todos los culpables, o de lo contrario nuestro sacrificio será en vano. Si vamos a hacerlo, debemos hacerlo bien. ¿Acaso no fue la revelación de Nancy lo que condujo a Frances Ive al suicidio? Y aparte de eso, yo sé algo que vosotros no sabéis.

Richard le exigió que nos lo dijera de inmediato. Entonces, con un brillo malicioso en la mirada, Harriet dijo:

—Nancy quería hacerle saber a Frances que Patrick era suyo. Habló movida por los celos y el rencor. Ella misma me lo reconoció. Es tan culpable como nosotros... o incluso más, en mi modesta opinión. Y si no se aviene a morir, entonces...

Richard pasó un buen rato con la cabeza apoyada sobre las manos. Harriet, Ida y yo esperamos en silencio. En ese momento, comprendí que Richard era nuestro cabecilla. Cuando finalmente hablara, las demás aceptaríamos sin más lo que él hubiera decidido, fuera lo que fuese.

Recé por Nancy. Yo jamás la había culpado por la muerte de Patrick, ni la culparía nunca.

—Muy bien —dijo Richard, aunque no parecía conforme—. Me entristece admitirlo, pero sí, es cierto. Nancy Ducane no debió tener tratos con un hombre casado, ni tampoco debió anunciar su relación con Patrick delante de todo el pueblo tal como lo hizo. De no haber sucedido todo eso, quizá Frances Ive no se habría quitado la vida. Desgraciadamente, Nancy Ducane también debe morir.

—¡No! —grité yo.

Solo podía pensar en lo que habría sentido Patrick si hubiera oído esas palabras.

—Lo siento, Jennie, pero Harriet tiene razón —dijo Richard—. Lo que pretendemos hacer es muy difícil y requiere mucho valor. No podemos exigirnos un sacrificio tan grande y a la vez dejar con vida a una persona que también fue culpable de lo ocurrido. No podemos exonerar a Nancy de toda culpa.

Yo habría querido gritar y huir de la sala, pero me obligué a permanecer sentada. Estaba segura de que Harriet había mentido acerca de la razón de Nancy para hablar en el King's Head. No podía creer que Nancy hubiera reconocido ante ella que había actuado movida por los celos y por el deseo de herir a Frances Ive, pero me daba miedo contradecir a Harriet y, además, no tenía ninguna prueba. Richard anunció entonces que necesitaría un tiempo para pensar la manera de poner en práctica nuestro plan.

Dos semanas después, vino a verme, solo. Me dijo que había decidido lo que haríamos. Él y yo seríamos los únicos en conocer toda la verdad, además de Sammy, por supuesto. A él nunca le oculto nada.

Le diríamos a Harriet y a Ida —me explicó Richard— que el plan consistía en matarnos mutuamente, tal como habíamos convenido, e incriminar a Nancy Ducane por nuestros asesinatos. Como Nancy vivía en Londres, todo tenía que ocurrir en la ciudad. En un hotel, sugirió Richard. Dijo que él pagaría todos los gastos.

Una vez en el hotel, sería sencillo: Ida mataría a Harriet, Richard mataría a Ida y yo a Richard. Cada verdugo, cuando le llegara el turno, colocaría un gemelo con las iniciales de Patrick Ive en la boca de la víctima y prepararía la escena del crimen para que fuera exactamente igual a las otras dos. De ese modo, la policía daría por supuesto que la misma persona había... causado las tres muertes. Iba a decir «asesinatos», pero no lo fueron. Fueron ejecuciones. ¿Saben una cosa? Nos dijimos que siempre que se ejecuta a un reo, hay un protocolo. Pensamos que el personal de la prisión debía de tener un procedimiento para tratar los cuerpos de los reos ejecutados. Fue idea de Richard colocar los cuerpos tal como quedaron: tratados con respeto y dignidad. «Ceremonialmente», dijo él.

Puesto que dos de las víctimas, Ida y Harriet, habrían indicado al hotel sus respectivas direcciones en Great Holling, sabíamos que no pasaría mucho tiempo antes de que la policía fuera al pueblo, preguntara a los vecinos y empezara a sospechar de Nancy. ¿Qué otra persona podía ser tan obviamente sospechosa? Sammy afirmaría entonces que la había visto salir corriendo del hotel, después del tercer asesinato, y que en la huida se le habían caído tres llaves. Así es: tres llaves. La llave de Richard también formaba parte del plan. Se suponía que Ida debía llevarse la llave de Harriet a su habitación, una vez que hubiera matado a su amiga y cerrado la puerta. Richard tenía que hacer lo mismo: llevarse las llaves de Ida y de Harriet, y cerrar con llave la puerta de Ida, cuando la hubiera matado. Entonces yo debía matar a Richard, cerrar su puerta y llevarme las tres llaves. Después, tenía que encontrarme con

Sammy delante del Bloxham y darle las tres llaves, que él se encargaría de introducir de alguna manera en casa de Nancy Ducane o, como finalmente sucedió, en el bolsillo de su abrigo, al cruzarse con ella por la calle. Así era como pensábamos incriminarla.

No creo que importe demasiado, pero debo decir que Patrick Ive nunca usó gemelos con monogramas. Que yo sepa, no tenía ninguno. Richard Negus encargó especialmente los gemelos, para poner a la policía sobre la pista. Mi sombrero en la cuarta habitación y la presencia de sangre también formaban parte de nuestro plan, para que ustedes pensarán que yo había sido asesinada allí, y que Nancy Ducane había vengado la muerte de su amante matándonos a los cuatro. Richard le pidió a Sammy que se ocupara de suministrar la sangre, que, por cierto, si les interesa saberlo, era de un gato callejero. También fue Sammy el encargado de dejar la nota en el mostrador de la recepción del hotel, aquella noche: la frase «QUE NUNCA JAMÁS DESCANSEN EN PAZ», seguida de los números de las tres habitaciones. Tenía que dejarla sobre el mostrador cuando nadie estuviera mirando, poco después de las ocho. Mi misión, mientras tanto, era permanecer con vida y asegurarme de que Nancy Ducane fuera ahorcada por los tres asesinatos, y posiblemente por los cuatro, si la policía acababa creyendo que yo también había muerto.

¿Cómo iba a conseguirlo? Al ser la cuarta persona que Nancy habría deseado matar —la cuarta persona responsable de lo ocurrido a Patrick—, tenía que hacer saber a la policía que temía por mi vida. Eso fue lo que hice en el café Pleasant, y usted fue mi público, monsieur Poirot. Tiene razón: lo engañé. También acierta cuando dice que yo había oído hablar a las camareras del Pleasant del detective extranjero que acudía todos los jueves a las siete y media en punto, y que en algunas ocasiones cenaba acompañado de un amigo de Scotland Yard, mucho más joven. Cuando oí a las chicas hablar de usted, me dije que había encontrado a la persona perfecta.

Sin embargo, monsieur Poirot, una de sus conclusiones es incorrecta. Ha dicho usted que mi afirmación, «Cuando yo esté muerta, por fin se habrá hecho justicia», solo podía indicar que ya sabía que los otros tres culpables estaban muertos. Pero no fue así. Yo no sabía si Richard, Harriet e Ida estaban vivos o muertos, porque para entonces yo había estropeado todo el plan. Cuando dije esas palabras, únicamente sabía que según lo acordado con Richard, yo tenía que sobrevivirlos. Así que ya ve, puede que aún estuvieran con vida cuando dije lo que dije.

Hay algo que debe quedar claro: había dos planes, el que Harriet e Ida aceptaron, y otro muy diferente, que solo conocíamos Richard y yo. Hasta donde sabían Harriet e Ida, los acontecimientos se desarrollarían de la siguiente manera: Ida mataría a Harriet, Richard mataría a Ida y yo a Richard. Después, yo fingiría mi propio asesinato en el Bloxham, utilizando la sangre que conseguiría Sammy, pero viviría el tiempo suficiente para ver a Nancy Ducane ahorcada. A continuación, me quitaría la vida. Si por alguna causa Nancy no acababa en la horca, entonces yo la mataría y después me suicidaría. Tenía que ser la última en morir, porque era preciso interpretar un papel. Soy muy buena actriz, cuando quiero. Cuando hablé con usted en el café Pleasant, monsieur Poirot... Harriet Sippel habría sido incapaz de ofrecer

la misma actuación. Ni tampoco Ida o Richard. Tenía que ser yo la que quedara con vida.

Pero el plan que Harriet e Ida conocían no eran los verdaderos designios de Richard. Cuando se encontró conmigo a solas, dos semanas después de nuestra primera reunión en Londres con Harriet e Ida, me dijo que la idea de incriminar a Nancy le causaba gran preocupación. Lo mismo que yo, no creía que Nancy le hubiera reconocido a Harriet que su declaración en el King's Head hubiera estado motivada por cualquier otra razón que no fuera defender a Patrick de las mentiras.

Por otro lado, Richard comprendía el punto de vista de Harriet. Las muertes de Patrick y de Frances Ive habían sido el producto de la conducta censurable de varias personas, y era difícil dejar a Nancy Ducane fuera del grupo de los culpables.

Mi sorpresa y mi terror fueron mayúsculos cuando Richard me confesó que había sido incapaz de llegar a una decisión en el caso de Nancy y que, por lo tanto, aceptaría lo que yo decidiera. Cuando Harriet, Ida y él estuvieran muertos —me dijo—, yo podría elegir entre hacer lo posible para que Nancy fuera condenada, o bien quitarme la vida y dejar una nota diferente para el personal del hotel: en lugar de una que dijera «QUE NUNCA JAMÁS DESCANSEN EN PAZ», otra donde explicara el verdadero motivo de nuestras muertes.

Le rogué a Richard que no me cargara con el peso de esa decisión.

—¿Por qué yo? —Quise saber.

—Porque usted, Jennie —me respondió él, y es algo que nunca olvidaré—, usted es la mejor de nosotros. Usted nunca hizo gala de su propia virtud. Sí, es cierto, contó una mentira, pero comprendió su error en cuanto las palabras salieron de su boca. Yo creí en sus falsedades durante un tiempo inexcusablemente largo, sin disponer de ninguna prueba, y contribuí a montar una campaña contra un hombre bueno e inocente..., un hombre con defectos, sí, desde luego. No era ningún santo. Pero ¿quién de nosotros es perfecto?

—De acuerdo —le dije a Richard—. Tomaré esa decisión.

Me sentí halagada por sus elogios, supongo.

Así nacieron nuestros planes. ¿Quieren que les cuente ahora por qué todo salió mal?

Capítulo 20

Por qué todo salió mal

—Desde luego —dijo Poirot—. Cuéntenoslo. Catchpool y yo estamos impacientes por saberlo.

—Fue culpa mía —dijo Jennie, que para entonces tenía la voz ronca—. Soy una cobarde. Tenía miedo a la muerte. Aunque sin Patrick vivía desolada, me había habituado a mi infelicidad y no quería poner fin a mi vida. ¡Cualquier clase de vida, aunque esté llena de tormentos, es preferible a la nada! Por favor, no me censuren por ser tan poco cristiana, pero confieso que no estoy segura de creer en la otra vida. A medida que se acercaba la fecha acordada para las ejecuciones, mi miedo iba en aumento, miedo sobre todo de tener que matar. Pensaba lo que supondría: me imaginaba a mí misma, de pie en una habitación cerrada, viendo a Richard beber el veneno. No quería hacerlo. ¡Pero había aceptado! ¡Había dado mi palabra!

—El plan que le había parecido tan sencillo meses antes empezó a parecerle imposible —dijo Poirot—. Y, por supuesto, no podía mencionarle sus miedos a Richard Negus, que la tenía en tan alta estima. Si le hubiera reconocido sus dudas, su opinión acerca de usted habría empeorado. Además, existía la posibilidad de que él decidiera matarla a usted por su cuenta, con o sin su consentimiento.

—¡Eso es! Me daba pánico que tomara esa decisión. Por las conversaciones que había mantenido con él, yo sabía que consideraba muy importante que muriéramos los cuatro. En una ocasión, me dijo que si Harriet e Ida no se hubieran dejado convencer, él habría hecho «lo que era necesario, incluso sin su consentimiento». Así lo expresó. Sabiendo eso, ¿cómo iba a decirle que había cambiado de idea y que no estaba dispuesta a morir ni a matar?

—Imagino que se reprochaba a sí misma su reticencia, mademoiselle. Porque usted pensaba que matar y morir era lo más correcto y honorable en esta situación, ¿verdad?

—Con la parte racional de mi ser, sí —dijo Jennie—. Tenía la esperanza de encontrar en mi interior una reserva añadida de coraje que me permitiera llegar hasta el final. Rezaba para encontrarla.

—¿Qué pensaba hacer con Nancy Ducane? —pregunté.

—No lo sabía. Mi pánico de la primera noche que hablé con usted, monsieur Poirot, era auténtico. ¡Era incapaz de decidir qué hacer! Permití que Sammy siguiera adelante con su historia de las llaves y que identificara a Nancy. Dejé que sucediera todo eso, repitiéndome a mí misma que en cualquier momento podría presentarme ante las autoridades y contar la verdad para salvarla.

Pero... no lo hice. Richard me creía mejor persona que él, pero se equivocaba. ¡Estaba muy equivocado!

»Hay una parte de mí que aún envidia a Nancy, porque Patrick la amaba, la misma parte rencorosa que inició la tragedia en Great Holling. Y además... yo sabía que si se descubría mi participación en una confabulación para culpar de asesinato a una mujer inocente, seguramente acabaría en la cárcel. Tenía miedo.

—Por favor, mademoiselle, díganos qué hizo usted. ¿Qué ocurrió el día de esas... ejecuciones en el hotel Bloxham?

—Yo tenía que llegar a las seis en punto. A esa hora habíamos acordado reunirnos.

—¿Los cuatro conspiradores?

—Sí, y también Sammy. Pasé el día entero mirando el reloj y viendo cómo se acercaba el instante fatal. Cuando estaban a punto de dar las cinco, supe que no iba a ser capaz. ¡Imposible! No fui al hotel. En lugar de eso, me puse a correr por las calles de Londres, llorando de miedo. No sabía adónde ir, ni qué hacer, de modo que corrí y corrí. Sentía como si Richard Negus me estuviera buscando, furioso porque yo lo había abandonado. Fui al café Pleasant a la hora prevista, pensando que al menos podría cumplir esa parte de mi promesa, ya que no había sido capaz de matar a Richard como se esperaba de mí.

»Cuando llegué al café, era cierto que temía por mi vida. No fue ninguna actuación lo que usted vio. No pensaba que Nancy quisiera matarme, sino Richard. Y lo que es más, estaba convencida de que si lograba acabar con mi vida, estaría haciendo lo correcto, ¡porque yo merecía morir! No le dije nada que no fuera verdad, monsieur Poirot. Recuerde por favor lo que le dije.

»¿Que temía ser asesinada? Era cierto: temía que Richard me matara. ¿Que había hecho algo terrible en el pasado? Era verdad, y en caso de que Richard me encontrara y me matara, como yo pensaba que haría algún día, sinceramente no quería que sufriera ningún castigo. Yo sabía que lo había defraudado. ¿Puede entenderlo? Aunque Richard deseara morir, yo quería que viviera. Pese al daño que le había hecho a Patrick, él era un hombre bueno.

—*Oui*, mademoiselle.

—Habría querido decirle la verdad aquella noche, monsieur Poirot, pero no tuve valor.

—Entonces ¿usted creía que Richard Negus iba a perseguirla para matarla, por no haberse presentado en el hotel Bloxham para matarlo a él?

—Sí. Supuse que no aceptaría morir, sin averiguar antes la razón por la que yo no había acudido al hotel, tal como habíamos planeado.

—Sin embargo, lo aceptó —dije yo, esforzándome por pensar a gran velocidad.

Jennie asintió.

De pronto, me daba cuenta de que todo tenía sentido, por ejemplo, las posturas idénticas de los tres cadáveres: en línea perfectamente recta, entre una mesa baja y un sillón, con los pies orientados hacia la puerta. Como había dicho Poirot, era muy poco probable que Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus hubieran caído por sí mismos en esa posición exacta.

Había una cantidad sospechosamente grande de similitudes entre las tres escenas del crimen, y yo creía haber encontrado la razón: los conspiradores necesitaban hacer creer a la policía que había un solo asesino. De hecho, cualquier detective merecedor de su sueldo lo habría deducido simplemente por los gemelos hallados en las bocas de los cadáveres y por el hecho de que los tres cuerpos habían aparecido la misma noche, en el mismo hotel. Pero los verdugos se dejaron llevar por la paranoia. Como ellos sabían que eran más de uno, temieron —como suelen temer los culpables— que la verdad pudiera resultar evidente para los demás. En consecuencia, se tomaron el trabajo de crear unas escenas del crimen mucho más similares entre sí de lo que habría sido estrictamente necesario.

La disposición de los cadáveres, cuidada e idéntica al milímetro, también encajaba con el concepto de que las muertes del hotel Bloxham no hubieran sido asesinatos, sino ejecuciones. Existen ciertos procedimientos que suelen seguirse después de una ejecución: formalidades y rituales. Debió de parecer importante —pensé— hacer algo con los cuerpos, en lugar de dejarlos sin más donde habían caído, tal como habría hecho un asesino corriente.

Me vino a la mente una imagen de una Jennie Hobbs mucho más joven, en el Saviour College de la Universidad de Cambridge, pasando de una habitación a otra para hacer las camas. Supuse que las haría todas de la misma manera, siguiendo la pauta prescrita... Me estremecí, y me pregunté por qué me causaba tal escalofrío la imagen de una mujer joven que pasaba de cuarto en cuarto, arreglando inocentemente las camas de un colegio mayor.

Camas y lechos de muerte...

Pautas y alteración de pautas...

—Richard Negus se suicidó —me oí decir—. Tiene que haber sido así. Intentó que pareciera un asesinato; trató de aplicar en su caso la misma pauta que en las otras dos muertes, para que sospecháramos de un mismo asesino. Pero tuvo que cerrar la puerta desde dentro. Después, escondió la llave detrás de la baldosa de la chimenea, para que pareciera que el asesino se la había llevado, y abrió la ventana de par en par. Si alguien hallaba alguna vez la llave oculta, se habría preguntado, como de hecho nos preguntamos nosotros, por qué habría decidido el asesino cerrar la puerta desde dentro, esconder la llave en la habitación y escapar por la ventana; aun así, habríamos seguido pensando que el asesino era uno solo. Y eso era lo único que importaba a

Negus. En cambio, si la ventana hubiera quedado cerrada y alguien hubiera hallado la llave, habríamos sacado la única conclusión posible: que Richard Negus se había quitado la vida. No podía arriesgarse a que llegáramos a esa conclusión, ¿lo ven ustedes? Si hubiéramos pensado así, entonces la incriminación de Nancy Ducane por los tres asesinatos habría fracasado. Habríamos deducido más probablemente que Negus había matado a Harriet Sippel y a Ida Gransbury, antes de quitarse él mismo la vida.

—Sí —dijo Jennie—. Creo que tiene razón.

—La diferente posición del gemelo... —murmuró Poirot y arqueó las cejas, para indicarme que siguiera yo.

Así lo hice:

—El gemelo estaba cerca de la garganta de Negus, porque las convulsiones agónicas producidas por el veneno le hicieron abrir la boca. Él se lo había puesto entre los labios, después de acostarse en el suelo con el cuerpo en línea recta, pero se le cayó al fondo de la boca. A diferencia de Harriet Sippel y de Ida Gransbury, él no murió acompañado de un verdugo y, por esa causa, no conseguí que el gemelo quedara cuidadosamente situado en el lugar acordado.

—Mademoiselle Jennie, ¿usted cree que el señor Negus habría tomado el veneno y se habría acostado en el suelo para morir, sin tratar de averiguar de antemano por qué no se había presentado usted en el hotel? —preguntó Poirot.

—No lo creía, hasta que leí la noticia de su muerte en el periódico.

—Ya veo.

La expresión de Poirot era impenetrable.

—Durante mucho tiempo, Richard había pensado morir ese jueves por la noche. Estaba ansioso por poner fin a su culpa y su tormento, después de tantos años —dijo Jennie—. Creo que lo que quería, cuando llegó al Bloxham, era acabar de una vez con todo; por eso, al ver que yo no llegaba para matarlo como habíamos planeado, se suicidó.

—Gracias, mademoiselle.

Poirot se puso de pie y tuvo que tambalearse un poco hasta encontrar el equilibrio, después de pasar tanto tiempo sentado.

—¿Qué ocurrirá conmigo, monsieur Poirot?

—Le ruego que se quede aquí, en esta casa, hasta que el señor Catchpool o yo regresemos con más información. Si de huir por segunda vez, le aseguro que le irá muy mal.

—También me irá muy mal si me quedo —dijo Jennie. Tenía la mirada lejana y vacía—. Todo está bien, señor Catchpool. No se preocupe por mí. Estoy preparada.

Sus palabras, expresadas sin duda con el propósito de tranquilizarme, me llenaron de aprensión. Su actitud era la de alguien que ha vuelto la mirada al futuro y ha visto sucesos terribles. Fueran los que fuesen, yo no estaba preparado para esos sucesos, ni quería estarlo.

Capítulo 21

Todos los demonios están aquí

Aparte de decirme dos veces que debíamos viajar sin demora a Great Holling, Poirot permaneció en silencio durante todo el camino a casa. Parecía preocupado y era evidente que no quería hablar.

Cuando llegamos a nuestra casa de huéspedes, encontramos al agente Stanley Beer, que nos estaba esperando.

—¿Qué pasa? —le preguntó Poirot—. ¿Ha venido a hablar de la obra de arte que le envié?

—¿Disculpe, señor? ¡Ah! ¿Su escudo? No, eso estaba bien, señor. De hecho... —Beer sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó—. Aquí encontrará la respuesta.

—Gracias, agente. Entonces debe de haber ocurrido algo, ¿no? Parece usted ansioso.

—Sí, señor. Hemos recibido una llamada en Scotland Yard de parte de un tal Ambrose Flowerday, médico de Great Holling. Pide que el señor Catchpool acuda de inmediato. Dice que es necesaria su presencia en el pueblo.

Poirot me miró y después se volvió hacia Stanley Beer.

—Teníamos intención de ir al pueblo de inmediato. ¿Sabe por qué razón desea ver a Catchpool el doctor Flowerday?

—Me temo que sí. No es un asunto agradable, señor. Una mujer llamada Margaret Ernst ha sido atacada. Está agonizando...

—Oh, no —murmuré.

—... y dice que necesita ver al señor Catchpool antes de morir. Después de lo que me ha dicho el doctor Flowerday, yo le aconsejaría que se dé prisa, señor. Hay un coche en la puerta para llevarlo a la estación.

Pensando en la índole metódica de Poirot y en su rechazo de toda acción precipitada, dije:

—¿Tenemos media hora para prepararnos?

Beer echó un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca.

—Cinco minutos, diez como máximo, señor..., si no quiere perder el próximo

tren.

Debo reconocer con cierta vergüenza que Poirot bajó de su habitación con la maleta preparada mucho antes que yo.

—¡Dese prisa, *mon ami*! —me instó.

En el coche, decidí que necesitaba hablar, aunque Poirot no se sintiera particularmente locuaz.

—Si yo no me hubiera acercado a ese pueblo infernal —dije en tono sombrío—, no habrían atacado a Margaret Ernst. Alguien me vería entrar en su casa y se fijó en el tiempo que estuve dentro.

—Se quedó lo suficiente para que ella le contara todo, o casi todo. ¿Qué sentido tiene tratar de matarla ahora, cuando ya le ha contado a la policía todo lo que sabía?

—Venganza... Castigo... Aunque, francamente, no tiene sentido. Si Nancy Ducane es inocente, y Jennie Hobbs y Samuel Hobben están detrás de todo esto (es decir, si no hay ninguna otra persona viva que esté detrás de todo esto), entonces ¿por qué querrían Jennie y Hobben matar a Margaret Ernst? Ella no dijo nada que pudiera incriminarlos y tampoco les hizo ningún daño a Patrick ni a Frances Ive.

—Estoy de acuerdo. Hasta donde yo sé, Jennie Hobbs y Samuel Hobben no deberían tener ningún motivo para asesinar a Margaret Ernst.

La lluvia azotaba las ventanas de nuestro coche. Costaba trabajo oír la conversación y también concentrarse.

—Entonces ¿quién fue? —pregunté—. ¡Y pensar que creíamos tener todas las respuestas!

—¿No me dirá que usted lo creía, Catchpool?

—Claro que sí. Supongo que ahora me dirá usted que estaba equivocado, pero todo parecía cuadrar, ¿verdad? Todo resultaba bastante sencillo y directo, hasta que nos enteramos del ataque que ha sufrido Margaret Ernst.

—¡Sencillo y directo, dice! —exclamó Poirot, con la cara vuelta hacia la ventana del coche, salpicada de lluvia.

—Bueno, a mí me lo pareció. Todos los asesinos están muertos. Ida mató a Harriet, con su consentimiento, y Richard Negus la mató a ella, también con su autorización. Entonces Negus, al ver que Jennie no se presentaba a la hora acordada para matarlo, se suicidó. Jennie Hobbs y Samuel Hobben no han matado a nadie. Por supuesto, ellos participaron en la confabulación para causar esas tres muertes. Pero, en mi opinión, no podemos considerarlas como asesinatos, sino más bien como...

—Ejecuciones con el consentimiento del reo.

—Exacto.

—Habían preparado un buen plan, ¿verdad? Harriet Sippel, Ida Gransbury, Richard Negus y Jennie Hobbs. Si por el momento los llamamos A, B, C y D, apreciaremos con más claridad la perfección de su plan.

—¿Por qué no podemos llamarlos por sus nombres? —pregunté.

Poirot no prestó atención a mi pregunta.

—A, B, C y D viven atormentados por el sentimiento de culpa y ansían la redención de su alma. Reconocen que deben pagar con su vida un pecado cometido en el pasado y preparan un plan para matarse mutuamente: B mata a A; después C mata a B, y a continuación D mata a C.

—Solo que D no mató a C, ¿no es eso? D es Jennie Hobbs y ella no mató a Richard Negus.

—Quizá no, pero se suponía que debía matarlo. Era el plan. Además, D tenía que permanecer con vida para conseguir que E (Nancy Ducane) fuera condenada por los asesinatos de A, B y C. Solo entonces, D... —Poirot se interrumpió bruscamente—. D —repitió—. «Deceso». Es la palabra correcta.

—¿Qué?

—Para su crucigrama. Una palabra de seis letras que significa «óbito». ¿Se acuerda? Le sugerí «muerte», pero usted dijo que solo serviría si «muerte» empezara con...

Se interrumpió otra vez, negando con la cabeza.

—Si «muerte» empezara con D. Sí, lo recuerdo. ¿Se siente bien, Poirot?

Sus ojos tenían ese extraño fulgor verde que adquieren a veces.

—*Comment? Mais bien évidemment!* ¡Si «muerte» empezara con D! ¡Por supuesto! ¡Eso es! *Mon ami*, ¡no sabe cuánto me ha ayudado! Ahora creo que... sí, eso es. Tiene que ser así. El hombre joven y la mujer mayor... ¡ah, ahora todo encaja!

—Explíquemelo, por favor.

—Sí, desde luego. Cuando esté listo.

—¿Por qué no está listo, ahora? ¿A qué espera?

—Tiene que concederme más de veinte segundos para componer y ordenar mis ideas, Catchpool. Es necesario, si tengo que explicarlas a alguien como usted, que no entiende las cosas. Sus palabras me demuestran que no ha

comprendido nada. Habla de tener todas las respuestas, pero ¿no se ha dado cuenta de que la historia que nos contó Jennie Hobbs esta mañana era un complejo entramado de mentiras? ¿No lo ha notado?

—Bueno..., en realidad..., hum...

—¿Richard Negus presta oídos a Harriet Sippel y se convence de que quizá Nancy Ducane debería ser ahorcada por tres asesinatos que no cometió? ¿Está dispuesto a dejar que el destino de Nancy lo decida Jennie Hobbs? ¿Richard Negus? ¿El líder, la figura de autoridad? ¿El mismo Richard Negus que durante dieciséis años vivió bajo el peso de la culpa por haber condenado de forma injusta a Patrick Ive? ¿El mismo que comprendió demasiado tarde que era un error censurar y perseguir a un hombre por sus comprensibles debilidades humanas? ¿El mismo hombre que puso fin a su compromiso con Ida Gransbury, porque ella insistía dogmáticamente en que cada transgresión debía ser castigada con la mayor severidad? ¿Cree usted que ese mismo Richard Negus habría concebido por un momento la idea de permitir que Nancy Ducane, cuyo único delito había sido amar a un hombre casado, fuera condenada por un tribunal y acabara quizá en el patíbulo por tres asesinatos que no había cometido? ¡No! ¡No tiene sentido! No hay coherencia en la historia. Es una fantasía fabricada por Jennie Hobbs para engañarnos una vez más.

Yo escuché la mayor parte de su discurso con la boca abierta.

—¿Está seguro, Poirot? Tengo que decirle que yo le creí.

—¡Claro que estoy seguro! ¿Acaso no nos dijo Henry Negus que su hermano Richard pasó dieciséis años recluido en su casa, sin ver a nadie y prácticamente sin hablar? Sin embargo, según Jennie Hobbs, habría pasado esos mismos años intentando convencer a Harriet Sippel y a Ida Gransbury de que eran responsables de las muertes de Patrick y de Frances Ive, y de que debían pagarlo con su vida. ¿Cómo logró hacer Richard Negus ese trabajo de persuasión, sin que su hermano Henry advirtiera sus frecuentes contactos con dos mujeres de Great Holling?

—En eso tiene usted razón. No lo había pensado.

—Es un detalle menor. ¿No ha notado otros errores más sustanciales en la historia de Jennie?

—Sembrar pruebas falsas para culpar de asesinato a un inocente no deja de ser un error espantoso.

—¡Catchpool! No le estoy hablando de errores morales, sino de hechos *materialmente imposibles*. ¿Así me obliga usted a explicarle las cosas antes de estar listo? ¿Exasperándome? *Bien*, le señalaré un detalle, con la esperanza de que quizá le sirva para encontrar otros por sí mismo. Según Jennie Hobbs, ¿cómo acabaron las llaves de las habitaciones 121 y 317 del hotel Bloxham en el abrigo azul de Nancy Ducane?

—Las puso allí Samuel Hobben. Para incriminar a Nancy.

—¿Se las deslizó en el bolsillo por la calle?

—Sí, supongo que habrá sido bastante fácil.

—Muy bien, pero ¿cómo consiguió las llaves el señor Hobben? Se suponía que Jennie tenía que recogerlas, junto con la llave de la habitación 238, cuando fuera a matar a Richard Negus. Según el plan, tenía que darle las tres llaves a Samuel Hobben, una vez que hubiera cerrado la puerta de la habitación 238. Sin embargo, de acuerdo con su versión, ella no fue a la habitación de Richard Negus. Ni siquiera se presentó en el hotel Bloxham la noche de los asesinatos. El señor Negus cerró su puerta desde dentro y se suicidó, después de ocultar la llave detrás de una baldosa floja de la chimenea. ¿Cómo consiguió Samuel Hobben hacerse con las otras dos llaves?

Esperé un momento, por si se me ocurría la respuesta. Pero no se me ocurrió.

—No lo sé.

—Quizá al ver que Jennie Hobbs no llegaba, Samuel Hobben y Richard Negus improvisaron: Hobben mató a Negus y se llevó las llaves de Harriet Sippel y de Ida Gransbury, que encontró en la habitación. Pero en ese caso, ¿por qué no se llevó también la llave del señor Negus? ¿Por qué la escondió detrás de la baldosa floja de la chimenea? La única explicación razonable es que Richard Negus quería que su suicidio pareciera un asesinato. Pero para eso, *mon ami*, habría sido mucho más sencillo pedirle a Samuel Hobben que se llevara la llave de la habitación. No habría sido necesario dejar la ventana abierta, para crear la impresión de que el asesino había huido de esa forma.

Comprendí la fuerza de su argumento.

—Puesto que Richard Negus había cerrado su puerta desde dentro, ¿cómo consiguió Samuel Hobben entrar en la habitación 238 y recoger las llaves de las habitaciones 121 y 317?

—*Précisément*.

—¿No se habrá metido por la ventana abierta, después de trepar por el árbol?

—¡Piense, Catchpool! Jennie Hobbs ha dicho que ella no fue al hotel Bloxham esa noche. Por lo tanto, hay dos posibilidades: o bien Samuel Hobben se puso de acuerdo con Richard Negus y colaboró para que el plan funcionara sin Jennie, o bien los dos hombres no colaboraron. Si no hubo cooperación entre ellos, entonces ¿por qué iba a meterse el señor Hobben por la ventana de la habitación del señor Negus, para llevarse las dos llaves? ¿Qué razón iba a tener para hacerlo? Y si los dos hombres estaban de acuerdo, entonces Samuel Hobben tendría que haberse llevado tres llaves, para ponerlas en el bolsillo de Nancy Ducane, y no dos. Además, si es cierto que Richard Negus se suicidó, como usted cree ahora, y el gemelo le rodó hasta la garganta, entonces ¿quién colocó su cuerpo en línea perfectamente recta? ¿Le parece

posible que un hombre ingiera veneno y después consiga dejar su cadáver en una posición hasta tal punto ordenada? *Non! Ce n'est pas possible* .

—Tendré que pensarlo con más calma en otro momento —repliqué—. Ahora mismo me da vueltas la cabeza. Y la tengo llena de un remolino de preguntas que antes no me había planteado.

—¿Por ejemplo?

—¿Por qué pidieron sándwiches y pastelitos para el té nuestras tres víctimas, y después no los comieron? Y si no comieron lo que habían pedido, ¿por qué no estaban llenos los platos, en la habitación de Ida Gransbury? ¿Qué pasó con la comida?

—¡Ah! Ahora piensa usted como un auténtico detective. ¡Hércules Poirot le está enseñando a utilizar la materia gris!

—¿Usted ya había pensado en esa... discrepancia respecto a la comida?

—*Bien sûr* . Entonces ¿por qué no le pedí a Jennie Hobbs que lo explicara, cuando le pregunté por otros muchos detalles que no encajaban? No lo hice, porque prefería que pensara que nos habíamos creído toda su historia. Por lo tanto, no podía hacerle una pregunta que ella no pudiera responder.

—¡Poirot! ¡La cara de Samuel Hobben!

—¿Dónde, *mon ami* ?

—No, no quiero decir que haya visto su cara, sino que... ¿Recuerda que la primera vez que habló con él, en el Pleasant, se había hecho un corte en la cara mientras se afeitaba? ¿Recuerda que tenía un tajo en una pequeña área afeitada de la mejilla, mientras que el resto de la cara estaba cubierto de barba de varios días?

Poirot asintió.

—¿No podría ser que no se hubiera hecho el corte al afeitarse, sino al rozarse con la rama puntiaguda de un árbol? ¿Y si Samuel Hobben se hizo una herida en la cara mientras trataba de entrar o de salir por la ventana abierta de la habitación 238? Él sabía que tendría que venir a vernos, para contarnos la mentira de que había visto a Nancy Ducane salir corriendo del hotel, y no quería que relacionáramos el misterioso corte en su mejilla con el árbol de la ventana de Richard Negus, de modo que se afeitó ese trozo de piel.

—Para que nosotros creyéramos que se había hecho un corte profundo nada más empezar a afeitarse y lo había dejado —dijo Poirot—. Después, cuando me visitó en nuestra casa de huéspedes, ya no lucía barba de varios días, pero tenía la cara cubierta de cortes, para recordarme que era incapaz de afeitarse sin lacerarse la cara. *Eh bien* , si me lo creo, entonces supondré que todos los cortes que veo en su cara son heridas que se ha hecho él mismo mientras se afeitaba.

—¿Por qué no lo dice con más entusiasmo? —pregunté.

—Porque es demasiado evidente. Yo llegué a esa misma conclusión hace más de dos horas.

—Oh. —Me sentí desmoralizado—. ¡Espere un minuto! Si Samuel Hobben se hirió la mejilla en el árbol de la ventana de Richard Negus, eso significa que quizá sea cierto que trepó hasta su habitación, se metió por la ventana abierta y consiguió las llaves de las habitaciones 121 y 317, ¿no es así?

—Ahora no tenemos tiempo de analizar lo que eso pueda significar —dijo Poirot con voz severa—. Ya estamos llegando. Y de su pregunta se desprende que no ha escuchado usted con suficiente atención.

El doctor Ambrose Flowerday resultó ser un hombre alto y corpulento, de unos cincuenta años, con una mata de cabello oscuro que empezaba a encanecer en las sienes. Llevaba la camisa arrugada y con un botón de menos. Había dejado instrucciones para que lo buscáramos en la vicaría, de modo que allí estábamos, de pie en el gélido vestíbulo de techos altos y suelo de madera agrietada.

Parecía como si todo el lugar estuviese a la entera disposición del doctor Flowerday, para que lo usara como hospital provisional donde atender a una única paciente. Nos había abierto la puerta una mujer con uniforme de enfermera. En otras condiciones, me habría intrigado la situación, pero solo podía pensar en la pobre Margaret Ernst.

—¿Cómo está? —pregunté, cuando terminaron las presentaciones.

La expresión del doctor se crispó fugazmente en una mueca de angustia, pero enseguida se compuso.

—Solo me está permitido decir que se encuentra bien, dadas las circunstancias.

—¿Quién se lo ha permitido? —preguntó Poirot.

—Margaret. Ha dicho que no tolerará declaraciones derrotistas.

—¿Y es verdad lo que le ha pedido que diga?

Tras una breve pausa, el doctor Flowerday hizo un leve asentimiento.

—La mayoría de las personas no sobrevivirían mucho tiempo después de un ataque como el que ha sufrido ella. Margaret es fuerte física y mentalmente. Fue una agresión tremenda, pero ¡por todos los demonios!, la mantendré con vida, aunque para ello tenga que morirme yo.

—¿Qué le ocurrió?

—Dos canallas de la parte alta del pueblo vinieron al cementerio en plena

noche y... pues bien, hicieron cosas en la tumba de los Ive que prefiero no repetir. Margaret los oyó. Incluso mientras duerme está alerta. Oyó el ruido de un objeto metálico que golpeaba contra la piedra. Cuando salió corriendo para tratar de detenerlos, la atacaron con una pala que habían llevado. ¡Les daba igual matarla! Eso fue lo que pudo comprobar la policía local, cuando los arrestó unas horas más tarde.

—Discúlpeme, doctor —dijo Poirot—. ¿Se sabe quién le hizo esto a la señora Ernst? Los dos canallas que usted menciona... ¿han confesado?

—¡Y encima estaban orgullosos! —respondió el doctor con los dientes apretados.

—Entonces ¿están arrestados?

—Sí, claro. Los tiene la policía.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Frederick y Tobias Clutton, padre e hijo. Dos borrachos inútiles.

Me pregunté si el hijo sería el chiquillo inútil que había visto bebiendo con Stoakley en el King's Head. (Más tarde descubrí que sí: era el mismo).

—Dijeron que Margaret se había interpuesto en su camino. En cuanto a la tumba de los Ive... —El doctor Flowerday se volvió hacia mí—. Entienda, por favor, que no lo culpo a usted por esto, pero su visita lo removió todo. Lo vieron entrar en la casa de Margaret. Todos los vecinos saben lo que opina ella acerca de los Ive. Saben que la historia que usted oyó dentro de esa casa no podía presentar a Patrick Ive como un charlatán adúltero, sino como la víctima de una campaña de crueldad y difamación: la que ellos orquestaron. Por eso quisieron castigarlo otra vez. Como está muerto y fuera de su alcance, fueron a profanar su tumba. Margaret siempre ha dicho que sucedería algún día. Pasa las horas sentada junto a la ventana, día tras día, con la esperanza de sorprenderlos y detenerlos. ¿Sabe que ni siquiera conoció a Patrick y a Frances Ive? ¿Se lo ha dicho? Los Ive eran amigos míos. Su tragedia me duele a mí y su injusticia es mi obsesión. Sin embargo, desde el primer momento, Margaret se preocupó por ellos. La horrorizaba pensar que pudiera haber pasado algo así en la nueva parroquia de su marido. E hizo lo posible para que a él también le importara. Fue una suerte enorme que Margaret y Charles vinieran a Great Holling. Habría sido imposible encontrar mejor aliada... mejores aliados... —se corrigió enseguida el doctor Flowerday.

—¿Podemos hablar con Margaret? —pregunté.

Si estaba a punto de morir —y yo tenía la sensación de que así era, pese al empeño del médico por impedirlo—, entonces quería oír lo que tuviera que decir, mientras todavía estuviéramos a tiempo.

—Por supuesto —contestó Ambrose Flowerday—. Se pondría furiosa conmigo si no lo llevara a verla.

Poirot, la enfermera y yo fuimos tras él, por una escalera de madera sin alfombrar, hasta uno de los dormitorios. Intenté no dejar traslucir mi desagradable impresión al ver las vendas, la sangre y los verdugones azules y morados que cubrían la cara de Margaret Ernst. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Están aquí, Ambrose? —preguntó ella.

—Sí.

—*Bonjour*, madame Ernst. Mi nombre es Hércules Poirot. No hay palabras para expresar lo mucho que siento su...

—Llámeme Margaret, por favor. ¿Ha venido el señor Catchpool con usted?

—Sí, estoy aquí —conseguí articular.

El hecho de que un hombre, cualquier hombre, fuera capaz de hacerle tanto daño a una mujer estaba más allá de mi capacidad de comprensión. No habían sido seres humanos quienes la habían atacado, sino auténticas bestias. Monstruos.

—¿Están intentando buscar expresiones amables que no me alarmen? —preguntó Margaret—. Tengo los ojos cerrados por la hinchazón y por eso no puedo verles las caras. Supongo que Ambrose les habrá dicho que estoy al borde de la muerte.

—*Non*, madame. No nos ha dicho nada de eso.

—¿Ah, no? Sin embargo, es lo que cree.

—Margaret, querida...

—Pero se equivoca. Estoy demasiado indignada para morir.

—Tiene algo que decirnos, ¿verdad? —preguntó Poirot.

Un ruido extraño salió de la garganta de Margaret, que me pareció levemente burlón.

—Sí, en efecto. Pero esperaba que no me lo preguntaran tan pronto, ni con tanta urgencia, como si tuviéramos una prisa espantosa, ¡como si mi próximo aliento pudiera ser el último! Ambrose les ha transmitido una impresión errónea si creen que estoy agonizando. Ahora necesito descansar. ¡Seguramente tendré que defenderme muchas veces más en el día de hoy contra injustas acusaciones de estar muriéndome! Ambrose, por favor, díles tú lo que necesiten saber.

Parpadeó apenas.

—Sí, si tú lo prefieres. —Con expresión de alarma, el médico cogió la mano de

su paciente—. ¿Margaret? ¡Margaret!

—Déjala —intervino la enfermera, que no había hablado hasta entonces—. Necesita dormir.

—Dormir —repitió el doctor Flowerday, con cierto aire de confusión—. Sí, desde luego. Necesita reposo.

—¿Qué quiere que nos cuente usted, doctor? —preguntó Poirot.

—¿Por qué no lleva a las visitas al salón? —sugirió la enfermera.

—No —respondió Flowerday—. No pienso separarme de ella. Y necesito hablar en privado con estos caballeros, así que voy a pedirle que nos conceda unos instantes, señorita.

La mujer asintió y salió de la habitación.

Flowerday se dirigió a mí:

—Imagino que ella le habrá contado la mayor parte de la historia, ¿verdad? ¿Le contó lo que este pueblo infernal les hizo a Patrick y a Frances?

—Probablemente conocemos la historia mejor de lo que usted piensa —dijo Poirot—. Hablé con Nancy Ducane y Jennie Hobbs, y me han dicho que las muertes de Patrick y de Frances Ive figuran como accidentales en los registros. Sin embargo, Margaret Ernst le dijo a Catchpool que los dos habían ingerido veneno deliberadamente, para quitarse la vida. Ella primero y él después. Un veneno llamado abrina.

Flowerday asintió.

—Es verdad. Frances y Patrick dejaron sendas notas: sus últimas palabras para el mundo. Yo comuniqué a las autoridades que, en mi opinión, las muertes habían sido accidentales. Mentí.

—¿Por qué? —preguntó Poirot.

—El suicidio es un pecado ante los ojos de la Iglesia. Tras la lluvia de maledicencia que había soportado Patrick, no podía tolerar que cayera otra mancha sobre su buen nombre. Y la pobre Frances, que no había hecho ningún mal y era una buena cristiana...

—*Oui. Je comprends*.

—Además, había varias personas que se habrían regocijado infinitamente de haber sabido que sus acciones habían empujado a los Ive al suicidio. No quería brindarles esa satisfacción, en particular a Harriet Sippel.

Dijo Poirot:

—¿Puedo preguntarle una cosa, doctor Flowerday? Si yo le dijera que Harriet Sippel llegó a arrepentirse de su despreciable tratamiento a Patrick Ive, ¿le parecería verosímil?

—¿Harriet, arrepentirse? —Ambrose Flowerday rio sin alegría—. Si me dijera eso, pensaría que se ha vuelto loco, monsieur Poirot. Harriet no se arrepentía de nada de lo que hizo. Yo tampoco, si quiere saberlo. Me alegro de haber mentido hace dieciséis años. Lo volvería a hacer. Le diré una cosa: la campaña dirigida por Harriet Sippel e Ida Gransbury contra Patrick Ive fue maligna. No hay otra palabra para describirla. A un hombre culto como usted le resultará familiar *La tempestad*. «El infierno está vacío...».

—«... y todos los demonios están aquí» —completó la cita Poirot.

—Así es. —Después, el doctor Flowerday se volvió hacia mí—. Por esa razón, Margaret no quería que usted hablara conmigo, señor Catchpool. Ella también se alegra de que hayamos mentido por el buen nombre de Patrick y de Frances, pero es más precavida que yo. Temía que yo presumiera ante usted de mi rebeldía, como acabo de hacer. —Sonrió con tristeza—. Sé que ahora tendré que aceptar las consecuencias. Perderé la licencia para ejercer la medicina y posiblemente mi libertad. Tal vez lo merezco, ya que mi mentira mató a Charles.

—¿El marido de Margaret? —dije yo.

El médico asintió.

—A Margaret y a mí no nos importaba que la gente susurrara y nos llamara mentirosos cuando íbamos por la calle, pero a Charles le preocupaba muchísimo. Su salud se resintió. Si yo hubiera estado menos empeñado en combatir el mal en este pueblo, quizá Charles aún estaría vivo.

—¿Dónde están las notas que dejaron los Ive antes de suicidarse? —preguntó Poirot.

—No lo sé. Se las di a Margaret hace dieciséis años. Nunca le he preguntado qué hizo con ellas.

—Las quemé.

—¡Margaret! —Ambrose Flowerday acudió presuroso a su lado—. Estás despierta.

—Recuerdo cada palabra de las dos notas. Me pareció importante recordarlas y me aseguré de que así fuera.

—Margaret, debes descansar. Hablar te agota.

—Patrick pedía en su nota que le dijéramos a Nancy que la amaba y que siempre la amaría. Yo no se lo dije. ¿Cómo habría podido decírselo, sin revelar que Ambrose había mentido a las autoridades sobre la causa de su muerte?

Pero... ahora que la verdad ha salido a la luz, tienes que decírselo, Ambrose. Cuéntale lo que escribió Patrick.

—Se lo contaré. No te preocupes, Margaret. Yo me ocuparé de todo.

—Me preocupo, sí. No les has dicho nada a monsieur Poirot y al señor Catchpool acerca de las amenazas de Harriet después del funeral de Patrick y Frances. Cuéntaselo ahora.

Se le cerraron los ojos y, al cabo de unos segundos, se quedó profundamente dormida.

—¿Qué amenazas fueron esas, doctor? —preguntó Poirot.

—Harriet Sippel llegó un día a la vicaría, acompañada de unos diez o veinte secuaces, y anunció que el pueblo de Great Holling había decidido exhumar los cuerpos de Patrick y de Frances Ive. Dijo que los suicidas como ellos no tenían derecho a reposar en suelo sagrado. Era la ley de Dios. Margaret salió a la puerta y le pidió que dejara de repetir tonterías. La Iglesia cristiana había tenido esa ley, era cierto, pero la había derogado. La ley había cambiado en la década de 1880 y estábamos en 1913. Margaret dijo que cuando una persona muere, su alma se encomienda a la misericordia divina y ya no puede ser alcanzada por la justicia terrenal. Entonces la beata Ida Gransbury salió en defensa de Harriet, diciendo que si antes de 1880 era malo enterrar a un suicida en suelo sagrado, en 1913 lo seguía siendo. Dios no cambia de idea sobre lo que constituye una conducta aceptable. Al ver que su novia se encarnizaba de esa manera con unos muertos, Richard Negus puso fin a su compromiso con esa arpía despiadada y se marchó a Devon. Fue la mejor decisión de toda su vida.

—¿Dónde consiguieron Frances y Patrick Ive la abrina que utilizaron para suicidarse? —preguntó Poirot.

Ambrose Flowerday pareció sorprendido.

—No me esperaba esa pregunta. ¿Por qué lo dice?

—Porque quiero saber si la tenía usted.

—Sí, así es. —El doctor hizo una mueca de dolor—. Frances la robó de mi casa. Trabajé varios años en los trópicos y, a mi regreso, me traje dos ampollas del veneno. Yo era joven entonces, pero tenía pensado utilizarlo yo mismo más adelante, si era necesario, en caso de enfermedad dolorosa e incurable. Había presenciado la agonía de varios de mis pacientes y quería ahorrarme ese mal trago. No creo que Frances supiera de la presencia de dos ampollas de veneno mortífero en mi armario, pero debió de registrar mi casa, en busca de algo que le sirviera para sus propósitos. Como le he dicho antes, probablemente merezco un castigo. Diga lo que diga Margaret, siempre he sentido que Frances no se mató, sino que yo acabé con su vida.

—*Non*. No debe culparse —dijo Poirot—. Si había tomado la resolución de

suicidarse, habría encontrado la manera de hacerlo, con o sin su ampolla de abrina.

Esperaba que Poirot preguntara a continuación por el cianuro, puesto que un médico capaz de conseguir un veneno muy bien podía haber conseguido dos; pero, en lugar de eso, dijo:

—Doctor Flowerday, no pienso revelar que las muertes de Patrick y Frances Ive no fueron accidentales. Podrá conservar su libertad y la licencia para ejercer la medicina.

—¿Qué?

La atónita mirada de Flowerday pasó de Poirot a mí. Yo asentí, expresando mi consentimiento, aunque estaba irritado con Poirot por no haberme preguntado mi opinión. Después de todo, yo era la persona encargada de velar por el cumplimiento de las leyes del país.

Pero si me hubiera consultado, yo también le habría aconsejado que no revelara la mentira de Flowerday.

—Gracias. Es usted un hombre de mentalidad justa y de espíritu generoso.

—*Pas du tout* —dijo Poirot, eludiendo la gratitud de Flowerday—. Tengo otra pregunta que hacerle, doctor. ¿Está usted casado?

—No.

—Si me permite que se lo diga, creo que debería casarse.

Yo sofoqué una exclamación de sorpresa.

—Está soltero, ¿no? —prosiguió Poirot—. Y Margaret Ernst enviudó hace años. Es evidente que usted la quiere mucho, y creo que ella le corresponde. ¿Por qué no le propone matrimonio?

El pobre doctor Flowerday parpadeó varias veces, sin salir de su asombro. Finalmente, dijo:

—Margaret y yo acordamos hace tiempo que no nos casaríamos nunca. No habría sido apropiado. Después de lo que hicimos (por muy necesario que nos pareciera a los dos) y después de lo que le pasó al pobre Charles... No sé. No habría sido correcto. Habría sido una felicidad a costa de demasiado sufrimiento.

Yo estaba mirando a Margaret y vi que los párpados le temblaban y se abrían.

—Sufrimiento más que suficiente —dijo ella con voz débil.

Flowerday se tapó la boca con el puño cerrado.

—Oh, Margaret —imploró—. ¿Qué sentido tendrá todo sin ti?

Poirot se puso de pie.

—Doctor —dijo, en su tono más riguroso—, la señora Ernst opina que sobrevivirá. Sería una pena enorme que también sobreviva su absurda determinación de rehuir la felicidad verdadera. Dos personas buenas que se quieren no deben permanecer separadas, si no es preciso.

Y tras decir eso, salió de la habitación con paso firme.

Yo habría querido volver inmediatamente a Londres, pero Poirot dijo que antes necesitaba ver la tumba de Patrick y de Frances Ive.

—Me gustaría ponerles unas flores, *mon ami*.

—Es febrero, viejo amigo. ¿Dígame, dónde piensa encontrar flores?

Mi comentario dio pie a una larga diatriba sobre el clima inglés.

La lápida estaba tumbada de lado, cubierta de fango. En el barro distinguimos varias huellas superpuestas, señal de que esos brutos salvajes de Frederick y Tobias Clutton habían saltado sobre la losa, después de arrancarla de su sitio con la pala.

Poirot se quitó los guantes, se agachó y, con el índice de la mano derecha, dibujó en el fango el contorno de una flor grande, como el dibujo que habría hecho un niño.

—*Voilà* —dijo—. Una flor en febrero, a pesar del abominable clima inglés.

—¡Poirot, se ha manchado el dedo de barro!

—*Oui*. ¿Por qué se sorprende? Ni siquiera el afamado Hércules Poirot puede crear una flor en el barro sin ensuciarse las manos. Pero la tierra se quita, no se preocupe. Además, siempre estará la manicura.

—Por supuesto —sonreí yo—. Me alegra que se lo tome con tanta calma.

Poirot había sacado un pañuelo. Lo estuve observando, fascinado, mientras él limpiaba las huellas que afeaban la lápida. Se balanceaba adelante y atrás, jadeando y resoplando, y una o dos veces estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Ya está! —declaró—. *C'est mieux!*

—Sí, está mucho mejor.

Frunció el ceño y bajó la mirada al suelo.

—Hay espectáculos tan deprimentes que uno desearía no haberlos visto nunca

—dijo en voz baja—. Confíemos en que Patrick y Frances Ive puedan descansar juntos.

La palabra «juntos» fue la chispa. Me trajo a la mente otra palabra: «Separados». Mi cara debió de traslucir mi conmoción.

—¿Catchpool? ¿Le pasa algo? ¿Qué tiene?

«Juntos. Separados».

Patrick Ive había estado enamorado de Nancy Ducane; pero, tras su muerte, compartía la tumba con quien había sido en vida su legítima esposa: Frances. ¿Descansaría su alma en paz o se consumiría de amor por Nancy? ¿También lo estaría pensando Nancy? Después de amar tanto a Patrick, ¿desearía ella que los muertos pudieran hablar con los vivos? Cualquiera que haya amado y perdido a una persona muy querida debe desear que...

—¡Catchpool! ¡Dígame qué está pensando! Debo saberlo.

—Poirot, se me acaba de ocurrir la idea más peregrina. Deje que se la cuente rápidamente, para que pueda decirme que estoy loco. —Seguí farfullando con mucho entusiasmo, hasta que lo hubo escuchado todo—. Estoy equivocado, por supuesto —dije, para terminar.

—¡Oh, no, no, no! ¡No, *mon ami*, no se equivoca! —Abrió la boca asombrado—. ¡Por supuesto! ¿Cómo es posible que no lo viera? *Mon Dieu!* ¿Se da cuenta de lo que significa? ¿Ve la conclusión a la que forzosamente debemos llegar?

—No, lo siento, pero no la veo.

—*Ah, dommage*.

—¡Por todos los demonios, Poirot! ¡No es justo que me haga contarle mi idea y usted se reserve la suya!

—Ahora no hay tiempo para discusiones. Tenemos que volver cuanto antes a Londres, donde usted recogerá la ropa y los efectos personales de Harriet Sippel y de Ida Gransbury.

—¿Qué? —pregunté confuso, sin dar crédito a mis oídos.

—*Oui*. El señor Negus ya ha tenido quien fuera a recoger sus pertenencias: su hermano, como recordará usted.

—Sí, pero...

—No discuta, Catchpool. Le llevará muy poco tiempo guardar la ropa de las dos señoras en las maletas que encontrará en sus habitaciones. ¡Ah, ahora lo veo! Por fin lo veo todo con claridad. Todas las soluciones a todos los pequeños enigmas están en su sitio. Es un poco como un crucigrama, ¿sabe?

—¡Por favor, no haga esa comparación! —exclamé—. Va a lograr enemistarme con mi pasatiempo favorito, si lo compara con este caso.

—Solamente cuando vemos todas las respuestas juntas, podemos saber con seguridad que estamos en lo cierto —prosiguió Poirot, sin prestar atención a mi comentario—. Hasta entonces, mientras faltan todavía algunas respuestas, podemos descubrir que un detalle que parecía encajar en realidad no encaja en absoluto.

—En ese caso, puede considerar que yo soy un crucigrama en blanco, sin ninguna palabra escrita —dije.

—No por mucho tiempo, amigo mío, no por mucho tiempo. ¡Poirot necesitará por última vez el comedor del hotel Bloxham!

Capítulo 22

Los crímenes del monograma

Al día siguiente, a las cuatro y cuarto de la tarde, Poirot y yo estábamos de pie en un extremo del comedor del hotel Bloxham, esperando a que todos ocuparan sus puestos en las diferentes mesas. El personal del hotel había llegado puntualmente a las cuatro, tal como había prometido Luca Lazzari. Sonreí a las caras familiares: John Goode, Thomas Brignell, Rafal Bobak... Ellos me devolvieron el saludo con una nerviosa inclinación de la cabeza.

Lazzari estaba junto a la puerta, gesticulando como loco con los brazos mientras hablaba con el agente Stanley Beer, que se veía obligado a retroceder o a agacharse de vez en cuando para no recibir un golpe en plena cara. Yo me encontraba demasiado lejos para oír la mayor parte de lo que decía Lazzari, y además había mucho ruido en la sala, pero más de una vez lo oí decir «los crímenes del monograma».

¿Habría decidido llamarlos de esa forma? Todo el resto del país los conocía por el nombre que les habían puesto los periódicos desde el primer día: «Los crímenes del hotel Bloxham». Era evidente que Lazzari se había inventado una alternativa más imaginativa, con la esperanza de que su amado establecimiento no quedara mancillado para siempre por asociación. Me pareció tan transparente su intención que hasta la encontré irritante, pero sabía que mi estado de ánimo estaba teñido por mi fracaso en el frente de las maletas. Soy perfectamente capaz de hacer mis propias maletas antes de un viaje, pero eso se debe a que siempre llevo lo mínimo. En cambio, la ropa de Ida Gransbury parecía haberse expandido durante su breve estancia en el Bloxham. Pasé un rato exasperante tratando de comprimir y de compactar las prendas con todo mi peso, y aun así no conseguí que todas cupieran en la maleta. Supuse que las mujeres tendrían para esas cosas una habilidad especial, que los hombres bastos como yo nunca podríamos igualar. Fue un alivio enorme cuando Poirot vino a decirme que dejara lo que estaba haciendo y bajara, a las cuatro en punto, al comedor del hotel.

Samuel Hobben, con un elegante traje gris de franela, llegó a las cuatro y cinco, acompañado de una pálida Jennie Hobbs, aferrada a su brazo. Dos minutos después se presentó Henry Negus, el hermano de Richard, y diez minutos más tarde, un grupo de cuatro personas: un hombre y tres mujeres, una de las cuales era Nancy Ducane. Tenía los ojos llorosos y la piel de los párpados enrojecida. Cuando entró en la habitación, intentó sin éxito disimular el rostro detrás de un pañuelo de tela traslúcida.

—No quiere que la gente note que ha estado llorando —le susurré a Poirot.

—No —dijo él—. Usa el pañuelo para que no la reconozcan, y no porque se avergüence de las lágrimas. No hay nada reprehensible en la expresión de un

sentimiento, al contrario de lo que piensan ustedes los ingleses.

No quise que la conversación se desviara hacia mí y mis compatriotas, cuando estábamos hablando de Nancy Ducane, que me parecía un tema mucho más interesante:

—Supongo que lo último que desea es que la asalte una muchedumbre de admiradores, todos dispuestos a caer rendidos de adoración a sus pies.

Poirot, que también es bastante famoso y no encuentra nada objetable en ser el blanco de adoración de un enjambre de admiradores, pareció a punto de hacer un comentario personal al respecto.

Lo distraje con una pregunta:

—¿Quiénes son las tres personas que han venido con Nancy Ducane?

—Lord Saint-John Wallace, lady Louisa Wallace y Dorcas, su sirvienta. —Miró el reloj y negó con la cabeza—. ¡Tendríamos que haber empezado hace quince minutos! ¿Por qué no puede llegar la gente a su hora?

Observé que tanto Thomas Brignell como Rafal Bobak se habían puesto de pie, como si los dos quisieran decir algo, aunque la reunión aún no había comenzado oficialmente.

—¡Siéntense, por favor, caballeros! —dijo Poirot.

—Pero, señor Poirot, yo tengo que...

—Pero yo...

—No se inquieten, messieurs. ¿Tienen cosas que contarle a Poirot? Pueden tener la certeza de que ya las sabe y de que está a punto de explicárselas a ustedes, y a todas las personas reunidas en esta sala. Tengan paciencia, se lo ruego.

Apaciguados, Bobak y Brignell se sentaron. Me sorprendió ver que la mujer de pelo negro que estaba sentada junto a Brignell lo cogía de la mano. Él entrelazó los dedos con los de ella. Vi la mirada que intercambiaron y no necesité saber nada más: tenían una relación sentimental. Sin embargo, esa no era la misma mujer que yo había visto en actitud amorosa con Brignell en los jardines del hotel.

Poirot me susurró al oído:

—La mujer que Brignell estaba besando en el jardín, junto a la carretilla, era rubia, ¿no? Y llevaba un abrigo marrón, ¿verdad?

Me miró con una sonrisa enigmática.

Después se volvió hacia la gente reunida y dijo:

—Ahora que todos han llegado, ¿puedo pedirles silencio y atención, por favor? Gracias. Muy agradecido a todos.

Mientras Poirot hablaba, yo recorría con la vista los rostros de las personas presentes en la sala. ¿No era esa...? ¡Cielo santo! ¡Sí, era ella! Fee Spring, la camarera del Pleasant, estaba sentada al fondo del comedor. Al igual que Nancy Ducane, se había esforzado por cubrirse la cara (en su caso, con un sombrero bastante curioso); pero lo mismo que Nancy, había fracasado. Me hizo un guiño, como diciendo que nos estaba bien empleado a Poirot y a mí, por entrar un minuto en su establecimiento a tomar un café y decirle adónde pensábamos ir a continuación. ¡Diantre! ¿Por qué no se quedaba esa descarada en el café, que era el sitio que le correspondía?

—Hoy tendré que rogarles que sean pacientes —dijo Poirot—. Hay muchas cosas que necesitan saber y entender, que en este momento desconocen.

Pensé que esa frase era un resumen perfecto de mi situación. Yo sabía apenas un poco más que las limpiadoras y los cocineros del Bloxham. Incluso era posible que Fee Spring tuviera mejor comprensión de los hechos que yo. Probablemente el propio Poirot la habría invitado a asistir al gran acontecimiento que había organizado. Debo decir que yo no entendía, ni creía que fuera a entender nunca, para qué necesitaba Poirot un público tan amplio. ¡No era una función de teatro! Cuando yo resolvía un caso, y de hecho había tenido la suerte de resolver varios sin la ayuda de Poirot, me limitaba a presentarle mis conclusiones a mi jefe y acto seguido arrestaba al malhechor en cuestión.

Me pregunté, demasiado tarde, si no habría sido mejor exigirle a Poirot que me lo explicara todo a mí, antes de montar ese espectáculo. Ahí estaba yo, supuestamente a cargo de la investigación, sin la más remota idea de la solución al misterio, que mi amigo estaba a punto de presentar.

«Sea lo que sea lo que piensa decir, ¡por favor, que sea brillante! —recé en silencio—. Si todo sale bien y yo estoy a su lado, nadie sospechará que a estas horas del día yo sigo tan confuso como estoy ahora».

—La historia es demasiado larga para que pueda contarla sin ayuda —dijo Poirot, dirigiéndose a la sala—. Me quedaría afónico. Por lo tanto, les voy a pedir que escuchen a otros dos oradores. En primer lugar, hablará la señora Nancy Ducane, la famosa pintora de retratos, que nos ha hecho el honor de estar hoy aquí.

Fue una sorpresa, pero no para la propia Nancy, como pude observar. Por su expresión, era evidente que ya sabía que Poirot la llamaría. Los dos lo habían acordado de antemano.

Susurros de admiración llenaron la sala, mientras Nancy, con la cara velada por el pañuelo, se situaba junto a mí en el estrado, a la vista de todos.

—Ahora ya no podrá esconderse de sus admiradores —le susurré a Poirot.

—*Oui* —sonrió él—. Aun así, sigue cubriéndose la cara con el velo mientras habla.

Todos escucharon, absortos y fascinados, la historia de Patrick Ive contada por Nancy Ducane: el amor prohibido que ella le profesaba, sus visitas ilícitas a la vicaría por la noche y la vil calumnia que acusaba al reverendo de aceptar dinero de los fieles, a cambio de ponerlos en contacto con sus seres queridos en el más allá. Cuando habló del rumor que había puesto en marcha la tragedia, no mencionó a Jennie Hobbs por su nombre.

A continuación, describió su declaración en el King's Head Inn, donde había revelado a los vecinos de Great Holling su relación sentimental con Patrick Ive, que no había sido casta, aunque en aquel momento hubiera afirmado lo contrario. Le temblaba la voz mientras hablaba de las trágicas muertes por envenenamiento de Patrick y de Frances Ive. Observé que solo decía eso acerca de la causa de las defunciones: envenenamiento. No especificó si habían sido suicidios o muertes accidentales. Me pregunté si Poirot le habría pedido que no dijera nada concreto, para proteger a Ambrose Flowerday y a Margaret Ernst.

Antes de sentarse, Nancy dijo:

—Sigo queriendo a Patrick como el primer día. Nunca dejaré de amarlo. Y sé que algún día volveremos a reunirnos.

—Gracias, madame Ducane —dijo Poirot con una inclinación de la cabeza—. Debo comunicarle sin demora algo que he descubierto recientemente y que creo que puede resultarle reconfortante. Antes de morir, Patrick escribió... una carta. En esa carta, pedía que le hicieran saber a usted que la amaba y que nunca dejaría de amarla.

—¡Oh! —Nancy se tapó la boca con las dos manos y parpadeó varias veces—. ¡Monsieur Poirot, no imagino lo feliz que me hace!

—*Au contraire*, madame. Lo imagino sobradamente. Un mensaje de amor, transmitido después de la muerte de la persona amada... Parece un eco de los falsos rumores que circularon acerca de Patrick Ive, ¿verdad?, los que afirmaban que transmitía mensajes de los difuntos. ¿Quién no querría recibir un mensaje de una persona muy amada que ya no está entre nosotros?

Nancy Ducane se dirigió otra vez a su silla y se sentó. Louisa Wallace le dio unas palmaditas en un brazo.

—Y ahora —dijo Poirot—, hablará otra mujer que conoció y amó a Patrick Ive: la que fue su sirvienta, Jennie Hobbs. Mademoiselle Hobbs, si me hace el favor...

Jennie se levantó y se situó en el mismo lugar que antes había ocupado Nancy. Tampoco pareció sorprenderse de que Poirot la llamara. Con voz temblorosa, dijo:

—Yo amé a Patrick Ive tanto como Nancy. Pero él no correspondía a mis sentimientos. Para él, yo no era más que su fiel doncella. Fui yo quien inició esos viles rumores. Yo conté la mentira imperdonable. Estaba celosa, porque él quería a Nancy y a mí no. Aunque no lo maté con mis propias manos, estoy convencida de que con mis calumnias causé su muerte. La culpa fue mía y de otras tres personas: Harriet Sippel, Richard Negus e Ida Gransbury, los tres que murieron en este hotel. Con el tiempo, los cuatro nos arrepentimos de lo que habíamos hecho. Nos arrepentimos profundamente. Y preparamos un plan para hacer justicia.

Observé las caras de asombro del personal del hotel Bloxham, mientras Jennie describía el mismo plan que nos había explicado a Poirot y a mí en casa de Samuel Hobben, así como las causas por las que había salido mal. Louisa Wallace chilló de horror cuando Jennie habló de incriminar a Nancy Ducane por los tres asesinatos, para asegurarse de que acabara en la horca.

—¡Confabularse para que una mujer inocente sea ejecutada por tres asesinatos que no cometió no es hacer justicia! —exclamó Saint-John Wallace—. ¡Es la peor depravación!

Nadie lo contradijo, al menos en voz alta. Advertí que Fee Spring no parecía tan conmovida como la mayoría de los presentes. Me dio la impresión de que escuchaba con atención.

—Yo no quise incriminar a Nancy —dijo Jennie—. ¡Nunca! Pueden creer lo que quieran, pero yo no la quise incriminar.

—Señor Negus —dijo Poirot—, señor Henry Negus, ¿le parece creíble que su hermano Richard urdiera un plan como el que acaba de oír?

Henry Negus se puso de pie.

—No sabría decirlo, monsieur Poirot. El Richard que yo conocí jamás habría soñado con matar a nadie, desde luego que no; pero el Richard que vino a vivir conmigo en Devon, hace dieciséis años, no era el Richard que yo conocía. El físico era el mismo, sí, claro, pero por dentro no era el mismo hombre. Me temo que nunca llegué a conocer a la persona en que se había convertido. Por lo tanto, no puedo pronunciarme sobre la probabilidad de que se comportara de una manera o de otra.

—Gracias, señor Negus. Y gracias también a usted, señorita Hobbs —añadió Poirot con notoria falta de entusiasmo—. Ya puede sentarse.

Se volvió hacia el público.

—Como ven, damas y caballeros, la historia de la señorita Hobbs, de ser cierta, nos deja sin ningún asesino que arrestar y condenar. Ida Gransbury mató a Harriet Sippel, con su consentimiento. Richard Negus mató a Ida Gransbury, también con su permiso, y después se suicidó, al ver que Jennie Hobbs no se presentaba para matarlo, como habían acordado. Se quitó la vida, pero antes cerró la puerta por dentro, escondió la llave detrás de una

baldosa floja de la chimenea y abrió la ventana, para que su muerte pareciera un asesinato. El plan era hacer pensar a la policía que el asesino (o en este caso la asesina, Nancy Ducane) se había llevado la llave y había escapado por la ventana abierta, bajando por un árbol. Sin embargo, según Jennie Hobbs, no hubo ningún asesino. ¡No hubo nadie que matara a nadie sin el permiso expreso de la víctima!

Poirot recorrió la sala con la mirada.

—Ningún asesino —repitió—. Sin embargo, aunque eso sea cierto, aún quedarían dos criminales con vida, que merecerían un castigo: Jennie Hobbs y Samuel Hobben, que conspiraron para incriminar a Nancy Ducane.

—¡Espero que los encierre a los dos, monsieur Poirot! —exclamó Louisa Wallace.

—Yo no tengo la llave de la prisión, madame. De eso se encargan mi buen amigo Catchpool y sus colegas. Solo tengo la llave que abre la puerta de los secretos y de la verdad. Señor Samuel Hobben, le ruego que se ponga de pie.

Ostensiblemente incómodo, Hobben se incorporó.

—Su parte del plan consistía en dejar una nota en el mostrador de la recepción del hotel, ¿no es así? «QUE NUNCA JAMÁS DESCANSEN EN PAZ. 121. 238. 317».

—Sí, señor. Así fue, tal como ha dicho Jennie.

—Tengo entendido que Jennie le había dado antes la nota, para que pudiera dejarla en el mostrador cuando llegara el momento. ¿Es así?

—Sí. Me la dio ese mismo día, por la mañana.

—¿Y a qué hora debía dejarla usted?

—Poco después de las ocho, señor, como ha dicho Jennie. En cuanto dieran las ocho, tenía que dejar la nota lo antes posible, cuando no hubiera nadie mirando.

—¿Quién le había dado esas instrucciones? —preguntó Poirot.

—Jennie.

—¿También Jennie le había indicado que deslizara las llaves de las habitaciones en el bolsillo de Nancy Ducane?

—Así es —dijo Hobben con gesto huraño—. No sé para qué me pregunta todo esto, cuando ella acaba de contarle toda la historia.

—Se lo explicaré. Según el plan original que nos acaba de exponer Jennie Hobbs, las llaves de las tres habitaciones (la 121, la 238 y la 317) estaban en

la habitación de Richard Negus. Jennie tenía que llevárselas consigo cuando hubiera matado al señor Negus, para después entregárselas a Samuel Hobben, quien se ocuparía de ponerlas en un lugar que incriminara a Nancy Ducane: en este caso, en el bolsillo de su abrigo. Pero Jennie Hobbs no fue al hotel Bloxham la noche de los asesinatos, según ella misma acaba de decirnos. No tuvo valor. Por lo tanto, yo le pregunto, señor Hobben: ¿cómo consiguió usted las llaves de las habitaciones 121 y 317?

—¿Cómo... cómo conseguí las dos llaves?

—Sí, es la pregunta que le he formulado. Le ruego que responda.

—Yo... Bueno, si quiere que se lo diga, tuve que ingeniármelas para hacerme con esas llaves. Hablé en confianza con un empleado del hotel y le pedí que me diera una llave maestra. Me la dio y yo se la devolví después de usarla. Con mucha discreción.

Yo estaba suficientemente cerca de Poirot para oír su resoplido de reprobación.

—¿Qué empleado, monsieur? Todo el personal del hotel está aquí, en esta sala. Señale a la persona que le dio esa llave maestra.

—No recuerdo quién era. Solo puedo decirle que era un hombre. Tengo una memoria terrible para las caras.

Mientras decía eso, Hobben se frotaba los arañazos rojos de la cara con el pulgar y el índice.

—Entonces, con esa llave maestra, ¿entró usted en las tres habitaciones?

—No; únicamente en la 238. Allí tendrían que haber estado las tres llaves, para que Jennie fuera a recogerlas, aunque solo encontré dos. Como usted ha dicho, una de ellas estaba escondida detrás de una baldosa floja de la chimenea. Pero no busqué la tercera llave, porque no me gustaba la idea de ponerme a registrar la habitación, con el señor Negus ahí tirado, de cuerpo presente.

—Está mintiendo —le dijo Poirot—. No importa. A su debido tiempo comprobará que no puede salir de este aprieto a fuerza de mentiras. Pero sigamos adelante. No, no se siente. Tengo otra pregunta para usted... y también para Jennie Hobbs. ¿Formaba parte del plan que Jennie fuera a contarme su historia de pánico mortal al café Pleasant, poco después de las siete y media, el día de los asesinatos?

—Así es —respondió Jennie, que no miraba a Poirot, sino a Samuel Hobben.

—Perdóneme, entonces, pero hay algo importante que no entiendo. Dice que no tuvo valor para ejecutar el plan y que por lo tanto no se presentó en el hotel a las seis en punto. Sin embargo, por lo visto, el plan siguió adelante sin usted. La única desviación fue el suicidio de Richard Negus, ¿no es así? Él

mismo se echó el veneno en la bebida, en lugar de que se lo echara usted. ¿Es correcto todo lo que he dicho hasta ahora, mademoiselle?

—Sí, lo es.

—En ese caso, si el único detalle alterado fue que Richard Negus se suicidó, en lugar de que lo matara otra persona, entonces podemos concluir que las muertes se produjeron tal como estaba planeado: después de pedir los sándwiches y los pastelitos para el té, entre las siete y cuarto y las ocho en punto. ¿Es así, señorita Hobbs?

—Sí, así es —dijo Jennie, que ya no parecía tan segura como unos minutos antes.

—Entonces, si me permite que se lo pregunte, ¿cómo puede haber formado parte del plan que usted matara a Richard Negus? Acaba de decirnos que su intención era encontrarse conmigo en el café Pleasant poco después de las siete y media de ese mismo día, porque sabía que yo acostumbraba ir a cenar a esa hora todos los jueves. Nadie puede desplazarse del hotel Bloxham al café Pleasant en menos de media hora. Es imposible, independientemente del medio de transporte que se utilice. Por eso, aunque Ida Gransbury hubiera matado a Harriet Sippel y hubiera muerto a manos de Richard Negus muy poco después de las siete y cuarto, usted no habría tenido tiempo de matar a Richard Negus en la habitación 238 y aun así llegar al Pleasant a la hora prevista. ¿Debemos creer que, a pesar de toda su meticulosa planificación, ninguno de ustedes pensó en esa imposibilidad práctica?

La cara de Jennie se puso blanca como el papel. Supuse que la mía también, aunque no podía verla.

¡La incongruencia que había señalado Poirot en la explicación de Jennie era muy evidente! Y sin embargo, yo no la había advertido. Sencillamente, no lo había pensado.

Capítulo 23

La verdadera Ida Gransbury

Samuel Hobben soltó una risita y se volvió hacia el público, para que más gente pudiera verlo.

—Señor Poirot —dijo—, para estar tan orgulloso de su capacidad de deducción, no lo veo yo muy agudo. No me negará que yo he oído hablar a Jennie de este asunto bastante más que usted. El plan no era que esa gente muriese después de las siete y cuarto. ¡No sé de dónde habrá sacado usted esta idea! El plan era que muriesen poco después de las seis. Y lo de pedir toda esa comida a las siete y cuarto tampoco formaba parte del plan.

—Es verdad —dijo Jennie, que gracias a la agilidad mental de su antiguo prometido había visto una salida y pareció recuperar la compostura—. Imagino que el retraso se produjo porque yo no llegué a las seis, como estaba previsto. Los otros habrán querido analizar los motivos de mi ausencia. En su lugar, yo lo habría hecho. Probablemente la conversación les llevó cierto tiempo.

—Ah, *bien sûr*. Sin embargo, usted no me ha contradicho hace unos instantes, cuando he afirmado que las muertes se habían producido según el plan: entre las siete y cuarto y las ocho. Ninguno de los dos ha dicho que la idea de pedir el té de la tarde a la hora de la cena no formara parte del plan.

—Lo siento. Debería haberlo corregido —dijo Jennie—. Estoy... Yo... Todo esto es bastante abrumador.

—¿Afirma ahora que el plan establecía que las tres muertes se produjeran a las seis?

—Sí. Todo tenía que haber acabado a las siete menos cuarto, para que yo pudiera llegar al Pleasant a las siete y media.

—En ese caso, tengo una pregunta diferente que hacerle, mademoiselle. ¿Por qué requería el plan que el señor Hobben esperara una hora entera después de las muertes de Harriet, Ida y Richard, y de que usted saliera del hotel, para ir a dejar la nota en el mostrador de la recepción? ¿Por qué no habían acordado ustedes que el señor Hobben la dejara, por ejemplo, a las siete y cuarto o incluso a las siete y media? ¿Por qué a las ocho?

Jennie retrocedió como si hubiera recibido un golpe.

—¿Y por qué no a las ocho? —dijo desafiante—. ¿Qué mal podía haber en esperar un poco?

—Hace usted unas preguntas bastante ridículas, señor Poirot —intervino Sam Hobben.

—Ningún mal en esperar, mademoiselle. Estoy totalmente de acuerdo con usted. Por lo tanto, debemos preguntarnos: ¿para qué dejar una nota? ¿Por qué no aguardar a que las limpiadoras del hotel hallaran los tres cuerpos a la mañana siguiente? No mire a Samuel Hobben, Jennie. ¡Mire a Hércules Poirot! Responda a mi pregunta.

—Yo... ¡No lo sé! Quizá Richard...

—¡No! ¡«Quizá Richard», no! —la interrumpió Poirot—. Si no va a responder a mi pregunta, permítame que lo haga yo. Usted le pidió al señor Hobben que dejara la nota sobre el mostrador poco después de las ocho, porque siempre formó parte del plan aparentar que los asesinatos se habían cometido entre las siete y cuarto y las ocho.

Poirot se volvió una vez más hacia la audiencia, que seguía su explicación con los ojos muy abiertos.

—Pensemos ahora en el té para tres, encargado y entregado en la habitación 317, la de Ida Gransbury. Podemos imaginar que nuestras tres víctimas voluntarias, desconcertadas por la ausencia de Jennie Hobbs y sin saber muy bien cómo continuar, se reunieron en la habitación de Ida Gransbury, para deliberar. Catchpool, si usted estuviera a punto de dejarse ejecutar por un pecado cometido hace años, ¿pediría pastelitos poco antes de la ejecución?

—No. Estaría demasiado nervioso para comer o beber.

—Quizá nuestro trío de verdugos creyó importante fortalecerse para la importante tarea que les esperaba —especuló Poirot—. Y después, cuando llegó la merienda, ninguno de los tres logró probarla. Pero si sucedió así, ¿adónde fue a parar toda la comida?

—¿Me lo está preguntando a mí? —dijo Jennie—. ¿Cómo voy a saberlo? ¡Yo no estaba allí!

—Volviendo a la hora de las muertes —dijo Poirot—. Según el médico forense, los decesos se produjeron, en los tres casos, entre las cuatro y las ocho y media. Después, las pruebas circunstanciales estrecharon esos márgenes y situaron la hora de las defunciones entre las siete y cuarto y las ocho y diez. *Eh bien*, analicemos entonces esas pruebas circunstanciales. El camarero Rafal Bobak vio a las tres víctimas con vida a las siete y cuarto, cuando llevó el té a la habitación 317, y el señor Thomas Brignell vio a Richard Negus vivo a las siete y media, en el vestíbulo del hotel, cuando Negus elogió a Brignell por su eficiencia, le ordenó que cargara el té y los pasteles en su cuenta y le pidió una copa de jerez. Todo eso indica que ninguna de las muertes pudo producirse antes de las siete y cuarto, y que Negus no pudo morir antes de las siete y media.

»Sin embargo, hay un puñado de detalles que no encajan en el panorama

completo. Tenemos, en primer lugar, la comida desaparecida, que, como ya sabemos, no consumieron Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus. No creo que nadie que esté a punto de matar por primera vez a un semejante pueda concebir la idea de comerse antes un pastelito. Entonces ¿por qué encargar comida que nadie tenía intención de comer, a menos que alguien quisiera dejar constancia ante los ojos de un testigo de que esas personas estaban vivas a las siete y cuarto? Se me ocurre una sola explicación posible, que sea coherente con la historia de Jennie Hobbs. Si nuestros conspiradores habían averiguado de alguna forma que Nancy Ducane no tendría ninguna coartada creíble para el período entre las siete y cuarto y las ocho y cuarto, entonces tiene sentido que quisieran crear la impresión de que las muertes se habían producido entre estas horas. Sin embargo, Nancy Ducane tiene una coartada muy sólida para ese período, ¿no es así, lady Wallace?

Louisa Wallace se puso de pie.

—Sí, en efecto. Estaba cenando en mi casa, conmigo y con mi marido, y se quedó más o menos hasta las diez de la noche.

—*Merci beaucoup, madame. Alors*, no se me ocurre más que una sola razón para que sea de vital importancia aparentar que las tres muertes se produjeron entre las siete y cuarto y las ocho y diez, y esa razón es que, en ese intervalo, Jennie Hobbs tiene una coartada indestructible. Yo, Hércules Poirot, sé positivamente que no pudo estar en el hotel Bloxham a esas horas, porque estuvo conmigo, en el café Pleasant, entre las siete y treinta y cinco, y las siete y cincuenta, y ya he mencionado el tiempo necesario para el desplazamiento.

»Pero combinando todo esto con mi convicción de que las tres muertes no se produjeron entre las siete y cuarto y las ocho y diez, empiezo a preguntarme: ¿por qué querría alguien tomarse tanto trabajo en crear la apariencia de que Jennie Hobbs no ha podido cometer esos asesinatos, a menos que realmente los haya cometido?

Jennie saltó de la silla como impulsada por un resorte.

—¡Yo no maté a nadie! ¡Le juro que no maté a nadie! ¡Está claro que murieron entre las siete y cuarto y las ocho de la noche! ¡Usted es el único que no quiere verlo!

—Siéntese, señorita Hobbs, y no hable, a menos que yo le haga una pregunta —dijo Poirot con frialdad.

La expresión de Samuel Hobben era una crispada mueca de rabia.

—¡Se lo está inventando todo, señor Poirot! ¿Cómo sabe que no pidieron esa comida porque tenían hambre? Puede que usted o yo no tuviéramos apetito en una situación similar, pero eso no quiere decir que ellos no lo tuvieran.

—Entonces ¿por qué no se comieron lo que habían pedido, señor Hobben? —pregunté yo—. ¿Adónde fueron a parar todos esos sándwiches y pastelitos?

—¡Los mejores de Londres! —murmuró Luca Lazzari.

—Yo le diré adónde fueron a parar, Catchpool —dijo Poirot—. Nuestro asesino cometió un error en relación con ese té, uno entre muchos. Si la comida hubiera quedado en los platos, en la habitación 317, no habría misterio. La policía habría deducido simplemente que el asesino había interrumpido la amable reunión antes de que los comensales empezaran a comer. Pero el asesino pensó que toda esa comida sin consumir despertaría sospechas. No quería que nadie se preguntara: «¿Por qué pidieron comida, si no tenían intención de consumirla?».

—¿Qué pasó entonces con los bollitos y los sándwiches? —pregunté—. ¿Por qué desaparecieron?

—Los conspiradores los eliminaron de la escena. ¡Oh, sí, señoras y señores, estoy convencido de que hubo una conspiración para cometer esos tres asesinatos! Por si no lo he dejado suficientemente claro, Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus ya estaban muertos mucho antes de las siete y cuarto de aquel jueves.

Luca Lazzari dio un paso al frente.

—Monsieur Poirot, disculpe la intromisión, pero debo decirle que Rafal Bobak, el más leal de mis camareros, jamás le mentiría. Él vio a las tres víctimas con vida, cuando llevó el té a su habitación, a las siete y cuarto. ¡Las vio vivas y en perfecto estado de salud! Lo siento, pero se equivoca usted.

—No me equivoco, aunque en cierto sentido, usted tiene razón: su camarero Rafal Bobak es, efectivamente, un testigo ejemplar. Es cierto que vio a tres personas en la habitación 317 cuando llevó el té, pero esas personas no eran Harriet Sippel, Ida Gransbury y Richard Negus.

Por toda la sala se extendió una oleada de exclamaciones de asombro. Yo mismo tuve que contener una, mientras me exprimía el cerebro pensando quiénes podían ser esos tres. Jennie Hobbs, no, porque a esas horas debía de estar en camino hacia el café Pleasant. ¿Quiénes eran, entonces?

—Poirot —dije con cierto nerviosismo—, ¿nos está diciendo que tres personas se hicieron pasar por las tres víctimas, para que pareciera que estaban vivas cuando llegó el té a la habitación?

—No, no exactamente. En realidad, dos personas se hicieron pasar por dos de las víctimas. La tercera persona, Ida Gransbury... no era una imitación, lamento decirlo. Por desgracia, era la auténtica Ida Gransbury. Señor Bobak, ¿recuerda lo que me dijo acerca de lo que vio y oyó cuando llevó el té a la habitación 317? Yo recuerdo cada palabra, porque me describió dos veces la escena. ¿Le importaría si repito aquí esas palabras, para que las oigan todos los presentes?

—Al contrario, señor.

—*Merci* . Cuando usted llegó, encontró a las tres víctimas aparentemente vivas y hablando de gente que conocían. Oyó que Harriet Sippel (o la mujer a quien el hombre presente en la habitación daba ese nombre) decía: «Ella no tenía otra opción, ¿no? Él ya no confía en ella como antes. ¿Cómo quieres que esté interesado en ella ahora? ¡Ha dejado de cuidarse y tiene edad suficiente para ser su madre! No, no. La única manera de averiguar lo que él está pensando era recibir a la mujer en quien él confía ahora y hablar con ella». En ese momento, el hombre que estaba en la habitación dejó de prestarle atención a usted y al té, y dijo: «¡Oh, Harriet, no es justo lo que dices! Ida se escandaliza fácilmente. Modérate, por favor». ¿Es correcto lo que estoy diciendo hasta ahora, señor Bobak?

—Lo es, señor.

—Después me contó usted que una de las dos señoras, Ida o Harriet, dijo algo que usted no podía recordar, y que el hombre que usted tomó por Richard Negus replicó: «¿Su cerebro, dices? ¡Yo diría más bien que no tiene cerebro! Y rechazo tu argumento de que ella tenga edad suficiente para ser su madre. Lo rechazo rotundamente». En ese momento, la mujer que se hacía llamar Harriet rio y dijo: «¡Como ninguno de los dos puede demostrar que está en lo cierto, dejémoslo así!». ¿Correcto?

Rafal Bobak confirmó una vez más que Poirot lo había repetido de manera correcta.

—*Bon* . ¿Me permite sugerirle, señor Bobak, que ese comentario que usted no recuerda si fue de Ida o de Harriet a la fuerza tuvo que ser expresado por Harriet? Estoy convencido, ¡absolutamente convencido!, de que usted no pudo oír ni una sola palabra de labios de Ida Gransbury mientras estuvo en esa habitación, y de que tampoco pudo verle la cara, porque estaba sentada de espaldas a la puerta.

Bobak frunció el ceño, con expresión de gran concentración. Al cabo de un momento, dijo:

—Creo que tiene razón, señor Poirot. No, no vi la cara de la señorita Ida Gransbury. Y... tampoco creo que la oyese hablar, ahora que usted lo dice.

—Usted no la oyó hablar, monsieur, por la sencilla razón de que Ida Gransbury, apoyada en el respaldo de un sillón y de espaldas a la puerta, ya había sido asesinada a las siete y cuarto. ¡La tercera persona que usted vio en la habitación 317, cuando subió a llevar el té, era un cadáver!

Capítulo 24

El aguamanil azul

Se oyeron gritos de alarma. Probablemente, uno de ellos fue el mío. Es curioso. Por mi trabajo en Scotland Yard, he visto a muchos muertos y algunos me han parecido inquietantes y perturbadores, pero no creo que ningún cadáver corriente pueda ser un espectáculo tan terrorífico como el de una difunta sentada en una silla, como si estuviera viva, compartiendo con sus amigos una alegre merienda vespertina.

El pobre Rafal Bobak parecía bastante agitado y tembloroso, sin duda porque había estado más cerca de esa monstruosidad de lo que cualquier persona en su sano juicio habría querido estar.

—Por eso hubo que llevar el té a la habitación de Ida Gransbury —prosiguió Poirot—. La habitación 238, la de Richard Negus, habría sido el punto de encuentro más cómodo para las tres víctimas, ya que estaba en el segundo piso, entre las otras dos habitaciones. En ese caso, el té se habría cargado automáticamente en la cuenta del señor Negus, sin que él tuviera que pedirlo. Pero, por supuesto, la 238 no podía ser la habitación donde Rafal Bobak viese vivas a nuestras tres víctimas a las siete y cuarto. Para eso, habría sido preciso transportar el cadáver de Ida Gransbury desde su habitación, la 317, donde había sido asesinada varias horas antes, a lo largo de los pasillos del hotel, hasta la habitación de Richard Negus, y el riesgo habría sido excesivo. Con toda seguridad, alguien los habría visto.

Las caras de espanto del público eran dignas de verse. Me pregunté si Luca Lazzari se vería obligado a renovar el personal. Yo, por mi parte, no tenía la menor intención de volver al Bloxham en cuanto se hubiera solucionado ese desagradable asunto, e imaginaba que muchos de los presentes en la sala sentirían lo mismo que yo.

Poirot siguió adelante con su explicación:

—Piensen un poco, señoras y señores, en la munificencia, la *largesse* de Richard Negus. ¡Ah, qué generosidad la suya, al insistir en pagar el té, después de abonar también los viajes de Harriet y de Ida desde la estación hasta el hotel! Pero ¿por qué pidió con tanta vehemencia que le cargaran el té y los pasteles en su cuenta, cuando sabía que Harriet Sippel, Ida Gransbury y él mismo iban a morir esa misma noche?

Era una muy buena pregunta. Todos los pormenores que señalaba Poirot eran muy relevantes y, además, se trataba de detalles que yo mismo debí advertir. Por alguna razón, había pasado por alto una cantidad de aspectos de la historia de Jennie Hobbs que no encajaban con el resto de los datos. ¿Cómo era posible que no hubiese reparado en tantas incongruencias?

Poirot continuó:

—El hombre que a las siete y cuarto se hizo pasar por Richard Negus ante Rafal Bobak, y que a las siete y media repitió la actuación para el señor Thomas Brignell, no tenía el menor interés en la cuenta. Sabía que no tendría que pagarla él, ni tampoco sus cómplices. Había salido del hotel para deshacerse de la comida. ¿Cómo la transportó? ¡En una maleta! Catchpool, ¿recuerda al vagabundo que vio usted cerca del hotel, cuando salimos a dar un paseo en autobús? Se estaba sirviendo comida del interior de una maleta, ¿recuerda? Usted lo describió como «el vagabundo que se comió la nata». Dígame, ¿lo vio usted comer nata, específicamente?

—¡Cielo santo, sí! Estaba comiendo... un pastelito, un pastelito de nata.

Poirot asintió.

—¡Y lo había sacado de una maleta que encontró tirada cerca del hotel Bloxham, sorprendentemente llena de sándwiches y pastelitos para tres! Ahora pondré una vez más a prueba su memoria, *mon ami*. ¿Recuerda que me dijo, la primera vez que vine al Bloxham, que Ida Gransbury había traído suficiente ropa para llenar un armario? Sin embargo, en su habitación había una sola maleta, una maleta solitaria, como la que tenían Richard Negus y Harriet Sippel, que habían traído mucha menos ropa. Esta tarde, le pedí a usted que guardara la ropa de la señorita Gransbury en la maleta que ella había traído, ¿y qué comprobó?

—Que no cabía —respondí yo, sintiéndome el tonto del espectáculo.

Por lo visto, estaba condenado a parecer torpe e inútil cada vez que se mencionaba la maleta de Ida Gransbury, pero ahora por una razón diferente que antes.

—Creyó que la culpa era suya —dijo Poirot—. Es lo primero que piensa siempre, Catchpool; pero, de hecho, era imposible que todas las prendas cupieran en esa única maleta, porque habían llegado al Bloxham en dos. ¡Ni siquiera Hércules Poirot habría conseguido meter toda la ropa en una sola maleta!

Se volvió hacia el personal del hotel y dijo:

—Precisamente tras deshacerse de la maleta llena de comida, fue cuando ese hombre se encontró con el ayudante de recepción del Bloxham, Thomas Brignell, cerca de la puerta de esta misma sala donde estamos reunidos. ¿Por qué lo llamó para hablarle de la cuenta? Por una única razón: para que Brignell recordara que Richard Negus estaba vivo a las siete y media. En su interpretación del papel del señor Negus, cometió un error: dijo que Negus podía permitirse el gasto, mientras que Harriet Sippel e Ida Gransbury, no. ¡Pero eso no era cierto! Henry Negus, hermano de Richard, puede confirmar que Richard Negus carecía de ingresos y había agotado casi toda su herencia. Pero el hombre que interpretó el papel de Richard no lo sabía. Supuso que tratándose de un caballero de buena familia, que además había ejercido como

abogado, debía de tener mucho dinero.

»Cuando Henry Negus habló por primera vez con Catchpool y conmigo, nos dijo que, desde su traslado a Devon, su hermano se había mostrado taciturno y pesimista. Vivía recluso y parecía haber perdido las ganas de vivir, ¿no es así, señor Negus?

—Sí, por desgracia, es así —respondió Henry Negus.

—¡Recluso y sin ganas de vivir! Y yo ahora les pregunto: ¿encaja esa descripción con la de un hombre que pide pasteles y jerez, y se entrega despreocupadamente a las habladurías con dos amigas suyas, en una habitación de un hotel elegante de Londres? ¡No! El hombre que recibió a Rafal Bobak cuando llevó el té a su habitación, y que después le pidió una copa de jerez a Thomas Brignell, no era Richard Negus. Ese hombre elogió al señor Brignell por su eficiencia, diciéndole más o menos esto: «Estoy seguro de poder confiar en usted para que me resuelva este problema, porque ya he visto que es una persona muy eficiente. Es muy importante que cargue el té para tres en mi cuenta, la de Richard Negus, en la habitación 238». Esas palabras estaban calculadas para que Thomas Brignell pensara que ese hombre, ese supuesto Richard Negus, conocía su eficiencia, por lo que a la fuerza tenía que haber tratado antes con él. Quizá el señor Brignell se sintió un poco culpable por no recordar su anterior encuentro con el señor Negus y decidió no volver a olvidarlo. A partir de ese momento, lo recordó como un hombre al que había visto dos veces. Por supuesto, como trabaja en un gran hotel de Londres, el señor Brignell trata con el público todo el tiempo, ¡con cientos de personas al día! Probablemente, le sucederá a menudo que un huésped lo llame por su nombre y que él ni siquiera reconozca su cara. A fin de cuentas, él los conoce a todos *en masse*. Para él, tan solo son «los huéspedes».

—Disculpe, monsieur Poirot, le ruego que me perdone. —Luca Lazzari se adelantó rápidamente—. En líneas generales, usted tiene razón; pero en el caso de Thomas Brignell en particular, me temo que se equivoca. Su memoria para las caras y los nombres es excepcional, ¡fuera de lo corriente!

Poirot sonrió de forma apreciativa.

—¿Sí? *Bon*. Entonces tengo razón.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—Tenga paciencia y escuche, Catchpool. Explicaré la secuencia de los acontecimientos. El hombre que se hizo pasar por Richard Negus estaba en el vestíbulo del hotel cuando el señor Negus se presentó en el mostrador de la recepción, el miércoles, la víspera de los asesinatos. Probablemente quería reconocer el territorio, como preparación para el papel que debía desempeñar más adelante. En cualquier caso, vio llegar a Richard Negus. ¿Cómo supo que era él? Volveré más adelante sobre ese punto. Baste decir que lo supo. Vio que Thomas Brignell realizaba el papeleo necesario y le entregaba después al señor Negus la llave de su habitación. Al día siguiente, tras hacerse pasar por el señor Negus para recibir al camarero con el té, y cuando ya había salido a

la calle para deshacerse de la comida, el hombre se encuentra casualmente con Thomas Brignell, mientras se dirige de vuelta a la habitación 317. Como tiene una gran agilidad mental, ve en el encuentro una espléndida oportunidad para consolidar el engaño a la policía. Se acerca a Brignell y le habla como si él, el impostor, fuera Richard Negus. Le recuerda a Brignell su nombre y hace alusión a un encuentro anterior.

»En realidad, Thomas Brignell no ha visto nunca a esa persona, pero recuerda el nombre, porque fue él quien entregó las llaves de su habitación al verdadero Richard Negus. De pronto, tiene ante sí a un hombre que le habla en tono amistoso y confiado, como si lo conociera, y que dice llamarse Richard Negus. Evidentemente, Thomas Brignell supone que debe ser Richard Negus. No reconoce su rostro, pero solo se culpa a sí mismo por esa laguna de memoria.

Thomas Brignell tenía la cara de color burdeos.

Poirot prosiguió:

—El hombre que se hacía pasar por Richard Negus pidió una copa de jerez. ¿Por qué? ¿Para prolongar un poco más el encuentro con Brignell y dejar de ese modo una huella más profunda en su memoria? ¿Para aplacar los nervios con un poco de licor? Quizá por ambas razones.

»Ahora, si me permiten que haga una pequeña digresión: en el fondo de la copa de jerez se encontraron restos de cianuro, lo mismo que en las tazas de té de Harriet Sippel y de Ida Gransbury. Pero las víctimas no murieron por beber ese té, ni ese jerez. No pudo haber sido así, porque las bebidas llegaron demasiado tarde, mucho después de que se cometieran los asesinatos. La copa de jerez y las dos tazas de té halladas en las mesas auxiliares, junto a los tres cuerpos, eran esenciales para preparar las escenas del crimen y crear la falsa impresión de que las muertes se habían producido después de las siete y cuarto. De hecho, el cianuro que mató a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus les fue administrado mucho antes y por otros medios. Hay un vaso de agua junto al lavamanos de cada habitación del hotel, ¿no es así, signor Lazzari?

—Así es, monsieur Poirot.

—Entonces, creo que así fue ingerido el veneno: con el agua. A continuación, en cada caso, el vaso fue lavado cuidadosamente y colocado una vez más junto al lavamanos. ¡Señor Brignell! —dijo Poirot sin previo aviso, consiguiendo que el ayudante de recepción se encogiera en su asiento como si alguien le hubiera disparado—. Ya sabemos que a usted no le gusta hablar en público; sin embargo, se armó de valor para hacerlo la primera vez que nos reunimos todos en esta sala. En aquella ocasión nos describió su encuentro con el señor Negus en el pasillo, pero no mencionó el jerez, aunque yo había preguntado específicamente por ese punto. Más adelante, vino a verme y añadió el detalle del jerez a su historia. Cuando le pregunté por qué no lo había mencionado la primera vez, no me respondió. Yo no lograba entender sus razones, pero mi amigo Catchpool hizo un comentario muy perspicaz y esclarecedor. Dijo que usted es un hombre muy escrupuloso, que solo

ocultaría información en la investigación de un asesinato si le resultara personalmente bochornosa y estuviera convencido de que no tiene nada que ver con el caso. Acertó de lleno con su apreciación, ¿verdad?

Brignell asintió apenas.

—Permítanme que lo explique. —Poirot levantó la voz, aunque ya estaba hablando a un volumen bastante alto—. Cuando nos reunimos antes en esta sala, pregunté si alguien había llevado jerez a la habitación del señor Negus. Nadie respondió. ¿Por qué no dijo Thomas Brignell: «Yo no llevé el jerez a su habitación, pero le di una copa aquí, en la recepción»? ¡Poirot lo explicará! No lo dijo, porque dudaba. No quería arriesgarse a declarar algo que no fuera verdad.

»El señor Brignell era el único miembro del personal del hotel que había visto más de una vez a cualquiera de las tres víctimas o, más exactamente, que había creído ver a Richard Negus más de una vez. Sabía que le había dado una copa de jerez a un hombre que se hacía llamar Richard Negus y que se comportaba como si lo conociera, pero ese hombre no se parecía al Richard Negus que Thomas Brignell había atendido el día anterior. Como recordarán, el señor Lazzari nos ha dicho que el señor Brignell tiene una memoria fuera de lo común para las caras y los nombres. Por eso no dijo nada cuando yo pregunté por el jerez. Estaba absorto en sus pensamientos. Una voz interior le decía: “Tiene que haber sido él, el mismo hombre, pero no lo era. Lo habrías reconocido”.

»Unos instantes después, el señor Brignell reaccionó y se dijo a sí mismo: “Pero ¿qué clase de tonto soy? ¡Por supuesto que era Richard Negus, si dijo llamarse así! Por una vez, la memoria me ha traicionado. Además, el hombre hablaba como Richard Negus, con su cuidado acento de hombre culto y elegante”. Al honesto y escrupuloso Thomas Brignell debió de parecerle *incroyable* que alguien se hiciera pasar por otra persona con el propósito de engañarlo.

»Tras llegar a la conclusión de que aquel hombre tenía que ser Richard Negus, el señor Brignell decide ponerse de pie y referir su encuentro con el señor Negus en el pasillo, a las siete y media, la noche de los asesinatos. Pero le resulta embarazoso mencionar el jerez, porque teme pasar por un idiota, por no haber reaccionado previamente, cuando yo había preguntado por la bebida. Es de suponer que yo le habría preguntado delante de todos: “¿Por qué no me lo dijo antes?”. Y para el señor Brignell, habría sido demasiado bochornoso contestar: “Porque me estaba preguntando por qué razón tendría el señor Negus una cara diferente la segunda vez que lo vi”. Señor Brignell, ¿puede confirmar que es cierto lo que acabo de decir? No debe preocuparle pasar por tonto, porque es todo lo contrario. Tenía usted razón: la cara era diferente, porque era otra persona.

—Menos mal —dijo Brignell—. Todo lo que ha dicho el señor Poirot es absolutamente cierto.

—*Bien sûr* —dijo Poirot, sin la menor modestia—. No olviden, señoras y señores, que el mismo nombre no significa a la fuerza la misma persona.

Cuando el señor Lazzari describió a la mujer que tomó una habitación en este hotel utilizando el nombre de Jennie Hobbs, pensé que quizá se trataba de la misma mujer que yo había visto en el café Pleasant. Todo encajaba: cabello rubio, sombrero marrón oscuro y abrigo marrón claro. Pero si dos personas han visto a una mujer que coincide con esa descripción, una única vez, no pueden estar seguras de haber visto a la misma mujer.

»Eso me llevó a meditar. Ya sospechaba que el Richard Negus muerto, cuyo cadáver yo mismo había visto, y el Richard Negus vivo, que habían visto Rafal Bobak y Thomas Brignell la noche de los asesinatos, eran dos hombres distintos. Entonces recordé haber oído que a su llegada al Bloxham, el miércoles, Richard Negus había sido atendido por Thomas Brignell. Si mis suposiciones eran correctas, tenía que haber sido un Richard Negus diferente, el auténtico. De repente, comprendí el aprieto en que creía encontrarse Thomas Brignell. ¿Cómo iba a decir públicamente que ese hombre parecía tener dos caras? ¡Todo el mundo lo habría tomado por un lunático!

—¡Usted sí que habla como un chalado, señor Poirot! —dijo Samuel Hobben con una mueca burlona.

Poirot continuó, como si no hubiera oído nada.

—Puede que el impostor no se pareciera a Richard Negus físicamente, pero no me cabe duda de que su voz era una imitación perfecta. Porque el impostor es un imitador excelente, ¿no es así, señor Hobben?

—¡No escuchen a este hombre! ¡Es un mentiroso!

—No, señor Hobben. El mentiroso es usted. ¿No es verdad que me ha imitado más de una vez?

Fee Spring se puso de pie al fondo de la sala.

—¡Es cierto lo que dice el señor Poirot! —exclamó—. Está diciendo la verdad. He oído al señor Hobben hablar con su acento. Con los ojos cerrados, no habría notado la diferencia.

—Y no solo con la voz miente Samuel Hobben —dijo Poirot—. La primera vez que lo vi, se presentó como un hombre de escasa inteligencia y apariencia desaliñada: tenía la camisa manchada y con un botón de menos. También estaba el detalle de la barba incompleta: solo se había afeitado un pequeño trozo de mejilla. Por favor, señor Hobben, cuénteles a todos por qué se esforzó tanto en parecer descuidado la primera vez que nos vimos.

Samuel Hobben siguió mirando al frente, con gesto resuelto, pero sin decir palabra. Su mirada rebosaba desprecio.

—Muy bien, si usted no habla, entonces lo explicaré yo. El señor Hobben se hizo un corte en la mejilla cuando bajó a la calle por el árbol que está junto a la ventana de la habitación 238, la que ocupó Richard Negus. Un corte en la

cara de un hombre elegante puede llamar la atención y motivar preguntas, ¿no les parece? Una persona cuidadosa con su apariencia no permitiría que una navaja le dejara una desagradable marca en la mejilla. El señor Hobben no quería que mi razonamiento fuera por esos derroteros. No quería que yo me preguntara si no habría salido recientemente por una ventana abierta, para bajar por las ramas de un árbol, y por eso se fabricó esa imagen de descuido generalizado. Compuso su aspecto para parecer el tipo de hombre capaz de cortarse mientras se afeita y de salir a la calle con media barba, para evitar nuevos cortes. Un hombre tan negligente y caótico como el que pretendía ser habría manejado la navaja de afeitar sin el menor cuidado y, por supuesto, se habría cortado. Eso fue lo que quiso que creyera Poirot y de hecho eso fue lo que Poirot creyó al principio.

—¡Un minuto, Poirot! —intervine yo—. Si está diciendo que Samuel Hobben salió por la ventana de la habitación de Richard Negus...

—¿Estoy afirmando que Samuel Hobben asesinó al señor Negus? *Non*. No lo hizo. Él solo colaboró con la persona que acabó con la vida de Richard Negus. En cuanto a la identidad de esa persona... Todavía no le he dicho su nombre —me dijo Poirot con una sonrisa.

—No, no me lo ha dicho —repliqué yo con dureza—. Ni tampoco me ha dicho quiénes eran las tres personas que estaban en la habitación 317, cuando Rafal Bobak les llevó el té. Ha dicho que las tres víctimas ya estaban muertas cuando...

—En efecto. Una de las tres personas presentes en la habitación 317, a las siete y cuarto, era Ida Gransbury, ya cadáver, pero colocada en un sillón con la espalda erguida, para que pasara por viva, mientras nadie le viera la cara. La segunda persona era Samuel Hobben, en el papel de Richard Negus.

—Sí, ya veo, pero ¿quién era la tercera? —pregunté con creciente exasperación—. ¿Quién era la mujer que se hacía pasar por Harriet Sippel y chismorreaba sobre gente conocida? No podía ser Jennie Hobbs, porque como usted ha dicho, para entonces tenía que estar de camino al café Pleasant.

—¡Ah, sí, la mujer que murmuraba y se reía maliciosamente! —dijo Poirot—. Le diré quién era, amigo mío. Esa mujer era Nancy Ducane.

Conmocionados gritos de sorpresa llenaron la sala.

—¡No, no, monsieur Poirot! —dijo Luca Lazzari—. La signora Ducane es uno de los mayores talentos artísticos de este país y también una buena amiga de este hotel. ¡Tiene que estar equivocado!

—No estoy equivocado, *mon ami*.

Miré a Nancy Ducane, que permanecía sentada con aire de tranquila resignación, sin negar nada de lo que acababa de decir Poirot.

¿La famosa artista Nancy Ducane, conspirando con Samuel Hobben, el

antiguo prometido de Jennie Hobbs? Nunca había estado tan estupefacto en toda mi vida. ¿Qué sentido podía tener todo eso?

—¿No le he dicho, Catchpool, que madame Ducane ha venido hoy con la cara cubierta con un velo porque no quiere que la reconozcan? Usted ha dado por sentado que me refería a su deseo de no ser reconocida como la famosa pintora de retratos. ¡No! No quería que Rafal Bobak la reconociera como la Harriet que vio en la habitación 317 la noche de los asesinatos. Por favor, póngase de pie, señora Ducane, y retírese el velo de la cara.

Así lo hizo Nancy.

—Señor Bobak, ¿es esta la mujer que usted vio?

—Sí, señor Poirot. Es ella.

La sala estaba en silencio, pero era un silencio audible: el sonido del aire inhalado y retenido en los pulmones. Toda la sala se había quedado sin respiración.

—¿No la reconoció como Nancy Ducane, la famosa pintora retratista?

—No, señor. No sé nada de arte y solo la vi de perfil. Tenía la cara vuelta hacia otro lado y nunca me miró de frente.

—Claro que no. Temía que fuera usted un entusiasta del arte y pudiera identificarla.

—Sin embargo, la he reconocido ahora en cuanto ha entrado en esta sala, a ella y a ese señor Hobben. He intentado decírselo, señor, pero usted no me ha dejado hablar.

—Sí, y también Thomas Brignell ha intentado decirme que había reconocido a Samuel Hobben —dijo Poirot.

—Dos de las tres personas que creía asesinadas aparecen de repente en esta sala, ¡tan vivas como usted y como yo!

Por su voz, era evidente que Rafal Bobak aún no se había recuperado de la conmoción inicial.

—¿Y qué hay de la coartada de Nancy Ducane, según lord y lady Wallace? —le pregunté a Poirot.

—Me temo que era falsa —dijo Nancy—. La culpa es mía. Por favor, no los culpen a ellos. Son amigos muy queridos y solo deseaban ayudarme. Ni Saint-John ni Louisa sabían que yo estaba en el hotel Bloxham la noche de los asesinatos. Les juré que no había sido yo y me creyeron. Son personas buenas y valientes, que no querían verme condenada por tres asesinatos que no había cometido. Creo que usted ya lo ha comprendido todo, monsieur Poirot, y por lo tanto, debe saber que yo no he matado a nadie.

—Mentir a la policía en la investigación de un caso de asesinato no es un acto de valor, madame. ¡Es algo inexcusable! Cuando salí de su casa, lady Wallace, ya sabía que era usted una mentirosa.

—¿Cómo se atreve a hablar así a mi esposa? —dijo Saint-John Wallace.

—Lamento que la verdad no sea de su agrado, lord Wallace.

—¿Cómo lo supo, monsieur Poirot? —preguntó su mujer.

—En su casa había una doncella nueva: Dorcas. Hoy ha venido con ustedes, porque yo le pedí que la trajera, ya que es importante en esta historia. Usted me dijo que Dorcas llevaba pocos días en su casa, y yo mismo pude observar que era un poco torpe. Cuando me trajo un café, derramó la mayor parte. Por suerte, no todo se derramó y pude beber lo que quedaba en la taza. De inmediato reconocí el café que venden en el café Pleasant. Es inconfundible; no hay un café como ese en ningún otro sitio.

—¡Córcholis! —exclamó Fee Spring.

—Exactamente, mademoiselle. El efecto en mi mente fue profundo: de inmediato, logré reunir varias piezas del rompecabezas, que encajaron a la perfección. El café fuerte es muy bueno para el cerebro.

Poirot le lanzó a Fee una mirada cargada de intención, mientras lo decía, y ella frunció los labios con desaprobación.

—Esa doncella tan poco hábil (discúlpeme, por favor, mademoiselle Dorcas, estoy seguro de que mejorará con el tiempo) ¡era nueva en la casa! Combinando este dato con el café del Pleasant, se me ocurrió una idea: ¿no habría sido Jennie Hobbs la doncella de Louisa Wallace, antes que Dorcas? Yo sabía, por las camareras del Pleasant, que Jennie solía acudir al establecimiento a comprar café y pasteles para su patrona, una señora de la alta sociedad. Cuando se refería a ella, Jennie utilizaba el título «lady». Sería interesante, ¿verdad?, que Jennie hubiera trabajado hasta hace pocos días con la persona que le proporcionó a Nancy Ducane su coartada. Una coincidencia extraordinaria, ¡o ninguna coincidencia en absoluto! Al principio, mis reflexiones siguieron un camino erróneo. Yo pensé: «Nancy Ducane y Louisa Wallace deben de ser amigas que han conspirado para matar a la *pauvre* Jennie».

—¡Qué idea! —exclamó Louisa Wallace indignada.

—¡Una mentira escandalosa! —convino su marido Saint-John.

—Una mentira no, *pas du tout*. Un error. Como podemos ver, Jennie no está muerta. Sin embargo, no me equivoqué cuando deduje que sirvió en casa de Saint-John y Louisa Wallace, y que hace muy poco fue sustituida por mademoiselle Dorcas. Tras hablar conmigo en el Pleasant, la noche de los asesinatos, Jennie tuvo que salir al instante de casa de los Wallace. Sabía que pronto llegaría yo, para pedir confirmación de la coartada de Nancy Ducane.

Si la hubiera encontrado en la casa, trabajando para la mujer que proporcionaba la coartada, de inmediato habría sospechado. Catchpool, dígame (díganos a todos), ¿qué habría sospechado yo exactamente?

Hice una inhalación profunda, rezando para no haberlo entendido todo mal, y dije:

—Habría sospechado que Jennie Hobbs y Nancy Ducane estaban confabuladas para engañarnos.

—¡Correcto, *mon ami*! —Poirot me miró con expresión radiante y, volviéndose hacia el público, añadió—: Poco antes de probar el café y de relacionarlo con el Pleasant, yo había estado mirando un cuadro obra de Saint-John Wallace, que había sido su regalo de aniversario para su esposa. Representaba una planta, una dulcamara. Estaba fechado el cuatro de agosto del año pasado, un detalle que lady Wallace me señaló especialmente. En ese momento, Poirot advirtió algo: el retrato de Louisa Wallace realizado por Nancy Ducane, que habíamos visto unos minutos antes, no estaba fechado. Como aficionado al arte que soy, he asistido en Londres a numerosas exposiciones. He visto muchas obras de la señora Ducane. Sus cuadros siempre llevan la fecha en la esquina inferior derecha, junto a sus iniciales: N.A.E.D.

—Presta usted más atención que la mayoría de las personas que asisten a las exposiciones —dijo Nancy.

—Hércules Poirot siempre presta atención. A todo. Yo creo, madame, que su retrato de Louisa Wallace estaba fechado, hasta que usted eliminó la fecha pintando encima. ¿Por qué? Porque no era reciente. Necesitaba hacerme creer que le había entregado el retrato a lady Wallace la noche de los asesinatos y que, por lo tanto, era una obra recién acabada. Me pregunté por qué no habría pintado usted una fecha nueva, falsa, y la respuesta es evidente: si su obra sobrevive cientos de años y los historiadores la estudian con interés, como seguramente sucederá, usted no quiere confundir a esos estudiosos que en el futuro se interesarán por sus cuadros. ¡No, usted tan solo desea confundir a Poirot y a la policía!

Nancy Ducane inclinó la cabeza a un lado y, en tono de amable consideración, dijo:

—¡Qué perspicaz es usted, monsieur Poirot! Usted realmente entiende las cosas, ¿verdad?

—*Oui*, madame. Entiendo que le encontró un empleo a Jennie Hobbs en casa de su amiga Louisa Wallace, y que lo hizo para ayudarla, cuando llegó a Londres necesitada de trabajo. Entiendo que Jennie nunca formó parte de ningún plan para incriminarla a usted en un caso de asesinato, aunque permitió que Richard Negus lo creyera. De hecho, señoras y señores, Jennie Hobbs y Nancy Ducane son amigas y aliadas desde que ambas vivían en Great Holling. Las dos mujeres que amaron a Patrick Ive incondicionalmente y más allá de la razón son las mismas que formularon un plan tan ingenioso que estuvo a punto de engañarme a mí, Hércules Poirot. ¡Pero no lo consiguieron!

—¡Mentiras, son todo mentiras! —exclamó Jennie entre sollozos.

Nancy guardaba silencio.

Poirot dijo:

—Déjenme volver por un momento a casa de los Wallace. En el retrato de lady Wallace pintado por Nancy Ducane, que yo examiné de cerca durante un buen rato, aparece un aguamanil azul. Cuando me moví por la habitación y contemplé el cuadro desde diferentes ángulos, el azul del aguamanil me pareció en todo momento un bloque compacto de color, sin vida ni interés. Los otros colores del lienzo cambiaban con sutileza a medida que yo me movía, según la incidencia de la luz. Nancy Ducane es una artista de gran talento. Es un genio del color, excepto cuando tiene prisa y no piensa en el arte, sino en protegerse a sí misma y a su amiga Jennie Hobbs. Para ocultar información, Nancy pintó rápidamente de azul el aguamanil que antaño no era de ese color. ¿Por qué razón?

—¿Para tapar la fecha? —sugerí yo.

—*Non*. El aguamanil está en la mitad superior del cuadro, y Nancy Ducane siempre pinta la fecha en la esquina inferior derecha de sus lienzos —dijo Poirot—. Lady Wallace, usted no esperaba que yo quisiera ver toda su casa, de arriba abajo. Pensaba que después de hablar con usted y ver el retrato que le pintó Nancy Ducane, me daría por satisfecho y me marcharía. Pero me dije que sería interesante encontrar el aguamanil azul que figura en el retrato, pintado de manera mucho menos sutil que el resto del cuadro. ¡Y lo encontré! Lady Wallace fingió sorpresa por su desaparición, pero su asombro era falso. En la planta alta, en uno de los dormitorios, había un aguamanil blanco, con un escudo. Pensé que podía ser el que aparecía en el retrato, aun cuando no fuera azul. Mademoiselle Dorcas, lady Wallace me dijo que probablemente usted habría roto o robado el aguamanil azul.

—¡Yo no hice nada de eso! —exclamó indignada Dorcas—. ¡Ni siquiera he visto nunca un aguamanil azul en la casa!

—¡No lo ha visto, estimada joven, porque ese jarro no ha estado nunca en la casa! —dijo Poirot—. ¿Por qué querría Nancy Ducane pintar precipitadamente de azul un aguamanil blanco?, me pregunté yo. ¿Qué se proponía ocultar? Mi conclusión fue simple: tenía que ser el escudo. Los escudos no son meros elementos decorativos; pueden pertenecer a una familia o, en algunos casos, a un colegio de una de las grandes universidades.

—¡El Saviour College de Cambridge! —dije yo, sin poder contenerme.

Recordé que poco antes de que Poirot y yo saliéramos de Londres para Great Holling, Stanley Beer había mencionado un escudo.

—*Oui*, Catchpool. Cuando salí de casa de los Wallace, hice un dibujo del escudo, para que no se me olvidara. No soy ningún artista, pero me acerqué

bastante al original. Le pedí al agente Beer que averiguara a qué correspondía y, como acaba de decir usted, Catchpool, el escudo que figura en el aguamanil que vi en casa de los Wallace no es otro que el del Saviour College de Cambridge, donde Jennie Hobbs trabajaba como limpiadora para el reverendo Patrick Ive. Fue un regalo de despedida para usted, señorita Hobbs, cuando se marchó del Saviour College y se fue a Great Holling, a trabajar con Patrick y Frances Ive, ¿no es cierto? Se lo llevó a casa de lord y lady Wallace, cuando entró a trabajar allí. Después, cuando se marchó a toda prisa de casa de los Wallace y fue a esconderse en casa del señor Hobben, no se llevó el aguamanil. En ese momento, no tenía la cabeza para pensar en esas cosas. Supongo que entonces Louisa Wallace trasladaría el aguamanil de las habitaciones de servicio, que usted había ocupado previamente, a uno de los dormitorios de invitados, para admiración de los huéspedes que deseaba impresionar.

Jennie no contestó. Tenía la cara vacía y sin expresión.

—Nancy Ducane no quería correr ni el más mínimo riesgo —dijo Poirot—. Sabía que, tras los asesinatos en este hotel, Catchpool y yo iríamos a hacer preguntas a Great Holling. ¿Y si el viejo borracho Walter Stoakley, exdecano del Saviour College, nos contaba que él mismo le había dado el aguamanil con el escudo a Jennie Hobbs, como regalo de despedida? Si después de eso hubiésemos visto el escudo en un retrato de lady Louisa Wallace, habríamos descubierto la conexión con Jennie Hobbs y, por extensión, el vínculo entre esta última y Nancy Ducane, que no era de enemistad y envidia, como nos han dicho las dos mujeres, sino de amistad y complicidad. Madame Ducane no podía arriesgarse a que llegáramos a esa sospecha por culpa del escudo en el retrato, y por lo tanto, pintó de azul el aguamanil blanco... apresuradamente y con muy poca sensibilidad artística.

—No siempre es posible hacer un trabajo óptimo, monsieur Poirot —dijo Nancy.

Me resultó alarmante oír un comentario tan razonable por su parte y ver que una persona que había conspirado para matar a otras tres podía ser tan sensata y cortés en la conversación.

—¿Está de acuerdo con la señora Ducane, lord Wallace? —preguntó Poirot—. Usted también es pintor, aunque de un estilo muy diferente. Señoras y señores, Saint-John Wallace es un artista botánico. Vi su obra en todas las estancias de la casa cuando estuve de visita. Lady Louisa fue tan generosa conmigo al ofrecerse a enseñarme todas las habitaciones, como lo fue con Nancy Ducane al proporcionarle una falsa coartada. Lady Louisa es una buena mujer. Su clase de bondad es la más peligrosa, porque está tan alejada del mal, que no lo reconoce aunque lo tenga delante. Lady Wallace creía en la inocencia de Nancy Ducane y le proporcionó la coartada para protegerla. ¡Ah, la adorable y talentosa Nancy es muy convincente! Seguramente convenció a Saint-John Wallace de que estaba ansiosa por probar su estilo de pintura. Lord Wallace es un hombre conocido y bien relacionado; por lo tanto, obtiene con facilidad todas las plantas que necesita para su obra. Nancy Ducane le pidió que le consiguiera plantas de mandioca... ¡las mismas plantas de las que se obtiene el cianuro!

—¿Cómo demonios lo sabe? —preguntó Saint-John Wallace.

—Una suposición afortunada, monsieur. Nancy Ducane le dijo que quería esas plantas para su arte, ¿no es así? Y usted le creyó. —Poirot se volvió hacia el mar de caras boquiabiertas y añadió—: Ni lord ni lady Wallace podrían creer jamás que una buena amiga suya es capaz de cometer un asesinato. ¡Sería una mancha para su reputación! ¡Piensen ustedes en su prestigio social! Incluso ahora, cuando todo lo que digo encaja a la perfección con lo que ellos mismos saben que es cierto, Saint-John y Louisa Wallace están pensando que este tendencioso detective llegado del continente tiene que estar equivocado. ¡Tal es la imperfección de la mente humana, sobre todo cuando intervienen el esnobismo y *les idées fixes* !

—Monsieur Poirot, yo no he matado a nadie —dijo Nancy Ducane—. Estoy segura de que usted sabe que digo la verdad. Por favor, dígales a todos que no soy una asesina.

—No puedo complacerla, madame. *Je suis désolé* . Usted no administró el veneno, pero conspiró para poner fin a tres vidas.

—Sí, pero solo para salvar otra —dijo Nancy con firmeza—. ¡No soy culpable de nada! Vamos, Jennie, contémosle nuestra historia, la verdadera historia. Cuando la haya oído, tendrá que reconocer que hicimos únicamente lo que teníamos que hacer para salvar nuestras vidas.

En la sala reinaba una calma absoluta. Todos estaban sentados en silencio. No esperaba que Jennie fuera a moverse, pero al cabo de un momento, muy despacio, se puso de pie. Apretando el bolso con las dos manos contra el cuerpo, atravesó la sala en dirección a Nancy.

—Nuestras vidas no merecían ser salvadas —dijo.

—¡Jennie! —exclamó Sam Hobben, que de pronto se levantó también de su asiento y fue hacia ella.

Mientras lo observaba, tuve la peculiar sensación de que el tiempo se volvía más lento. ¿Por qué corría Hobben? ¿Cuál era el peligro? Evidentemente, pensaba que había alguno, y sin comprender muy bien por qué, mi corazón empezó a palpar con fuerza y a ritmo desbocado. Algo terrible estaba a punto de suceder. Yo también eché a correr en dirección a Jennie.

Ella abrió el bolso.

—¿No querías reunirte con Patrick? —le espetó a Nancy.

Reconocí su voz, pero al mismo tiempo me pareció que no era la suya. Era el sonido de la más implacable oscuridad transformado en palabras. Espero sinceramente no tener que volver a oír algo semejante mientras viva.

Poirot también había comenzado a moverse, pero tanto él como yo estábamos demasiado lejos.

—¡Poirot! —grité yo, y enseguida exclamé—: ¡Que alguien la detenga!

Vi un objeto metálico y la luz que bailaba sobre su superficie. Dos hombres de la mesa contigua a la de Nancy se incorporaron, pero les faltó agilidad.

—¡No! —grité.

Hubo un movimiento rápido —la mano de Jennie— y después la sangre, un río que manaba del vestido de Nancy hasta el suelo. Nancy se desplomó. En algún lugar, al fondo de la habitación, una mujer soltó un alarido.

Poirot había dejado de moverse y para entonces estaba completamente inmóvil.

—*Mon Dieu* —dijo, y cerró los ojos.

Samuel Hobben llegó antes que yo al sitio donde estaba Nancy.

—Está muerta —dijo, con la vista fija en el cadáver.

—Claro que está muerta —dijo Jennie—. La he apuñalado en el corazón. Justo en el corazón.

Capítulo 25

Si «muerte» empezara con D

Ese día supe que no temo a la muerte. Es un estado que no contiene energía, ni ejerce fuerza alguna. Veo cadáveres con frecuencia en el desempeño de mi trabajo, y nunca me han inquietado en exceso. No, lo que me aterroriza más que ninguna otra cosa es la proximidad de los vivos a la muerte: el sonido de la voz de Jennie Hobbs cuando el deseo de matar la consumía, o el estado mental de un asesino que coloca tres gemelos con monogramas en la boca de sus víctimas y se toma el trabajo de arreglar los cadáveres en el suelo, enderezando los miembros y los dedos, y colocando las manos inertes con las palmas hacia abajo.

«Cógele la mano, Edward».

¿Cómo pueden los vivos coger la mano de los moribundos, sin temor a que los arrastren hacia la muerte?

Si fuera por mí, nadie, ninguna persona viva y vital tendría jamás ningún trato con la muerte. Pero reconozco que es una esperanza poco realista.

Después de que Jennie Hobbs apuñaló a Nancy, yo no quería acercarme a ella. No sentía curiosidad por saber la razón que la había impulsado; sencillamente, quería marcharme a casa, sentarme junto a uno de los crepitantes fuegos de Blanche Unsworth, enfrascarme en mi crucigrama y olvidar todo lo referente a los crímenes del hotel Bloxham, o los crímenes del monograma, o comoquiera que los llame la gente.

Sin embargo, Poirot tenía curiosidad de sobra para los dos, y su voluntad era más firme que la mía. Me insistió para que me quedara. Era mi caso —me dijo— y tenía que dejarlo bien atado. Hizo un gesto con ambas manos que sugería un meticuloso movimiento envolvente, como si la investigación fuera un paquete.

Así fue como, varias horas más tarde, él y yo estábamos sentados en una pequeña sala cuadrada de Scotland Yard, con Jennie Hobbs al otro lado de la mesa. Samuel Hobben también había sido arrestado y Stanley Beer lo estaba interrogando. Yo habría dado cualquier cosa por ocuparme de Hobben, que sin duda era un rufián y un maleante, pero no me había hecho oír en su voz la aniquilación de toda esperanza.

Y a propósito de voces, me sorprendió la suavidad de la voz de Poirot mientras hablaba:

—¿Por qué lo hizo, mademoiselle? ¿Por qué mató a Nancy Ducane, cuando las dos habían sido amigas y aliadas durante tanto tiempo?

—Nancy y Patrick fueron amantes en todo el sentido de la palabra. Yo no lo supe hasta hoy, cuando se lo oí decir. Siempre había pensado que ella y yo éramos iguales: las dos amábamos a Patrick, pero sabíamos que no podíamos estar con él de ese modo y, de hecho, no habíamos estado con él de ese modo. Durante todos estos años, yo creí en la castidad de su amor, pero era una mentira. Si Nancy hubiera querido de verdad a Patrick, no habría hecho de él un adúltero, ni habría ensuciado de ese modo su moral.

Jennie se enjugó una lágrima.

—Creo que le he hecho un favor. ¿No la oyeron expresar su deseo de reunirse con Patrick? La he ayudado a cumplirlo, ¿no?

—Catchpool —dijo Poirot—, ¿recuerda que, después de encontrar sangre en la habitación 402 del hotel Bloxham, le dije que era demasiado tarde para salvar a mademoiselle Jennie?

—Sí.

—Usted pensó que yo quería decir que estaba muerta, pero me malinterpretó. Ya entonces, yo sabía que Jennie estaba más allá de toda salvación, porque había hecho cosas tan terribles que ya no podría eludir la muerte. Eso fue lo que quise decir.

—A todos los efectos importantes, llevo muerta desde que Patrick falleció —dijo Jennie, con el mismo tono de desesperanza infinita.

Yo sabía que la única manera de superar ese trago era concentrar toda mi atención en los aspectos lógicos. ¿Había resuelto Poirot el enigma? Él parecía pensar que sí, pero yo seguía sin verlo. Por ejemplo, ¿quién había matado a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus, y por qué? Le formulé esas preguntas a Poirot.

—Ah —dijo él, con una gran sonrisa, como si le hubiera recordado un chiste que nos hubiera hecho gracia en el pasado—. Comprendo su situación, *mon ami*. Escuchó una larga disertación de Poirot y de repente, unos minutos antes de la conclusión, otro asesinato interrumpe la explicación y usted se queda sin las respuestas que llevaba tanto tiempo esperando. *Dommmage*.

—¡Por favor, dígamelo de una vez y déjese de *dommmage*! —repliqué yo, con tanta firmeza como pude.

—Es muy sencillo. Jennie Hobbs y Nancy Ducane, con la ayuda de Samuel Hobben, conspiraron para matar a Harriet Sippel, a Ida Gransbury y a Richard Negus. Sin embargo, mientras colaboraba con Nancy, Jennie fingió formar parte de una confabulación completamente diferente. Permitió que Richard Negus creyera que era él la persona con quien conspiraba.

—Eso no me parece «muy sencillo» —repliqué—. Al contrario, me parece tremendamente complicado.

—No, no, amigo mío. *Vraiment*, no lo es en absoluto. A usted le resulta difícil reconciliar las diferentes versiones de la historia, pero debe olvidar lo que nos dijo Jennie cuando la visitamos en casa de Samuel Hobben; debe erradicarlo por completo de su mente. Era una mentira de principio a fin, aunque sin duda contenía algunos elementos veraces, como pasa siempre con las mejores mentiras. Dentro de un momento, Jennie nos contará toda la verdad, ahora que no tiene nada que perder; pero antes, amigo mío, tengo que felicitarlo como merece. Fue usted, en definitiva, quien me ayudó a ver con claridad, con la sugerencia que me hizo en el cementerio de la iglesia de los Santos Sagrados.

Poirot se volvió hacia Jennie y le dijo:

—La mentira que usted le contó a Harriet Sippel, la historia de que Patrick Ive aceptaba dinero de los fieles y les transmitía a cambio mensajes de sus seres queridos ya fallecidos, la patraña de que Nancy Ducane lo visitaba por la noche en la vicaría por esa razón, es decir, con la esperanza de comunicarse con su difunto marido William... ¡Ah, cuántas veces ha oído Poirot esa terrible y ruin falsedad! Muchas, muchas veces. Usted misma, señorita Hobbs, reconoció ante nosotros el otro día que había contado esa mentira en un momento de debilidad, movida por los celos. ¡Pero eso no era cierto!

»Junto a la tumba profanada de Patrick y de Frances Ive, Catchpool me dijo: “¿Y si Jennie Hobbs no hubiera mentido acerca de Patrick Ive para herirlo, sino para ayudarlo?”. Catchpool había advertido la relevancia de algo que yo había dado por sentado, un hecho que nunca me había parecido dudoso y por lo tanto no me había detenido a examinar: el amor apasionado de Harriet Sippel por su marido George, que murió trágicamente en plena juventud. ¿Acaso no sabíamos lo mucho que Harriet amaba a George? ¿O hasta qué punto la muerte de George había transformado a Harriet, que de ser una mujer alegre y de buen corazón, se había convertido en un monstruo amargado y rencoroso? Cuesta imaginar una pérdida tan terrible y devastadora que extinga hasta la última chispa de alegría y destruya todo lo bueno en una persona. *Oui, bien sûr*, yo sabía que Harriet Sippel había sufrido una pérdida así. ¡Lo sabía con tanta seguridad que ya no pensé más al respecto!

»Sabía, además, que Jennie Hobbs amaba a Patrick Ive con tanta intensidad que abandonó a Samuel Hobben, su prometido, solo para permanecer al servicio del reverendo Ive y de su esposa. ¡Un amor tremendamente abnegado! Se conformaba con servir, a cambio de muy poco. Sin embargo, según la historia que nos relataron tanto Jennie como Nancy, los celos fueron su razón para contar la terrible mentira que contó: celos del amor que Patrick sentía por Nancy. ¡Pero eso no puede ser verdad! ¡No es coherente! No debemos pensar tan solo en los hechos físicos, sino también en los psicológicos. Jennie no hizo nada para castigar a Patrick Ive por su matrimonio con Frances, sino que aceptó con resignación que el reverendo perteneciera a otra mujer. Siguió siendo su sirvienta fiel y fue de gran ayuda para él y su esposa en la vicaría, y ellos, a su vez, la tenían en muy alta estima. ¿Por qué entonces, de repente, después de muchos años de servicio y

de amor abnegado, el amor de Patrick Ive por Nancy Ducane inspiró en Jennie el deseo de calumniarlo y de poner en marcha la cadena de sucesos que acabó en su destrucción? La respuesta es que no fue así.

»No fue la erupción de los celos y las ansias que Jennie llevaba en el pecho durante tanto tiempo lo que la impulsó a contar una mentira. Fue algo del todo diferente. Usted intentó ayudar al hombre que amaba, ¿no es así, señorita Hobbs? Salvarlo, incluso. En cuanto escuché la teoría de mi ingenioso amigo Catchpool, supe que era verdad. ¡Resultaba tan evidente! ¡Poirot fue un *imbécile* por no verla!

Jennie me miró.

—¿Qué teoría? —preguntó.

Yo abrí la boca para responder, pero Poirot se me adelantó.

—Cuando Harriet Sippel le dijo que había visto a Nancy Ducane entrar y salir de la vicaría en plena noche, usted se alarmó, porque enseguida advirtió el peligro. Usted estaba al tanto de esos encuentros amorosos (¿cómo iba a ignorarlos, si vivía en la vicaría?), y estaba ansiosa por proteger el buen nombre de Patrick Ive. ¿Cómo lograrlo? En cuanto se oliera el escándalo, Harriet Sippel aprovecharía cualquier oportunidad para castigar al pecador con el escarnio público. ¿Cómo podía explicar usted la presencia de Nancy Ducane en la vicaría, las noches en que Frances Ive estaba ausente, excepto con la verdad? ¿Qué otra historia podía ser creíble? Entonces, como por arte de magia, cuando estaba a punto de darse por vencida, se le ocurrió una idea que podía funcionar. Decidió utilizar la tentación y las falsas esperanzas para eliminar la amenaza que Harriet representaba.

Jennie no hacía más que mirar al vacío con cara inexpresiva. No dijo nada.

—Harriet Sippel y Nancy Ducane tenían algo en común —prosiguió Poirot—. Las dos habían perdido trágicamente a sus maridos de muerte prematura. Usted le dijo a Harriet que, con la ayuda de Patrick Ive, Nancy había podido comunicarse con el difunto William Ducane, y que le pagaba por ello al reverendo. Por supuesto, era preciso mantener el secreto. No podían saberlo las autoridades eclesiásticas, ni la gente del pueblo; pero usted le insinuó a Harriet que, si ella quería, Patrick podría hacer por ella lo mismo que estaba haciendo por Nancy. George y ella podrían estar... Bueno, tal vez no estarían juntos de nuevo, pero al menos habría un canal de comunicación entre ambos. Dígame, ¿cómo reaccionó Harriet a su oferta?

Siguió un largo silencio y entonces Jennie dijo:

—Casi se pone a babear de gusto por la posibilidad de que fuera cierto y quiso intentarlo cuanto antes. Dijo que estaba dispuesta a pagar cualquier precio, con tal de hablar con George una vez más. No se imagina cuánto amaba a ese hombre, monsieur Poirot. Verle la cara mientras hablaba... fue como ver cobrar vida a un cadáver. Intenté explicárselo a Patrick. Le dije que se había presentado un problema y que yo lo había resuelto. Le había hecho la oferta a Harriet, sin consultarle a él primero, ¿comprende? Creo que en el fondo yo

sabía que Patrick jamás iba a consentir, ¡pero estaba desesperada! No quería darle la oportunidad de negarse, ¿lo entiende?

—*Oui*, mademoiselle.

—Esperaba convencerlo para que accediera. Era un hombre de principios, pero yo estaba completamente segura de que querría proteger a Frances del escándalo y también a Nancy, y aquella era una manera clara de asegurarnos el silencio de Harriet. ¡La única manera! Lo único que tenía que hacer Patrick era decirle a Harriet de vez en cuando unas cuantas palabras de consuelo y presentarlas como un mensaje de George Sippel. Ni siquiera hacía falta que aceptara su dinero. Cuando se lo dije, no quiso oírme. Estaba espantado.

—Tenía toda la razón de estarlo —dijo Poirot con calma—. Continúe, por favor.

—Dijo que habría sido inmoral e injusto hacerle a Harriet lo que le estaba proponiendo; antes prefería su propia ruina. Le rogué que lo pensara un poco más. ¿Qué daño podía causar, si hacía feliz a Harriet? Pero Patrick estaba decidido. Me pidió que le dijera que no iba a ser posible lo que yo le había propuesto. Me dio instrucciones precisas: «No le digas que has mentido, Jennie, porque de lo contrario volverá a sospechar la verdad». Me indicó que le dijera simplemente a Harriet que no podía tener lo que deseaba.

—Y usted no tuvo más remedio que decírselo —dije yo.

—No tuve otra opción. —Se puso a llorar—. Y desde que le dije a Harriet que Patrick había rechazado su solicitud, se volvió su enemiga y se dedicó a repetir mi mentira por todo el pueblo. Si Patrick hubiera querido, habría podido arruinarle a ella la reputación, haciendo saber que se había mostrado ansiosa por utilizar sus dudosos servicios y revelando que solo había empezado a llamarlo blasfemo y hereje cuando él la había rechazado, pero no quiso hacerlo. Dijo que por muy viles que fueran los ataques de Harriet, él no mancharía su nombre. ¡Qué hombre tan tonto! ¡Habría podido cerrarle la boca en un instante, pero era demasiado noble para defenderse!

—¿Fue entonces cuando usted acudió a pedirle consejo a Nancy Ducane? —preguntó Poirot.

—Así es. No creía que Patrick y yo tuviéramos que ser los únicos en preocuparnos. Nancy también formaba parte del problema. Le pregunté si me aconsejaba reconocer públicamente que había mentido, pero me contestó que no. «Me temo que las críticas le llegarán a Patrick por un lado o por otro, y también a mí», me dijo. «Harás bien en quedarte al margen, Jennie. No digas nada, no te sacrifiques. No estoy segura de que tengas suficiente fuerza para soportar las infamias de Harriet». Me infravaloró. Yo estaba trastornada, desde luego. Supongo que me desmoroné un poco, porque estaba muy asustada al ver que Harriet quería destruir a Patrick. Pero no soy una persona débil, monsieur Poirot.

—Ya veo que no tiene miedo.

—No. Encuentro fuerzas en la idea de que Harriet Sippel, esa hipócrita repugnante, está muerta. La persona que la mató le hizo un gran servicio al mundo.

—Lo que nos conduce a la cuestión de la identidad del asesino, mademoiselle. ¿Quién mató a Harriet Sippel? Usted nos dijo que había sido Ida Gransbury, pero era mentira.

—No creo que haga falta que le diga la verdad, monsieur Poirot, cuando usted la sabe tan bien como yo.

—Entonces debo pedirle que se apiade de mi amigo, el pobre señor Catchpool. Él todavía no conoce la historia completa.

—Prefiero que se la cuente usted.

Jennie esbozó una especie de sonrisa ausente, y de pronto sentí que ya no estaba tan presente en la habitación como unos minutos antes; se había evadido.

—*Très bien* —dijo Poirot—. Empezaré por Harriet Sippel y por Ida Gransbury, dos mujeres inflexibles, tan convencidas de su propia rectitud que estaban dispuestas a acosar a un hombre bueno hasta llevarlo a la tumba. ¿Expresaron dolor después de la muerte del vicario? No, en lugar de eso, se opusieron a su entierro en suelo sagrado. Y después de mucha persuasión por parte de Richard Negus, ¿se arrepintieron esas dos mujeres del modo en que habían tratado a Patrick Ive? No, por supuesto que no. No era verosímil que se arrepintieran. Al oír ese punto de su historia, mademoiselle Jennie, supe que estaba mintiendo.

Jennie se encogió de hombros.

—Todo es posible —dijo.

—*Non*. Solo la verdad es posible. Sabía que Harriet Sippel e Ida Gransbury jamás habrían aceptado el plan de ejecuciones voluntarias que usted me describió. Y por eso, fueron asesinadas. ¡Qué práctico y conveniente, hacer pasar sus asesinatos por una especie de suicidios delegados! Usted esperaba que Poirot desconectara la materia gris en cuanto oyera que todas las víctimas habían aceptado voluntariamente la muerte. ¡Era su gran oportunidad de redención! Una historia muy imaginativa y poco corriente, el tipo de historia que suponemos veraz cuando nos la cuentan, porque ¿quién iba a inventarse algo semejante?

—Era mi salvavidas, en caso de necesidad —dijo Jennie—. Pensaba que usted no me encontraría, pero temía equivocarme.

—Y si la encontraba, esperaba que su coartada para el tiempo transcurrido entre las siete y cuarto y las ocho y diez funcionara, y también la de Nancy Ducane. Samuel Hobben y usted serían acusados de tratar de incriminar a una mujer inocente, pero no de asesinato, ni de confabularse con ese fin. Es

muy ingenioso: usted confiesa un delito y de ese modo elude el castigo por crímenes mucho más graves. Sus enemigos han sido asesinados y nadie acaba en la horca, porque nos creemos su historia: Ida Gransbury mató a Harriet Sippel y Richard Negus mató a Ida Gransbury, antes de suicidarse. Su plan fue muy ingenioso, mademoiselle, ¡pero no tan ingenioso como Hércules Poirot!

—Richard quería morir —dijo Jennie con rabia—. Él no fue asesinado. Él tenía la determinación de morir.

—Así es —dijo Poirot—. Esa fue la verdad dentro de la mentira.

—La culpa es suya, todo este caos espantoso es culpa suya. Yo no habría matado a nadie, de no haber sido por Richard.

—Pero mató... y varias veces. Una vez más, fue Catchpool quien me puso sobre la pista correcta, con unas pocas palabras inocentes.

—¿Qué palabras? —preguntó Jennie.

—Dijo: «Si “muerte” empezara con D...».

Fue perturbador oír que Poirot elogiaba mi utilidad. Yo no comprendía que unas cuantas palabras mías, dichas sin pensar, hubieran podido ser tan trascendentales.

Poirot estaba pletórico.

—Después de oír su historia, mademoiselle, salimos de la casa de Samuel Hobben y, naturalmente, nos pusimos a analizar lo que usted acababa de revelarnos: su supuesto plan, preparado en colaboración con Richard Negus... Si me permite que se lo diga, la idea era muy atractiva. Tenía cierta sencillez, como la caída de una fila de piezas de dominó, solo que la comparación fallaba, porque, pensándolo bien, el orden de la caída de las piezas estaba alterado. No caía primero D y derribaba a C, después a B y finalmente a A, sino que B derribaba a A, después C derribaba a B... pero ese es otro asunto.

¿De qué demonios estaba hablando? Me pareció que Jennie se estaba haciendo la misma pregunta.

—¡Ah, debo ser más claro en mis explicaciones! —dijo Poirot—. Para imaginar con más facilidad el orden de los acontecimientos, mademoiselle, me permití sustituir los nombres por letras. Su plan, tal como nos lo contó en casa de Samuel Hobben, era como sigue: B mata a A, después C mata a B y finalmente D mata a C. Entonces D espera a que E sea condenada y ejecutada por los asesinatos de A, B y C, y a continuación se suicida. Habrá comprendido, señorita Hobbs, que usted es D en esta manera de explicar el plan, según la historia que usted nos contó.

Jennie asintió.

—*Bon*. Casualmente, mi amigo, el señor Catchpool, es un gran entusiasta de los crucigramas y, en conexión con esa afición suya, me pidió que pensara en una palabra de seis letras que significara «óbito». Yo le sugerí «muerte», pero Catchpool me dijo que no, que mi sugerencia solo le habría servido «si “muerte” empezara con D». Más adelante, recordé sus palabras y me permití una sencilla especulación: ¿y si «muerte» realmente empezara con D? ¿Y si la primera en matar no hubiera sido Ida Gransbury, sino usted, señorita Hobbs?

»Con el tiempo, la especulación fue cuajando en certeza. Comprendí por qué tuvo que ser usted quien mató a Harriet Sippel. Ida Gransbury y ella no viajaron en el mismo tren, ni en el mismo coche, desde Great Holling hasta el hotel Bloxham. Por lo tanto, las dos ignoraban la presencia de la otra y no había ningún plan acordado por todos para matarse entre sí. Eso tenía que ser mentira.

—Pero ¿cuál era la verdad? —pregunté yo con cierta exasperación.

—Harriet Sippel creía, lo mismo que Ida Gransbury, que ella era la única en viajar a Londres, por motivos privados. Harriet había recibido una misiva de Jennie, en la que le rogaba que se reuniera con ella con la mayor urgencia y le pedía total discreción. Jennie le anunció a Harriet que tendría una habitación reservada y pagada en el hotel Bloxham, y que ella, Jennie, acudiría el jueves por la tarde al hotel, quizá a las tres y media o a las cuatro, para ocuparse del importante asunto que le interesaba. Harriet aceptó la invitación, porque Jennie le había ofrecido en su carta algo que ella no podía resistir.

»Usted le ofreció lo que Patrick Ive le había negado años atrás, *¿n'est-ce pas*, mademoiselle? Comunicación con su adorado marido difunto. Le dijo que George Sippel había decidido hablar con ella a través de usted, la persona que había intentado ponerlos en contacto dieciséis años antes y había fracasado. Y ahora, una vez más, George estaba tratando de enviar un mensaje a su querida esposa y la utilizaba a usted como canal. ¡Le había hablado desde el otro mundo! No me cabe duda de que habrá sido usted muy convincente. Harriet no pudo resistirlo. La creyó, porque deseaba con todo su corazón que fuera cierto lo que le decía. La mentira que usted le había contado años atrás, acerca de las almas de los difuntos que se ponían en contacto con sus seres queridos en este mundo, le pareció creíble entonces y le siguió pareciendo creíble. Nunca dejó de creerlo.

—Muy astuto, monsieur Poirot —dijo Jennie—. Lo felicito.

—Dígame, Catchpool. ¿Entiende ahora cuál era la mujer mayor enamorada de un hombre que podía ser su hijo? ¿Entiende cuál era la pareja que lo obsesionó tanto a usted y que mencionaron Nancy Ducane y Samuel Hobben mientras parloteaban en la habitación 317?

—No creo que «obsesionar» sea la palabra. Y no, no lo entiendo.

—Recordemos *précisément* lo que nos dijo Rafal Bobak. Él oyó que Nancy Ducane, haciéndose pasar por Harriet Sippel, decía: «Él ya no confía en ella como antes. ¿Cómo quieres que esté interesado en ella ahora? ¡Ha dejado de

cuidarse y tiene edad suficiente para ser su madre!». Piense en esas palabras: «¿Cómo quieres que esté interesado en ella ahora?». Esta idea se menciona en primer lugar, antes de presentar las dos razones para su falta de interés. Una de las razones es que ella tiene edad suficiente para ser su madre. Ahora tiene edad suficiente para ser su madre. ¿No lo ve, Catchpool? Si tiene edad suficiente para ser su madre ahora, entonces debe haberla tenido siempre. ¡Ninguna otra cosa es posible!

—¿No está exagerando un poco con el análisis? —dije yo—. Después de todo, la frase sigue teniendo sentido, aunque le quitemos el «ahora»: ella se ha abandonado y tiene edad suficiente para ser su madre.

—Pero, *mon ami*, lo que usted dice es ridículo —se quejó Poirot—. ¡No es lógico! El «ahora» estaba ahí, en la frase. No podemos fingir que no estaba, cuando sabemos que estaba. ¡No podemos ignorar un «ahora» que tenemos justo delante de nuestras orejas!

—Lo siento, pero discrepo —dije yo con cierta ofuscación—. Si tuviera que arriesgar una interpretación, diría que el sentido de la frase va más bien por estos derroteros: antes de que ella dejara de cuidarse, el hombre no notaba o no prestaba atención a la diferencia de edad que había entre ellos. Quizá no fuera tan evidente. Sin embargo, ahora que ella se ha abandonado, el hombre ha empezado a frecuentar a una mujer más joven y atractiva, en la que ahora «confía»...

Impaciente y con la cara enrojecida, Poirot empezó a hablar antes de que yo terminara.

—¡No tiene sentido que usted arriesgue interpretaciones, Catchpool, cuando yo sé la verdad! ¡Escuche a Poirot! Escuche una vez más lo que se dijo exactamente y el orden en que se dijo: «¿Cómo quieres que esté interesado en ella ahora? ¡Ha dejado de cuidarse y tiene edad suficiente para ser su madre!». ¡La razón número uno de su falta de interés, seguida de la razón número dos! La construcción de las frases deja claro que las dos desafortunadas circunstancias que ahora son ciertas antes no lo eran.

—No hace falta que me grite, Poirot. Ya le he entendido y todavía discrepo. No todos hablan con tanta precisión como usted. Estoy convencido de que estoy en lo cierto y de que usted se equivoca, porque, como muy bien ha señalado hace un momento, no tiene sentido pensar de otra manera. Usted mismo lo ha dicho: si tiene edad suficiente para ser su madre ahora, entonces debe haberla tenido siempre.

—¡Catchpool, Catchpool, a veces me desespera usted! ¿No recuerda cómo siguió la conversación? Rafal Bobak oyó a Samuel Hobben, en el papel de Richard Negus, diciendo: «Rechazo tu argumento de que ella tenga edad suficiente para ser su madre. Lo rechazo rotundamente». A lo que Nancy, haciéndose pasar por Harriet, replicó: «¡Como ninguno de los dos puede demostrar que está en lo cierto, dejémoslo así!». ¿Por qué no podían demostrar que estaban en lo cierto? ¿No es una simple realidad biológica el hecho de que una mujer tenga o no tenga edad suficiente para ser la madre de alguien? Si es cuatro años mayor, no tiene edad suficiente. ¡Nadie lo

discutirla! Si es veinte años mayor, entonces tiene edad para ser su madre. Eso es igualmente cierto.

—¿Y si es trece años mayor? —dijo Jennie Hobbs, que había cerrado los ojos—. ¿O doce? A veces pasan cosas así... Aunque eso no tiene nada que ver con este caso, por supuesto.

Por lo tanto, Jennie sabía adónde quería ir a parar Poirot. Yo era el único ignorante en la sala.

—Trece, doce... ¡es irrelevante! Solo hay que preguntarle a un médico, a un experto: ¿es posible desde un punto de vista teórico que una niña de doce o trece años sea madre? La respuesta será sí o no. ¡Pero no nos perdamos debatiendo los límites potenciales de la edad reproductora! ¿Recuerda la otra enigmática afirmación que hizo Samuel Hobben en relación con ese hombre supuestamente más joven? «¿Su cerebro, dices? ¡Yo diría más bien que no tiene cerebro!». Sin duda, me dirá usted que el señor Hobben solo quería dar a entender que el hombre en cuestión era un imbécil.

—Desde luego —repliqué yo, irritado—. ¿Por qué no me dice de una vez lo que no consigo ver, ya que usted es mucho más listo que yo?

Poirot chasqueó la lengua con displicencia.

—*Sacré tonnerre!* La pareja de la que hablaban en la habitación 317 eran Harriet Sippel y su marido George. La conversación no era un intercambio serio de opiniones, sino una burla. George Sippel murió cuando Harriet y él mismo eran muy jóvenes. Samuel Hobben afirma que George Sippel no tiene cerebro, porque si existe después de la muerte, probablemente no tendrá forma humana. Es un fantasma, *n'est-ce pas?* Puesto que el alma no tiene órganos, George Sippel, el fantasma, no tiene cerebro.

—Yo... ¡Cielo santo! Ahora lo entiendo.

—Samuel Hobben presenta su punto de vista del modo en que lo hace («Yo diría más bien que...»), porque espera que Nancy Ducane discrepe. Ella podía decir, por ejemplo: «¡Claro que tienen cerebro los fantasmas! Los espíritus tienen voluntad y libre albedrío, ¿no es cierto? ¿Y dónde pueden residir esas capacidades, si no es en el cerebro?».

Era una opinión interesante, desde el punto de vista filosófico. En otras circunstancias, yo mismo habría expresado mi parecer al respecto.

Poirot prosiguió:

—El comentario de Nancy de que ella tenía «edad suficiente para ser su madre» se basaba en la creencia de que, cuando una persona muere, su edad permanece fija por siempre jamás. En la otra vida, el difunto no envejece. Si George Sippel volviera a visitar a su viuda, sería un hombre de veintitantos años, la edad que tenía cuando murió. En cambio ella, con más de cuarenta, tiene ahora edad suficiente para ser su madre.

—¡Bravo! —dijo Jennie sin entusiasmo—. Yo no estaba ahí, pero la conversación continuó más tarde, en mi presencia. El señor Poirot es tremendamente perspicaz, señor Catchpool. Espero que sepa apreciarlo. — Volviéndose hacia Poirot, prosiguió—: El tema dio para hablar... ¡durante siglos! Nancy insistía en que ella tenía razón, pero Sam se negaba a reconocérselo. Decía que los espíritus no existen en la dimensión de la edad: son intemporales, y por lo tanto, es incorrecto decir de cualquier persona que tiene edad suficiente para ser la madre de un fantasma.

Poirot se volvió hacia mí.

—Resulta un poco chocante, ¿verdad, Catchpool? Cuando Rafal Bobak llevó el té a la habitación, Nancy Ducane, con el cadáver de Ida Gransbury sentado en un sillón a su lado, se estaba burlando de la mujer que ella misma había colaborado para asesinar unas horas antes. ¡Pobre y estúpida Harriet! Su marido no estaba interesado en hablar directamente con ella desde más allá de la tumba. ¡No! Solo hablaba con Jennie Hobbs, por lo que Harriet no tenía más remedio que hablar con ella para recibir su mensaje. Debía reunirse con Jennie en el Bloxham y, por lo tanto, ir al encuentro de una muerte segura.

—Nadie merecía tanto que la mataran como Harriet Sippel —dijo Jennie—. Me arrepiento de muchas cosas, pero matar a Harriet Sippel no es una de ellas.

—¿Y qué me dice de Ida Gransbury? —pregunté yo—. ¿Por qué se presentó ella en el hotel Bloxham?

—¡Ah! —dijo Poirot, que nunca se cansaba de compartir los ilimitados conocimientos que solo él parecía poseer—. Ida también aceptó una invitación irresistible, de Richard Negus, pero no para comunicarse con un ser querido ya fallecido, sino para reencontrarse, después de dieciséis años, con su antiguo prometido. No es difícil imaginar cuál habrá sido el señuelo. Richard Negus abandonó a Ida y, sin duda, le destrozó el corazón. Ella nunca se casó. Supongo que Negus habrá aludido en su carta a la posibilidad de una reconciliación, o incluso de matrimonio. Un final feliz. Ida accedió (¿qué persona solitaria no le daría una segunda oportunidad al amor verdadero?) y Richard le prometió que acudiría a su habitación del hotel Bloxham a las tres y media, o quizá a las cuatro, del jueves. ¿Recuerda su comentario, Catchpool, acerca de llegar al hotel el miércoles, para poder dedicar toda la jornada del jueves a los asesinatos? Ahora todo tiene más sentido, ¿verdad?

Asentí.

—Negus sabía que el jueves tendría que cometer un asesinato y que a continuación él mismo sería asesinado —dije—. Es natural que quisiera llegar un día antes, a fin de prepararse mentalmente para una doble prueba de tanta magnitud.

—Y también para evitar un retraso de los trenes o cualquier otro detalle que pudiera interferir en sus planes —dijo Poirot.

—Entonces ¿Jennie Hobbs mató a Harriet Sippel, y Richard Negus mató a Ida

Gransbury? —dije yo.

—*Oui, mon ami*. —Poirot miró a Jennie, que hizo un gesto afirmativo—. Hacia la misma hora del día, en las habitaciones 121 y 317, respectivamente. Imagino que en las dos habitaciones se empleó el mismo método para inducir a Harriet y a Ida a beber el veneno. Jennie le dijo a Harriet y, al mismo tiempo, Richard Negus le dijo a Ida: «Tendrás que beber un vaso de agua antes de oír lo que voy a decirte. Deja que vaya a buscártelo. Tú siéntate». Mientras llenaban el vaso que encontraron junto al lavamanos, Jennie y Negus echaron el veneno en el agua. Después, les tendieron los vasos a las víctimas, para que bebieran. Debieron de morir al instante.

—¿Y la muerte de Richard Negus? —pregunté yo.

—Jennie lo mató, según el plan ideado por ambos.

—Gran parte de lo que les conté en casa de Sam era cierto —dijo Jennie—. Richard me escribió después de muchos años de silencio. Realmente estaba devastado por la culpa, por lo que les había hecho a Patrick y a Frances, y no veía una salida, ninguna posibilidad de justicia ni de paz, a menos que los cuatro responsables pagáramos con nuestras vidas el mal que habíamos causado.

—¿Le pidió a usted... ayuda para matar a Harriet y a Ida? —pregunté, deduciendo el posible desarrollo de los acontecimientos mientras hablaba.

—Sí. A ellas, a él, y también a mí. Insistía en que teníamos que morir todos, porque de lo contrario nada tendría sentido. No quería ser un asesino, sino un verdugo (usaba constantemente esa palabra), y eso significaba que ni él ni yo podíamos eludir el castigo. Yo estaba de acuerdo con él en que Harriet e Ida merecían la muerte. Eran malignas. Sin embargo..., yo no quería morir, ni tampoco quería que muriera Richard. Para mí, su arrepentimiento era suficiente, y sabía que también sería suficiente para Patrick y para cualquier autoridad suprema que exista, si es que existe. Pero no conseguí convencer a Richard y enseguida me di cuenta de que era inútil insistir. Seguía siendo tan brillante como siempre, pero se le había alterado algo en la cabeza y se había convertido en una persona rara y propensa a ideas extrañas. Todos esos años de cavilaciones, el sentimiento de culpa... Se había transformado en una especie de fanático. Yo sabía sin sombra de duda que me mataría, si no aceptaba formar parte de su plan. No lo dijo tal cual. No quería amenazarme, ¿saben? Fue amable conmigo. Lo que quería y necesitaba era una aliada, alguien que pensara como él. Creía sinceramente que yo iba a amoldarme a sus propósitos, porque, a diferencia de Harriet y de Ida, yo era una persona razonable. Estaba tan seguro de hacer lo correcto, tan convencido de que su solución era lo mejor para nosotros, que llegué a pensar que quizá tuviera razón. Pero yo estaba asustada. Ya no. No sé qué ha cambiado en mí. Quizá entonces, en medio de mi infelicidad, confiaba todavía en que mi vida pudiera cambiar para mejor. La tristeza es diferente de la desesperanza.

—Usted sabía que tendría que fingir para salvar la vida —dijo Poirot—. Mentir de manera convincente a Richard Negus era su única salida para evitar la muerte. Como no sabía qué hacer, fue a ver a Nancy Ducane, para pedirle

ayuda.

—Así es. Y ella resolvió mi problema, o al menos eso creí. Su plan era brillante. Siguiendo su consejo, le propuse a Richard una sola desviación del plan que me había propuesto. Según su idea, cuando Harriet e Ida estuvieran muertas, él me mataría a mí y después se suicidaría. Naturalmente, al ser un hombre autoritario y habituado a estar al mando de todo lo que le importaba, quería conservar el control de los acontecimientos hasta el final.

»Nancy me sugirió que lo convenciera para que se dejara matar, en lugar de que él me matara a mí. “¡Imposible!”, dije yo. “Nunca aceptará”. Pero Nancy me aseguró que aceptaría, si yo se lo proponía de la manera adecuada. Tenía que fingir que nuestro propósito común me importaba incluso más que a él. Nancy estaba en lo cierto. Funcionó. Le dije a Richard que no era suficiente con que muriéramos nosotros cuatro: Harriet, Ida, él y yo. También Nancy merecía ser castigada. Le dije que solo moriría feliz cuando supiera que ella estaba muerta, porque había sido todavía peor que Harriet. Le conté con todo lujo de detalles cómo se había empeñado Nancy en seducir a Patrick y apartarlo de su esposa, sin aceptar nunca un no por respuesta. Le dije que me había confesado que su verdadero motivo para hablar en el King’s Head no había sido ayudar a Patrick, sino herir a Frances. Le aseguré que ella había deseado que Frances se quitara la vida, o por lo menos que abandonara a Patrick y regresara con su padre a Cambridge, dejándole a ella el campo libre.

—Más mentiras —dijo Poirot.

—Sí, por supuesto, más mentiras, pero mentiras sugeridas por la propia Nancy, que al final consiguieron su propósito. Richard aceptó morir antes que yo.

—Él no sabía que Samuel Hobben estaba implicado, ¿verdad? —dijo Poirot.

—No. A Sam lo involucramos Nancy y yo. Sam formaba parte de nuestro plan. Ninguna de las dos quería salir por la ventana y bajar por un árbol. Las dos temíamos caer y rompernos el cuello. Pero después de cerrar la puerta por dentro y esconder la llave detrás de la baldosa, no había otra manera de salir de la habitación 238. Por eso necesitábamos a Sam... y también para que se hiciera pasar por Richard.

—Y la llave tenía que quedar escondida detrás de la baldosa —murmuré yo entre dientes, para comprobar si lo había entendido bien—. De ese modo, cuando usted viniera a contarnos su historia, la que nos contó en casa del señor Hobben, todo parecería encajar: Richard Negus había escondido la llave, para hacer ver que un asesino se la había llevado, porque él también participaba en el plan para incriminar a Nancy Ducane.

—Y era cierto que participaba —dijo Poirot—, o al menos eso creía él. Cuando Jennie le dio el vaso con el agua envenenada, tal como habían acordado, él creyó que ella seguiría con vida y haría lo posible para culpar a Nancy de los tres asesinatos del hotel Bloxham. Creía que ella dirigiría las sospechas de la policía hacia Nancy. ¡Pero no sabía que Nancy tenía preparada una sólida

coartada con lord y lady Saint-John Wallace! Ni tampoco sabía que existía el plan, cuando hubiera muerto, de empujar el gemelo hasta el fondo de su boca, esconder la llave detrás de la baldosa y abrir la ventana. No tenía idea de que Jennie Hobbs, Nancy Ducane y Samuel Hobben harían parecer a los ojos de la policía que las muertes se habían producido entre las siete y cuarto y las ocho y diez.

—No, Richard no estaba al corriente de esos detalles —reconoció Jennie—. Ahora puede ver, monsieur Poirot, por qué dije que el plan de Nancy era brillante.

—Era una artista de gran talento, mademoiselle. Los mejores artistas tienen buen ojo para los detalles y la estructura: la manera en que todos los elementos encajan entre sí.

Jennie se volvió hacia mí.

—Ni Nancy ni yo deseábamos nada de esto. Tiene que creerme, señor Catchpool. Richard me habría matado si me hubiera resistido. —Suspiró—. Lo teníamos todo pensado. A Nancy ni siquiera la acusarían de ningún delito, mientras que a Sam y a mí nos condenarían por tratar de incriminar a Nancy, pero eludiríamos la horca. Esperábamos que nos impusieran una pena leve de cárcel. Pensábamos casarnos cuando saliéramos en libertad. —Al ver nuestras expresiones de sorpresa, Jennie añadió—: Oh, no siento por Sam lo mismo que por Patrick, pero le tengo mucho cariño. Habría sido un buen compañero para mí, si no lo hubiera arruinado todo apuñalando a Nancy.

—Ya lo había arruinado, mademoiselle. Yo ya sabía que usted era la asesina de Harriet Sippel y de Richard Negus.

—Yo no asesiné a Richard Negus, monsieur Poirot. En eso se equivoca. Richard quería morir. Le di el veneno con su consentimiento.

—Sí, pero bajo supuestos falsos. Richard Negus aceptó morir porque usted estaba de acuerdo con su plan de que murieran los cuatro, que luego se convirtieron en cinco cuando usted involucró a Nancy Ducane. Pero no era cierto que usted estuviera de acuerdo. Usted lo traicionó y conspiró a sus espaldas. ¡No podemos saber si Richard Negus habría aceptado morir en ese momento y de ese modo, si usted le hubiera dicho la verdad acerca de su pacto secreto con Nancy Ducane!

La expresión de Jennie se endureció.

—Yo no asesiné a Richard Negus. Lo maté en defensa propia, porque de lo contrario él me habría matado a mí.

—Acaba de decir que no la amenazó explícitamente.

—No..., pero yo lo sabía. ¿Qué opina usted, señor Catchpool? ¿Asesiné a Richard Negus o no?

—No lo sé —repuse yo, confuso.

—Catchpool, *mon ami*, no sea ridículo.

—No es ridículo —dijo Jennie—. Está usando el cerebro, mientras que usted se niega a pensar, monsieur Poirot. Por favor, le ruego que reflexione. Antes de que me ahorquen, tengo la esperanza de oírlo decir que yo no asesiné a Richard Negus.

Me puse de pie.

—Vámonos, Poirot.

Quería terminar el interrogatorio con la palabra «esperanza» flotando aún en el aire.

Epílogo

*

Cuatro días después, estaba yo sentado delante de uno de los crepitantes fuegos de Blanche Unsworth, bebiendo una copa de brandy y tratando de resolver mi crucigrama, cuando Poirot entró en el salón. Durante varios minutos, permaneció a mi lado en silencio, de pie. Yo no levanté la vista.

Al final, carraspeó.

—Todavía, Catchpool —dijo—, todavía sigue eludiendo la conversación sobre si Jennie Hobbs asesinó a Richard Negus, lo ayudó a suicidarse o lo mató en defensa propia.

—No me parece un debate provechoso —dije yo, con el estómago encogido.

No quería hablar nunca más de los asesinatos del Bloxham. Lo que quería (e incluso necesitaba) era escribir al respecto, dejar constancia sobre el papel de lo sucedido, con todos sus detalles. Me sorprendía mi ansiedad por hacer esto último, junto a mi más absoluto rechazo por hacer lo primero. ¿Por qué será que escribir o hablar sobre un tema pueden ser dos cosas tan diferentes?

—No se alarme, *mon ami* —replicó Poirot—. No volveré a mencionar el asunto. Hablaremos de otras cosas. Por ejemplo, esta mañana estuve en el café Pleasant. Fee Spring me ha pedido que le transmita un mensaje. Dice que quiere hablar con usted lo antes posible. Está disgustada.

—¿Conmigo?

—Sí. Dice que estaba sentada en el comedor del hotel Bloxham, escuchando la explicación con el mayor interés, cuando de repente todo había terminado. Se produce un asesinato delante de sus ojos y la historia, para nuestro público, queda incompleta. Mademoiselle Fee quiere que le relate usted lo sucedido, con todo lujo de detalles.

—No es culpa mía que se produjese otro asesinato —mascullé entre dientes—. ¿No puede esa señorita leer la historia en los periódicos, como todo el mundo?

—*Non*. Quiere que sea usted quien se la cuente, y solamente usted. Para ser camarera, tiene una inteligencia sorprendente. Es una joven admirable. ¿No opina lo mismo, *mon ami*?

—Ya veo lo que se propone, Poirot —dije yo, en tono cansado—. No hace falta que se empeñe. Le aseguro que pierde el tiempo, como también lo está perdiendo Fee Spring, si cree que yo... ¡Mire, déjeme en paz y no se hable

más del tema!

—Está enfadado conmigo.

—Un poco, sí —reconoció—. Henry Negus y la maleta, Rafal Bobak y el carro de la lavandería, Thomas Brignell y su amiga en el jardín del hotel, que casualmente vestía un abrigo marrón claro, como la mitad de las mujeres en Inglaterra... La carretilla...

—¡Ah!

—Sí, sí, «¡ah!». Usted sabía de sobra que Jennie Hobbs no estaba muerta. Así que ¿por qué se empeñó tanto en confundirme y hacerme sospechar que quizá habían retirado su cuerpo de la habitación 402, en tres de los medios más inverosímiles que se le ocurrieron?

—Porque, amigo mío, quería animarlo a usar la imaginación. Si no considera las posibilidades más inverosímiles, nunca será tan buen detective como podría llegar a ser. Es la educación de la materia gris: hay que obligarla a orientarse en direcciones inusuales. Es la fuente de la inspiración.

—Si usted insiste... —dije en tono dubitativo.

—Usted cree que Poirot va demasiado lejos... Más allá de lo necesario. Quizá tenga razón.

—¡Todo ese alboroto acerca del rastro de sangre de la habitación 402, que iba del centro del suelo a la puerta! ¡Toda esa cháchara sobre el ancho de la puerta! ¿Qué sentido tenía? ¡Usted ya sabía que Jennie Hobbs no había sido asesinada y que nadie la había arrastrado a ningún sitio!

—Yo sí, pero usted no. Usted creía, como nuestro amigo, el signor Lazzari, que mademoiselle Jennie estaba muerta y que la sangre del suelo era suya. *Alors*, yo quería que usted pensara: una maleta, un carro de la lavandería... Los dos objetos habrían podido entrar en la habitación 402, justo hasta el lugar donde estaba el cadáver. ¿Por qué iba a querer el asesino arrastrar el cadáver hasta la puerta? ¡O la asesina! ¡No, no habría hecho nada de eso! El rastro de sangre en dirección a la puerta era una pista falsa, dejada con el único propósito de sugerir que un cuerpo había sido arrastrado fuera de la habitación, ya que no estaba dentro. Era el pequeño detalle de verosimilitud, tan importante para que la escena de un asesinato resulte creíble.

»Sin embargo, para Hércules Poirot, fue un detalle que le permitió confirmar lo que ya sospechaba: que Jennie Hobbs no había sido asesinada en esa habitación, ni tampoco había muerto allí ninguna otra persona. No podía imaginar un método de retirar un cadáver que dejara un rastro de sangre en dirección a la puerta. Ningún asesino sacaría el cuerpo de su víctima al pasillo de un hotel, sin esconderlo antes en algún tipo de caja o contenedor. Todos los receptáculos que me venían a la mente habrían podido entrar sin el menor problema en la habitación y acercarse al cadáver, en lugar de exigir que el cadáver fuera hacia ellos. Era una cuestión de lógica, Catchpool. Me

sorprendió que usted no lo comprendiera al instante.

—Le daré un consejo práctico, Poirot —dije—. La próxima vez que quiera que yo comprenda algo al instante, abra la boca y dígamelo con claridad, sea lo que sea. Dígalo lisa y llanamente. Verá como nos ahorramos muchas molestias.

Sonrió.

—*Bien*. En honor a mi buen amigo Catchpool, me esforzaré por aprender *le comportement* claro y directo. ¡Empezaré ahora mismo! —Sacó un sobre del bolsillo—. Esto me ha llegado hace una hora. Puede que usted no vea con buenos ojos que yo interfiera en sus asuntos personales, Catchpool. Usted dirá: «¡Este Poirot, siempre metiéndose donde no lo llaman!». Pero esta carta expresa gratitud precisamente por ese vicio mío que a usted le parece tan intolerable.

—Si se refiere a Fee Spring, ella no es ningún «asunto personal» mío, ni lo será nunca —dije, mientras echaba un vistazo a la misiva que tenía en la mano—. ¿En qué vida privada se ha entrometido ahora? ¿Por qué le expresan gratitud?

—Por unir a dos personas que se aman profundamente.

—¿De quién es la carta?

Poirot sonrió.

—La firman el doctor Ambrose Flowerday y su esposa —dijo.

Y me la dio para que la leyera.

FIN

Agradecimientos

*

Tengo una enorme deuda de gratitud con las siguientes personas: el inimitable Peter Straus, que es a los agentes literarios lo que Poirot a los detectives; Mathew y James Prichard, que me han inspirado, ayudado y apoyado durante todo este proceso; la brillante Hilary Strong, una maravilla tanto para trabajar como para reírse con ella; el fantástico personal de HarperCollins en Gran Bretaña y Estados Unidos, en particular Kate Elton y Natasha Hughes (por sus entusiastas e incisivas aportaciones editoriales), y David Brawn (por lo mismo, pero también por nuestras conversaciones sobre perros y por interceptar alguna que otra llamada críptica y medio histérica. Como David se ocupa de gestionar legados literarios, es poco probable que un autor no muerto disfrute de sus servicios, por lo que todos esos autores vivos se lo pierden). Agradezco también a Lou Swannell, Jennifer Hart, Anne O'Brien, Heike Schüssler, Danielle Bartlett, Damon Greeney, Margaux Weisman, Kaitlin Harri, Josh Marwell, Charlie Redmayne, Virginia Stanley, Laura di Giuseppe, Liate Stehlik, Kathryn Gordon y a toda la gente fantástica que ha participado. Entre todos, habéis conseguido hacer de esta experiencia algo increíble y maravilloso. (Nunca son demasiados los adjetivos en una página de agradecimientos). Y gracias a Four Colman Getty, por su brillante labor de *marketing*.

Debo expresar un agradecimiento especialmente musical y sentido, merecedor de un párrafo aparte, a Dan Mallory, que me ha inspirado y me ha recordado todo lo que me encanta del oficio de escribir y de los libros.

Gracias también a Tamsen Harward, por haberme sugerido un detalle crucial de la trama, justo en el momento oportuno.

La gente de Hodder & Stoughton, la editorial que publica mis *thrillers* psicológicos, ha acogido con excepcional alegría y entusiasmo mi fugaz aventura con Poirot. Tan solo me han pedido que no luzca un bigote enorme cuando vuelva a verlos. Les estoy enormemente agradecida.

Gracias a todos los que habéis sido tan adorables en vuestros comentarios sobre este libro en Twitter y en la vida real, en particular a Jamie Bernthal y a Scott Wallace Baker, a quienes estoy muy agradecida por haberme abierto las puertas del mundo de los fans de Agatha.

